



# Mujeres de *Amauta*

Sara Beatriz Guardia  
(Comp.)

República Bolivariana de Venezuela

F u n d a c i ó n



Biblioteca Ayacucho

BIBLIOTECA AYACUCHO es una de las experiencias editoriales más importantes de la cultura latinoamericana. Creada en 1974 como homenaje a la batalla que en 1824 significó la emancipación política de nuestra América, ha estado desde su nacimiento promoviendo la necesidad de establecer una relación dinámica y constante entre lo contemporáneo y el pasado americano, a fin de revalorarlo críticamente con la perspectiva de nuestros días.

Esta es la colección popular o de bolsillo de Biblioteca Ayacucho. Se dedica a editar versiones abreviadas o antológicas de los autores publicados en la Colección Clásica. Sigue el rastro del dinámico género de la crónica que narra las maravillas del mundo americano, da cabida a la reflexión crítica y estética, y complementa y redondea los asuntos abordados por las otras colecciones de Biblioteca Ayacucho. Los volúmenes llevan presentaciones ensayísticas con características que los hacen accesibles al público mayoritario.

República Bolivariana de Venezuela

F u n d a c i ó n



Biblioteca Ayacucho



# Mujeres de *Amauta*

Colección Claves de América



# Mujeres de *Amauta*

Sara Beatriz Guardia  
(Comp.)

37

Compilación y presentación  
Sara Beatriz Guardia

República Bolivariana de Venezuela

F u n d a c i ó n



Biblioteca Ayacucho

© Fundación Biblioteca Ayacucho, 2014

Colección Claves de América, N°37

Hecho Depósito de Ley

Depósito legal lf50120143051442

ISBN 978-980-276-515-7

Apartado Postal 14413

Caracas 1010 - Venezuela

[www.bibliotecayacucho.gob.ve](http://www.bibliotecayacucho.gob.ve)

Edición: Kattia Piñango Pinto

Corrección: Silvia Dioverti e Iraima Mogollón

Diseño de colección: Pedro Mancilla

Impreso en Venezuela / *Printed in Venezuela*



## PRESENTACIÓN

### MUJERES DE AMAUTA

### TRANSGREDIENDO EL MONÓLOGO MASCULINO

VARIAS REVISTAS caracterizaron diferentes momentos del desarrollo socio político y cultural del Perú. *El Mercurio Peruano* (1791-1794) representó las ideas y las aspiraciones que animaron a los precursores de la Independencia; la *Revista de Lima* (1859-1863) fue una destacada tribuna del liberalismo; y el *Boletín Titikaka* (1926-1930)<sup>1</sup> significó una importante expresión del indigenismo. Pero es la revista *Amauta* (1926-1930), fundada por José Carlos Mariátegui, la que enfatiza la continuidad histórica del país dándole “un sustento ideológico a la integración nacional; en armonía con los ideales que gestaron la independencia, rechazó la subordinación a los intereses del imperialismo financiero”<sup>2</sup>.

Desde su retorno de Italia, José Carlos Mariátegui tuvo el proyecto de fundar una revista. En febrero de 1926 publicó el “Boletín Bibliográfico” de la Librería e Imprenta Minerva bajo el título de *Libros y Revistas*, cuyo segundo número correspondió a marzo y

---

1. Órgano del Grupo Orkopata bajo la dirección de Alejandro y Arturo Peralta, este último adoptó el nombre de Gamaliel Churata. Véase: Cynthia Vich, *Indigenismo de vanguardia en el Perú: un estudio sobre el Boletín Titikaka*, Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 2000.

2. Alberto Tauro, Noticias de *Amauta*, [edic. facsímil], Lima, Empresa Editora Amauta, 1975, p. 7.

abril<sup>3</sup>. Ese año Mariátegui se encuentra en la etapa más importante de su vida. Él mismo lo dice: “He madurado más que cambiado. Lo que existe en mí ahora, existía embrionariamente y larvadamente cuando yo tenía veinte años y escribía disparates de los cuales no sé por qué la gente se acuerda todavía”<sup>4</sup>. Se refería a la etapa anterior a su viaje a Europa que califica como la “Edad de Piedra”, cuando se fatigaba escribiendo artículos de periódico<sup>5</sup>. La medio-cridad del medio motiva en Mariátegui una actitud de rebelión que se expresa en el análisis de la realidad, la disciplina, el método en el estudio<sup>6</sup>, y el acento en la virtud y la ética. “Me enorgullece, escribe, mi juventud porque es sana y honrada y porque conserva esta gran virtud de la sinceridad. (...). Ninguna influencia me ha malogrado. Mi producción literaria desde el día en que siendo niño escribí el primer artículo ha sido rectilínea y ha vibrado en ella siempre el mismo espíritu”<sup>7</sup>.

Es con este espíritu que funda la revista *Amauta*, afirmando que le ha nacido una revista histórica al Perú, que coincide con el surgimiento de una nueva conciencia nacionalista y el impulso creador del cambio social cuando “en el país había terminado una época signada por el predominio de una democracia señorial; crecían los movimientos reivindicativos de los trabajadores”<sup>8</sup> y ya se sentía, como apunta el propio Mariátegui, “una corriente, cada día más vigorosa y definida de renovación, a cuyos autores

---

3. A partir del número 3 hasta el 17, “Libros y Revistas” se publicó en *Amauta* manteniendo su propia numeración. Posteriormente estuvo incorporado al cuerpo de la revista.

4. *Mundial* (Lima), (23 de julio de 1926).

5. *El Tiempo* (Lima), (27 de junio de 1918), p. 2.

6. Oscar Terán, *Discutir Mariátegui*, México, Editorial Autónoma de Puebla, 1985, p. 21.

7. *La Prensa* (Lima), (2 de marzo de 1916).

8. A. Tauro, *op. cit.*, p. 7.

se les llamaba ‘vanguardistas’, ‘socialistas’, ‘revolucionarios’”<sup>9</sup>. Es este movimiento de renovación que Mariátegui se propone interpretar desde una sociedad multiétnica y multicultural, signada por acontecimientos nacionales e internacionales de notable trascendencia

El impacto que produjo la Revolución Rusa en 1917, el problema nacional como consecuencia de la influencia norteamericana, las intensas movilizaciones obreras por la jornada de las ocho horas, el marxismo, la lucha por la democratización de la enseñanza iniciada en Córdoba en 1918, las vanguardias literarias y artísticas, y el indigenismo como movimiento que intentó incorporar elementos de la tradición andina en el arte y la cultura, son también los ejes que vertebran la obra de José Carlos Mariátegui.

*Amauta* representó ese movimiento ideológico, político y cultural de renovación en el que estuvieron incorporados los problemas fundamentales del país, con una clara orientación política como lo expresa el editorial titulado “Aniversario y Balance”, de septiembre de 1928:

*Amauta* no es una diversión ni un juego de intelectuales puros: profesa una idea histórica, confiesa una fe activa y multitudinaria, obedece a un movimiento social contemporáneo. En la lucha entre dos sistemas, entre dos ideas, no se nos ocurre sentirnos espectadores ni inventar un tercer término. La originalidad a ultranza, es una pre-ocupación literaria y anárquica. En nuestra bandera, inscribimos esa sola, sencilla y grande palabra: Socialismo.<sup>10</sup>

Mariátegui adoptó el marxismo como método para analizar la realidad nacional, desde una perspectiva amplia, alejada del dog-

---

9. *Amauta* (Lima), N° 1 (1926), p. 1.

10. *Idem*, N° 17 (1928), pp. 1-3.

ma y el esquema simplista. “No queremos —enfatisa— que el socialismo en América sea calco y copia. Debe ser creación heroica. Tenemos que dar vida, con nuestra propia realidad, en nuestro propio lenguaje, al socialismo indoamericano. He aquí una misión digna de una nueva generación”<sup>11</sup>. Ideario fortalecido con la influencia que recibió en Europa de Benedetto Croce (1866-1952), Piero Gobetti (1901-1926) y Georges Eugene Sorel (1847-1922). Por ello, en concordancia con el ideal gramsciano de unir ética y política, el proyecto mariáteguiano no solo apunta a la transformación económica y política del país sino a “la participación de los ciudadanos libres e iguales en la formación colectiva de una voluntad política (...) y a la transformación del mundo de las relaciones intersubjetivas en el sentido de la afirmación de la solidaridad”<sup>12</sup>.

Nada escapa a su reflexión: política, economía, arte, cultura, la cuestión femenina, literatura, cine, psicoanálisis<sup>13</sup>. Todo forma parte de la sociedad que intenta cambiar para crear un Perú nuevo en un mundo nuevo. No es imparcial ni ajeno a cuanto ocurre a su alrededor. “No soy un espectador indiferente al drama humano”, enfatiza. “Soy, por el contrario, un hombre con una filiación y una fe”<sup>14</sup>.

*Amauta* abrió sus páginas a quienes representaron ese cambio, un movimiento de renovación interesado en las vanguardias artís-

11. *Ibid.*

12. César Germaná, “Socialismo y democracia”, *José Carlos Mariátegui y Europa. El otro aspecto del descubrimiento*, Lima, Empresa Editora Amauta, 1993, p. 135.

13. Como dice Robert Paris, “¿cómo olvidar que el primer número de *Amauta*, en setiembre de 1926, publicó la traducción de uno de los grandes escritos de Freud, *Resistencia al psicoanálisis*?”. Véase Robert Paris, “El marxismo de Mariátegui”, *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*, José Aricó; selec. y pról., México, Siglo XXI, 1980, p. 133.

14. José Carlos Mariátegui, *La escena contemporánea*, Lima, Empresa Editora Amauta, 1970, p. 12.

ticas y literarias, expresión de un discurso cultural, que representó “una mixtura virtuosa de vanguardismo estético y político”<sup>15</sup>. En la historia de nuestra literatura, dice Mariátegui, la Colonia termina ahora. “El Perú, hasta esta generación, no se había aún independizado de la Metrópoli. Algunos escritores, habían sembrado ya los gérmenes de otras influencias. (...). Pero todavía duraba lo fundamental del colonialismo: el prestigio intelectual y sentimental del Virreinato. Había decaído la antigua forma; pero no había decaído igualmente el antiguo espíritu. Hoy la ruptura es sustancial”<sup>16</sup>. La importancia histórica de esta vanguardia literaria y artística como movimiento de renovación reside en que hasta ese momento la literatura peruana había tenido una orientación de permanente mirada hacia atrás, mirada melancólica, además, ufana, dice Mariátegui, “con los frágiles recuerdos galantes del virreinato”<sup>17</sup>.

*Amauta* acoge la libre creación artística que, “al emanar de un rechazo a los estereotipos de una tradición literaria fosilizada, tiene indirectamente una proyección política renovadora, y, podríamos decir, revolucionaria”<sup>18</sup>. Entiende por arte revolucionario aquel que subordina lo estético al interés histórico e interpreta “la fragmentación del arte de vanguardia como síntoma de la decadencia de la civilización capitalista”<sup>19</sup>. Introdujo el surrealismo como

15. Martín Bergel, “Latinoamérica desde abajo. Las redes transnacionales de la Reforma Universitaria (1918-1930)”, *La Reforma Universitaria. Desafíos y perspectivas noventa años después*, Emir Sader y Hugo Aboites; eds., Buenos Aires, Clacso, 2008, p. 167.

16. J.C. Mariátegui, *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*, 57ª ed., Lima, Empresa Editora Amauta, 1992, p. 322.

17. *Idem*, *Peruanicemos el Perú*, Empresa Editora Amauta, Lima, 1988, p. 99.

18. Américo Ferrari, “La revista *Amauta* y las vanguardias poéticas peruanas”, *Símpoio Internacional Amauta y su época*, Lima, Editorial Minerva, 1998, p. 323.

19. Viviana Gelado, *Poéticas de la transgresión*, Buenos Aires, Ediciones Corregidor, 2007, p. 137.

principio creador del verdadero arte pleno de fantasía señalando que el mérito más cierto del movimiento que representan Bretón, Aragón y Éluard es el de haber preparado “una etapa realista en la literatura, con la reivindicación de lo suprarrenal”<sup>20</sup>.

Cronológicamente, el primer exponente de esta nueva poesía es José María Eguren, al que Mariátegui le concede suficiente importancia como para dedicarle parte del número 21 de *Amauta*, caso excepcional, junto al de Manuel González Prada en el número 16 consagrado a recordar el décimo aniversario de su muerte. La atención que *Amauta* brinda a Eguren es relevante si tenemos en cuenta que entonces su poesía no tenía el reconocimiento actual, ni era considerado como una de las figuras literarias precursoras del surrealismo. Incluso para algunos de sus críticos su obra era disparatada y extravagante. Se publicaron a poetas y artistas entonces desconocidos como Xavier Abril, Emilio Adolfo Westphalen, César Moro, Carlos Oquendo de Amat y Enrique Peña Barrenechea; y hasta de aquellos que se autocalificaban de manera distinta, como Martín Adán que se decía “reaccionario, clerical y civilista”. También a César Vallejo aunque, a diferencia de los anteriores, ya había publicado en 1922 un poemario titulado *Trilce*, palabra inventada por él, mezcla de triste y dulce.

En las artes plásticas Mariátegui priorizó la producción de artistas nacionales del movimiento indigenista, liderado por el pintor José Sabogal (1888-1956)<sup>21</sup> que influyó de manera decisiva en la pintura de ese período, en la que destaca Camilo Blas, Quíspez Asín y connotadas artistas como Julia Codesido, Carmen Saco,

---

20. J.C. Mariátegui. “Nadja de André Breton”, *El artista y la época*, Lima, Empresa Editora Amauta, 1988, p. 178.

21. José Sabogal fundó con Julia Codesido, Alicia Bustamante y Teresa Carvallo el Instituto de Arte Peruano, bajo el auspicio de Luis E. Valcárcel, fundador a su vez del Museo de la Cultura Peruana y del Museo de Arte Popular Peruano.

Carlota Carvallo de Núñez, Teresa Carvallo y las hermanas Izcue. En el ámbito internacional *Amauta* divulgó el muralismo mexicano, el futurismo ruso, a Pettoruti y G. Grosz. Martí Casanovas<sup>22</sup> escribe dos artículos destacando la presencia de la pintora mexicana Juana García de la Cadena, y otra pintora, Laura Rodríguez, ilustra los poemas de José María Eguren<sup>23</sup>.

El indigenismo tuvo decisiva importancia en la obra y pensamiento de Mariátegui. No es casual que José Sabogal sea autor de varias carátulas y del nombre de la revista, *Amauta*, palabra quechua que significa maestro. En esa perspectiva, la distribución y explotación de la tierra y de los recursos naturales fue “uno de los aspectos histórico políticos más tratados y cuestionados en la revista. En efecto, en el primer caso y a partir del número 5, de enero de 1927, la revista inició la publicación esporádica del *Boletín de Defensa Indígena*, dedicado casi íntegramente a debatir sobre “el proceso del gamonalismo”<sup>24</sup>. Sin embargo, y aunque Mariátegui destacó la importancia de la literatura indigenista escrita durante esos años, no menciona el valor del idioma quechua, factor preponderante en la resistencia cultural frente al conquistador.

Es la década de la posguerra y del triunfo de la Revolución Rusa. En México caen asesinados Pancho Villa y Emiliano Zapata; Sandino lucha en Nicaragua; Gandhi se prepara a liberar la India, y los fascistas marchan a Roma. En el Perú, las intensas jornadas obreras por las ocho horas dan lugar a la organización proletaria; surgen corrientes literarias y artísticas de expresión genuinamente nacional y José Carlos Mariátegui irrumpe en el

---

22. *Amauta* (Lima), N° 24 (1929), pp. 76-78.

23. *Idem*, N° 20 (1930), pp. 53-55.

24. V. Gelado, *op. cit.*, p. 134.

escenario nacional con su proyecto socialista. Son los años del surrealismo, de la *Quimera de oro* de Chaplin y de *El acorazado Potemkin* de Eisenstein. Las mujeres conquistan el campo literario y político. No piden permiso para ser escuchadas, proclaman su derecho a ser escuchadas. Cambian el suave vals por el charleston, se cortan los cabellos y se despojan de sus largos trajes.

Las reivindicaciones victoriosas del feminismo, señala Mariátegui, constituyen el cumplimiento de la última etapa de la revolución burguesa y del ideario liberal, puesto que la Revolución Francesa inauguró un régimen de igualdad política para los hombres, no para las mujeres.

Con la burguesía las mujeres quedaron mucho más eliminadas de la política que con la aristocracia. La democracia burguesa era una democracia exclusivamente masculina. Su desarrollo tenía que resultar, sin embargo, intensamente favorable a la emancipación de la mujer. La civilización capitalista dio a la mujer los medios de aumentar su capacidad y mejorar su posición en la vida. La habilitó, la preparó para la reivindicación y para el uso de los derechos políticos y civiles del hombre.<sup>25</sup>

Por ello, en 1924 califica la adquisición de los derechos políticos del hombre por parte de la mujer, como uno de los acontecimientos sustantivos del siglo XX, y sitúa a Margarita Bondfield, ministra de Trabajo representante de Inglaterra en las Conferencias Internacionales del Trabajo en Washington, y a Alejandra Kollontai, embajadora de la entonces Unión Soviética en Noruega, como los ejemplos más preclaros del cambio que se empezaba a

---

25. J.C. Mariátegui, "La mujer y la política", *Temas de Educación*, Lima, Empresa Editora Amauta, 1970, pp. 125-126.



producir en la sociedad<sup>26</sup>. A la par, sostiene que la misma historia de la Revolución Rusa está conectada a la historia de las conquistas del feminismo<sup>27</sup>.

En el Perú las reivindicaciones femeninas tuvieron su primera expresión en 1914 con la formación de la organización feminista Evolución Femenina, fundada por María Jesús Alvarado, quien orientó sus acciones a lograr la incorporación de la mujer al trabajo, y conseguir la igualdad jurídica. Integrada principalmente por mujeres de clase media, Evolución Femenina abrió con tenaz persistencia el debate en torno a la emancipación de la mujer, el derecho al sufragio, la educación y el acceso a cargos públicos<sup>28</sup>. Fundó la Escuela Taller Moral y Trabajo para capacitar a las mujeres y evitar así que la falta de educación, de oportunidad laboral y el abandono, las condujese a la prostitución. También impulsó la creación de la Escuela de Enfermeras, y realizó una importante tarea tendiente a lograr la participación de las mujeres en las sociedades de beneficencia pública, “aspiración que nadie podía impugnar pues estas funciones no estaban reñidas con las aptitudes y condiciones femeninas”<sup>29</sup>. Lo logró en agosto de 1915, cuando la Cámara de Diputados aprobó el proyecto de ley que posibilitó la incorporación femenina a dichas Sociedades, pero no pudo conseguir la igualdad jurídica de la mujer.

---

26. *Ibid.*, p. 123.

27. El Primer Congreso Femenino Internacional tuvo lugar en Buenos Aires en 1910 y marcó un importante hito en el desarrollo de una conciencia feminista en el Cono Sur. Véase Asunción Lavrin, *Mujeres, feminismo y cambio social en Argentina, Chile y Uruguay*, Santiago de Chile, Centro de Investigaciones Diego Barros, 2006, p. 47.

28. Sara Beatriz Guardia, *Mujeres peruanas. El otro lado de la historia*, 4ª ed., Lima, Imprenta Minerva, 2002, p. 165.

29. María Sara Castorino, *Evolución femenina: una mujer extraordinaria*, Lima, s.e., 1969, p. 69.

Es fácil comprobar, escribe Victoria Ocampo<sup>30</sup>, que hasta ahora la mujer ha hablado muy poco de sí misma, directamente. Pero las mujeres que escribieron en *Amauta* sí hablaron de sí mismas transgrediendo el monólogo masculino. Constituyeron un grupo de avanzada que buscó transformar la condición de la mujer desde diferentes concepciones y diversos caminos<sup>31</sup>. Me refiero a Dora Mayer de Zulen, María Wiese, Magda Portal, Carmen Saco, Julia Codesido, Ángela Ramos, Miguelina Acosta Cárdenas, Blanca del Prado, María Isabel Sánchez Concha de Pinilla y Teresa Carvallo.

En su discurso encontramos de manera recurrente opiniones sobre la relación entre los sexos, la referencia a los problemas que enfrentaba el país desde una perspectiva crítica, y el anhelo por un arte y ética nuevos, así como el impacto del capitalismo y la incorporación de las mujeres al trabajo. Los elementos más constitutivos están expresados en la contradicción entre la sociedad conservadora de comienzos del siglo XX con su hegemónico discurso patriarcal, y las aspiraciones de estas mujeres por una patria más justa y por lograr un espacio propio.

En todas las ediciones de *Amauta* se publicaron artículos, cuentos, comentarios de libros, y hubo una relevante presencia de poetisas, como veremos más adelante. La educación como medio de transformar la sociedad peruana aparece también en la escritura femenina. Judith Arias y César Acurio plantean en el artículo “La escuela hogar”, la necesidad de “modificar el hogar indígena en un sentido racional, para de allí en acción simultánea emprender la obra educativa del individuo y la sociedad”<sup>32</sup>. María Wiese

---

30. Victoria Ocampo, “La mujer y su expresión”, *Sur* (Buenos Aires), Nº 11, 1935.

31. S.B. Guardia, *José Carlos Mariátegui. Una visión de género*, Lima, Editorial Minerva, 2006, p. 65.

32. *Amauta* (Lima), Nº 23 (1929), p. 22.

reclama para los niños el derecho a ser amados y soñar enfrentando los métodos carentes del fuego vital de la “inteligencia del corazón”<sup>33</sup>. Mientras que Gabriela Mistral demanda privilegios para la infancia porque los niños deben vivir ese estado natural de acaparamiento de las cosas excelentes y puras del mundo<sup>34</sup>.

Otro aspecto que concitó la atención de las mujeres fue la cuestión laboral y sindical, pero sobre todo fue en *Labor*<sup>35</sup> donde se publicaron más noticias referidas al tema. En el cuarto número figura un artículo de Eduardo Barba y Aciego, “Por la mujer que trabaja”, que se repite en el siguiente número, donde informa que la fábrica de tejidos La Victoria ha sido denunciada repetidas veces por infracciones, y que ha llegado al extremo de amenazar a las madres de despido sin fundamento legal, “pues la mujer no puede ser despedida en los tres meses anteriores o posteriores al alumbramiento, y esto en el peor de los casos con una indemnización de tres meses íntegros y otras primas”<sup>36</sup>. Mary González, en su artículo “La mujer y la lucha entre el capital y el trabajo”, señala que las legislaciones de América Latina no han otorgado aún al proletariado femenino las garantías legales que sí conceden a los hombres. Es por ello imprescindible, agrega, que el proletariado femenino se una con el masculino para formar un solo frente, puesto que el industrial moderno “ha encontrado en el proletariado femenino el más fácil instrumento de explotación. En la fábrica, en el taller y en la oficina, se tiende a sustituir al hombre por la mujer, con la convicción de que con un salario bajo puede adquirirse un rendimiento igual”<sup>37</sup>.

---

33. *Idem*, Nº 5 (1927), p. 33.

34. *Idem*, Nº 10 (1927).

35. *Labor. Quincenario de Información de Ideas*, fue fundado por Mariátegui el 10 de noviembre de 1928. Tuvo diez números hasta el 7 de septiembre de 1929.

36. *Labor* (Lima), Nº 5, 1929.

37. *Idem*, Nº 8, 1929.

En un artículo publicado en *Amauta*, titulado “El movimiento obrero en 1919”<sup>38</sup>, Ricardo Martínez de la Torre da cuenta del mitin femenino del Comité Pro Abaratamiento, de inspiración anarquista, presidido por Evangelina Soto, y destaca el discurso de María Augusta Arana sobre la importancia de la incorporación de las mujeres a la lucha sindical. El movimiento anarquista jugó un importante rol en la formación sindical femenina y sus reivindicaciones. En 1902, la revista anarquista *La Idea Libre* contó con una Sección Femenina, donde se reprodujeron textos de las sufragistas norteamericanas; en 1911 apareció el periódico anarquista *La Protesta*, en el que escribió un grupo de mujeres sobre temas relacionados con la condición femenina; y en 1918 se creó en la ciudad de Huacho el Centro Femenino Luz y Libertad, presidido por Luzmila La Rosa.

Destaca también la presencia de las mujeres en las columnas dedicadas al cine y a la música, ambas a cargo de María Wiese. “Notas sobre algunos films”, apareció de manera regular a partir del número 18, y Wiese tuvo el mérito de ser una de las primeras críticas del cine peruano. En su artículo “Los problemas del cinema”, califica a Chaplin como un revolucionario semejante a Beethoven en la música y Monet en la pintura, y se explaya en películas como *Iván el Terrible*, *La dama misteriosa* protagonizada por Greta Garbo, y *El jugador de ajedrez*. Las películas comerciales son para ella, anodinas y vulgares, “semejante a una buena fotografía y nada más, fabricada para amenizar la digestión de los buenos burgueses y provocar las lágrimas de las pollitas sensibleras”<sup>39</sup>.

Por su parte, la “Revista de Novedades Ortofónicas” se publicó desde el número 23, dando cuenta de la música clásica que

---

38. *Amauta* (Lima), N° 18 (1928), pp. 39-51.

39. *Idem*, N° 12 (1928), p. 24.

llegaba a Lima: “Nocturnos” de Chopin, “Andante” del Cuarteto de Debussy, “*Ma mère l’oye*” de Ravel, “*L’Arlésienne*” de Bizet, “Sonata en la menor para *cello* y piano” de Grieg y “los *Blues*” de Ted Lewis, así como de la visita a Lima de la pianista catalana Mercedes Padrosa y del violinista belga Andrés Sas. Discos de Mozart, Schubert y Beethoven, creador formidable, escribe Wiese, que “en sus composiciones pone todo el drama de su vida, todos sus anhelos de amor, nunca realizados, toda la nobleza y la generosidad de su alma y también su maravillosa alegría, su sentimiento de la naturaleza y aquella fe que lo hacía exclamar: ‘¡Oh Dios mío, mi único refugio!’”<sup>40</sup>.

La voluntad de *Amauta*, orientada a ocupar un lugar en la historia y en la cultura, estuvo unida al objetivo de Mariátegui de “crear un Perú nuevo dentro de un mundo nuevo”. En esa perspectiva, la presencia de destacadas intelectuales y artistas de la época convierten a la revista en un notable crisol de las luchas femeninas que animaron esos intensos años: Gabriela Mistral (Chile), Rosa Luxemburgo (Alemania), Tina Modotti (Italia), Larisa Reissner (Polonia), Alfonsina Storni (Argentina), Ada Negri (Italia), Juana de Ibarbourou (Uruguay), Nydia Lamarque (Argentina), Amanda Labarca Hubertson (Chile), Blanca Luz Brum (Uruguay), María Rosa González (Chile), Graciela Garbalosa (Cuba), María Monvel (Chile), Edgarda Cadenazzi (Uruguay), María Elena Muñoz (Uruguay), Giselda Zani (Uruguay).

Abundan los relatos, poemas, comentarios sobre libros y revistas de autores extranjeros, también artículos sobre la condición de la mujer, como el ensayo del escritor francés Luc Durtain, “La otra Europa. La mujer: prodigiosa transformación de las costumbres. Matrimonio, divorcio y unión libre. Amor y comunismo”,

---

40. *Idem*, N° 8 (1927), p. 33.

donde analiza la nueva situación de la mujer soviética, electora y elegible desde los dieciocho años. En 1918, la primera Constitución Soviética había proclamado la igualdad de todos los ciudadanos independientemente de su sexo, raza y nacionalidad, y estableció la igualdad de derechos de la mujer y el hombre por primera vez en la historia de la humanidad. Ciertamente, el pensamiento socialista y marxista “contribuyó de manera notable a consolidar la vanguardia de un fuerte movimiento feminista, ya en los albores del siglo XX”<sup>41</sup>. Ahí están los libros de Federico Engels, *El origen de la familia, de la propiedad y del Estado*; de Augusto Bebel, *La mujer en el socialismo*; de Clara Zetkin, *Cuestión femenina y la lucha contra el reformismo*; y de Alejandra Kollontai, *La nueva mujer y la moral sexual*, entre otros.

De hecho, escribe Durtain, de un extremo al otro del sistema gubernamental –desde los Soviets municipales hasta el Comité Ejecutivo donde ocupa aproximadamente la cuarta parte de los asientos, hasta el Consejo de Comisarios del Pueblo– la ciudadana tiene realmente el lugar que en derecho le corresponde. (...). Por trabajo igual, salario igual. Los derechos y los prestigios son iguales. Nada distingue la posición de la mujer de la del hombre en las ruedas del Estado (...). En la *Intelligentsia* el rol de la mujer es considerable. Más de la tercera parte de los estudiantes en las Universidades. Más de la mitad de los médicos. En todas partes, trabajo femenino, trátase de laboratorio, de prensa o de arte.<sup>42</sup>

El movimiento político, social y cultural que significó *Amauta* tuvo un componente femenino indiscutible. Estas mujeres que se

---

41. Raúl Fornet-Betancourt, *Mujer y filosofía en el pensamiento iberoamericano*, Barcelona, España, Anthropos Editorial, 2009, p. 51.

42. *Amauta* (Lima), N° 19 (1928), pp. 1-9.

enfrentaron al convencionalismo de la sociedad de entonces por lograr un espacio, adhirieron al proyecto socialista con un discurso definido y estatura propia. Poetas, educadoras, artistas, escritoras, periodistas, luchadoras sociales, todas comprometidas con un mismo anhelo de justicia social y equidad.

Participaron en las tres etapas que tuvo la revista. La primera abarca del primero al noveno número, cuando la revista fue clausurada por el gobierno bajo la acusación de haber descubierto un “complot comunista”. La segunda etapa va del 10 al 29 donde se anuncia la gravedad del estado de salud de Mariátegui, y su muerte. Ricardo Martínez de la Torre asumió la dirección. La tercera incluye los números 30, 31 y 32. El número 30 estuvo dedicado al homenaje póstumo que le tributó la revista a Mariátegui con artículos de María Wiese, Carmen Saco y Ángela Ramos<sup>43</sup>. En el número 31 solo se publicó una carta sobre una exposición de libros de mujeres<sup>44</sup>. En el último número ya no existe presencia femenina.

## ANTOLOGÍA

En mi libro *José Carlos Mariátegui. Una visión de género*<sup>45</sup>, la presencia de las mujeres de la revista *Amauta* aparece en el contexto de una visión que abarca toda la obra de Mariátegui. En este caso,

---

43. *Idem*, Nº 30 (1930).

44. *Idem*, Nº 31 (1930), p. 83.

45. R.Fornet-Betancourt, *Mujer y filosofía...*, op. cit., p. 120: “Con esta lectura de Mariátegui, Sara Beatriz Guardia realiza una contribución ante la cual no caben dudas sobre su significado filosófico, y ello incluso independientemente del concepto de filosofía que se quiera sostener. Su interpretación, en efecto nos introduce desde la mirada de una mujer en una dimensión casi desconocida del pensamiento de Mariátegui, al mismo tiempo que con ello adelanta un capítulo de la historia de la filosofía en América Latina que habría que escribir como parte integrante de una filosofía feminista latinoamericana”.

la mirada se centra solo en ellas con la particularidad y ventaja de poder acceder a sus escritos directamente, sin intermediación. Son sus voces, pues, las que escucharemos en el presente volumen.

Este volumen comprende a las escritoras y artistas peruanas Ángela Ramos, Blanca del Prado, Carmen Saco, Dora Mayer de Zulen, Magda Portal, María Isabel Sánchez Concha de Pinilla, María Wiesse y Miguelina Acosta Cárdenas.

Dora Mayer publicó siete artículos en *Amauta*, los mismos que figuran en esta antología porque se refieren a asuntos sustanciales como la fundación, con Pedro Zulen, de la Asociación Pro Indígena. Dueña de una prosa directa, se opuso a los Estados Unidos por su intromisión en los asuntos internos de América Latina. Por ese motivo, cuando el Perú y Chile en pleno conflicto por Tacna y Arica, llegaron a un acuerdo bajo la intervención “paternal de Kellogg”, Mayer lamenta la falta de independencia y de sinceridad en la reconciliación, aunque lo más ingrato “en la intromisión paternal, pacificadora y racional de Yanquilandia”<sup>46</sup>.

En “El problema religioso en Hispanoamérica”, describe con admiración la enardecida actitud de las mujeres en el conflicto creado en México entre la Iglesia y el Estado, cuando no solo salieron a las calles, sino que durante una movilización que tuvo lugar en Guadalajara “atacaron a los soldados con cuchillos”. Esta actitud, agrega Mayer, que podría ser explicada como una consecuencia del atraso y la ignorancia de la mentalidad femenina, expresa una verdad mucho más dramática. Todo aquello contra lo que se rebelan los socialistas, “la iniquidad de las leyes, la servidumbre personal, el desprecio sufrido como categoría o clase, la explotación desvergonzada por el más fuerte, todo eso lo ha impuesto y lo impone todavía, ese mismo socialista, como hombre al sexo femenino.

---

46. *Amauta* (Lima), N° 5 (1927), pp. 9-10.



¿Qué le queda a la mujer frente a estos agravios? Acudir a la Iglesia que mal que bien, ha restañado algunas de sus heridas”<sup>47</sup>.

María Wiese es quien tiene mayor número de artículos publicados en *Amauta*, además de las columnas de cine y música. Por ello hemos seleccionado los más significativos, pero hemos mantenido el íntegro de las columnas por el interés que representan. En “Señales de nuestro tiempo”, dice que la frivolidad no es tan frívola como parece y reivindica como símbolo de los tiempos modernos la importancia de la imagen, “que triunfa sobre las palabras”. También menciona el nacimiento de un nuevo vínculo entre los hombres y las mujeres que no conocieron otras generaciones: la camaradería.

Defiende que las mujeres se hayan cortado los cabellos y el traje largo pues considera que resultaban anacrónicos en “este siglo de campeonas de tenis y natación, de *chauffeuses*, electoras, oficinistas, periodistas y abogadas”<sup>48</sup>. Aunque la vida cotidiana de la inmensa mayoría de las mujeres transcurría dentro del hogar, sometidas a los límites de una educación sentimental. Las vicisitudes de *Pablo* y *Virginia* producen intensas reacciones, y estas mismas rebeldes sucumben con el “cuerpo sacudido por los sollozos y el rostro bañado en lágrimas”<sup>49</sup>. “¡*Ah que la vie est quotidienne!*”<sup>50</sup>, exclama María Wiese al describir el ritual de un domingo cualquiera, en el que encerrada en su habitación acompaña su soledad un “Nocturno” de Borodine que susurra suavemente la vitrola.

En el contexto de una sociedad tradicional que convertía a la mujer que se divorciaba en una suerte de paria social, Ángela Ramos hizo pública confesión de su separación y posterior divorcio en su artículo titulado “El poeta de los ojos dorados”:

47. *Idem*, Nº 10 (1927), p. 59.

48. *Idem*, Nº 4 (1926), p. 11.

49. *Idem*, Nº 16 (1928), p. 28.

50. *Idem*, Nº 15 (1928), p. 29.

Dócil a la tiranía del baño, del almuerzo y de las camisas, terminé por reemplazar a la cocinera y a la lavandera en las grandes solemnidades (...) Yo debía tener la cara de resignación estúpida con que representan en algunos espantosos cromos a la Virgen de los Siete Dolores. Y mientras mayor era mi resignación, subía la marea de sus exigencias: de fregona de adorno pasé a ser fregona obligatoria. Ahora exigía medias limpias y menú variado todos los días y en cuanto a camisas era más tirano que Mussolini, porque este se conforma con su camisa negra.<sup>51</sup>

Mariátegui en los *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*, reconoce el aporte de Miguelina Acosta Cárdenas, respecto del esclarecimiento de Loreto, en la Amazonía peruana. Su aporte en *Amauta* está referido a las escuelas rurales para los niños indígenas, y un trabajo sobre los educadores suizos y su demanda por la abolición de la milicia.

Las poetas y artistas plásticas de la escuela indigenista como Carmen Saco, Julia Codesido, Blanca del Prado y María Teresa Carvallo Carrera, ingresan en el escenario artístico con cuadros y esculturas que traen el color de las razas aborígenes. *Amauta* recoge los poemas titulados “Caima” de Blanca del Prado, con ilustraciones de Camilo Blas y Julia Codesido<sup>52</sup>; el artículo de María Isabel Sánchez Concha de Pinilla, “La pascua del sol: Intip Raymi”, ilustrado por Elena Izcue, que canta la fiesta del sol y de las cosechas en el mes de junio<sup>53</sup>.

Sara Beatriz Guardia

---

51. *Idem*, Nº 4 (1926), p. 33.

52. *Idem*, Nºs 23 (1929), 26 (1929) y 28 (1930).

53. *Idem*, Nº 3 (1926), p. 30.

## NOTA A LA PRESENTE EDICIÓN

El presente volumen agrupa una selección de textos de escritoras peruanas publicados en distintos números de la revista *Amauta*, creada y dirigida por José Carlos Mariátegui.

Se ha priorizado la pertinencia, la presencia cronológica y temática de los mismos, así como aquellos elementos que expresan la lucha femenina en el marco de las contiendas políticas y sociales de los intensos años veinte en el Perú y el mundo.

Se actualizó la ortografía y se corrigieron las erratas. En lo que respecta a los trabajos poéticos, se respetaron los criterios y estilos aplicados por las autoras.

B.A.



# Mujeres de *Amauta*



**ÁNGELA RAMOS**  
**(1900-1988)**

*EN UNA ENTREVISTA ME DIJO que su primer trabajo la convirtió en escritora ante las injusticias que sufrió. “Trabajaba todos los días, incluidos los sábados y domingos en la Pacific Steam Navigation Company, que fue bautizada con el ingenio limeño ‘Poca será nuestra comida’. A lo que el humor inglés contestó: ‘Peor sería no comer’. Entré a esta compañía como ayudante del secretario que era un pobre hombre acomplejado que no desperdiciaba oportunidad para humillarme”<sup>1</sup>.*

*Colaboró en varios periódicos, sobre todo en El Mundo dirigido por Andrés Aramburú, en La Noche de Gastón Roger y en La Crónica donde Clemente Parra la acogió. Allí realizó una importante campaña en defensa de los presos comunes, denunció el trato inhumano de las cárceles y luchó contra la Ley de Vagancia. En su artículo “La represión de la vagancia”<sup>2</sup> relata que durante las visitas que realizó a las cárceles de Lima y del Frontón, encontró presos conocidos como “vagos”, pero se trataba de hombres apresados por la Ley de Vagancia, según la cual todo aquel que no tenía trabajo era un “vago”, y por lo tanto podía ser detenido*

---

1. Sara Beatriz Guardia, *Mujeres peruanas. El otro lado de la historia*, Lima, Imprenta Humboldt, 1985. Entrevista a Ángela Ramos.

2. *Labor* (Lima), N° 9 (1929), p. 3.

*y enviado a trabajar en obras públicas, construyendo carreteras, casas, realizando trabajos de limpieza, e incluso en las casas de los jefes de la policía, sin ninguna remuneración.*

*Publicó en 1920 su libro de cuentos Sorpresa, y en 1923 se estrenó en el Teatro Colón su comedia costumbrista Por un marido, que tuvo una gran acogida. Escribió poemas que llegaron a ser muy populares, como el titulado “Mamita”, donde con picardía y sensualidad habla de los negros: “Mamita yo quiero un zambol/ con la jeta colorada/ como los hay en Malambo/ con candela en la mirada”.*

*En marzo de 1923 entrevistó a José Carlos Mariátegui que acababa de llegar al Perú. Por entonces, Ángela Ramos era ya una conocida defensora de la educación cívica en los colegios y de la formación política de las mujeres para lograr el derecho al sufragio. Adhirió al socialismo con el anhelo de equidad social y liberación de la opresión del imperialismo norteamericano, sintetizado en un texto que tituló Mi credo.*

*Apartir de 1931, Ángela Ramos militó en el Partido Comunista Peruano, donde se responsabilizó del Socorro Rojo Internacional con el objetivo de defender a los presos políticos, cumpliendo tareas de propaganda y participación en los mítines. Estuvo presa dos veces, un mes durante el gobierno de Augusto B. Leguía (1919-1930) y dos meses en el gobierno de Luis Sánchez Cerro (1930-1933). En esta oportunidad tuvo que intervenir el alcalde del Callao, José Valega, que era amigo de su padre, para lograr su liberación. Hasta el final de sus días fue fiel a su compromiso con el socialismo y los ideales que animaron su vida.*

*Libros de Ángela Ramos: Sorpresa. Cuentos (1920) y Por un marido. Teatro (1922).*



## EL POETA DE LOS OJOS DORADOS

En todo hombre se esconde un poeta y un tirano; hasta en este que tenía los ojos dorados y fosforescentes, iguales a las alas de ciertas mariposas que ya no se ven porque las inglesas coleccionistas van terminando con la especie.

Este hombre de los ojos dorados tenía el poeta en el cerebro y el tirano en el estómago; pero lo primero que yo descubrí en él fue al poeta, aunque su poesía no dijo nada a mi emoción. Se “declaró” en unos versos que voy a tener la mala fe de copiar:

Diste vuelta a la llave  
eléctrica de tu mirada  
se rompieron los cordeles  
de mis nervios ...  
cayó al suelo el B.V. D.  
de mis ansias ...  
y ahora voy desnudo  
y envuelto en tu mirada.

Yo era una mujer débil y cursi como todas las demás, con una almita tenue y azulada en la que todavía quedaban –rezagos del convento– la dulzura de los cánticos celestiales y la vaguedad en espiral del incienso. Y así como hay mujeres a las que solo las dominan los galones y el bigotito de un alfez, hay otras que caen con un soneto.

Me enamoré hasta la imbecilidad y nos casamos. ¿Cómo contar aquí sin ponerme huachafa o picaresca, las melosidades de la luna de miel? ¡Callándome!

Yo soy tan vibrante como la estación de la O.A.X., pero –a decir verdad– a los tres días de bodas creí que no me había casado

sino que había cometido la travesura de comprarme dos cajas de manjarblanco en la Gastronomía (Mantas 139 - S. 1.50 caja) que devoraba encerrada a espaldas de papá y de mamá.

Así como entre la multitud hay un momento de desborde en el que aparece una bailarina de piernas elásticas y todos se sienten machos, o en el que surge un jefe de Estado –El Hombre– y todos se sienten caballos, desuncen el coche y parten en vertiginosa carrera; así se sintió mi poeta y quitando de mi coche de futura cenicienta el caballito blanco de mi fantasía, cargó conmigo durante tres días por la diminuta casa, mientras yo colgaba a su cuello el cascabel de mi risa y fustigaba su carne con mis besos.

Todo pasa. El rey David tenía esta frase en una sortija y yo –mujer futurista– la mandé bordar en mis *pyjamas* para consolarme. Pasaron los besos ardientes, las mentidas promesas, las palabras falaces. Y quedó escueto, paseándose por la estancia antes tibia de besos (una escritora buena diría “otrora tibia de besos”; pero yo soy una escritora mala aunque no una mala escritora, y digo las cosas como me da la gana) el fantasma de la realidad.

¡Mujeres! (adviento que no es una proclama).

Desconfiad mucho de los hombres que ponen su nombre, su corazón y su lira a vuestras plantas, porque llegará el día en que pondrán las plantas en vuestras caras, no para pegaros (con las manos basta) sino para pedirlos que les lustréis los chusos...

El poeta que tenía los ojos dorados, el corazón en almíbar y hacía versos futuristas, escondió como los prestidigitadores todos los trucos para engañar bobos, hasta el batón de seda azul y el gorro de fakir con que recitaba a Rubén, y puso un horario igual a los de las fábricas y las estaciones en el que se estampaban sus necesidades:

Despertarme	2	p.m.
Baño tibio	2 ½	” ”
Almuerzo	3	” ”
Comida	(a la hora que telefonee)	

¡Qué pronto se descubren los hombres! Las mujeres esconden las uñas durante más tiempo, siquiera hasta que se acostumbren a nosotras y les cueste trabajo abandonarnos.

Comencé por examinar a los maridos de mis amigas ¡todos eran iguales! Hasta el “compañero” de la cocinera era igual: todos, además de exigir las gollerías que he detallado y otras que callo, piden más o menos esto:

Medias      martes y sábado

Camisa      domingos y días feriados

B.V.D. todos los sábados

Mi marido se diferenciaba del dentista y del cobrador del banco, en que se cambiaba las medias un día sí y otro no, el B.V. D., dos veces por semana y las camisas de seda el domingo. Los días corrientes llevaba camisa de céfiro a rayas y cuando se le ensuciaban los puños les daba vuelta.

Dócil a la tiranía del baño, del almuerzo y de las camisas, terminé por reemplazar a la cocinera y a la lavandera en las grandes solemnidades. Así, cuando era su cumpleaños me tocaba deshuesar el pollo y preparar la mayonesa y cuando tenía comida con sus amigos, planchaba las camisas.

Yo debía tener la cara de resignación estúpida con que representan en algunos espantosos cromos a la Virgen de los Siete Dolores. Y mientras mayor era mi resignación, subía la marea de sus exigencias: de fregona de adorno, pasé a ser fregona obligatoria. Ahora exigía medias limpias y menú variado todos los días y en cuanto a camisas era más tirano que Mussolini, porque este se conforma con su camisa negra.

Un día –el último de esta historia– quiso salir hermoso como Rodolfo Valentino y me falló la camisa. Se puso solemne, se puso más trágico que cuando declamaba. Parecía un diputado a la hora de pedir un reloj para la plaza de su pueblo.

Todos tenemos (hablo de los seres inteligentes) un salvavidas que nos saca a flote en las horas desesperadas. Yo tenía un salvavidas de humorismo insospechado. Al verle los ojos encandilados, las manos crispadas, el gesto agresivo y los rizos sobre la frente, no tan solo me desmoroné de risa sino que le dije con mucha guasa:

— Vean al príncipe de Gales.

\* \* \*

Dos días después, viendo que el poeta de los ojos dorados no aparecía por casa, no lloré ni me tiré el cabello como las damas antiguas. Yo soy mujer moderna que baila el “charles” (esa danza terrible que es como si se te pegara un papel con miel en el taco, lo quisieras sacar en el otro pie y se quedara, así hasta el delirio, hasta la epilepsia), va al cine y frecuenta la opereta. Conseguí un hombre terrible, un hombre corrosivo como el ácido muriático y comprendí entonces lo que vale un amante sobre un marido y establecí esta fórmula:

Un amante es un hombre que se conforma con todo.

Una amante es una mujer que no se conforma con nada.

¿Y mi marido? me preguntarán aquellos a quienes les gustan las anécdotas hasta el final.

Hizo todo lo que hacen los maridos en estos trances. Cada vez que se encontraba con algún amigo, hacía la víctima y decía que yo era una... Una palabra bastante conocida y que se estampará en las revistas del siglo XXI, pero que ustedes que viven con un siglo de adelanto la adivinan.

## EL VIAJE DE BLANCA LUZ A MÉXICO

Fina y fuerte como la hoja de una espada, plena de juventud y alegría, toda ella la encarnación de la fuerza y de la gracia, llega al turbulento México la querida Blanca Luz, la mujer más revolucionaria de América.

Lima, nuestra burguesa y beata ciudad, supo de sus arranques y de sus rebeldías. Por eso, por considerarla una planta rara y venenosa, fue alejada de este medio solo propicio para la mala yerba. Las fuertes emanaciones de esta planta contrastaban con el aroma del bendito sahumerio y su gallardía literaria era un reto para las viejas literatas de esta tierra sembradoras de virtud y de moral.

La brava tierra mexicana acogerá a Blanca Luz como ella lo merece. Su salvaje cabellera, desafío del viento, su voz, clarinada de guerra, sus brazos, dos banderas ondeando en el aire; toda su figura de heroína del futuro encuadra bien en esa tierra de rebelión y de grandes y futuras reivindicaciones, pese al licenciado Portel Gil y a su pacto con la Iglesia.

Las mujeres de América, las que no llevamos sobre los hombros el yugo de la religión ni de la moral burguesas, vemos en Blanca Luz a la mujer de lucha que, mediante el estudio y la preparación, ha de ayudar a conquistar los derechos por los que estamos luchando las mujeres de este continente.

Repito que Blanca Luz lleva en sí todas las fuerzas: las del talento, la belleza y la simpatía. Como poetisa y como mujer, sabrá ganar grandes triunfos para la causa a la que se ha consagrado. Militante de las primeras filas —cuando ya esté perfectamente preparada— está llamada a un gran papel en los días álgidos que se avecinan.

Pequeña Blanca Luz, grande hasta en tus defectos: las que te conocemos y te comprendemos, las que creemos y esperamos en

ti, te animamos desde aquí con todo el entusiasmo de que somos capaces y te decimos estas dos palabras: estudia y lucha. Creemos en la siembra de tu mano y esperamos las flores rojas del futuro para los arcos del triunfo de los ejércitos de mañana.

## LA SONRISA DE JOSÉ CARLOS

José es la redención del Perú. Su vida grande y pura un ejemplo para la hora de vergüenza que vivimos. Vivió como quiso, es decir de la manera más noble, y no como quisieron los demás. Fustigado por la vida y perseguido por los que le temían, no conoció nunca el miedo ni el desaliento, por eso fue un vencedor. Luchó durante todos los minutos de toda su existencia, hasta cuando la muerte le hirió.

No necesitó palabras para hacerse oír de los humildes sobre cuyos hombros llegó a la última mansión. Su vida heroica fue su único discurso escuchado hasta el último rincón del país por millares de seres que estremecidos hoy por la muerte del Maestro esperan su hora.

Los que estuvimos y estemos siempre con él, ya conocemos una ruta por la que habrán de seguir nuestros hijos, la nueva generación.

Si quemó su vida en llamaradas de amor y de fe, ávido de encender cerebros y corazones, la roja antorcha que prendió para alumbrar el sendero pasará de mano en mano triunfadora entre las falanges de los hombres de hoy que no saben temblar, que no saben suplicar; que solo saben que el mañana es suyo aunque tengan que dejar girones de vida en el sendero.

José Carlos no ha muerto. Queda para nosotros como un ejemplo y como un mandato. José Carlos fue un símbolo, hoy es una señal.

¡Risa luz de José Carlos! Le brotaba del alma y le llegaba a los ojos hecha llama. Por sobre su miseria física, por sobre la miseria moral de los otros, que siempre le acechaba, su risa extendida como un sol.

Risa que alumbró todos los caminos, que iluminó todas las inteligencias, que confortó todos los corazones. Era la aurora de mejores días presentidos por él; era su bandera, su canción.

Yo veo más que el rostro, la risa de José Carlos optimista, triunfadora. Era toda una gama: la bondad, la ternura, la ironía, la burla, la expresaban sus labios finos y maestros en el arte de reír. Y cuando la risa pasaba de los labios, se adentraba, eran gorjeos de pájaro loco, seguro de su libertad a pesar de su prisión. ¡Cuánta alegría, cuánta fuerza, cuánta fe!

Es que para reír así se necesita haber visto la verdad a la cara sin temblar. Solo ríen así los héroes y José Carlos fue gran héroe. Pudo haber escogido el camino de mártir, pero le repugnó. Era demasiado fuerte y el martirologio está desacreditado.

Triunfador, vencedor, esa fue su arma más peligrosa. Con ella fustigó cobardías, con ella alentó y abrió derroteros desconocidos a los hombres nuevos. Los que marchan por los caminos vírgenes, van riendo con la risa del Maestro.

Rió siempre, rió en todo momento, hasta instantes antes que la muerte llegara. ¡Me imagino su gran risa desde adentro de la caja al contemplar a la Lima carcomida santiguarse al paso de las banderas rojas y de los fuertes sonos de la Internacional! Debíó haber sido su risa definitiva.

José Carlos; al golpe de tu risa se ha abierto un Mundo.

## CRÓNICA DE LIBROS

### ***Religión de amor y de belleza* de María Lacerda de Moura**

Hemos recibido este hermoso, diáfano y valiente libro de la idealista brasileira María Lacerda de Moura.

Escrito con lenguaje de poeta y pensado con cerebro de filósofo, este libro viene a ser un Evangelio Nuevo que debieran leer todas las mujeres.

Pocas veces es dado ver que una mujer se levanta del sitio de espectador pasivo que la tradición y los prejuicios le asignaron para fustigar a la sociedad y sus vicios. Y es que en María Lacerda de Moura se amalgaman un temperamento de insumisa y un alma de soñadora. Ella se describe a sí misma y a su obra en estas hermosas y vibrantes frases:

En este libro, páginas de Arte y Pensamiento, quiero probar que si me armo a veces con la clave fuerte de la verdad para combatir prejuicios, si uso del lenguaje arrojado de los apóstoles contra la sociedad corrompida, si empuño el gladio temerario y la coraza de los guerreros, si sé blandir mis armas contra los detentadores del bienestar colectivo y contra las miserias del vicio y del egoísmo, también se hablar el lenguaje cariñoso del corazón, el lenguaje de los paladines del Sueño.

Y así, con lengua de fuego que enciende los corazones y reduce a pavezas las mentiras y los convencionalismos; así, con palabra candente llena de alma, de fe, de luz, María Lacerda de Moura enriquece la valiosa antología de la América de nuestros días, no con un libro más, sino con un libro perdurable.

São Paulo, 1926



## ***Hombres y máquinas de Larisa Reissner***

Una mujer y un libro, una vida y una obra; pero una mujer de esas que todavía nuestros ojos no se acostumbran a ver, que es necesario hacerse sombra con las manos sobre los ojos deslumbrados para que no nos cieguen los rayos que proyecta. ¡Qué mujer y qué obra! Esa es la expresión del que febrilmente va volteando las páginas y enarcando las cejas. Mujer del futuro, obra del futuro destinada a caer en las manos jóvenes y a revivir en retoños plenos de verdor y de fuerza en los campos soleados donde ya brilla un sol de justicia tan fuerte como los ojos de los hombres nuevos.

### **En el frente**

Dedicatoria: Surge la guerrera, la mujer que luchó con las armas en la mano y con un fuego vivo de redención en el alma. Dedicatoria llena de brío, de fiebre, de amor a la causa de la revolución, es lección, credo, arenga, himno de una mujer que vio la muerte como la saben ver los héroes y que casi, aparentemente, parece desconocer su sacrificio, porque todo su pasado y su futuro marchan hacia la persecución de la estrella roja de la justicia, no solo para Rusia sino para todos los pueblos oprimidos del mundo.

El baile de las tribus: La artista: su descripción de las danzas de las tribus de Cabul, del músico, muestran a la mujer dueña de una fuerte cultura, poseedora de un alto sentido del arte. Amalgama color, ritmo, forma. Descubre en la tribu el arte y su forma de expresión: la danza, un vértigo, un arranque de libertad, dos brazos esclavos que se desprenden de las cadenas y se tornan alas magníficas. Y el canto ¡qué canto! Himno de odio de las razas oprimidas del Afganistán hacia el imperialismo británico: “el inglés nos despojó de nuestras tierras pero pronto lo despojaremos de ellas y reconquistaremos nuestros campos y nuestras cabañas”.

La casa de las máquinas: Mujer y revolucionaria: entraña que se conmueve y nervio que vibra y estalla en un odio hacia la máquina que convierte al hombre en otra “máquina de dos patas”. Siente el pulso de la máquina y ausculta su corazón con ojo de médico y habilidad de mecánico. Profesión de fe de odio al capitalismo y augurio de mejores días para el proletario de mañana. ¡Qué odio y qué burla para el capitalista “indecentemente gordo, lleno de pliegues y dobleces”, “apretando la mano sobre el sitio donde, debajo de sus mantecas y franelas, debiera tener el corazón”. Larisa es una caricaturista demasiado cruel por ser demasiado humana.

Vanderlip y Lenin: Qué página tan mordaz y tan hermosa. Solo sabe ser tan mordaz y tan humana una mujer. Se necesita pasión para poder escribir así. Vanderlip frente a Lenin. Estados Unidos frente a la URSS es un bruto cargado con barras de oro que jadea y cae ante la mirada de la inteligencia. Los ojos de Lenin, descubridores de mundos futuros, “burlones y diablescicos”, hacen agachar los ojillos usureros del Tío Sam y dirigirlos a republiquillas en donde recién comienzan a surgir los hombres que animan las llamas del odio proletario contra los Vanderlip, vampiros rubios del sudor y la sangre del obrero.

### En el país de Hindenburg

Un paseo por el país de Hindenburg, por la Alemania sin Kaiser, pero todavía militarizada. Hombres, mujeres, fábricas, casas, cosas, todo parece que obedece a una voz de mando: izquierda, derecha, alto. Larisa ha querido principiar su paseo por los mulladares, esto es por la prensa burguesa, en donde se mastica, se digiere y se arroja el excremento de las ideas, sobre las masas que no quieren darse la molestia de probar sus dientes. La misma náusea que experimenta el espíritu rebelde cuando abre una de estas

hojas podridas, dobladas ya con mil dobleces antes de salir de la máquina, como los espinazos de los que las dirigen.

Las asquerosas moscas de las noticias vuelan por todas partes en negros enjambres y van dejando su pringue sobre todas las blancuras. Larisa dice “sin la ayuda del *trust* periodístico, el Gobierno jamás hubiese conseguido succionar a las masas de la clase media aquella partida de millones que los empréstitos de guerra devoraron”.

Junkers: Como todo capitalista aliado al imperialista, Junkers supo construir ayer máquinas destructoras de guerra y sabe adaptarse hoy y hacer aeroplanos que llevan la etiqueta inofensiva de Correo. Junkers servía a su patria antes del tratado de Versalles y sirve a Francia después. El patriotismo para Junkers como para Krupp es cuestión bancaria y su ciencia y su producción capaz de todas las metamorfosis; si ayer se construían los cañones Berta, pues hoy la fábrica se dedica a hacer juguetes, quizá soldaditos de plomo para los niños alemanes, si es que estos niños como sus padres no siguen soñando que “algún día, a una hora determinada, predestinada por los hados, el ejército rojo cruzará la frontera y hará para Alemania la revolución que el proletario alemán no se decide a hacer”.

En los campos de la pobreza: Verdaderas aguafuertes estas que pinta la valiente escritora. Estos lugares de miseria donde “viven” los pobres, en donde las mujeres con su cubo y su estropajo quieren ablandar los caserones hostiles, en donde un zapatero tullido arrastra su miseria sobre muletas, en tanto que los niños pretuberculosos tienen echada al cuello la cara de la muerte. Es aquí donde los pobres oyen una voz que dice “¡aprende a sufrir sin lamentarte! ¡No olvides que el orden gobierna el mundo!”.

Una miseria igual aunque distinta a la del “zapatero y su mujer” es la de Frau Fritzke, la mujer que salvó del hambre a sus hijos

durante la guerra, la que año tras año entregó su cuerpo como carne de negocio. “Sus pechos que zarandearon como se zarandea la cadena del retrete, estos pechos ahora lacios que parece que fuesen a desparramarse como dos charcos de carne pálida”. Esta pobre mujer a la que el Estado roba a sus hijos ya crecidos y los separa de la pobre madre por desvergonzada, siendo inútiles lágrimas y pruebas.

¡Y la cruz de hierro! Herr Boss, el hombre que ha servido durante toda su vida al Kaiser; el que después de la guerra, cuando ve salir de su casucha uno por uno todos sus muebles, todavía cree en un Dios y en una justicia que se apiadarán de él; el que entregó todo su oro a la patria, el que para leer el *Diario Obrero* tiene que pagarlo con lo único que posee ahora que solo la tumba le espera: una cruz de hierro en la que se lee: “Por servicios auxiliares de guerra” ¡G.R. –Guillelmus Rex– y encima una corona!

Zapatillas: Se llama otra de estas aguafuertes en las que Larisa nos pinta a una vieja obrera en zapatillas, oficio sobre el que ha vivido doblada toda su vida y que ha legado a su hija. La vieja es desconfiada de todos y de todo: de socialistas y de comunistas. Pero hay una revelación que se hace luz por entre las telarañas del cerebro de la vieja cuando sonrío orgullosa y dice, mirando las anchas espaldas de su hijo obrero, “¡Mi hijo está en huelga!”.

Termina Larisa su visita a los campos de la pobreza presentándonos un matrimonio. ÉL COMUNISTA Y ELLA CATÓLICA. En esta descripción, mejor que en ninguna otra, está pintada de cuerpo entero la fuerza de esta mujer. Un hogar pobre en el que se amalgaman todos los vicios de la burguesía: concupiscencia, ignorancia, religión, representados por la mujer y la familia de esta y que quieren ahogar y humillar al obrero y al apóstol, quien después de intentar abandonar tanta miseria sufre la humillación de volver atraído por su pequeña hija para salvarla de tanta ignorancia.

## Krupp y Essen

Essen fue otro día campo de las hazañas de Krupp, cuando la criminal jornada 1914-18. Fue bajo su cielo donde se construyó todo el material bélico con que Alemania, por su parte, contribuyó a ensangrentar el mundo. Essen no siente hoy ese vértigo de producir la muerte; el amo y señor de ese dominio, un Krupp, amorozado y maniatado por el tratado de Versalles deja de producir cañones y se dedica con su misma febrilidad de comerciante a crear dentaduras postizas y juguetes. Naturalmente que en la casa Krupp hay crisis, pero también hay métodos para combatirla; el ahorro impone a los señores la despedida de dos ayudas de cámara lo que da fuerza a su conciencia para dejar en la calle, muriéndose de hambre a diez mil obreros.

Aliado de Krupp en el arte de sembrar la muerte es el millonario Hugo Stiness que últimamente nos visitara: en los escasos palmos que las fábricas de Krupp dejan para sus moradores, Stiness ha hecho viviendas que son verdaderas trampas para las vidas de los obreros.

## Carbón, hierro y hombres vivientes

En la tierra del platino: Las manos tiemblan al pasar las páginas ante el desnudo relato que hace la escritora de los procedimientos para extraer el platino de las entrañas de la tierra. Ella siente el dolor del hombre chapoteando dentro del barro y durmiendo como una bestia en su insaciable sed de metal blanco; ella ve arrastrarse los fornidos cuerpos de los hombres que se convierten en piltrafas en su afán de conseguir unos granos del codiciado y precioso metal. Siente la corazonada de que este amor puede engendrar el odio y aun la amenaza, envejecido tras largos años de excavar la tierra

y a quien le queda como última riqueza una enfermedad mortal y la sala de un hospital.

Carbón negro y blanco: En este capítulo, mejor que en ningún otro, se revela de un solo trazo, la grandiosa figura de la artista, la revolucionaria y la mujer. Sus ojos de luz penetran en las cavernas donde vive el carbón y en las que los hombres luchan por arrancarlo de la tierra. Ella ve el juego de la vida y de la muerte en los subterráneos; ella escruta las miradas de los hombres en las tinieblas sin fin; ella llega a la pulsación de las arterias y a los latidos de los corazones en el momento en que el peligro, la falta de aire, hace que todos los hombres se miren con una mirada que no necesita palabras para explicarse, mientras que los pies, acostumbrados a correr en la negrura, se escapan en busca de los escalones conocidos por donde la mina tiene un respiradero a cuya boca luchan por llegar los rostros jadeantes de los mineros.

Páginas humanas, escritas con corazón de mujer. No obstante el árido asunto, hay en ellas una belleza tan grande, una tan refinada percepción de esta grandeza, que, sin quererlo, se traducen en figuras de enorme valor artístico.

La revolucionaria sostiene aquí una lucha consigo misma; duda de la vida de noche eterna de estos hombres; quiere culpar a alguien de este dolor transmitido a los hijos de los hijos, donde nace un 90% de niños tuberculosos; pero le alienta un mañana sabio y justiciero que destella luz en tantas sombras, y por entre tanta negrura surge un rayo de luz, tembloroso como el de una estrella. Larisa Reissner, va y viene por esta cárcel de negrura como una luciérnaga, derrochando luz entre los *habitantes de las sombras*.

Ella que ha bajado a las minas de carbón, que ha absorbido el hálito de los humos de las fundiciones, que ha visto en Gorlowka, la lucha del nuevo obrero ruso, estrechadas sus manos con las de la muerte, ella tiene fe y esperanza en el fuerte porvenir de Rusia y

termina sus grandiosas páginas con estas palabras: “¿Quién será tan ciego que no vea que el país de los soviets se está llenando de victoria y de paz?”.

## BLANCA DEL PRADO (1903-1979)

*EN EL AÑO 2004, Jorge Cornejo Polar, destacado crítico literario, publicó un artículo sobre Blanca del Prado que reproducimos parcialmente por considerarlo un importante reflejo de su obra y personalidad.*

*“En el 2003 se cumplieron cien años del nacimiento de la escritora Blanca del Prado (Arequipa, 1903 - Córdoba, Argentina, 1979). Ni ceremonias ni homenajes recordaron la fecha a pesar de la extraordinaria pureza de su voz lírica y de que en su obra la presencia del Perú es piedra angular. Tal vez el que gran parte de la vida de Blanca transcurriera en Córdoba, donde publica casi todos sus libros, explique el olvido. Pero no lo justifica por cierto. Las líneas que siguen quieren precisamente recordar la figura y la obra de una poeta que no debe ser olvidada.*

*“Blanca del Prado, que había nacido en Arequipa en 1903, se trasladó más tarde a Lima donde frecuentó asiduamente a José Carlos Mariátegui, quien no solo la distinguió con una amistad especial sino que reconoció la calidad de su poesía. Es en ese entorno donde conoce al pintor argentino de origen italiano José Malanca con quien se casa en 1930. Poco después el matrimonio se instala en Córdoba, donde había nacido Malanca. En esta ciudad, su segunda patria, pero con el pensamiento y el corazón puestos en su Arequipa y en el Perú, se escribe la obra de Blanca del Prado.*



*“Dos líneas sostienen temáticamente la estructura de la poesía de Blanca del Prado en sus primeros libros: Caima (1933), Los días de sol (1938). Una es la aproximación entrañable, casi religiosa al paisaje natal. La otra, una evocación nostálgica de personajes y circunstancias de su querida Arequipa. Los libros siguientes, En todos los olvidos (1946), y Cuentos Poemáticos (1947), renuevan esta visión mágica del mundo natural y aunque no se la mencione, el recuerdo de la tierra sigue jugando papel importante. Los dos últimos libros –Yo no quiero mirar la primavera (1968) y Elegías (1979) – dan cuenta de un cambio mayor. Y es que en 1967, al morir su esposo, la cristalina voz de Blanca se oscurece, el tono elegíaco predomina y revela la intensidad de un gran amor al que la muerte del amado ha sumido en la desolación. Lo que no cambia es la forma. De comienzo a fin su obra está escrita en prosa poética, modalidad difícil que Blanca maneja con maestría admirable”.*

*“Unas palabras finales para Elegías; testimonio de inmenso dolor ante la muerte del esposo, estas prosas poéticas están lejos de la queja sensiblera o el lamento melodramático. Estamos solo ante la pena honda transfigurada en alta poesía. ‘Yo no quiero mirar la primavera’, el intenso poema inicial da la tónica del libro: ‘Yo no quiero mirar la primavera, yo no quiero mirar siquiera la paloma llevando esos días azules en el pico. Ido el amado todo parece perder sentido’”<sup>1</sup>.*

*Amauta recoge los poemas y cuentos titulados “Caima” de Blanca del Prado, con ilustraciones de Camilo Blas y Julia Codesido.*

---

1. Jorge Cornejo Polar, “Blanca del Prado, una figura olvidada”, *Expreso* (Lima), (20 de junio de 2004).

## CAIMA

Huertos, flores asomadas en las tapias para mirar los caminos; su Norte: una Virgen con veinte faldas; su oración, una plaza con sol, con flores y con caminitos de sillar; su Vida, un cura asmático que canta tosiendo, con sobrinos, con jardín de claveles que aroman hasta la sacristía; su Porvenir y su canción: los trigos que eternizan el día en su juego con el viento a hacer mar, y las familias numerosas de los gallos que picotean el día en las puertas; su Temor: todo lo que no comprenden; por ejemplo, Dios; por ejemplo, los *ccalas*; por ejemplo, que no llueva.

A Dios solo lo sienten en diciembre porque nace; y se alegran porque el burro y la vaca que calientan al Niño, se parecen al del compadre fulano y también es igual a la vaca del sacristán... ¡Y el pesebre!... Es igual a las casas de todos. Y cada uno siente que el niño no ha nacido en la iglesia, sino en su casa, junto al llanto y los mocos de los chicos, junto a los perros, cerca de la chomba de la chicha, pegado en las pajas de la era de cada uno, sobre el mantel dominguero, y quizá junto a la guitarra.

Solo en casa de las sobrinas del cura no ha nacido el Niño o no ha nacido igual; el Niño ha nacido cerca del piano, bajo el retrato del papá, de la mamá y del tío, en el veinte peldaño de una gradería.

¡Oh! En casa de las sobrinas del señor cura, ha nacido Dios (el Dios que castiga) pero no el niño Dios.

Sin embargo, los mejores, han sentido nacer al Niño, maravillosamente Dios y maravillosamente Niño, en una parte mejor que todo, en una parte más grande, que no pueden determinarla... ¿dónde?... tal vez... ahí... tal vez atrás de la iglesia... por los campos puros, por los campos abiertos como para recibir el infinito... ¡Campos por donde las campanas se van al cielo!

También a la Virgen la comprenden más el 2 de febrero, porque como “ellas”, ese día se cambia sus veinte faldas.

¡Caima: sus muertos vivos en sus flores, en sus mil nidos del Cementerio!

Caima: Zamácola.

## Canto

Rosa, jardín, paloma, viento, niña, nube, cielo, azul, sol, agua, canto, madre, padre. Palabras que se abren claras rompiendo los años, alrededor de mi casita de sillar desde este rancho de adobe; palabras niñas que se toman de la mano haciendo ronda a mi pueblo; palabras que salen de mis ojos, camino a la voz de mi padre.

## Yanahuara

—Semanat—

Los cántaros —muchachos vacíos— cuesta abajo, sobre los burros, cantando que van por agua; mi sombrero huachano volando por el corredor ancho que da a la chacra, buscando mis rizos: una carrera en el aliento del alba, pisando botones de oro y estoy en el *pucquio*, ayudando a sacar agua a los *ccoros* que se la llevan toda la mañana y ella se da, para todos, infatigable, como una hermana de Dios; y la que no recoge nadie, se va por el camino de los berros que el sol abrillanta y los cántaros sobre los burros vuelven a subir la cuesta, callados, como si hubieran comulgado.

Dejo esto, y con el sombrero en la mano, pues no me sirve sino para pasar la puerta e indicar que no estoy en la casa, voy al río, al sitio de las lavanderas que suenan las ropas enjabonadas en las piedras brillantes y en sus palabras que *ccalchan* la vida de la Juana desde la raíz, más profundamente que si *ccalcharan* el maíz.

Me descalzo, dejo los zapatos en una orilla y *chimbo* gozosa de ver cómo mis piernas no tienen forma en el agua clara y cómo espanto los *occollos*, mientras los *tanccas* y los jilgueros picotean lo que no tiene forma sobre el agua...

En la orilla del frente, hay un campo de papas, y otras mujeres –la Rita y la Eudocia (que viven junto al pozo)–, y están *pallapando*; yo naturalmente, como las conozco y soy una *ccalinchi* las ayudo, en cambio, ellas me regalan *huiros* que voy a chuparlos, parte en un atajo de maíz y parte sobre una tapia grande, desde donde veo insolentemente la población que no me gusta, porque está el colegio, porque las casas tienen vagas noticias del sol y luego, desde aquí, subiría a cualquiera de los tres volcanes, porque ya no se les ve de cartón y son más azules que cuando los recuerdo entre cuatro paredes en el cinema, y las voces de mi padre y mi madre tienen sonido a *paccha* lenta, acá, mientras que en la ciudad suenan como en el salón y yo parezco una visita.

No, no me gusta la ciudad y no quiero mirarla, por lo que volteo a una ronda con árboles y mi niñez, sin más pensamientos, se sube a ellos como un pájaro a cantar en mil sentidos sin sentido.

Luego el pozo: una *huaccacha* para arrugar el cielo que se pinta en el fondo y nadando, nadando soy tan radiantemente feliz en el agua, en el aire y en el cielo, que algo se agranda tan únicamente, que el pozo ya es más grande que el mundo; lo misma les pasa a mis hermanos mientras nos hacemos los interesantes ante unos chicos que no saben nadar y desbordamos el agua de tal manera que alguna gente desearía que entre el cuidante.

En la casa: las doce: olor a jazmines y a *timpo*, me reparto en los dos y almorzamos riendo.

De tarde, otra vez sin rumbo, sol alto alumbrando nuestras correrías: “buenas tardes nos dé Dios” por entre las bocas y los ojos y las manos abiertas de los campesinos, “buenas tardes nos dé Dios”,

desde los pendones rojos de las picanterías, “buenas tardes nos dé Dios” en los colores de los toros, sobre los alfalfares. “Buenas tardes nos dé Dios” hasta el regreso, junto a la blancura de las ovejas en rebaño y entre la tintorería roja del crepúsculo.

Las 6: nuestro regreso, mi padre conversando con el viejo coronel del frente, desde la verja enredada en mutiflor, una fogata encendida en las faldas del Misti: “Se están descosiendo estas faldas”, pienso, mientras ladran en todas partes los perros, al ladrón silencioso que se está llevando al día.

## **Tingo**

Militares, cantinas, pianolas y así el aire un poco profanado destroza la soledad de todos los sitios, y el agua que alardea de abundancia y rumor es pedante y hasta habla en inglés, no la entiendo.

Además, el tren que se detiene para ir a la costa, deja desde muy temprano una vana espera de algo que no promete del todo, y es como si el aire estuviera de paso también. A su regreso, en el atardecido, las tingueñas lo esperan pololeando en la estación, pero él no les deja nada, sino una noche inquieta que no logran calmar las pianolas.

Sin embargo, hay pureza en los patos, hay candorosa en el lago; hay maravilla en los árboles; hay sol elegante en la alameda, y hay campo, ingenuidad, gracia al otro lado del río, donde mi canción se acomoda como un villancico, después de saludar rápidamente a este tingo, chacarero de reloj y cadena.

Y en este cerrito de Pascua –Sachaca–, en esta rondita de Dios, palpo íntegramente con mi mano pequeña, su pobreza, sus pies descalzos y su fe, en lo más alto, dentro de su iglesita humilde, pobre y tímida como el corazón de un Tacna. Y me dan ganas de buscar ahí algún pastor que fue a Belén o de poner todo esto, hasta mi ternura.

## POEMAS CAIMA

Te amo con todos los amores y mi juventud es santa y diabólica en tus manos.

Mi alma es un canto que se va a Dios por tus ojos y mi cuerpo el signo mayor que señala al mundo y amo bella y candorosamente al hijo tuyo que nace cada noche en mis sueños color de estampas de Nazaret.

Nuestra pasión ha roto el pecado y del dedo índice de los caminos parte de la tierra al cielo en este ritmo por conocer a Dios.

Yo broto del latido de tus venas y del canto de tus pensamientos y así soy mujer que acuna y mujer que goza.

Me siento un mundo creado por ti. Estoy completa. Soy cuerpo y alma y veo tu corazón y tu deseo en las estrellas y en los sueños.

1929

## POEMAS CAIMA

### **Pueblo**

Los días no pasan en el pueblo; están apoltronados en las ruinas de las fes que, no obstante, todas las albas llaman a misa temblando de frío.

Veinticuatro sombras que pasan por las mismas cosas.

En las iglesias, por las claraboyas, las golondrinas llevan a Dios los mismos rezos viejos, tibios, sin fecha, con anhelos pálidos.

Un zapatero clava los mismos pasos rotos.

Los colegiales echan sus inquietudes a la acequia; pero no hay tiempo para ponerlas en un barquito de papel.

Las dos de la tarde colgada siempre de la albura de la ropa en los cordeles de los patios. Lavaza muerta, azulada, sin espuma.

Las plazas siempre en domingo, benditas, hastiadas.  
En los vidrios, crepúsculo.  
Las ocho.

Arequipa, 1929

## A B C

Y mis siete años, de un armario celeste lleno de pizarrines, salen de una palmeta rota.

A B C. Y mis siete años, sentados en un cuarto de tiza en el fondo negro de una pizarra grande, quieren los unos blancos para bastones de mis muñecas y las oes para hacerlas rodar como aros.

A B C. Y mis siete años se han quedado en los colores de los caramelos en una tienda de mi barrio, mis rizos castaños colgados de una recitación en el santo de madre y el miedo a los temblores, empolvado, sobre los sillares de un pilar ruinoso.

Mis siete años corren todavía en el agua muda de una acequia angostita en el jardín, sobre una hojita madura de sauce.

A B C. Y el gato hace reír aún a mis siete años con sus bigotes.

A B C. Y la angustia de una liga ancha que deja caer mi media.

A B C. Y la noche formando ángeles en el silencio, ángeles que caminan por las labores de la abuela en el día.

Y en A B C el viento del cuento se lleva también los besos de mi padre.

## POEMAS CAIMA

### 3

Mañanita serrana. Dios en el alba. Mañanita serrana: tanca galanteadora en la flor del durazno; polvo del camino blanco de los

carneros; porvenir en las lampas de los peones. El mañana en los surcos. Charanguito temprano que acomoda un amor en yaraví. Mañanita, mañanita serrana, retama al sol que florece en mis ojos.

#### 4

Desordenado cuento celeste para tus ojos colegiales: quince años: anémicos estudios lentos de piano: flores en el mes de María; rezos cansados en las ojeras de la monja; corredores: cantos que se quisiera oír; palabras nuevas que se quisiera palpar; llantos y risas sin camino; en los rostros mayores sombras y gestos... y el secreto y la amiga... y la promesa disecada en la flor entre las páginas de un libro y lo que no se sabe que se quiere camino a todo el mundo en las alas de un pájaro.

Desordenado cuento celeste para Ida.

Arequipa, 1929



**CARMEN SACO**  
**(1882-1948)**

*LA CORRIENTE INDIGENISTA* tuvo en las artes plásticas una importante expresión a través del grupo de intelectuales y artistas dirigido por José Sabogal (1888-1956), en el que destacaron varias mujeres: Carmen Saco, Julia Codesido, Teresa Carvallo, Leonor Vinatea Cantuarias, Carlota Carvallo de Núñez, Alicia Bustamante y las hermanas Izcue, entre otras.

Al referirse a Carmen Saco, José Carlos Mariátegui en “*Las corrientes de hoy. El Indigenismo*”, señala que la escultora “ha llevado en sus estatuas y dibujos de indios el más válido pasaporte de su arte”. También menciona su presencia en una carta que le dirigiera a su amigo Samuel Glusberg, el 21 de noviembre de 1929, donde le cuenta que cuando la policía allanó su casa ubicada en la calle Washington, fueron detenidos “el pintor Ricardo E. Florez, el escritor José Diez Canseco, tres estudiantes del Seminario de Cultura Peruana, el secretario-administrador de Amauta y estudiante de Letras, Navarro Madrid, un mensajero de la revista, la escultora Carmen Saco y el joven pintor Jorge del Prado”.

En Amauta publicó varios artículos referidos a temas artísticos, y a su visión sobre artistas del momento. En el que le dedica a Émile Antoine Bourdelle, uno de los más destacados escultores franceses de la Belle Époque, sorprende su juicio sintetizado en este párrafo: “Carece de un color definitivo y perdurable, porque su obra es la de un primitivo carente de emoción”.

*También escribe artículos sobre su viaje a Moscú. Aquí revela una ciudad distinta a la imagen que entonces se difundía colmada, de mendigos y de personas tristes:*

*Las calles de Moscú están repletas de gente que corre por el empedrado obstruido por innumerables cochecitos para una sola persona y muy originales y elegantes de forma (...) Las calles de Moscú están llenas de ruido de voces, de carreras, de gritos de vendedores de fruta apostados en filas a los bordes de las aceras. En las canastas hay uvas largas como dedos, que se llaman “dedos de jovencita”, peras, pepas de sandía en costales, frutas de todos los climas y de todas las altitudes de la inmensa Rusia. Hay vendedores de chocolates riquísimos y baratos, y de cigarrillos con muestrarios como mosaicos.<sup>1</sup>*

*En esta ciudad de cúpulas doradas e iconos, viven Mayakovsky, Gorki, Sergei Esenin y directores de cine como Eisenstein, Pouvodkino, Dovchenko y Dziga-Vertof.*

---

1. *Amauta* (Lima), N° 11 (1928), p. 32.

## LA ALTURA, ELEMENTO ESTÉTICO

### La torre Eiffel

La torre de Eiffel es la enorme aguja de fierro simbólica de nuestro esfuerzo de subir los espacios. Es la simplificadora que de un golpe nos facilita su visión majestuosa de fierro escueto coronado de nubes. A nosotros que nos arrastramos por el suelo nos da la vista osada del águila, y en nuestra vida atareada la vemos de todos lados múltiple y rápida.

Hace decenas de años la torre de Eiffel se levantó insólita: su enorme silueta geométrica sorprendió a los parisinos y a los extranjeros; era rara, incomprensible y brutal. La sensibilidad del ambiente hecha al clásico renacimiento se sintió chocada, defraudada. En vano se aguzó la montaña, todos la renegaron y se irguió solitaria batiendo en su tope un águila de colores. La precursora de los rascacielos y de las alturas sirvió desde entonces para los pequeños burgueses: para los niños que, izados en una caja de cristales, se apeaban en las plataformas para comprar chokolatines y pisapapeles. Para el espíritu quedó muda por décadas, el faro vanguardista de la nueva estética de altura y de espacio. Hoy ya nos habla, la comprendemos y la amamos. El encaje de fierro vertiginoso, alado y fino, los arcos enormes que se tragan espacios de nubes y de astros, los inmuebles, los puentes, el río sinuoso: la ciudad entera enmarcada de fierro es nuestra ya; ¿qué son al lado de esta gigante anarquista, las casas chatas de formas caducas?

Toda arquitectura que se acerque a las enormes patas, se afea, se empobrece y se anula. Hasta el enorme Trocadero con su gesto pretérito desaparece a nuestra vista.

La torre de Eiffel, que vibra en sus antenas transmisoras los mensajes lejanos, necesita estar sola, o que su ambiente sea el de los rascacielos de veinte pisos simétricos: cubos agujereados en

los que vivan colmenas humanas con emociones de vuelo en las retinas, con los cuerpos elevados por sensaciones aladas, conducidos por ascensores, que los depositen a ochenta y cien metros de altura.

La torre de Eiffel es el nuevo camino hacia “las nuevas auroras que no han lucido todavía”. Es el camino que destruye el pasado y el amor a la antigüedad clásica. Encierra todo un futuro estético basado en las nuevas posibilidades del fierro y del cemento. Renovada nuestra sensibilidad en ella, idearemos formas atrevidas, vertiginosas, enormes.

Los americanos del Norte han marchado ya por las nuevas sendas, construyendo cubos gigantes: torres de Babel acribilladas de ventanas, de las que se avizora a la humanidad como un hormiguero.

Pero hay aún más posibilidades en la forma; poliedros altísimos con azoteas sobresalientes como frondas simétricas, las escalas colosales de piedra, las automáticas de fierro que nos lleven como un juguete por los aires. En una palabra son posibles todas las formas de la geometría aplicadas a la arquitectura.

París, 1927

## MOSCÚ, LA CIUDAD MÍSTICA

Todas las manifestaciones de la vida rusa son de espíritu y de amor. Su misticismo cuelga los íconos en los muros de las calles con lámparas encendidas. Y en las manifestaciones de culto todo reviste un ceremonial litúrgico y fastuoso.

Los íconos son pinturas de santos y apóstoles vestidos de oro y de piedras preciosas. Están dibujados en un canon inmutable que alarga las figuras y las espiritualiza.

Moscú es la ciudad mística en que los hombres con barbas y cabellos de apóstol se visten de plata para incensar los íconos. Yo los he visto con los incensarios de orfebrería inclinarse ante las imágenes hieráticas y, con el humo perfumado y litúrgico, envolverlas en una nube. Yo he oído al pueblo ruso cantar en coro con voz lacerante los salmos de las ceremonias fúnebres. Era como un solo llanto, era la tristeza de dolores antiguos; la tristeza del siervo oprimido. Traían un muerto cubierto de flores, la cara descubierta, con la cruz bizantina en el pecho. Salió a recibirlo el mismo apóstol vestido de plata, y después de genuflexarse varias veces se retiró al *Iconostan* tabernáculo de oro.

Vi también un bautismo de rito ortodoxo; un sacerdote de ropas talaras y suntuosas, salió como envuelto en un nimbo de incienso, tomó unas tijeritas quirúrgicas y cortó por tres veces el cabello del niño neófito; lo lavó con una esponja y después dio vueltas alrededor de la pila bautismal cantando.

Pero este pueblo idealista no olvida el comer: come bien y tal vez mejor que ningún pueblo. Come cosas exquisitas y a un precio bajo; es un pueblo gastrónomo. En el restorán del Comisariado de Instrucción sostenido por el gobierno, se apiñan los trabajadores a las ventanillas del despacho y reciben excelentes carnes, sabrosos rellenos, caviar, leches cuajadas o calientes, huevos, etc., por cuarenta o cincuenta kopeks, y hasta por veinte, o sea veinte centavos de nuestra moneda, y una comida opípara cuesta hasta cincuenta centavos. Además hay pan a discreción y no se paga por él.

Y a las salidas de los teatros y de los cinemas, todas las pasteles se llenan de gentes que compran riquísimos panes hechos con pasas, tortas de anís, otras con diferentes condimentos, trabajadas a la perfección; dignas de un *gourmet* refinado.

El pueblo ruso es un pueblo artista que comprende por instinto lo bello, porque sabe apreciar cosas que uno cree solo al alcance de

gentes de cierta cultura. En el *kinokolo* vi una cinta extraordinaria. Una cinta de vanguardia avanzadísima, seguida por los trabajadores con la mayor atención y en silencio. Y leían diarios ilustrados y escuchaban la orquesta estupenda del inmenso *hall* de espera. La sala se llenó. Sin un asiento vacío, pasó ante la inmensa multitud la cinta de Lunacharsky, *El veneno*.

Se proyectaron en la pantalla detalles inimaginables: una oreja colosal cubrió ella sola todo, dando la impresión de montes, abismos y grietas, fue un mundo desconocido y que, sin embargo, es nuestro. Nunca sentí como entonces tan patente nuestro misterio y nuestra ignorancia. Después pasó la visión de un ebrio que ve el mundo marchando de cabeza. Las piernas y los pies para arriba; eran como ramas que se agarraban a una viga del techo o se desplazaban velozmente. No parecían apéndice de un ser, eran como animales dotados de vida propia, como si se hubieran independizado del hombre. Y como en la vida, se proyectaron cosas paralelas y opuestas, contradictorias. Al lado del drama de la muerte llamada por una pasión enloquecedora, la vida serena de los peces que dan vueltas en una redoma de cristal; una redoma gigante con una agua fantástica, en la que los peces movían sus aletas, yendo uno tras del otro, o agitaban la falda transparente de su cola. Y después más pequeñas y simultáneas, pared de por medio con el drama en la cámara oscura en la que se adivina la lucha y aparece entre las sombras, la mano homicida o el gesto de la agonía.

Los films de Moscú han alcanzado en fotografía el puesto de vanguardia. Todas son de propaganda bolchevique. Tienen colores fuertes o sombríos, envuelven las figuras dándoles un relieve de escultura. Los opuestos de blanco y negro tienen contrastes que emocionan. Es el arte fotográfico en todas sus posibilidades. Y ningún país del mundo ha alcanzado en fotografía tal perfección, tal arte.

Las calles de Moscú están repletas de gente que corre y el empedrado de ellas obstruido por innumerables cochecitos para una sola persona y muy originales y elegantes de forma. Son cochecitos zaristas, tirados por caballos maravillosos de color, de forma y de paso, con largas crines ondeadas que flotantes les caen sobre los ojos, les cuelgan del cuello, les arrastran de la cola hasta los cascos, largas y ondeadas como las cabelleras de las mujeres. Tienen colores fantásticos. Son o todos negros o todos dorados o blancos nítidos con manchas rojas como las vacas. También un paso muy elegante, muy estilizado.

Las calles de Moscú están llenas de ruido de voces, de carreras, de gritos de vendedores de fruta apostados en filas a los bordes de las aceras. En las canastas hay uvas largas como dedos, que se llaman “dedos de jovencita”, peras, pepas de sandía en costales, etc., frutas de todos los climas y de todas las altitudes de la inmensa Rusia. Hay vendedoras de chocolates riquísimos y baratos, y de cigarrillos con muestrarios como mosaicos.

Esta multitud que pulula y que vocea va vestida de una manera uniforme y sobria; las mujeres con pañuelo a la cabeza, algunas con gorritos de encajes, otras con turbantes de seda. Pero no hay lujo parisién ni chic, ni una faldita plisada, ni un par de medias de seda. Solamente medias de hilo o de algodón. Algunas las llevan cortas como los calcetines de los hombres; las piernas magníficas adquieren con la desnudez un carácter de franqueza casta. Hay tan poca elegancia que mi modesta y usada capa de lana negra detonaba en este ambiente. Miraban boquiabiertos y decían “*Fransuska*” a mi paso. Los hombres en general van de blusa y botas altas de cuero fino de Rusia, que a gran distancia emanan un perfume exquisito: una nota originalísima este olor que se extiende por toda la ciudad, olor que acompaña a veces a las personas de vestidos más astrosos. Van también por las calles, caucasianos de blusas blancas

y bordadas de rojo, y tipos parisinos; pero son casos raros, se les mira con extrañeza, porque la generalidad de las mujeres lleva pañuelo en la cabeza o un turbante de seda enrollado. Los pañuelos son muy bonitos de color, verdes, blancos, negros, floreados y con fleco. Y las medias cortas con los preciosos gorritos de encaje dan a las mujeres apariencia de grandes muñecas rollizas. En cambio las mujeres de botas altas como granaderos tienen un tipo varonil. Pero, en fin, se adivina en esta inmensa multitud el optimismo. Es el mundo triunfante del trabajador, el que es el dueño de la ciudad y todo lo que hay en ella es para él.

He visto por las calles unos hombres muy raros, de vestidos talares, cabellos largos, barbas crecidas. Y un hombre todo vestido de blanco, de cabellos de seda blanca brillante, de dientes de porcelana, dientes de lobo o de perro, bello, maravilloso como el esplendor de la nieve, y a otros con abrigos de pieles y gorros de astracán con levitas vueludas y cinturones y puñales de mango de marfil, o adornos de plata pesados. Y a algunos con vestidos burgueses pero pobres, con el lienzo de la camisa grosero y limpio.

Trafican por las calles muchas razas, hombres fornidos de cabellos de lino, otros rojizos, tremendos de expresión bestial como verdugos, con los caracteres del sanguinario. Son los que en día de revuelta saquean y matan. Y judíos elegantes, finos y esbeltos, con todas las características de la raza en todo el esplendor de la belleza, de nariz curva, ojos negros grandes y tez blanca, y me maravillo porque no conocí en Tánger sino al judío zarrapastroso, viejo, carcomido.

Las mujeres más bellas de Moscú son judías, no han perdido la majestad del tipo clásico, todas son dignas de Asuero y de llamarse Esther. Las rusas no son tan bellas como es fama. Las que lo son tienen tipos muy interesantes de singular fineza y de una delgadez y un alargamiento en la figura que recuerda los viejos íconos, una



vi como la imagen calcada de nuestra Virgen del Perpetuo Socorro. Muchas tienen los ojos y las manos alargadas. No les falta más que el vestido de plata rígido.

Todavía hay en Moscú tipos de aristocracia, princesitas del tiempo de los zares, las auténticas heroínas de las novelas de Henri de Greville. Son mujeres instruidas con una cultura francesa del 1830, al tanto de la literatura de esa época, hablan muy bien el francés. Sigue siendo para ellas una novela admirable y un héroe fascinador *El vizconde de Camors*. Hoy están despojadas, sin palacios donde lucir su distinción. Hoy tienen solo por toda morada dos piezas con cocina. En el salón las camas vestidas con pobreza, al lado del piano magnífico, de la rica cómoda. Los retratos de familia presiden una mesa pobre, escasa; la tetera está sin asa, las tazas rajadas y la bella princesita distinguida, de modales corteses, toma su té solo con azúcar, sin un pastelillo, sin una golosina; pero está gozosa porque le han ofrecido un puesto en el que ganará dos rublos diarios, casi un sol sesenta, pues en este nuevo Estado el que no trabaja se muere de hambre.

La tumba de Lenin. A las ocho de la noche se exhibe a Lenin. Dicen que por un procedimiento maravilloso, invento alemán, se ha petrificado su cuerpo dándole una apariencia extraterrena.

A las ocho de la noche empieza el peregrinaje de millares de personas en una enorme fila que abarca calles de calles. Va uno acercándose lentamente hasta que le toca su turno.

A la entrada del monumento a Lenin, que es de madera, el escudo de los soviets: sobre un mundo azul, la tierra roja en relieve, sobre ella aplastándola, el martillo y la hoz; más alta una estrella como una esperanza es la estrella zarista, la continuación de la raza, el eslabón que une el pasado con el presente.

Descendemos a la tumba de Lenin paso a paso como en una procesión mística. Hasta la tumba de Lenin es revolucionaria, en

ella no domina ningún prejuicio funerario. Es alegre, clara, parece casi un *hall*, un poco desnuda de adornos. Lenin está acostado, vestido de kaki, con un uniforme sencillo de soldado, sin adorno, sin una flor, sin decoraciones, sin leyendas, solamente una rosita minúscula en el pecho. Las piernas cubiertas por una manta, encima al descubierto las manos, cuidadas, de uñas largas. Lo miro con asombro. Está blanco rosado, dormido, sonriente. La barba y el cabello rubios le dan un aspecto de Cristo yacente. Lo han cambiado, no es el mismo. No hay nada de tamerlán, ni de tártaro en esta cara casi apolínea. Yo me he convencido de que es una habilísima escultura en cera, porque no parece siquiera un muerto, sino alguien que durmiera.

Custodian la sepultura de Lenin, soldados de la guardia roja día y noche. Se revelan cada cierto tiempo. Es el único muerto que nunca se queda solo.

Entra conmigo un enorme grupo que cantó una canción de libertad, canción que prendió en los labios de millares de personas. Fue un canto místico el que llenó la inmensa Plaza Roja. A la salida multitud de vendedores con el retrato de Lenin esmaltado en plata, cincelado y en cobre. No sé volverme a mi hotel; pero mi vecino habla francés y me deja en el tranvía que necesito. Cuando llego, la muchacha me dice una sola palabra, "*Lubianka*". Estoy en mi hotel, el Select, que es como un museo zarista. Los bibelots de la antigua corte ornamentan el salón.

## JOSÉ DE LA SOLANA

Las circunstancias por las que atraviesa España no parecen ayudar a la eclosión de un genio. El ambiente se presenta tibio y flojo, porque el alma de la raza se esconde para el observador superficial. Pero la España de antes es la misma de hoy. Y hoy con

Solana como ayer con Goya, hay un intérprete de ella. Estos dos genios, y el Greco, son los representativos de esta raza al parecer inerte y que se levanta siempre como un solo hombre, con la religión, la crueldad y el patriotismo indomable.

Del tumulto lírico de las fuerzas de dinamismo, de éxtasis y de color, ha sacado José de La Solana el drama del ambiente oculto por la risa del guasón y el retruécano del café. Lo tuvo en la retina desde que abrió los ojos y la tragedia nació en un ambiente de sadismo. Es el ambiente de Roma, de la que nos llega el grito a través de las razas y de los tiempos; pero no de la Roma saludable, sino de la Roma morbosa y decadente. Es el circo, la bestia y el hombre; el espectáculo frenético; pero es también, un misticismo *sui generis*, tamizado por un paganismo. Es también la nobleza de las casas solariegas y conventuales; la visita del prelado, en cuyo honor se preparan las ricas viandas. Y en el cuadro pontifical de Ramón Gómez de La Serna en Pombo, es el café tradicional, es la vida de un café madrileño de artistas bohemios en el que la cara buena de Ramón tiene un tinte profético y José de La Solana es como un aparecido. Porque la sensibilidad de José de La Solana tiene muchos matices: es romana, medieval y muy moderna. Es indomable, mística y compleja. Es muy antigua, porque los siglos pasan y nada se ha modificado en de La Solana, ni la idea, ni el sentimiento romano, ni Torquemada, ni el torcionario. Y en “los maniqués del museo” hay algo muy sutil, la nostalgia de elegancias perfumadas y pretéritas; pero siempre como aparecidos atormentados; los vestidos vacíos esconden un alma, la cera de sus caras chorrea amargura.

José de La Solana es el pintor del dolor y del tormento. Hasta las flores de sus cuadros sufren. Son rosas como carnes desolladas. Parecen húmedas de lágrimas. Y sin embargo su coloración es fresca, pero con la frescura de las carnes sanas y recién abiertas, de las que brota la sangre como una rosa roja.

Los cuadros de La Solana son “Jardines de los suplicios”, de una imaginación chinesca, son los sueños de un moribundo opiómano, son todo lo espeluznante sin ridículo. El drama se nos impone, y nos fascina horrorizándonos, la sangre, el coágulo, el picador bestial. En uno de sus cuadros hay un bello adolescente al que unos verdugos de ojos oblicuos, le arrancan cintas de carne que dejan al descubierto una especie de salchichería. Pero José de La Solana es también el pintor del fanatismo español; pasan en sus telas las vírgenes, con las lágrimas prendidas en las largas pestañas y las manos hieráticas, con los mantos bordados. Son como ídolos. Son íconos a los que sigue la multitud en adoración; la virgen es casi una mujer; es una diosa pagana. Pero el cuadro que más me gusta de De La Solana es el de las máscaras. Allí, sin sangre, sin tormenta visible, están las almas que sufren, no sabemos qué especie de dolor. Ese cuadro podría llamarse el cuadro de “Los dolores”, a pesar de que las bocas ensayan una risa, que es una mueca de terror alucinante, o de angustia sin remedio. Es como la representación de un drama, en el que se cuajan todas las manifestaciones del dolor humano. Son las almas atormentadas por el amor, por la lujuria, por los celos, por el fanatismo, por la crueldad, o por algo más sublime, que da genios a esta raza tan original y tan distinta a las demás. En España todo lo que no es conforme a ella desaparece, el ambiente cerrado lo arroja y desde hace siglos siguen siendo los Pirineos una muralla infranqueable para todo lo que no sea España. Puede decirse que la punta ibérica es una isla a la que no llegan los clamores del mundo. A Picasso no se le concibe en España. Pero José de La Solana está allí en su ambiente; es el pintor de la raza, como la citaron el Greco y Goya.

En los cuadros de José de La Solana hay no solamente sadismo, dolor, misticismo; los personajes de sus cuadros de costumbres son nobles de rancio abolengo, como los caballeros de *El entierro del*

*conde de Orgaz*. Sus curas son verdaderos pastores, sus obispos tienen unción, pero unción de Santo Oficio; sus mujeres son fanáticas, veladas, misteriosas, y algunas beatas chismosas, brujas de Sabat. Pero, en el cuadro de las *Titiriteras* es en donde acaba de documentarnos sobre el alma de España; allí está la prostitución clásica, la prostitución en una trastienda, en la que mujeres guapotas, rollizas, de largas melenas, están despreocupadas, pancescas, pantagruescas. Son hermosas con desenfado; son alegres, con una alegría casi homérica; son primitivas en su fuerza y en su salud. José de La Solana pasó una esponja por el tormento y el alma de sus cuadros; es ya jocunda, grosera, saludable. Es ya el tema, un poema de regeneración bárbara, es un sol purificador que transforma los gérmenes morbosos de sadismo en gérmenes de alegría y de vida. Porque José de La Solana es el “genio” que encuentra la clave de todos los secretos de las almas.

Es también José de La Solana un colorista magnífico, de una riqueza suntuosa; originalísimo en la gama sombría de un esplendor regio; sus rojos tienen un gris que no los vela, tienen un brillo que ciega. Los marfiles de sus carnes son cirios que se consumen, son lámparas con luz. Son alucinantes porque nos dan todas las emociones del misterio doloroso de la renunciación y del amor. Sus colores son fuertes, ardientes y sombríos, nos dan todas las evocaciones, sin necesidad de argumento. No necesitan figuras porque se animan solos. Son la fantasmagoría de una pesadilla y son la pureza de una porcelana.

## LALLEGADA A MOSCÚ

Niegoreloge, frontera rusa polaca. Son las once de la noche. Estoy en el país de los soviets. Bajo con mi pequeño equipaje para el registro de la aduana, y para cambiar de tren, pues los trenes

rusos son distintos de los del centro de Europa: son altísimos de techo, como casas de dos pisos. El registro de aduanas es severo. Caras agestadas y manos expertas y justas. Todo queda en orden y me dejan pasar, aunque llevo en mi maletín zapatos nuevos, len-cería fina de París y mi reloj Longines tres estrellas. Pero no puedo subir a los vagones rusos. Hay algo que me falta, y no sé qué es. Un guardián inflexible en la puerta no me deja subir aunque le muestro mi billete comprado en París para Moscú. Entonces trato de adivinar, regreso a las salas, entro y salgo. Me angustio, porque ya solo faltan siete minutos para que salga el tren, ya suben los pasajeros y yo desesperada pensando que puedo tener que quedarme en una estación en donde nadie comprende lo que yo hablo. Al fin veo cerca de una ventanilla a algunas personas que presentan su billete y pagan. Ya estoy salvada, corro a la ventanilla, presento mi billete y pago por señas haciendo los números con los dedos. Me dan una contraseña, la muestro al guardián y me deja subir al vagón. No sabía yo que había que pagar un suplemento, porque los trenes rusos no llevan sino *wagon-lits*, es decir, vagones cama. Cada contraseña tiene el número de la cama que le corresponde a uno. No hay ni primera, ni segunda, ni tercera clase. Todos son iguales. Estamos en el país de la igualdad. Me acuesto, tengo para mí un gran espacio disponible. En los compartimientos altos se instala un matrimonio italiano. Va el marido contratado a Moscú. Frente a mí una campesina desata sus atados. Un poco más lejos dos guardias rojos nos custodian. Yo me incorporo y trato de indagar en la oscuridad el paisaje de las estepas. No lo consigo; pero la certeza de que voy en un tren ruso por planicies interminables, me embriaga como un sueño.

Llegamos a Moscú en la mañana. Llego muerta de hambre, pero nadie me da razón de un restorán. Lo pido en francés, en inglés y en español; pero es inútil. El pueblo no entiende sino ruso.

Al fin se me ocurre que ha de haber una sala restorán como en todas las estaciones del mundo y que allí ha de haber extranjeros almorzando y que ellos podrán darme informes. Vuelvo a entrar. Indago. Una polaca entiende el francés y me conduce; pero no puede informarme de nada porque ella misma acaba de llegar a Moscú.

Al entrar al restorán veo un grupo de asiáticos. Me acerco a su mesa y les pregunto: ¿Alguno de Uds. habla el francés?, y todos me responden en coro que sí. Están bien vestidos y son muy políticos. Me hacen una lista de los hoteles de primera clase con sus precios, así como también de los precios de las carreras de coches. Puedo pagar hasta seis rublos por una buena habitación en el Select, en el corazón de Moscú. Les doy las gracias y me siento a almorzar; pido todo por señas, me sirven platos que recuerdan los de mí país, una cazuela de cordero con leche y una especie de papas rellenas. Pido vodka. Me lo traen en una diminuta copita. Me parece nuestro aguardiente y tomo un traguito; pero inmediatamente siento que me ahogo. Es fuego. He gastado poco dinero y he comido muy bien.

Después del almuerzo salgo de la estación a buscar mi alojamiento. Llamo al conductor de un cochecito: quiere cuatro rublos. Le digo que no con la cabeza; pero hace mucho frío y llueve. ¡No sé qué hacerme, hasta que llegan en un auto desvencijado tres personas. Una de ellas, al ver mi actitud de extranjero, me dirige la palabra en francés. Es un empleado del *Bureau* del Comisariado de Instrucción; me ofrece sus servicios y será mi guía. Me llevará en su auto al hotel Select. Vamos por un camino interminable. Atravesamos Moscú. Ya estoy en la ciudad imperial, la ciudad de las cúpulas y de la muralla china, la ciudad que ha hecho el experimento social más grande y más trascendente de la historia.

Al llegar al hotel Select despierto como de un sueño. Me vuelve a la realidad la pretensión del chofer que quiere cinco rublos.

Yo le digo al del Comisariado de Instrucción que pagaré hasta dos rublos y si no que prefiero que venga un policía a arreglar el asunto. El empleado del Comisariado me dice que con dos rublos basta. El chofer se resigna.

El Select es un hotel magnífico, de primera clase, en cualquier ciudad de Europa. Es un hotel lujoso, solamente para extranjeros. Un proletario no puede hacer uso de este lujo zarista, zarista en todo, en los cortinajes, en los riquísimos bibelots, en las alfombras y tapices de oriente, en los mármoles, bronce, cofres cincelados e incrustados de pedrerías, todo francés estilo Napoleón III. Lo único moscovita, lo único nacional del salón son las pieles de oso tendidas en el suelo. Y hay en el pasadizo un oso marrón, con ojos de cristal y relleno de paja. La corte de los zares era francesa en sus gustos, no comprendía la belleza del arte ruso y buscaba en el extranjero el idioma, las costumbres y la cultura en general. Hoy los soviets exaltan la nacionalidad, han dejado Leningrado que fue la Petersburgo afrancesada, y han establecido la capital en Moscú, la ciudad legendaria.

En el salón del hotel hay asientos muy muelles, muy bien tapizados. Hay también *valets* y camareras muy bien vestidos.

Amplios corredores alfombrados. Tengo un magnífico dormitorio, con un zócalo de radiadores para la calefacción. Me hacen pensar en el terrible invierno en el que se parten los árboles de frío.

En la noche llegan cónsules y otros pasajeros que vienen de Shangai o están de paso para la China. Otro día se detuvieron en la puerta del hotel varios coches de los que bajaron carros de maletas. Un bellissimo muchacho se acostó sobre ellas y se quedó dormido. Más tarde llegó el patrón, un hombre con turbante. Era un príncipe que venía de muy lejos y pasaba por Moscú.

Los aspectos revolucionarios de Moscú están en todas las manifestaciones de la vida: en los grandes almacenes proletarios,



en los hoteles de lujo solo para extranjeros, en los alojamientos comunistas, en los establecimientos de instrucción profesional, en todos los dominios de la industrial, de la agricultura, de la administración, de la instrucción pública, de la medicina y de las artes. Ya en 1925 tenían los soviets 503 escuelas de técnica industrial con 61.064 alumnos, 230 escuelas de agricultura con 23.804 alumnos, 249 escuelas de economía social con 44.328 alumnos, 218 escuelas de pedagogía con 36.179 alumnos, 158 escuelas de medicina con 16.564 alumnos, 214 escuelas de bellas artes con 28.526 alumnos. En estas estadísticas no están comprendidos 86 establecimientos obreros con 113.116 alumnos y 682 escuelas de aprendizaje.

El Comité Ejecutivo Central Pan Ruso ha encargado al Comisariado de Instrucción Pública para el pueblo y sus órganos locales la misión de liquidar el analfabetismo. Ya se ha logrado destruir el analfabetismo en los miembros de los sindicatos y en la Armada Roja. Hoy se ocupa el Comisariado de Instrucción del campesino, para instruirlo. Se ha creado en las localidades rurales *clubs* que son el centro del trabajo de educación. En todos estos *clubs* o *isbas* de lectura, se hace la lectura de los periódicos, explicándolos; se realizan conferencias, conversaciones, se crean círculos políticos, dramáticos y agrícolas. La R.S.F.S.R. cuenta con más de 13.510 *isbas* de lectura. Además de las *isbas* de lectura hay bibliotecas estables y ambulantes. Los soviets tienen en servicio público gratuito más de 4.523 bibliotecas fijas y 5.065 ambulantes. Hay también en Rusia un grupo considerable de bibliotecas académicas de una gran importancia científica. La biblioteca de Lenin en Moscú tiene cuatro millones de volúmenes y la biblioteca pública de Leningrado tiene tres millones quinientos mil libros.

La consolidación de la república soviética le ha permitido también ocuparse de su patrimonio arqueológico, de una manera

sistemática. El Comisariado del pueblo para la Instrucción Pública se ha ocupado desde el primer momento del arte, abriendo camino para nuevas iniciativas artísticas que puedan expresar el entusiasmo de las aspiraciones revolucionarias.

En la reorganización de los museos y en la protección de los monumentos artísticos, han manifestado una enorme actividad los soviets.

En Moscú y en Leningrado, mil colecciones privadas han sido inventariadas y puestas bajo la protección del Estado soviético; los objetos que las componían fueron dejados a sus propietarios; pero fueron registrados y son controlados por el Comisariado de Instrucción Pública. Las grandes colecciones que tienen carácter de museo, han sido nacionalizadas y convertidas en museos públicos, como las colecciones Chtchoukine, de Morosov, d'Ostroukov en Moscú, y también las galerías de Yussupov, de Stroganoy, de Cheremetiev con sus casas históricas en Leningrado. Igualmente, los soviets han clasificado 500 castillos antiguos, de los que 256 quedan bajo la protección del Estado como monumentos históricos, y otros han sido convertidos en museos de la civilización feudal. Algunos de estos castillos-museos están enlazados con la literatura rusa: la propiedad de Mikailov, immortalizada por Pouchkine, la Yásnaia Poliana de Tolstói, etc. También los viejos monasterios y las iglesias antiguas han sido puestas bajo el control del Estado soviético.

Entre los trabajos más importantes de reparación y conservación de arquitecturas, están las reparaciones hechas al Kremlin, lesionado en el bombardeo de octubre de 1917, también las reparaciones de Yaroslav, damnificada durante el motín de 1918.

Las restauraciones de la pintura rusa antigua preocupan asimismo al Comisariado de Instrucción Pública. En cuanto al museo de l'Ermitage, en Leningrado, se ha enriquecido durante la Re-

volución, con una gran cantidad de colecciones. En el día de hoy ocupa, además de su local primitivo, una gran parte del Palacio de Invierno. Tiene más de ciento cincuenta salas. En el museo de l'Ermitage el arte del oeste está muy bien representado. En sus salas se encuentra la importante colección antigua y las secciones de arqueología antigua clásica y oriental. Pero el museo más interesante de Rusia es tal vez el Museo Revolucionario de Leningrado. Ocupa cincuenta salas del gran Palacio de Invierno y en ellas están las principales etapas del movimiento revolucionario: las salas Decabristas, las salas del Partido de la Voluntad del Pueblo (Narodniki), las de la Revolución de Octubre y las de la Internacional Comunista. Un museo análogo ha sido fundado en el centro de las Repúblicas Soviéticas, en Moscú, tan importante como el de Leningrado, por el valor de los documentos históricos revolucionarios.

## RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

En el piso más alto de una casa de muchos, en una torrecilla que domina, casi en un mirador, vive Ramón. Su sala de trabajo es un “nacimiento”, con su cielo azul que se iriza, de globos brillantes: verdes, platinos, dorados, rojos, con piedras preciosas y miles de cosas que espejuelean. En este ciclo de artificio no falta más que la estrella simbólica de cauda diamantina. Completan este firmamento figuras de todas las ilusiones humanas: cosas enormes y pueriles, sueños, pesadillas, infancia y tragedia. Es un mundo dislocante. Es una greguería.

Al poco rato de estar en la sala de las ilusiones todo danza con una alegría maravillosa en la que se engarzan detalles macabros; en la bruja que cabalga en su escoba por los aires, es un rey que agoniza con la lengua afuera ahorcado por su mal proceder. Hay enormes abejas con la panza pintada de amarillo, prendidas de las

paredes, que parecen rellenas de algo como una mazamorra. A una de ellas la vi y la sentí en sueños prendida en mi carrillo y aunque era más grande que mi cara al espantarla la sentí pura gelatina.

En la mesa de trabajo de Ramón en la que sus pensamientos se cuajan en tinta roja, hay un guante vacío, tirado, trágico, solo, sin el compañero mellizo. Está solo porque es el guante del desafío. En un rincón sonríe una muñeca de cera. Le falta sangre joven y es amarilla y caduca. Va a morir porque espera, espera meses sentada; pero es tranquila y no se disgusta. Sonríe con la boca y con los ojos. Y sus largas pestañas le dan inocencia de niña. Su mano se enguanta en el encaje blanco de un mitón de seda y se tiende al que llega, porque ella está de visita.

En este cuarto de fantasías, hay más muñecas y esculturas africanas de pechos cónicos que parecen hechos para defenderse de un enemigo invisible; son agudos y agresivos. Y hay otras esculturas arquitectónicas y dos retratos de Ramón por Diego Rivera y por Viladrid. El de Diego Rivera es cubista, y una mujer a medio morirse nos asusta con su gesto. Tiene la mitad de la cara con vida y la otra mitad en la sombra ya traspuesta como en los sueños terroríficos. Y entre tantas cosas y otras muchas más Ramón sonríe, y trabaja y se fatiga. En este montón de gestos fijos, Ramón es una figura más, una figura blanca, redonda y rosada, que quisiéramos ver con alitas en los hombros oscuros. Pero aunque la cara de Ramón es de corte murillesco, su expresión es goyesca. La frente es blanca y cerebral. En ella se siente la dislocación de las ideas preconcebidas, la creación de nuevos caminos para el pensamiento. Por eso es amplia la frente elaboradora. Allí se tiran las fórmulas como en el chaquete los dados y salen con otros números que les cambian la vida y el norte.

Es muy fina, muy delgada; es diluyente como un vaho, como un ópalo que repica en mil colores la claridad de los ojos de Ra-

món. De pronto un rojo atraviesa el iris. Es la punta de una tijera que corta vestidos rojos para, con retazos y añadidos, darnos la frescura de lo nuevo y la greguería transmutación cascabelera.

Ramón es un cerebral optimista. Cree en los valores humanos. Pero su jovialidad me parece aparente, porque me ha sonado en su voz una tristeza, y algo en su sonrisa que es para mí un problema de palabras cruzadas, este hombre tan querido, tan admirado, tan endiosado. Es Ramón un acertijo en el que hay una nota triste. Salimos comentando María y yo la nota indefinible.

## BALANCE SUMARIO DE BOURDELLE

El escultor Antonio Bourdelle nos ha dejado obras que son una repetición de formas que fueron y que él depuró y estilizó, imponiéndoles un ritmo familiar a nuestros ojos modernos. Así fue como este escultor francés y muy del día, dio a sus esculturas un estilo discrepante a veces con su estructura. Su *Heracles* habla un lenguaje incompatible con la forma arcaica de su cráneo pequeño. Porque cada arte es un signo de una época, y en la escultura aunque este signo se plasma, en una época muy larga, ya el del tiempo pasado cambió de forma. Pero Bourdelle con su concepto y sensibilidad ha hecho una obra paradójica. Sin embargo, en estas dos notas, contradictorias, tiene con la época actual un parentesco: la voluntad consciente reaccionando y haciendo del arte una organización intelectual, en su simplicidad esquemática, en su simplicidad arquitectónica. Pero le faltó para llegar a la cúspide la expresión unánime de un conjunto de conocimientos, de creencias o de ideas. Su razón lógica no concibió en su medida el conjunto de las aspiraciones de todos los individuos y de un solo individuo. Y a pesar de su esfuerzo para ser unanimista, su obra aparece dispersa y está retaceada en múltiples estilos, desde el esquema hasta el realismo de Rodin.

La obra de Bourdelle es arquitectura; es su instinto esencial el que se afirma en todas sus manifestaciones. Pero en todo lo expuesto por él hay algo de duro, inhumano, lejano del dolor, lejano de nuestras luchas y de nuestras ansias. Esta segregación de la humanidad la hace casi anónima y le da un carácter híbrido. Sus monumentos son impersonales; sus estatuas no tienen individualidad. Son la representación de un género masculino o femenino; pero siempre arquitectura, masa, porque no tienen blandura, ni sensualidad, ni dolor, ni equívoco en la forma.

Antonio Bourdelle no es un artista actual; nuestra civilización, nuestro ambiente no han dejado huella en su obra. Los horrores de la guerra, los sufrimientos del pueblo no lo han conmovido. Está lejos de las masas proletarias. Por eso, el poema de su obra es intemporal y su templo está vacío. Le falta a su equilibrio la tragedia de Miguel Ángel y de Rodin, para ser decisivo y necesario a nosotros. Le falta el resplandor de la rueda trágica: la que toca con sus rayos todos los ámbitos y que da un sentido trascendente e incommensurable al poema social del hombre.

Pero Bourdelle tiene un aspecto que llega a emocionarnos; y es en sus figuras de danza. Tienen superficies tan expresivas que vuelven sobre ellas mismas, con una fatalidad invencible como la gravitación. Las danzas de Bourdelle son planos en movimiento alrededor de un principio arquitectónico.

En ese aspecto fue Antonio Bourdelle grande. Pero cuando de un modo tal vez inconsciente trata de imitar a Rodin, su obra falla. A sus retratos y a sus manos rodinianas les falta el avasallante dinamismo que impone Rodin a su obra, llena de sangre y de savia; hecha de miembros humanos palpitantes de ansia de vivir. Cuando Antonio Bourdelle quiere acercarse al gran dinámico se siente en su obra un carácter ficticio. Las venas, los tendones de sus grandes manos rodinianas son postizas. Les falta la fuerza que tienen las

de *El pensador*: manos jorobadas de nudos en las que juegan las cabezas de los huesos bajo la piel tensa y ruda, y también manos blandas de caricias, las manos del beso eterno de la primavera. Las manos del gran lírico de la desesperación no pueden ser imitadas, y el pensamiento razonado de Bourdelle no alcanza a crear el alma de la carne. Son dos orientaciones antagónicas las de estos grandes escultores. La obra de Bourdelle está circunscrita a un tiempo fijo y la obra de Rodin es y será de todos los tiempos. Porque la obra de Bourdelle fue un sentimiento retardado, remozado por un afán intelectual. Carece de un color definitivo y perdurable, porque su obra es la de un primitivo carente de emoción. Y porque trató de hacernos recordar las horas solemnes de los mitos y de los símbolos, en estos tiempos de vértigo de aviones, de vida desenfrenada de autos, de convulsiones sociales, en que las almas atávicas se recrean de un momento a otro y marchan por distintos caminos, y en el que los momentos se persiguen sin responderse en el drama de una novedad constante.

Octubre de 1929

## EXPOSICIÓN CODESIDO

### Sugestiones del arte de Julia Codesido

Es tarea altísima y sagrada, obra inigualada por mujer alguna en nuestro medio la que nos ofrece Julia Codesido en la exposición de sus obras. Porque abraza en su conjunto razas antagónicas, complejas, distantes, entre las cuales los acordes se rompieron siempre, entre las cuales los acercamientos fueron desesperados. Pero esta pintora cismática ha acercado las lejanías implacables, con una energía y autoridad nada femeninas. Su fuerza ha estallado en plasmaciones espirituales de tan grande alcance, como el mano-

jo destructor de las serpientes trágicas de Tiahuanaco, convertidas en una idea de organización salvadora en la mano del Dios.

La exposición de Julia Codesido es un muestrario de nuestras razas que se amalgaman en un todo, de un solo rostro, de mil facetas de esplendor, de tristeza y de alegría.

A la llamada de la gran artista, las razas anarquizadas racialmente se han unido, haciendo una sola sangre, un solo cuerpo y una sola alma en las almas dispares; formando un acuerdo creador de un universo nuevo y complejo. Las pinturas de Julia Codesido son una luz que ilumina la sensación confusa de nuestras almas, dándonos la clave de una idea nueva; la idea fundamental de nuestro destino, que se revelará en el crisol de las sangres filtradas, o corriendo paralelas, porque de nuestra tragedia racial, de nuestro drama biológico, brotará nuestra vida nueva, nuestra nueva civilización enriquecida con dones espontáneos y mutuos.

Los cuadros de Julia Codesido nos traen el color de las razas aborígenes, en una ola que lleva en su líquido estrías blancas negras y amarillas. Y la ola cobriza, enigmática, está en su casa esperando del nuevo acuerdo, la llegada de su avance en la nueva evolución. Está en su casa en la exposición de Julia Codesido, la ola oscura estriada, porque está aquí su medio geográfico desde su cuna. Y de hoy en adelante, serán para ella y para todas la historia y las pasiones que nos agiten en el futuro. Y se adentrarán unas en otras hasta un tipo y una aspiración definitiva.

Las pinturas de Julia Codesido tienen en sus asperezas y vibraciones una enseñanza más piadosa que un descendimiento de la cruz porque la artista encontró su camino en el amor de la antigua raza postergada. Por eso son sus figuras humanas y fuertes, porque fueron plasmadas con la sencillez de la devoción. Y así, y escuetas y simples, con perfiles circunscritos, despojadas de los medios anecdóticos que hacen reír o llorar al vulgo, tienen tal cantidad de



humanidad, de intuición y de inteligencia que nos han llevado al proyecto de un sentimiento de reivindicación conductora, en una alianza fecunda.

La exposición de Julia Codesido tiene también la trascendencia de la implantación en nuestro medio de un nuevo orden espiritual, que dará un nuevo sentido social a la mujer, relegada hasta el día de hoy a las oscuras y mecánicas tareas de sacudir los *bibelots* y cambiar las flores marchitas de los salones.

Diciembre de 1929

## LA EXPOSICIÓN DE VALDIVIA

La exposición del artista aymará Valdivia ha sido para nosotros una revelación. Tiene el valor de una supervivencia y de una reanudación. Y de la creación de un valor moderno en arte, en la raza milenaria, en la raza fuerte, que guarda oculto el germen de futuras floraciones. En esta raza marcada de la realeza, ha creado Valdivia, como los primitivos, por intuición, lejos de las combinaciones académicas, lejos de las paupérrimas recetas. Por eso, en su espontaneidad nos conmueve este artista, porque ha dado su sensibilidad de hombre al silencio y a la paz puneña. Este medio estático, único para el artista, ha desarrollado en él una sensibilidad desconocida en otros medios, una sensibilidad libre de las trabas del estudio y de la comparación. Con una fuerza desconocida, en las retinas que captaron muchos horizontes. De allí nuestro asombro ante los paisajes de la altiplanicie. Paisajes que son la fiesta del verde jugoso, húmedo, tierno. Vegetales verdes, azules, pardos en los llanos y en las ondulaciones. Son paisajes trabados en la osamenta de la roca, en que se han quedado suspendidos las gotas de rocío. Sobre las enormes vertebraciones andinas se exaltan los

colores, se multiplican, se sutilizan las perspectivas en una atmósfera translúcida, feérica. Algunas praderas son islas claras bajo una atmósfera helada, transida en el color, en que se dibujan las siluetas como una pincelada en un vidrio. Otros cuadros de Valdivia copian arquitecturas mestizas. En los paisajes fuertes, las masas arquitectónicas están sin ecos, sin rumores, solitarios. Explican mejor que un libro las idiosincrasias de nuestras civilizaciones. En mezclas maravillosas de estilos fundidos sin clamor que es creador perenne; en ellos, se esconde el antagonico. En uno de los óleos, hay una puerta de señorial apariencia, armoniosa, fuerte, resistente como un yunque; se la siente lograda, porque el individuo que creó su forma lo hizo libremente. Los otros cuadros, de arquitectura, son trágicos y estáticos, esperan en la muerte eterna de su aislamiento. Están solitarios, lejos de las multitudes festejadoras y adoratrices. Arquitecturas acompañadas de figuras espaciales y de la luz cambiante de los momentos que pasan.

Arquitecturas orladas de prados verdes. Que son como un refugio de místico panteísmo contra la brutalidad enhiesta de las rocas escondidas, bajo la sombra verde y jugosa. Y que compensan la soledad estable, en donde el alma no puede prosperar, porque no puede conectar sus antenas, apropiadoras y exploradoras. El alma no puede prosperar en las soledades puneñas devastadas por el hielo implacable. Por eso tienen para mí los verdes de los prados de Valdivia, un significado trascendente. Son para mí la alegría triunfal de la supervivencia física, la alegría triunfal de una continuación espiritual aún en el silencio y en la inmovilidad, de los tiempos estancados.

Diciembre de 1929

## JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI, CONSTRUCTOR PROFETA

Fue arquitecto místico, soñador ardiente de la idea, lírico apasionado de la raza. Atrevido y genial se aventuró a levantar desde los cimientos, sobre pilares aislados en nuestro inmenso territorio, el edificio de nuestra esperanza; él los unió con su palabra abrasada de amor. Este edificio que él construyó con su inteligencia, con su médula y con su sangre, fue día a día enriqueciéndose con nuevos dones, en una amalgama sublime, la que canalizó todas las aspiraciones de la gente nueva, con la palabra revolución. Creación de la nueva clase social; la clase proletaria consciente.

La bandera de la nueva orientación, el hogar de los sentimientos nuevos, fue *Amauta*. La lucha por las nuevas ideas tuvo su campo en *Amauta*, porque acogiendo los nuevos impulsos, los nuevos valores artísticos y sociales, los creó y los lanzó al ruedo sin que hubieran tenido una crítica previa de la prensa burguesa, porque a *Amauta* no llegaron los consagrados oficiales. Mariátegui fue enemigo de los protocolos y solo aceptó los valores verdaderos y que fueran revolucionarios. Para apreciarlos su juicio fue infalible; estaba clarificado por incontables días de estudio, en una concentración intelectual, tal vez la más profunda que se pueda alcanzar, y por sus largos viajes, que se plasmaron en la escena contemporánea.

La cultura, la concentración de Mariátegui se enriquecen con los mensajes del mundo, los que crearon su sentimiento de internacionalismo. La liberación de la India, de la China fueron como ondas vitales reforzadoras de sus esperanzas en el acuerdo futuro. Fluidos actualizantes y libertadores palpitaron en sus venas impacientes; las que se consumieron ideando la formación de la conciencia de la nueva clase proletaria.

Mariátegui estuvo siempre de pie, frente a todas las reacciones, políticas, artísticas e intelectuales: desafiándolo todo, porque

para él no había más vida que la de la justicia social, basada en la ciencia, porque la ciencia era necesaria, para que triunfara la ideología de amor. Y para que ella no fracasara la organizó, porque Mariátegui era un organizador en su apostolado de amor.

Su destino fue mesiánico, porque su palabra de esperanza llegó al hombre de la meseta, al hombre hollado, solitario, desconectado. Él los vinculó a nuestra corriente con su razón de justicia y le dijo, en el silencio y el sueño, “levántate y anda que la tierra te pertenece, como el aire y como la luz, que tienes derecho a ella lo mismo que todos”. Así fue como llegó la palabra del Maestro a los cuatro caminos, porque su palabra escueta cargada de ciencia era una palabra de amor. A su conjuro nacieron las nuevas flores de nuestra historia social. Todos los departamentos despertaron y dieron su cosecha nueva de espíritu, y él la encarriló y fue árbitro y consejero de ella. Y las nuevas marejadas dejaron su zumo en las páginas de *Amauta*. El nuevo río que nació y fluyó con todas las fantasías e ideologías se hizo viable, en una cosa real y concreta.

Mariátegui escribió siempre cosas claras y trascendentales, unificadas al fin único de construcción y demolición. Y el edificio nuevo que él ha dejado tiene la solidez de la catedral gótica, porque traza el nuevo camino de la historia, la que avanza sin cesar. El nuevo edificio está solo señalando la nueva aurora, que pronto será mediodía. Su poder es ilimitado porque no se trata como en el pasado del poder de unos pocos, del bienestar de algunos, sino de la libertad y de la posibilidad de todos en un desplazamiento de valores justiciero en una nueva edad, anunciada por nuestro profeta.

Mayo de 1930

## MONDE

Dirigido por Barbusse, prestigiado por las firmas de Barbusse, Gorky, Lunacharsky, Upton Sinclair, etc., acoge además en sus columnas a la humanidad. Recibe en ellas sus dolores sociales para presentarlos a la mirada mundial clamando por un remedio. *Monde* imprime la marcha hacia los nuevos derroteros de la comprensión humana. Sus páginas son campos de batalla, mensajes y voces de grandes distancias, del África negra, de la cobriza Sudamérica, del Asia amarilla. proyectiles nutridos inacabables, certeros, minan los imperialismos y los abusos. Sus columnas son canales por donde corren las denuncias santas, hacen luz las reclamaciones, se oye nítido lo más lejano porque todas las razas tienen derecho a levantar la voz en *Monde*. *Monde* es el auscultador de la conciencia de “los de abajo”, porque el espíritu místico de Barbusse ha hecho de *Monde* una religión en la igualdad de las clases y de las razas.

Las letras que corren por las páginas de *Monde* tienen vida y amor, van hacia la acción con tanta eficacia como una ametralladora; carcomen, destruyen, socavan, son las armas de “los de abajo”, son la conciencia de “los de abajo”.

*Monde*, en una palabra, es un mundo que admite todas las manifestaciones de la humanidad, pero siempre que sean de un carácter y de un espíritu sociales.

París, octubre de 1928

## **DORA MAYER DE ZULEN** **(1868-1959)**

*DORA MAYER nació en Hamburgo, Alemania, el 12 de marzo de 1868. Llegó al Perú a los cinco años y allí permaneció hasta su muerte el 7 de enero de 1959. Escribió en el diario El Comercio durante cuarenta años a partir de 1900, y colaboró en revistas con artículos que abordaban diversos temas. En 1909, durante el debate que se realizó en el Centro Universitario sobre la cuestión indígena, conoció a Pedro Zun Leng o Zulen como firmaba el estudiante de origen chino de la Facultad de Letras de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, quien tuvo gran relevancia en su vida<sup>1</sup>. En 1910, participó en el Primer Congreso Femenino Internacional que se realizó en Buenos Aires.*

*Dora Mayer, Pedro Zulen y Joaquín Capelo fundaron en 1909 la Asociación Pro Indígena con el objetivo de reclamar un trato justo y equitativo para los indígenas. En el balance que hiciera en su artículo “Lo que ha significado la Pro Indígena”, con el que inició su presencia en Amauta a pedido de Mariátegui, señala que llenó un vacío: “Dormida estaba, a los cien años de emancipación republicana del Perú, la conciencia de los gobernantes, la conciencia de los gamonales, la conciencia del clero, la conciencia del pú-*

---

1. *El Deber Pro Indígena*, N<sup>o</sup> 43.

*blico ilustrado y semi-ilustrado”<sup>2</sup>, respecto de sus obligaciones con la población indígena que más que una defensa filantrópica, merece figurar como elemento central de la cuestión nacional. Poco después, en 1912, apareció El Deber Pro Indígena, órgano de la Asociación Pro Indígena, publicación mensual dirigida por Dora Mayer, orientado a luchar contra la explotación que sufrían los indios.*

*Lo insólito en la vida de Dora Mayer fue el amor apasionado y no correspondido que profesó por Pedro Zulen, veintidós años menor que ella. En 1911, cuando le confesó su amor, Zulen le dijo que no la amaba y no la amaría nunca. Y así fue. En 1920 Zulen se graduó con una tesis titulada “La filosofía de lo inexpresable: Bosquejo de una interpretación y una crítica de la filosofía de Bergson”, y posteriormente prosiguió estudios en la Universidad de Harvard. La noche que fue a despedirse de Dora Mayer, algo ocurrió. A partir de entonces ella se consideró su esposa y firmó como tal, Dora Mayer de Zulen. El joven filósofo regresó al Perú en 1922, y murió de tuberculosis en enero de 1925, sin tener ningún vínculo con la escritora. Pero hasta el final de sus días ella se siguió llamando Dora Mayer de Zulen, y así firmó el libro La poesía de Zulen que le dedicó.*

*Libros y artículos de Dora Mayer: “El objeto de la Legislación” (1908); La conducta de la Cerro de Pasco Mining Co. Lima (1918); “La historia de las sublevaciones indígenas en Puno” en El Deber Pro Indígena (1917); El indígena peruano a los cien años de la República libre e independiente (1921); La poesía de Zulen (1925); El indígena y sus derechos (1929); Un debate importantísimo en el patronato de la raza indígena (1930); El oncenio de Leguía*

---

2. *Amauta* (Lima), N° 1 (1926), pp. 20-22.

(1932); La intangibilidad de las comunidades indígenas (1936); El indígena y los congresos panamericanos, *tres volúmenes* (1938); “Americanismo autóctono”. Ponencia ante el Congreso Interamericano de Americanistas. Sección XXVII, Lima, 10-15 septiembre (1939); “El valor de la raza indígena”. Tesis universitaria presentada el 19 de febrero de 1940), (ponencia presentada ante el Congreso Interamericano de Indigenistas. Patzcuaro, México, abril, 1940); Estudios sociológicos de actualidad (1950).



## LO QUE HA SIGNIFICADO LA PRO INDÍGENA

### I

José Carlos Mariátegui me ha invitado a escribir sobre este punto en su revista *Amauta*.

“Solo Ud. puede hacerlo, me ha dicho, ahora que Zulen ya no existe”.

Mariátegui pertenece a una época inmediatamente posterior a la vida de la Asociación Pro Indígena. Cuando la muerte de esta institución hacía surco en la conciencia pública del Perú, él estaba lejos, en Europa, y ocupado con problemas de sociología mundial. Cuando Mariátegui volvió, se encontró con que la Asociación Pro Indígena había pasado a la historia, y figuraba como un valor diversamente apreciado por los críticos, pero, en fin, como un valor digno de ser tomado en consideración.

Y ese espíritu inquieto de luchador, que tiene afinidad moral con aquellos componentes de grupos que honradamente han deseado hacer algo por la redención de la Patria o de la Humanidad de sus dolencias evolutivas, sintió curiosidad de medir la importancia de la Asociación Pro Indígena en el proceso social de nuestra Nación.

Solo en Zulen y Dora Mayer de Zulen se hallaban las verdaderas fuentes de información sobre la enunciada materia —esto lo sabía Mariátegui. Según me dio a entender la familia de Zulen, este ha dejado entre sus trabajos inéditos una *Historia de la Asociación Pro Indígena*, pero desgraciadamente no la tengo por ahora a mi alcance.

Es consiguiente que cada uno de los dos hubiéramos visto aspectos divergentes del tema en cuestión, sin perjuicio de la convergencia general en que nuestras observaciones o anotaciones tu-

vieran que culminar. Desde luego, nunca sería demás oír a ambos dar su versión de la obra que juntos ejecutamos.

En fría concreción de datos prácticos, la Asociación Pro Indígena significa para los historiadores lo que Mariátegui supone: un experimento de rescate de la atrasada y esclavizada raza indígena por medio de un cuerpo protector extraño a ella, que gratuitamente y por vías legales ha procurado servirle como abogado en sus reclamos ante los poderes del Estado.

La directiva de la Asociación, centralizada en Lima, se esforzaba por mantener en toda la República un personal de delegados, seleccionado por su integridad comprobada, que fiscalizara la exactitud de los datos llevados al conocimiento de la Secretaría General y que gozara de cierto poder de iniciativa en su localidad particular, oponiéndose a los abusos o faltas de toda clase que cometían los burócratas, gamonales o clericales en nuestros anacrónicos medios feudales.

El afán revelado entre los provincianos de aparecer como representantes de la Pro Indígena brinda un testimonio del prestigio y de la popularidad que tuvo adquirida la institución, prestigio bajo cuya cubierta teníamos que cuidar que no se introdujeran elementos postizos.

Era, pues, la Asociación Pro Indígena, una organización vasta que abarcaba todo el país, desde Tumbes hasta Puno, y que recibía comunicaciones del norte, centro, sur y oriente, como puede verse en las colecciones de su órgano periodístico mensual *El Deber Pro Indígena*, que existen en las bibliotecas oficiales y privadas.

De esta labor, que duró seis años en pleno auge, se ha derivado una casi completa documentación sobre todos los aspectos del problema indígena, llevando a la conciencia de las clases dirigentes el sentido de los males que urge combatir en el país, y a la conciencia de la población oprimida ese aliento que otorga el

consuelo de un apoyo y de una enérgica proclamación de la justicia de su causa.

Cada vez más animados por el auxilio que recibían en Lima por los personeros de la Asociación Pro Indígena, los emisarios indios venían a la capital, y se familiarizaron con el manejo de sus gestiones. Quien no ha estado en la labor pro indígena no puede darse cuenta de la enorme transformación operada en los mensajeros de los departamentos desde el primer día, en que llegaban sin saber ni una palabra de español, hasta hoy, en que disponen de voceros no necesitados de intérpretes y empapados en observaciones del medio limeño con el cual están en repetido contacto.

A la hora que la Asociación Pro Indígena feneció, la fecunda semilla que echó se hallaba en la tibia tierra, esperando los aguaceros o los rayos del sol que favorecieran su germinación. Ya era tiempo que la raza misma tomara en manos su propia defensa, porque jamás será salvado el que fuese incapaz de actuar en persona en su salvación.

El llamamiento estaba hecho; el terreno estaba preparado por la infatigable labor, la incesante propaganda, la valiente brega de la institución fundada por Pedro S. Zulen.

Estoy ya en la carilla Nº 5, y no podré hablar con la extensión que quisiera de ese númen de cálida idealidad que forma el secreto vital inefable de la obra pro indígena realizada entre los años 1909 y 1915.

Hablo con la absoluta sinceridad que es mi tributo obligado de agradecimiento al fundador de la revista *Amauta* por haberme dado esta feliz oportunidad de expresar lo que extemporáneamente difícil habría sido decir aunque debiera haberse dicho. Hablo con una absoluta sinceridad en que no caben reservas, ni falsas modestias.

El domingo 8 del mes actual, hallándome en una actuación en el Local de las Aliadas, plazuela de Santa Catalina, tuve la inmen-

sa satisfacción de escuchar una referencia hecha por el artesano limeño don Teodomiro Figueroa, a la obra redentora emprendida por mi esposo y continuada por mí, y luego se presentaron cuatro indios, deseosos de verme y me saludaron titulándome su Mama Ocllo. Sentí, halagada en ese momento, que una idea en el exterior respondía a un pensamiento que abrigo en el interior: “la mayoría de los pueblos, he pensado muchas veces, conserva la leyenda de un fundador político; así el Guillermo Tell de la Suiza; el Carlo Magno de los germanos; Guillermo el Conquistador de los británicos; Rómulo y Remo de los latinos y las grandes religiones tienen su Buda, su Confucio, su Cristo, hombres solitarios o solteros”.

El Perú posee en Manco Capac y Mama Ocllo el hermoso símbolo de la pareja fundadora, es decir, el símbolo de la perfección social más completa dentro de los moldes de la vida humana tal como es en nuestros tiempos. Ni el hombre solo, ni la mujer sola, sino una doble individualidad fundida en la maravillosa unidad del complemento.

La raza indígena peruana ha necesitado categóricamente de un renacimiento, después de la época vencida que le dieran el primer inca y su consorte. Este renacimiento, permítaseme decirlo en nombre de la fe verdaderamente apostólica con que trabajamos los dos a quienes la voz general reconoció como el alma de la Asociación Pro Indígena, lo ha presidido otra vez una pareja: Pedro S. Zulen y Dora M. de Zulen.

La pareja humana, unida en un profundo amor, ha constituido en mi experiencia, y creo que constituye lógicamente, el máximo de fuerza para el bien que a seres de nuestra especie es dado poseer. Ni Zulen ni yo habríamos llenado tan álgida misión sin el privilegio de la inspiración mutua, el estímulo directo al sacrificio, al consuelo y el apoyo de la simpatía nuestra que nos hizo elevar-

nos sobre las naturales debilidades y vacilaciones de la voluntad personal.

Nadie comprenderá, si no se lo pinto en colores elocuentes, cuál fue el calvario último que soportamos ambos, que solo pudimos soportar porque éramos dos. Si *Amauta* sigue siendo hospitalaria a mis disquisiciones, contaré otro día, lo que en este espacio no cabe agregar.

Suponiendo que alguien me haya culpado de haber truncado la obra de la Asociación Pro Indígena, por dar pábulo a una pasión egoísta, puedo contestarle, con serenidad de conciencia que, en mi convicción, matando involuntariamente la Asociación Pro Indígena, he prolongado siquiera por unos años más la vida de Pedro S. Zulen que era la vida de ella, y hacia su centro atrajo la mía.

La fría razón no tendrá nunca su puesto en los momentos creadores, en los meses primaverales de la historia: es el calor del sentimiento el único principio destinado a hacer brotar los verdes retoños y las blancas flores de los troncos que parecen muertos.

La Asociación Pro Indígena tuvo el calor del sentimiento y lo conserva en su semilla, esperando la bondad de la estación para dejar atestiguada su latente vitalidad.

## II

### La formación de un núcleo

La Asociación Pro Indígena llenó en primer término la misión indispensable de establecer un núcleo, en que se recogían los clamores dispersos en el ambiente y se reunían los individuos capaces de sentir entusiasmo por la obra de resurrección del pueblo autóctono peruano. Con la Asociación Pro Indígena se hizo un cerebro que meditaba en los aspectos y la solución del problema

indígena, y un corazón que impulsaba a la circulación, a través de toda la República, las ideas y sentimientos relacionados con este. Lo inorgánico se trocó en orgánico: es decir, se formó vida superior y funcionamiento.

Todo el plasma de la causa indígena se convirtió en cuerpo: aflúan las quejas difusas de los pueblos provincianos a la Secretaría de la Asociación Pro Indígena, y se hicieron estructura tangible; aflúan las respuestas de los gamonales, y se contorneaban en formas precisas; aflúan las voces de aliento, las sugerencias útiles y se condensaban en aumento de núcleo, y la Asociación, respetable por la calidad de miembros y por su conducta, se resumió en vértebra cuya personería acataban los altos poderes del Estado.

Sin punto de concentración ningún propósito puede encauzarse. El fundador de la Asociación Pro Indígena, nuestro inolvidable Pedro S. Zulen, fue uno de los paladines de la reforma social que obedeció esta ley en el Perú. En 1909, las asociaciones defensivas de las clases proletarias u oprimidas recién se iniciaban, y estaban lejos de tener el desarrollo que hoy han conquistado. No existían como hoy, entre la poblada serrana y costeña, esas asociaciones de campesinos que mal o bien procuran transformar la debilidad del aislamiento individual en fuerza del colectivismo organizado.

La existencia de un órgano como la Asociación Pro Indígena ha cambiado las condiciones biológicas del país; ha hecho precipitarse todos los elementos concernientes al asunto indígena hacia un centro común y ha encendido en el foco la chispa vital de los conocimientos y las experiencias claras de que toman inspiración los continuadores de la empresa.

Un órgano, un cuerpo, donde antes todo era difuso y vago, un rayo y un trueno donde no hubo sino electricidad latente en la atmósfera, una lluvia que alivia la tensión meteorológica y promete

la salida del sol. Esto es lo que vale la formación de un núcleo, y como tal la iniciativa pro indígena de 1909.

### La formación de un sentido de responsabilidad

La infatigable brega de la Asociación Pro Indígena no puede sino haber despertado en innumerables factores nacionales un sentido de responsabilidad que en el quietismo anterior de la rutina inestorbada se hallaría completamente adormecido. El hombre nunca pierde la conciencia por entero, pero la ignora casi, cuando en ciertos períodos evolutivos se reducen los estímulos morales a un mínimo de energía. Dormida estaba, a los cien años de emancipación republicana del Perú, la conciencia de los gobernantes, la conciencia de los gamonales, la conciencia del clero, la conciencia del público ilustrado y semi-ilustrado, respecto a sus obligaciones para con la población que no solo merecía un filantrópico rescate de vejámenes inhumanos, sino a la cual el patriotismo peruano debía un resarcimiento de honor nacional, porque la figura de la raza incaica había descendido a escarnio de propios y extraños.

La prensa era el camino indicado para formar opinión pública alrededor del y para el verdadero peruanismo, trascendental problema indígena. Había que romper el silencio que logra abrazar las potencialidades más preciosas, dándolas por no existentes; había que desalojar esa triste literatura que hablaba de la “raza que se extingue”, “la raza condenada a desaparecer”, “la raza que debe ser barrida al mar”, según la clásica expresión de un escéptico de aquellos días.

Con el auxilio de la prensa general logró mantener la Asociación Pro Indígena los asuntos del caso de un modo poco menos que diario a la vista de un público, y formó así efectivamente una

opinión que ejercía presión positiva sobre los culpables de abusos y los remisos en cumplir justicia.

Solo en 1912 se fundó el órgano propio de la institución, la pequeña, pero nutrida revista mensual *El Deber Pro Indígena*, de índole doctrinaria y recopiladora de los índices del archivo de la secretaría.

La publicidad constituía en buena cuenta el eje de la acción de la Pro Indígena. Era el temor a la sanción pública provocada por la publicidad el motivo que servía de freno a los abusivos y que inducía a los funcionarios gubernamentales y judiciales a ocuparse de las reclamaciones presentadas por la asociación en nombre de sus defendidos; era la publicidad que daba a los lectores de periódicos una noción de los problemas relativos, de que habían carecido por completo; era la publicidad que exhibía la incesante labor de la institución, el control que esta tenía y le otorgaba prestigio. Además de los efectos de esa publicidad que pueden calcularse, quedan los que no pueden calcularse, es decir, los abusos dejados de cometer por temor a la denuncia que siempre amenazaba desde las páginas de los diarios.

Así, es seguro que despertó un sentido de responsabilidad, ante ese formidable juez, la opinión pública, no solo del país, sino hasta del extranjero, en quienes hasta entonces habían seguido casi inconscientemente, como gamonales, los hábitos de la barbarie, y como gobernantes, la fácil rutina de la solidaridad con el más fuerte.

Falta preguntar, si, en caso de haber podido continuar subsistiendo la Asociación Pro Indígena hasta la fecha actual, habría podido labrar tanto en la mentalidad de la Nación, como para crear vallas sensibles al desenfreno de los egoísmos y salvajismos reinantes. Pues, seguro es que con la catastrófica muerte de la Pro Indígena, en 1915, los gamonales respiraron aliviados y los empleados



de ministerios se recostaron contentos en sus butacas dispensados ya de escuchar las exposiciones del pertinaz secretario general o de leer en la edición de la mañana o tarde de *El Comercio* el epígrafe: “La Asociación Pro Indígena con sus sinsabores”.

Pero aquello que no fructificó quizá, durablemente, en las oficinas del Estado, y perdió terreno en los campos hostiles, perdura, si no estamos en fatal error, en otras partes, en la porfiada mentalidad de los indígenas mismos, y en la visión futurista de algunos idealistas legítimos.

### La selección de un personal de constructores

El evangelio de la redención indígena, del renacimiento del Perú a base de su raza aborígen ha hecho prosélitos en personas de las más diversas esferas de la sociedad, desde que la Asociación Pro Indígena invadió con su propaganda y su brega todos los umbrales imaginables.

Hay muchos que recuerdan la Asociación Pro Indígena, y aun los que no la recuerdan conservan de ella un tinte de sus enseñanzas y una orientación que no saben trazar a su origen.

En las oficinas a que tuvo que acudir el secretario general durante sus gestiones pro indígenas, halló, entre una legión de espíritus hostiles o indiferentes, de vez en cuando un espíritu amigo, un ser en el cual podrá permanecer latente un anhelo brotado al contacto de una simpatía profunda, halló amigos en sus viajes de inspección al sur, halló amigos en la amplia correspondencia que tuvo que llevar y halló unos pocos buenos entre los delegados que se pusieron a prueba. Estos amigos, sobrevivientes de la actuación de Zulen, quedan como ramas firmes en que amarrar la red de un nuevo plan pro indígena; ya la paja y el grano han sido separados por los vientos, y los que por su peso aún existen, son de fiar.

La literatura pro indígena recibió poderosos acicates de la agitación del tema que provino de la Asociación. Zulen hizo escuela en Jauja. Y anteriormente, en Lima, influyó sin duda en una popularidad de las materias indígenas, a la cual rindió tributo, entre los primeros Valdelomar, Alomía, Robles y Valle Riestra, los heraldos de la música incaica, se aproximaron a la Asociación, conferencistas y escritores diversos perpetuaron un eco de la Pro Indígena de ámbito en ámbito del país. En el congreso se ventilaron con frecuencia puntos traídos a consideración por las gestiones de la institución, predominando siempre, a pesar de oposiciones interesadas, un sentir favorable a la causa que ella defendía; y muchas manifestaciones espontáneas de modestos particulares o notabilidades nacionales o extranjeras dieron testimonio de cuánto respondía la obra emprendida a un fin aplaudido por los ánimos.

Si hoy se quisiera intentar una reintensificación de la restauración indígena, se encontraría que de la asociación fenecida quedaba listo mucho material aprovechable.

### La formación de un concepto cívico

Un pueblo, para ser nación, necesita tener elaborado un concepto cívico y una sanción moral. La Asociación Pro Indígena tiene innegablemente parte importante en la formación de estos dos principios entre nosotros.

Basta leer las “Memorias Anuales” que el secretario general presentaba en la Junta General de la Asociación, que van registradas en las columnas de *El Deber Pro Indígena*, para convencerse de que la institución se ha rozado con casi todo lo que constituye el concepto cívico, y ha escrito, sin querer, en la simple crónica de su labor, una especie de texto de educación civil.

Para ejemplo lo siguiente:

La Memoria del año 1912, inserta en el N° 2 de *El Deber Pro Indígena* hace mención de dos notables episodios en la historia de la lucha entre el Capital y el Trabajo: la gran huelga de la región azucarera de Chicaza y los desmanes de la Cerro de Pasco Mining Co., en los asientos metalíferos y carboníferos del Centro, bajo la faz que tenían entonces, antes de la razón comercial posterior, la Peruvian Copper Corporation y los Humos de la Oroya.

Sobre los sucesos de Chicaza se produjo un interesante informe escrito por el señor Rómulo Cuneo Vidal, miembro del Comité Directivo, quien fue delegado expresamente para hacer observaciones en el terreno; informe que se dio a la luz pública en la prensa diaria de la capital.

La conducta de la Compañía Minera del Cerro de Pasco, clamorosa en grado supremo ante el testimonio de los datos sobre las explosiones en las minas de carbón de Gollarisquisga, en el año 1908, fue tratada en un boletín especial de *El Deber Pro Indígena*, así como también el tema de las sublevaciones en Puno se hizo objeto de un suplemento de dicha revista.

Aunque la asociación no pretendía extender su acción hasta la población selvática de la montaña, no pudo rehusar el contemplar el caso de las atrocidades cometidas por los caucheros en el Putumayo, en víspera del año 1912, y a este respecto tomó nota del informe del doctor Rómulo Paredes, juez de Iquitos. Igualmente recibió una comunicación detallando el tráfico con niños de los comerciantes esclavistas en la región del Madre de Dios.

Defendiendo el derecho de libertad humana tuvo que enfrentarse repetidas veces a poderosos hacendados, que a viva fuerza o bajo el pretexto de deudas secuestraban y aprisionaban a los indios.

La Asociación Pro Indígena se ha mantenido siempre lejos de toda retórica proclamadora de teorías precarias y de cualquier

afán meramente demoledor. Siempre su actividad ha marchado ceñida estrictamente a los hechos prácticos, y al lado de la ley y del orden. El material doctrinario que parcamente ha ofrecido como complemento de su acción fiscalizadora del abuso, se distingue por un marcado carácter constructivo. Hacer positiva la protección de las leyes era el fin que perseguía en sus gestiones. En su anexo editorial se comenzó la publicación de una recopilación de leyes y disposiciones pro indígenas, y de los aranceles eclesiásticos de las diócesis de la República. Con la Ley del Servicio Obligatorio en la mano, velaba sobre la juventud indígena, tan expuesta a las exacciones y vejámenes que en este renglón cometen múltiples entidades inescrupulosas.

En nombre de la ley y de la honradez se opuso a las inicuas explotaciones a que daba margen con su sistema de erogaciones la patriótica institución Pro Marina.

A su iniciativa se debe la derogación del atentatorio Reglamento de Locación de Servicios, de 1903, y la dación de decretos y resoluciones contrarias a las tradicionales primicias y costumbres en las fiestas religiosas, los pongos y las mitas.

Trabajó enérgicamente por la propagación de los beneficios de la entonces novísima Ley de Accidentes del Trabajo, de 1911, secundando muchísimos reclamos de damnificados.

Su apoyo en cuestiones de la pequeña propiedad territorial fue constante, llevado a cabo en todas formas de manera fatigosa. El pequeño contribuyente rústico, a quien se exacciona a medida que se excusan los latifundistas de soportar los cargos del Estado, halló al fin en ella a un decidido abogado, aunque no estaba en el poder de la Asociación proporcionar la sentencia que dispensara justicia.

Con todo lo expuesto se comprenderá que casi no había asunto nacional que no entrara en el radio de visión de la Asociación Pro

Indígena y que su severa exigencia de justicia y legalidad hecha ante el Gobierno, en el Congreso, en la prensa, y el sentido del derecho que inculcaba en su adherentes, y el aliento que infundía en los oprimidos, la señalaban como un agente positivo de educación cívica. No se le puede tachar de lirismos, ni de fantasías, de campañas agitadoras o subversivas. Su actuación fue una continua llamada a la conciencia de los gobernantes y un incansable estímulo a la fe de los defraudados por el abuso y la anarquía feudal.

Por razón natural, la Asociación mantenía relaciones con las sociedades colegas y recibía canjes de los periódicos del país entero, de manera que tendía a una consolidación de ideas en toda la extensión de la República. También trabajaba correspondencia y canje con las asociaciones pro indígenas radicadas en Londres, Ginebra, Filadelfia, Melbourne y Río de Janeiro, y con la Unión Panamericana de Washington, relaciones que aún son susceptibles de ser reanudadas.

### El efecto póstumo

Aunque la Asociación Pro Indígena no tuvo evidentemente en Lima más vida que la que le dábamos Zulen y yo, ella había echado raíces mayores en provincias. Allá perduraron en vida autónoma algunas de las delegaciones, oyéndose hablar en los sitios más inesperados de una “Pro Indígena”, cuando la institución madre ya no existía, y poco a poco, estos rezagos de la vida fundamental dieron su flor.

### LA IDEA DEL CASTIGO

Hace tiempo que he querido escribir sobre el tema del castigo, y este trabajo sería largo. No cabría sino en una serie de artículos.

Ahora pide el momento que ponga mano a la obra refiriéndome al proceso por la muerte del comisario Dittmann en la Oroya, visto recientemente en el Primer Tribunal Correccional y elevado actualmente en última instancia a la Il. Corte Suprema de Instancia.

Vendrá pronto una generación que condenará el principio del castigo, ya se está condenando el principio de la esclavitud.

Demás se sabe que la esclavitud positiva o relativa subsiste aún en el mundo a pesar de la sentencia que se ha pronunciado sobre ella, y lo mismo sucederá por mucho tiempo con el método del castigo. Pero, el primer soplo que rompe las barreras que entristecen a la humanidad es el reconocimiento de la verdad de que no hay derecho a esclavizar, ni a castigar al prójimo. En adelante, la esclavitud y el castigo seguirán siendo prácticas despojadas del prestigio de ser un derecho, y así se habrá dado un paso de importancia inmensa en cambiar la mentalidad social en su apreciación del delito y del crimen.

Los conceptos esclarecidos en materia penal, preconizados por multitud de juristas modernos, entre ellos, Jiménez de Asúa, son ya familiares a nuestra juventud universitaria y a nuestros forenses viejos, que tratan laudablemente de imprimir rumbos nuevos al sistema de sanción que del colonial Palacio de Justicia de Lima emana.

Desde el primer día de la República, las diversas Cartas Fundamentales formuladas para el Estado han repetido que “las cárceles no son lugares de castigo, sino de seguridad”. Estos jóvenes estados de América han nacido con la luz de un día nuevo de la civilización; solo les falta abrir bien sus ojos a la hermosa aurora que ha presidido su destino.

Durante la audiencia del proceso Dittmann flotaba en el ambiente el sentido real de la justicia, se divulgaba en la oratoria de

los abogados, asomaba en las palabras del fiscal y tronaba en los gritos del público; y a pesar de todo esto, no pudo condenarse dicha justicia en el fallo, a causa de la interposición de prejuicios legalistas rutinarios o de reglas muertas del código, a los cuales se sujetan los espíritus en una sala de audiencia como en el campo las partículas de humedad atmosférica se someten al poder de la electricidad negativa.

Largas y brillantes disertaciones sobre psicología criminalológica fueron insuficientes para hacer llegar a las mentes al concepto rápido y simple de la justicia natural.

Parto de la declaración de principios hecha en una excelente frase del doctor Fernando León, representante del Ministerio Público, al producirse su acusación contra los autores de la muerte del comisario Dittmann.

“El deber de este Ministerio reclama pedir no *sanciones de vengador* sino *remedios de sociedad*”.

En rigor de exactitud debe reconocerse que el afán de castigar que domina todavía en todas las esferas sociales significa casi nunca otra cosa que *sanción de vengador*. Muy pocos preguntan, y aun los que preguntan no averiguan, si los castigos sirven efectivamente de *remedios de sociedad*.

El homicidio cometido en la persona del comisario Dittmann por el populacho de la Oroya, fue un acto de castigo hacia un funcionario que había desempeñado perversamente su puesto. ¿Cómo se quería que el populacho no tuviese la idea del castigo, cuando la tiene y sostiene el Poder Supremo Judicial de la Nación?

Pues, la sentencia contra Lorenzo Delgado y Valdivia tiene el carácter de un castigo impuesto a una víctima expiatoria del delito colectivo y no de un “remedio de sociedad”.

No sería creíble que por la condenación de este hombre a nueve años de prisión, vayan a corregir su mentalidad las masas de

la Oroya y otras parecidas, antes bien, esas masas populares encontrarían en la mencionada condena un motivo para volverse a exaltar en otra ocasión propicia.

Lorenzo Delgado Valdivia y la mujer Virginia Peña han sido sindicados de perpetrar actos de extraordinaria ferocidad en la persona de Dittmann. Delgado Valdivia, díjose que se había echado sobre el cadáver para beber la sangre de sus heridas.

En cuanto a esta última acusación, el fiscal se ha resistido a sostenerla estimándola demasiado horrenda para poder prestarle crédito. La defensa deshizo además la acusación sobre bases científicas de medicina legal. Sin embargo, los que saben algo de la psicología actual de la población indígena no ignoran que en los retirados recintos de nuestra serranía subsisten viejas costumbres paganas que el cristianismo todavía no ha podido borrar, y que en medio de un barbarismo social que no encuentra oportunidades para evolucionar hacia condiciones superiores, se evoluciona en sentido inverso hacia paroxismos de pasiones salvajes. En tales regiones se usa comer el corazón de un enemigo y beber la sangre de un vencido odiado, según ritos que han tenido y tienen su consagración respetable en los conceptos de las tribus primitivas.

La aparición de tales síntomas de salvajismo, o no pertenece al dominio de los delitos, no siendo más que un rezago de una moral anterior a la nuestra, o acusa delito en la sociedad civilizada que ha descuidado la cultura de la población incivilizada, permitiendo que en regiones arrimadas ya a la administración de un Estado moderno se destaque un lunar de negro anacronismo.

Aunque Virginia Peña haya podido beber, y haya bebido, la sangre de Dittmann, no sería ella, sino la deficiente propaganda pública, culpable de su salvajismo.

Lorenzo Delgado, Valdivia y sus compañeros, los supuestos *meneurs* o cabecillas del atentado mortal contra Dittmann, se en-



señaron con vindicta feroz en el cuerpo de su adversario. Pero ¿no es saña feroz también, saña de vindicta terrible, condenar a un hombre al suplicio de nueve años de presidio?

La ira es ciega –la crueldad cometida por Delgado Valdivia puede considerarse como hecha en un estado casi inconsciente. E inconsciente también puede decirse que es la crueldad de un juez cuya imaginación no puede ahondar absolutamente los pormenores de la horrible suerte que impone, con un par de palabras, con un rasgo de pluma, a un semejante.

¿Cuál suplicio sería mayor, el momento macabro en que Dittmann sintió su fin, o los nueve años de presidio adjudicados a Delgado Valdivia?

Admito que se pueda reducir a reclusión a hombres felices, como medida de represión de pasiones o de seguridad pública –pero nunca como castigo. Es posible que un preso varíe bajo las influencias de una buena disciplina carcelaria, que medite, se ablande, se doblegue; que su carrera de mero impulso irreflexivo se interrumpa y se torne en un reflejo de impresiones nuevas, que ojalá tuvieran siempre la dulzura y el esmero de un obstinado tratamiento psicoterápico. Ese sería entonces un “remedio social”. Pero, seguramente, que para tal objeto habrían bastado los cinco años de penitenciaría pedidas por el fiscal.

¿Y exigir todavía a los penados el pago solidario de la cantidad de *mil libras oro* en concepto de reparación civil por la muerte de Dittmann! Que la indemnización a la desgraciada familia del finado comisario, si es que se halla necesitada, la pague la Peruvian Copper Corporation en cuyo servicio perdió esta la vida.

¿Quién pudiera ser exigente en punto de reparación civil? ¿Qué reparación civil se ha pensado dar a los acusados en el juicio Dittmann, que han sido absueltos y desde luego han sido encontrados inocentes, y que han sufrido cinco años de prisión, del 1921

a 1926? ¿Qué reparación civil se ha acordado pedir por los dos muertos víctimas de Dittmann en el incidente fatal del 27 de mayo de 1921; qué indemnización para los deudos de estos y los cuatro heridos que resultaron en la misma ocasión, amén de otras víctimas del iracundo funcionario habidas antes? En buena cuenta, con aquellas muertes. Dittmann es el único verdadero responsable de su propia muerte.

Y tampoco Dittmann merece castigo. Diremos con Queletet: “Es la sociedad la que prepara el delito, y el individuo el que lo ejecuta”. Un hombre del temperamento inadecuado de Dittmann, de vicios alcohólicos y sin dignidad personal ceñida a su cargo de autoridad, debiera haber sido destituido de su puesto tiempo ha. Entonces no habría tenido oportunidad de provocar durante una larga historia funesta, la ira de las masas que se desencadenó contra él y se cifró en un drama sangriento.

La sociedad con su tolerancia o indiferencia tiene la culpa de supervivencia de esos tipos bárbaros que recuerdan el paganismo, como Virginia Peña, suponiendo a esta una salvaje que intentara beber la sangre de su enemigo, o como Dittmann, autoridad de horca y cuchillo, sin noción del siglo en que vivía.

Casi todo lo que acabamos de exponer se ha dicho en la audiencia del juicio Dittmann, pero con la debilidad y timidez de las inspiraciones nuevas que no aspiran aún a substanciarse completamente. El Fiscal de la Nación, no pudiendo consentir que el linchamiento del comisario de la Oroya haya sido un acto *justificado*, lo califica, en término menor, de *explicable*. Así también es explicable, y no justificada, la condena de Delgado Valdivia. Debiera reconocerse que la ley de Lynch es justa donde la ley del Estado no se hace sentir a su debida hora y en su debida forma.

Mientras más se analiza más se descubre que la sociedad es cómplice de los delitos que se realizan por doquier, y un cómplice

no tiene derecho a castigar acciones en cuya gestación ha participado. Sirva esta consideración para templar el ánimo de los tribunales de justicia, intérpretes de la sanción social.

## LA FÓRMULA KELLOGG

Se siente que la fórmula Kellogg es la última y definitiva condensación de las experiencias adquiridas durante las negociaciones o conversaciones chileno-peruanas en Washington y que ante este ultimátum la opinión de los pueblos interesados debe esclarecerse y pronunciarse.

Kellogg desecha en sus consideraciones, previas a la fórmula, la posibilidad de la devolución de Tacna y Arica al Perú o de la confirmación del derecho de conquista a favor de Chile. Para nosotros, los peruanos, esto quiere decir que Estados Unidos de Norteamérica no quiere ir en su obra de intervención hasta el extremo de declarar el derecho moral de nuestro país a la recuperación de las provincias detentadas, y ya que la fuerza que actualmente empleamos no es nuestra, propia, sino fuerza ajena, estamos, mientras permanecemos ligados a la protección de la cancillería norteamericana, a merced de la voluntad de ese protector.

En seguida observa Kellogg que un compromiso territorial respecto a Tacna y Arica, caso también contemplado en las deliberaciones, fue estimado por ambas naciones como contrario a su honor.

Luego entra la alternativa de traer a relación a un tercer factor en la disputa del Pacífico, y hacer con las aspiraciones de Bolivia a una salida al mar un cuajo que neutralice las oposiciones en la causa chilena y peruana.

Con la proposición de un corredor para Bolivia, que se suscitó momentáneamente, nada se ganaba en dicho sentido. Tal propo-

sición no significaba sino involucrar en el pleito peruano-chileno la causa de Bolivia que no estaba oficialmente incluida en las negociaciones del arbitraje o los buenos oficios norteamericanos, y no modificar la lucha de las cancillerías de Lima y Santiago por la posesión de Tacna y el puerto de Arica.

En verdad, la peor de las proposiciones hechas fue esa.

Finalmente, quedan tres alternativas más: la internacionalización o neutralización de Tacna y Arica, y la cesión completa de estos territorios a Bolivia.

Internacionalización quiere decir colocar las provincias en referencia bajo una especie de mandato de varios Estados del continente.

Neutralización significaría la transformación de las provincias en un pequeño Estado autónomo e independiente, cosa inconcebible, cuando se mira la impotencia moral y material de esta porción de terreno.

La cesión de Tacna y Arica a Bolivia carece de toda razón legal y formal, pero, justamente por esto, podría ser la propuesta que tuviera la mayor fuerza solvente para el problema que se ha manifestado insoluble bajo la acción de todos los métodos ceñidos a la regla.

La cesión de los históricos territorios a la hermana república por los dos pueblos contendientes sería un gesto de generosidad capaz de borrar los odios fraticidas de otro modo indestructibles.

Pero este acto tendría que ser realmente un acto de generosidad, o su virtud estaría carcomida en el germen por un gusano roedor.

Kellogg propone:

1º La cesión a Bolivia a perpetuidad de todos los derechos que puedan tener Chile y el Perú sobre Tacna y Arica.

2º La protección y conservación de los derechos de propiedad de los habitantes radicados en los territorios en cuestión.

3º Compensación pagada por Bolivia por la cesión de los dos territorios y las obras públicas contenidas en ellos; ofreciendo los buenos oficios de Estados Unidos para fijar el monto de las cantidades respectivas, después de arreglos directos entre las tres naciones.

4º Tratados de comercio que, convenientemente ajustados, estrecharán las relaciones de las tres repúblicas.

5º, 6º y 7º Desmilitarización de Tacna y Arica. Arica puerto libre. El Morro colocado bajo el control de una comisión internacional y declarado Monumento Americano, erigiéndose allí una escultura o un faro conmemorativo.

En el Congreso Nacional se ha protestado contra la fórmula de Kellogg.

Con mucha justicia se ha observado que el árbitro no ha cumplido sus obligaciones, dejando de pronunciar su veredicto sobre el resultado del plebiscito, en que no basta que haya recaído la moción de Lassiter, que todos conocemos, pues Lassiter no era el árbitro. Entre la moción del comisionado del árbitro y el fallo del árbitro mismo hay la diferencia que existe entre un dictamen de fiscal y una sentencia de la Corte Suprema.

Ahora, si lo lógico sería que el Perú insistiera, como se ha pedido en el Senado, en demandar el fallo del árbitro, se vería probablemente la burla que hace la fuerte Cancillería de Washington de la débil Cancillería de Lima, tal como lo ha hecho en la contestación que dio Kellogg al memorandum peruano de diciembre 3 último, preguntando si en la fórmula del 30 de noviembre *se consultaba la propia determinación de los habitantes de Tacna y Arica*. Kellogg cita, como absolviendo la interrogación, la provisión del párrafo A de la fórmula que dice: “La cesión que se propone queda sujeta a apropiadas garantías para la protección y preservación, sin distinción alguna, de los derechos personales y sobre la propiedad de todos los habitantes de cualquier nacionalidad”.

Digan los lectores qué concordancia hay entre la respuesta de Kellogg, que trata de las garantías civiles y económicas de los habitantes de los territorios por transferir, y la pregunta del Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú sobre la libre determinación de los pueblos.

De ciertos discursos habidos en el Congreso parece desprenderse que algunos parlamentarios se inclinarían más pronto a una neutralización o internacionalización de los territorios disputados, que a la cesión de ellos a Bolivia.

No se advierte la lógica que pueda tener ese temperamento, si agregado a dicha idea se expresa que el Perú no quiere ser defraudado de sus expectativas sobre Tacna y Arica, que durante más de cuarenta años ha sostenido. Con la institución del Estado independiente, el Perú queda tan defraudado como con la cesión a Bolivia, y todavía peor, porque Bolivia queda entonces tan inquieta como antes con su problema de la salida al mar y el Estado independiente se convertirá en una verdadera bomba de dinamita peligrosa para todos los vecinos.

Finalmente ¿cuáles son nuestras esperanzas y nuestros temores?

Nuestra esperanza no puede ser sino una: la de recuperar Tacna y Arica tal como las perdimos en 1880.

Esta esperanza es vana en el momento actual, está tan lejos como antes del Protocolo de Arbitraje de 1922.

No solo hay que preguntar si *queremos* retrotraer la situación al *statu quo* de antes de 1922, sino también si *podemos* hacerlo —si podemos, sin peligro para nuestras conveniencias vitales, contrariar el interés internacional hasta el grado de negarnos a la terminación definitiva del conflicto que últimamente se ha querido alcanzar.

Pues, claro está que nadie nos da Tacna y Arica, y que difícil

será que nosotros las tomemos, embarcándonos en una guerra suicida y huérfana de las simpatías del mundo.

Nuestros temores, ¿contra quiénes se dirigen? ¿Contra el imperialismo del Sur o del Norte?

Podremos abrazar el imperialismo del Norte, pero esclavizándonos a este.

Habría entonces que estudiar detenidamente la perspectiva que nos ofreciera la sumisión incondicional a la hegemonía norteamericana.

El imperialismo del Sur no deja de ser una amenaza, pero la proporción de fuerzas respecto a este sería más igual. Sería más honroso afinar nuestra sagacidad en defensa de nuestra soberanía ante las acechanzas chileno-bolivianas, que abandonar nuestra soberanía a la protección del poder absoluto de la Gran República o el Big Stick, bien conocido en México, Costa Rica, Hawai y Filipinas.

Una verdadera obsesión nos tiene paralizados, con nuestra mirada fija en el enemigo de 1879 y con las espaldas volteadas hacia el imperialista de 1926 quien, en verdad, no nos bombardea con metralla, pero hace, nada menos, escarnio de nuestra dignidad de hombres y patriotas.

¿El Perú no vende territorios? La fórmula Kellogg, se ha dicho en el Senado, es repudiable, porque es una obra de cálculo norteamericano y no de sentimiento sudamericano; convierte el ideal del Perú en un negociado; el estadista norteamericano empequeñece la cuestión, la *mercantiliza*, olvida su carácter de verdadero y ponderado patriotismo.

Pues bien, no hay necesidad de aceptar esta parte odiosa de la fórmula Kellogg.

Séase patriota bastante sagaz para comprender que el porvenir del Perú requiere una atmósfera tranquila para el desenvolvimiento

de la prosperidad y la cultura del país; que llega un día en todo proceso evolutivo en que la mirada hacia atrás es tan funesta como lo fue para la mujer de Lot; que para nosotros, Sodoma y Gomorra deben hacerse cenizas en pos nuestro, ese Sodoma y Gomorra de las iniquidades chilenas, las traiciones bolivianas y las culpas tremendas de nuestros propios políticos, y que debemos arrancar desde una tabla rasa hacia una meta nueva.

No; no estamos obligados a aceptar ni el punto 3º, ni el 5º, 6º y 7º de la propuesta de Kellogg.

Todos entendemos lo que significa la hipotequización de Bolivia a Estados Unidos. Todos entendemos que Norteamérica quisiera entrar en Sudamérica, aunque sea por el ojo de una aguja. Por eso, la compensación pagadera por Bolivia, con los buenos oficios de Estados Unidos para el arreglo de las cuentas, y hasta la desmilitarización de Tacna y Arica, y la internacionalización del Morro tienen resabios de intriga, y aun la protección y garantías de la persona y propiedad en Tacna y Arica habría que saber cómo y de parte de quién se darían.

¿Por qué ha pensado míster Kellogg en tantas condiciones limitadoras en la transferencia de Tacna y Arica a Bolivia, si no ha querido más que salvar el impase en la disputa peruano-chilena, buscando a un factor tercero para no quedar encerrado en el círculo vicioso de las pretensiones de los dos?

¿Acaso, aunque se sueñe en la importancia futura de Arica como emporio comercial y centro de tráfico internacional, tiénese el precedente de que Estados Unidos hayan puesto la condición de la desmilitarización del Canal de Panamá?

El Perú y Chile harán bien en recordar un gran ejemplo de habilidad que proporciona la historia diplomática de los mismos Estados Unidos de Norteamérica.

Helo aquí:



A fines del siglo XIX prodújose en la China la famosa rebelión de los Boxers, estallido de un sentimiento popular irritado contra los extranjeros que, con el pretexto del estado caótico o salvaje de la administración en aquel vasto imperio, habían sometido a la Nación de los 400 millones de almas a una exacción vergonzosa. Hubo un día en que mil colonos extranjeros, refugiados en la legación británica, pasaron momentos de un horror dantesco, asediados por las tropas del imperio de la Emperatriz Madre, anticipando la suerte de pagar las culpas de muchos culpables que habían muerto impunes.

Impusieronse una vez más las potencias europeas, y la China tuvo que pedir perdón por su gesto de emancipación, arrodillarse ante la tumba de von Ketteler, el representante de Alemania, víctima de la jornada boxer. Guillermo II, el jefe fanfarrón de la robusta Germania, fue el que más gritó en el vocerío contra la China; pero todos se cobraron ahí cuantiosas sumas de indemnización.

En 1918, Estados Unidos tiene el brillante arranque de *devolver* a la República China, entonces su aliada en la guerra europea, la parte suya de la indemnización que le había sido abonada como tributo penal por los excesos de la Rebelión Boxer.

Estados Unidos hizo más que *perdonar* un pago que había sido estipulado; *devolvió* una cantidad que ya se hallaba en sus arcas. Lo hizo porque calculó que el agradecimiento de la China le serviría más, y valdría más que los miles en metálico que tanto la seducen.

Ahora, volvamos al punto de la libre determinación de los pueblos.

¡El Perú no vende territorios! Bien dicho.

Pero, si todos están conformes, puede, con decoro y honor, dar un gran paso a favor de la armonía sudamericana, si los mismos ariqueños y tacneños convienen en la solución.

Bajo la bandera boliviana, los parias pueden regresar a sus hogares. Démosnos como satisfechos de que Chile *suelte el Morro*.

Que Chile se oponga a la cesión en sí, y a la cesión gratuita de Tacna y Arica a Bolivia no importa.

Convertido en política peruana terminante el plan esbozado, la oposición indicada haría la unión boliviana-peruana y la exclusión de Chile de las simpatías de los neutrales. Todo aquello que con justicia se objeta a la fórmula Kellogg quedaría eliminado.

¿Tendremos hombres bastante grandes e inteligentes para sacrificar las monedas contantes a la promesa del porvenir?

## FRENTE AL IMPERIALISMO YANQUI

Solo en raros casos extremos habla la diplomacia como hablaría el pueblo; la cortesía, la prudencia, la sagacidad la aconsejan a no ser en sus expresiones tan franca, rotunda y radical.

Es así que podemos dejar en duda si en el memorándum del señor Rada y Gamio a míster Kellogg, del 12 de enero de 1927, haya encontrado el sentir del Perú una interpretación vigorosa y llena, tal como debiera hallarla finalmente en una respuesta definitiva y concluyente al árbitro de 1922.

Yo creo haber puesto la mano sobre el corazón del Perú y creo haber auscultado su latido.

Concebí que ningún pleito sería susceptible de terminar en que los litigantes no quisiesen abandonar los dos extremos opuestos en que se habían colocado y avanzar hacia el medio en que fuese posible que se dieran la mano. En tal entender no hallé mal considerar el factor conciliador que se ofreciera con el deseo de Bolivia de salir al mar y convertir en ofrenda de fraternidad sudamericana la peligrosa manzana de la discordia que tenemos en Arica.

Emitiendo esta opinión públicamente logré cerciorarme de la psicología del ambiente. Mi primer artículo en *La Tradición* obtuvo una vehemente refutación; mis amigos no se declararon convencidos con mis teorías; mi pequeño drama “Tacna y Arica. El Juez”, no gozó de una acogida como habría recibido si hubiese sido una furiosa embestida contra los chilenos o un himno a la justicia wilsoniana.

Lo recto, lo consecuente con el único fuerte ideal común que ha abrigado la nación peruana durante casi medio siglo, sería en verdad mantenerse fiel a la vieja esperanza: *la devolución de Tacna y Arica al Perú*, y por eso me he inclinado reverente ante el sentir que respondió a los argumentos que nacieron de mi percepción de la parte práctica de la vida, que entraña principios tan imprescindibles como los relacionados con la *conservación de la existencia*.

Siempre he sido idealista. No podría divorciarme de la idea de la Nación sobre un punto que envolviera un ideal con el cual en el fondo tendría que estar de acuerdo. Si la Nación dice: “nada menos que Tacna y Arica peruanos; nada menos que la justicia por la cual hemos luchado durante cuarentitrés años”, yo estoy con ella.

Pero exijo y quiero que la Nación se pare firme en esa noble y altiva declaración de su íntimo y profundo sentimiento y abomino de que caiga, después de sus elevadas intransigencias y sus severas protestas, en una debilitante ambigüedad.

Desgraciadamente he podido comprobar también la existencia de una fracción de opinión en el público a cuyo concepto responde la parte ambigua del memorándum peruano. Hay personas en nuestra población que dicen “antes que los chilenos, los norteamericanos”. Hay personas que desearían vengarse de Chile, quitándole la presa y poniéndola en un lugar tan seguro que por mucho tiempo no podría ser recuperada por nadie, ni por Chile, ni por el Perú. Al mismo tiempo, un hondo resentimiento se dirige

contra Bolivia, que nos abanderó en la Guerra del Pacífico. ¿Merece Bolivia que le hagamos un favor? ¡No! El rencor y la venganza nos echan en brazos de Estados Unidos, nuestro avariento protector. Qué nos importa la avaricia de Estados Unidos; todavía no le tenemos odio y rencor a esta República, porque todavía no hemos entendido que su imperialismo es el imperialismo de Chile centuplicado y la traición de Bolivia decuplicada.

“Antes que los chilenos, los norteamericanos”, que venga la internacionalización o neutralización, aunque comprendamos qué maniobra se esconde bajo estas palabras. No niego que el gobierno, al seguir una política semejante, esté de acuerdo con cierta porción del pueblo, cuyo patriotismo se declararía halagado con la mencionada especie de revancha, mientras que otra porción se inclina a deleitarse con la visión de futuras guerras, una vez que el Perú, rehecho y enriquecido, haya dado nuevo impulso a sus armas.

Aquí tiro la raya, sin tachar ni incriminar a nadie por los conceptos distintos de patriotismo que pudiera haber con toda legalidad y honradez.

Yo acepto la frase *Nada menos que Tacna y Arica peruanos*. Yo volveré a hacerla mía como lo era en mis días de menor experiencia. Yo la respetaré como el grito de la juventud nacional, sacudida de bríos para edificar un porvenir.

Pero protesto una y mil veces, con toda la energía de mi corazón, amante del Perú desde que he tenido uso de conciencia, contra la frase *antes que los chilenos, los norteamericanos*.

No, no y no. Con profunda convicción, con clarividencia natural digo, y sé que lo dirán conmigo muchos hombres ponderativos del Perú: *antes que los norteamericanos, los sudamericanos*.

Nosotros podremos absorber con el tiempo, de una manera u otra, las dificultades con nuestras pequeñas vecinas, pero dema-

siado largo tendríamos que beber si quisiéramos vaciar el cáliz que nos administrara el advenido del Norte a las playas del Pacífico meridional.

No; el que consiente en que Tacna y Arica sean internacionales o neutralizadas, no insiste en que vuelvan a ser peruanas, y el que transige en esta forma, bien podría haber transigido también en otra quizá menos fatal.

Repito una cita que hice en *La Tradición* del 7 de enero: “El protectorado es el primer y disimulado avance que dan las potencias hábiles hacia el apropiarse de los pueblos pequeños y confiados”.

La carta del americanista argentino Ernesto Quesada, ha abierto ya los ojos a los lectores de *Amauta* respecto a los añejos desig-nios de Estados Unidos de Norteamérica. La Gran República, los *Estados Unidos de América*, quieren bajar al sur, pasando sobre México, Nicaragua y Panamá, a establecer la base naval en Arica, donde situación y clima se prestan a introducir una neta colonia yanqui, piedra fundamental de vastas operaciones en nuestro continente.

Cuando el separatismo loreto haya puesto más tarde el Amazonas también en manos norteamericanas, y allá el clima y el género de las labores no permita que los yanquis labren con propias manos su fortuna, entonces hasta los mestizos, y no ya solamente los indígenas, reconocerán que el alabado hombre blanco será siempre un Pizarro o un Cortés para quienes llevan en las venas sangre de Atahualpa o Moctezuma.

El honor tal como lo estatuye la opinión reinante, absolutamente no quedaría salvado con la transacción de internacionalizar o neutralizar el territorio de Tacna y Arica. ¿Existe una bandera internacional que suplantaría con ventaja la bandera peruana en el Morro, o estaría de acuerdo con las expectativas hidalgamente

sostenidas por una mayoría del pueblo peruano, el que esta sea suplantada por cualquiera enseña que fuese? Una cosa u otra: o el honor nacional se menoscaba con una transacción, o no se menoscaba; y si no se menoscaba, caen por tierra las objeciones o sugerencias de arreglo que mejor miran por la independencia y dignificación de la raza indohispana ante la raza sajona de América.

¡Oh, la gloria del Morro con el faro hecho por la *Foundation*!;  
¡oh, la gloria de ese Morro desarmado, por el entusiasmo pacifista de Kellogg, mientras que Norteamérica se arma hasta los dientes!  
¡Gracias por el homenaje que el Tío Sam ideó en pro nuestro, gracias como las que dimos por la ofrenda de la corona!

¡Ahora sí que pido un Canciller de Hierro que sepa enseñar a Kellogg el mismo gesto que se enseñó a Echenique y que sepa negar a la cancillería de Washington lo que niega a la cancillería de La Paz!

## AMÉRICA PARA LA HUMANIDAD

“América para los americanos” es el lema de los norteamericanos.

“América para la humanidad” es el lema de los sud y centro-americanos.

Un siglo de historia ha demostrado que el primero de estos lemas ha sido de gran valor práctico para el desarrollo de nuestro continente.

Ahora falta demostrar que el segundo de los mismos será de magna trascendencia para el rumbo futuro de nuestras jóvenes naciones.

La gran república norteamericana tiene la curiosa peculiaridad de ser un país sin nombre. Solo por tolerancia puede admitirse que “Estados Unidos” sea nombre propio de una nación, pues es-

tados unidos los puede haber y hay en otros complejos políticos. Ni siquiera el término Norteamérica designa con corrección el Estado de las fajas y estrellas, pues el Canadá también está en Norteamérica; y podría algún día constituirse en república norteamericana independiente del centro de Washington. Yo propondría que en una futura conferencia internacional se acuerde adoptar el nombre de Yanquilandia o Washingtonia para bautizar al fin al niño moro.

No es cosa sin importancia esa anonimidad de la Gran República. A un hijo de Yanquilandia le choca cuando se le dice norteamericano y no americano simplemente. En Norteamérica se llama “españoles” a los civilizados sudamericanos. Pero nosotros, en Sudamérica, no hemos de titularnos españoles, ni hemos de decir “americanos” cuando justamente queremos caracterizar la diferencia de tipo que distingue a la raza de la parte septentrional de la parte meridional del continente. En aquella instancia de los norteamericanos de querer ser “americanos” y calificar de “españoles” o “aborígenes” a los nacionales de las repúblicas centro y sudamericanas está latente la intención de monopolizar la soberanía de polo a polo en este hemisferio.

Para el yanqui el norteamericano es el único americano en América, aunque, por supuesto, este pensamiento no puede ser pronunciado claramente ni por los diplomáticos, ni por aquellos heraldos del imperialismo yanqui que visitan con un objeto u otro nuestras ciudades y nuestros despoblados.

En un tiempo el lema “América para la humanidad” podía aplicarse también a Norteamérica. Libremente acudían a ese hospitalario suelo delincuentes con esperanzas de rehabilitación social, perseguidos políticos y religiosos con promesa de un bello terreno de propaganda y escapados de la miseria con perspectivas de fortuna. Hoy, Norteamérica ha cerrado sus puertas a la humanidad,

dejando abierta solo una rendija para los inmigrantes penosamente seleccionados.

La ley de naturalización norteamericana prohíbe el otorgamiento de la ciudadanía a personas que no sean blancas ni libres. La Gran República desprecia profundamente las razas de color y desdeña libertar a los individuos que no han nacido libres. Tal es su espíritu, tal su humanismo.

En rigor de verdad todos los sud y centroamericanos han sido de semejante modo declarados indignos de poseer la *ciudadanía americana*, porque los sud y centroamericanos legítimos son hombres de color o de raza mezclada.

¿Qué hacer ante dicha contingencia? ¿Disimular cortésmente la conciencia de la soberbia que el “hermano” norteamericano lleva en su pecho o procurar blanquear más y más la raza colombina, a fin de poder ser admitidos al festín de banqueros de Wall Street?

Este último método parece ser el más aceptado en las clases “superiores” de Latinoamérica. Yo aconsejaría todo lo contrario. Yo aconsejaría hacer causa común con los despreciados hindúes, negros, chinos y japoneses, formando la coalición de los despreciados y preparando la gloriosa prueba del poder que serán capaces de desarrollar las civilizaciones llamadas muertas y primitivas para ganarse independencia y respeto en el mundo. Advierto a quienes no piensen así lo que será la vida, moralmente, de unos pueblos sometidos a otro pueblo que se cree su amo, por gracia de Dios y por su color blanco.

Ya sabemos que el japonés podrá ser el azote del norteamericano. El japonés francamente no me es simpático, por motivo de su espíritu déspota, imperialista y militarista, pero tiene condiciones tan espléndidas como el yanqui para la actividad práctica y tiene mucho más disciplina y discreción –y no puede despreciarnos por el matiz de nuestra tez.



Los tentáculos de Yanquilandia, buscando nuestras fuentes de riqueza se extienden hoy asiduamente sobre Latinoamérica. Bajo formas en que menos lo sospechamos, se introducen ellos, pues en el Norte no son varones y laicos, como antaño entre nosotros, sino mujeres y misioneros religiosos los que se emplean como agentes políticos. La red en cuyo centro se encuentran el gabinete de Washington o un sindicato de banqueros e industriales, la tejen enfermeras de la Cruz Roja, damas sufragistas y predicadores con la Biblia en la mano. El proselitismo es el vicio de los yanquis, el prurito de ser la luz del universo es su ambición dominante. Al-gún bien hacen, no hay duda, pero hay que estar alerta al mal que también harán, si no se les opone perspicacia e inteligencia.

¿Tuvo razón Loucheur cuando dijo en Londres, a principios de 1923, que Estados Unidos entró a la guerra del 1914 para impedir que Alemania ocupara las hoyas mineralógicas de Longwy y Briey, con lo cual había adquirido un predominio industrial que habría arruinado la industria norteamericana, y parece cierto que hoy se inclina a abandonar su abstención de los asuntos europeos temiendo que Francia domine de modo absoluto, con la ocupación del Ruhr, la industria minera de Europa? Probable es esto, porque si Estados Unidos hubiera participado en la lucha de los aliados por los preconizados ideales de justicia y paz, la fuerza material no sería actualmente el ideal que irradiara para las obras del progreso terrestre de la patria de Dempsey. No creeríase entonces tan generalmente que se necesita de atletas, sino de hombres hábiles e inteligentes, como lo son los asiáticos y los naturales andinos y razas educadas cualesquiera.

Por momentos, Norteamérica se arrepiente de sus restricciones a la inmigración. En las caricaturas de las revistas neoyorquinas, vemos al Tío Sam echando un día cerrojo a la puerta y abriéndola al siguiente de par en par, invitando a la entrada. Un día

se prohíbe a los chinos la entrada a las islas de Polinesia ocupadas por los yanquis, y otro día se pide su readmisión para remediar la falta de braceros. Sirvientes sin derechos cívicos pide el senado washingtoniano.

Comprendiendo cuál es la significación de los actos públicos de la nación norteamericana, halaga cualquier signo de altivez que se revela en los pueblos que la potencia del Norte tiene previsto como sus vasallos.

Una de las más pequeñas repúblicas americanas, Costa Rica, ha sido la que con su moción en el Quinto Congreso Panamericano sobre la reorganización de la junta directiva de la Unión Panamericana inició un triunfo de la voluntad latinoamericana sobre la sajona americana. Es decir, se hizo sentir una fuerza solidaria que apresuró a Estados Unidos a buscar una reanudación de relaciones diplomáticas con el gobierno de México, y fueron Cuba, Panamá y el Uruguay los estados que más decididamente secundaron a Costa Rica en su proposición –Cuba y Panamá, dos naciones que demasiado de cerca conocen ya la política norteamericana, y el Uruguay, país que siempre se ha distinguido por el brío de su carácter.

“La noble nación argentina”, ha dicho *La Prensa*, de Buenos Aires, “jamás pedirá instructores navales a país extranjero, por considerarlo depresivo para su soberanía”. Es otra palabra que indica el temple que sería deseable ver en el haz de naciones que juntas podrían guardar el equilibrio al fenomenal poderío actual de Norteamérica. La actitud de México bajo el gobierno del presidente Obregón no necesitamos recordarla. México es el eje del hispanoamericanismo. México no acepta posiciones ambiguas en los concilios panamericanos. México hace vida fructífera sin el reconocimiento oficial del gobierno de la Casa Blanca. México doblega la arbitrariedad norteamericana en el caso de la interven-

ción de las cortes yanquis en los negocios del consulado mexicano en Nueva York.

Notas de altivez se anhelan con sed de desierto en el actual momento histórico que se singulariza por el decaimiento de todas las virtudes hidalgas y por una universal adulación al poder y al dinero de los Estados Unidos de Norteamérica.

A este respecto viene oportuno igualmente el gesto del expremier francés Clemenceau, al contestar una oferta que de Nueva York llegó a hacérsele proponiendo pagarle 200.000 *dollars* por una serie de conferencias en el Nuevo Mundo:

“Se ha equivocado Ud. de dirección; hágale esa propuesta al boxeador Carpentier”.

“No debería haber grupos de Estados latinoamericanos para contrarrestar a Estados Unidos” dice míster Fletcher en un banquete antes de partir de su país para su misión en el Congreso Panamericano de Santiago de Chile. Más cómodo sería para Yanquilandia que no se formaran tales grupos.

En el Quinto Congreso Panamericano la delegación yanqui apoya la recomendación, desgraciadamente presentada bajo los auspicios de la Argentina, para que todas las naciones evitasen, hasta donde les fuese posible, gravar con derechos excesivos la exportación de materias primas. ¿Quién se beneficiará más que Estados Unidos, el país que hoy reúne en sus arcas el dinero del mundo entero, con la baratura de la importación de materias primas para sus industrias? Esa proyectada medida significa el sacrificio absoluto de la América virgen a la América industrial. ¡Ah solicitud de hermanos en los concilios familiares, estos consejos inspirados a la Argentina por el gran pueblo capitalista del Continente! Las rentas que necesitan para vivir nuestras naciones latinoamericanas ¿de dónde se exprimirán, después de que se deje desaprovechado el vencimiento de los primitivos recursos naturales de los respectivos países?

El Congreso Médico de la Habana hace tres años aprueba una moción presentada por dos médicos peruanos, aconsejando por razones eugénicas a los gobiernos latinoamericanos tomar severas medidas contra la inmigración asiática. ¿Ha nacido esta campaña de antisiasiaticismo realmente de los Estados latinoamericanos que tienen ya una inmigración asiática, o es este un fuego azuzado por diplomacia norteamericana en un ambiente propicio, puesto que, por la modestia de su apariencia, los asiáticos han sido siempre los menos apreciados colonos de las despobladas naciones erigidas sobre el pasado azteca, gaucho, incaico y araucano? Ciertamente que a los norteamericanos les conviene quedarse solos con los centro y sudamericanos. Cada día se acerca más para el norteamericano el momento en que América será para los americanos, *bajo una ley en que el hombre de color, tal como lo es el legítimo natural de Centro y Sudamérica, no podrá ser ciudadano.*

Con el ingreso del Canadá a la Unión Panamericana esperará el gobierno de Washington principiar a arrancar dicho país de la Gran Bretaña, junto con el voto de las colonias que naciones europeas conservan aún en este hemisferio. Poco falta para que la política europea sea completamente eliminada de América. Pero luego el Asia, levantándose en pujante resucitación, podría turbar el imperio monopolista de la Gran República, del gran hermano que tan solícitas protestas de fraternidad tiene que hacer a los hermanos menores o “inferiores”, en las asambleas panamericanas. La previsión sajona anticipa el peligro. Para servir a Yanquilandia vamos nosotros, los latinoamericanos o los aborígenes americanos, a echarnos encima la indignación del Japón y de la China por nuestro afrentoso prejuicio contra sus razas y alejar aliados que nos ayudarían a no quedar abyectamente a merced del que es dueño del poder y del dinero en el concierto de las veintiún naciones.

Defectos que las afean tienen las razas asiáticas. ¿Quién no los tiene? Ellas solas no podrán regenerar países que, como el Perú, poca cuenta han sabido dar del rico patrimonio que heredaran. Pero ¿excluir a las razas asiáticas? no; mil veces no. Hacerlo sería traicionar el lema de nuestros más altos pensadores: “América para la humanidad”.

El asiático, hijo errabundo de una patria sobrepoblada, tiene su porvenir moral y cultural en este continente abierto a la inmigración. Aquí traerá junto con sus cacareados vicios, las virtudes que supieron guardar durante siglos la Muralla de la China y las olas que bañan las playas de Noponia. Negar al asiático esta expansión, esta oportunidad de transformarse, bajo la presión de un nuevo medio topográfico oriental y una ajena civilización occidental ¡es o sería un enorme delito de lesa humanidad!

Solamente no verán la verdad de lo que digo, los ojos deslumbrados por el brillo externo de una República que, según el testimonio de órganos de su propia prensa es una nación en que se escucha al proletariado, al pueblo, menos que en ninguna parte. “Nada importa”, dice el *World* de Nueva York, “que el pueblo norteamericano sea amigo de este o el otro pueblo extranjero. Los ferrocarrileros, los factoristas, los picapedreros, los agricultores de allá poco representan. El gobierno hace política de petróleos”.

## EL PROBLEMA RELIGIOSO EN HISPANOAMÉRICA

Aunque dudo que sea cierto todo lo que se le ha hecho creer al Papa sobre las barbaridades cometidas contra el clero episcopal durante la actual agitación religiosa en México, no dudo que se hayan cometido muchas arbitrariedades contra sacerdotes y fieles católicos, en retorno de otras arbitrariedades inferidas anteriormente a la inversa de parte a parte. No hay que cegarse: el hombre

es hombre, aunque alardee de ser socialista o patricio, cristiano o pagano, blanco o amarillo, alemán o francés, joven o viejo.

Supongo al mismo tiempo que en México, igual que en otros lugares donde se hayan suscitado conflictos entre el Gobierno y la Iglesia, la mujer haya estado en término general con pasión del lado del clero.

Un cablegrama de Ciudad de México de septiembre 6 último dice: “El conflicto entre la Iglesia y el Estado se dirige rápidamente a un punto en que las fuerzas del Gobierno tendrán que enfrentarse a la mayoría de las mujeres que se han plegado alrededor de las banderas católicas, apoyando a la clerecía. Durante un desorden en Guadalajara, las mujeres se negaron a disolverse, no obstante haber disparado las tropas al aire, y al contrario atacaron a los soldados con cuchillos”.

Quiere decir que, aunque haya en la época presente bastante mujeres antireligiosas, ellas están en minoría, exactamente como en el sexo opuesto forman en sentido contrario la minoría los hombres conservadores.

Esa actitud de las mujeres la explicarán los anticlericales como una consecuencia del atraso y la ignorancia de la mentalidad femenina, y de la sujeción de las conciencias femeninas ejercida por los consejeros espirituales, a la sombra del oscurantismo resultante o de contubernios pecaminosos.

Pero, niego que en tal explicación se condense la verdad. La mujer no ha sido dominada tan solo puniblemente por el clero, sino que le debe a este una deuda legítima y positiva de gratitud. Todo aquello contra lo que se rebela hoy día el socialista: la iniquidad de las leyes, la servidumbre personal, el desprecio sufrido como categoría o clase, la explotación desvergonzada por el más fuerte, todo eso lo ha impuesto y lo impone todavía, ese mismo socialista, como hombre, al sexo femenino, y en faz de todos estos agravios,

la mujer no ha tenido a quién acudir sino a la Iglesia, al Clero, los que mal que bien, han restañado algunas de sus heridas; la han amparado al pie de los altares y en las puertas de los conventos; han procurado hacer valer sus reclamos de consagración matrimonial; han buscado como aliviar su pobreza; han rezado con ella, invocando un consuelo sobrenatural. La idea del templo está enlazada tiernamente con las hondas penas que un dolor extremo hace necesario, de la esposa decepcionada, de la madre abandonada y de la novia feliz que quisiera dar a sus ilusiones vida eterna. En los confesionarios, tan vituperados, con fundamento por desgracia, no todo es culpa e hipocrecía; también hay párrocos que tienen una hermosa foja de servicios, habiendo sabido ofrecer a las almas excelentes remedios, sugeridos por la amplia intimidad con el corazón humano que han adquirido durante su ministerio.

Es leyendo la famosa obra *Quo Vadis* que la inteligencia se da cuenta de la enorme transformación en el valor social de la mujer a que dio origen la introducción del cristianismo; y aunque con el andar de los años y siglos todos los bellos principios se adulteran, sin embargo, no obstante de ser empañada y oxidada por las impurezas de la atmósfera, el talismán de la fe cristiana no pierde de un modo absoluto su virtud en manos de la Iglesia que lo guarda.

Ahora, si una mayoría de mujeres estuviese en un país del lado de la Iglesia católica, habríase que ser muy poco liberal si se considerase el deseo de los liberales como resuelto favorablemente por la opinión común. La mujer forma el pueblo junto con el hombre y por fin ¿qué habría decidido el voto popular por mayoría? Es que el voto popular a veces no incluye el voto femenino, pero la vida social total si incluye el sentir de la mujer.

¿Necesitaríamos continuar amontonando pruebas de que los libertarios son tan tiranos como los tiranos a quienes con furia pretenden derrocar?

Dice el notabilísimo artículo firmado por G.P. Eliñeda, publicado en *El Comercio* del 22 de noviembre pasado que “la ley de la conciencia es llevada en México por nuevos misioneros laicos, profesores de escuela que van a la montaña y al remoto valle, a la aldea y a la tribu, construyen allí la escuela y dan instrucción a quienes no vienen a buscarla”.

Como acción del Estado, aquel envío de apóstoles de la escuela oficial es excelente. Pero la excelencia de la medida termina donde comienzan los síntomas de exclusivismo que acusan el contagio de una disposición patológica generalizada en el género humano que causa las futuras mortificaciones.

En renglón anterior el citado artículo se refiere al cristianismo del cual México “derivó incalculables beneficios para su homogeneidad y cohesión étnicas”, tanto de esa religión en sí, cuanto de los esfuerzos altruistas que al extenderla desplegaron los primeros misioneros a favor del indio.

El autor cree expirado el plazo en que la labor de los propagandistas católicos prestó ventajas a la raza azteca, y proclama llegado el día de la emancipación del Estado de la Iglesia.

Indudablemente que es oportuno proceder en el momento evolutivo a que ha llegado el mundo, al establecimiento del derecho de la libertad del pensamiento, y que no se puede dejar de romper una lanza contra cualquier poder doctrinario que pretendiera poner en riesgo tal derecho. ¡Caso curioso que, con el ataque a la Iglesia católica en México, se ha conseguido que esta hable, en contra de todos sus precedentes, del derecho de libertad de conciencia!

Sin embargo, la predilección que profesa el presidente Calles hacia la instrucción laica, no quita a ningún padre o madre el derecho de preferir para sus hijos una instrucción religiosa, y si el



Gobierno de México poseyera el sentido de la justicia estricta, no haría más que proveer los distritos de la República de la instrucción laica que él prohija sin impedir ni prohibir que los religiosos establezcan sus escuelas para quienes quisiesen patrocinarlas.

Y por cierto que, si eso de la religión no fuera un forcejeo de intereses de mando y caudales, ni al presidente Calles, ni al mismo Papa les importaría tanto lo que cree y hace la gente.

Los más ilustrados de los clérigos y los más ilustrados de los políticos tienen que saber que no hay en el universo entero dos cerebros que piensen de un modo exactamente igual y que se imaginen las cosas en forma rígidamente idéntica, y por consiguiente, tienen que comprender que hasta una revelación la verían de distinta manera los distintos cerebros.

G.P. Eliñeda habla de lugares que acusan una “congestión religiosa anormal” en México, asegura que solo en cuatro o seis, y no en los treinta y siete estados federales que componen la nación mexicana, existe la resistencia popular contra la aplicación de la Constitución de Juárez en sus partes relativas a la limitación de las facultades eclesiásticas. Es en los estados del sur donde hay tal abundancia de templos y sacerdotes que su proporción asciende respecto a los templos, casi a uno por cada sesenta habitantes, y respecto a los sacerdotes, a algo como 500 por cuatro o cinco mil cabezas de población; mientras que en la región del norte apenas se encuentran sacerdotes suficientes para el servicio razonable de los feligreses. Y, agrega el escritor, “es precisamente en los Estados en que la Iglesia romana posee mayor dominio que el fanatismo y analfabetismo crecen exuberantemente y donde, debido a la fertilidad de tierras y dulzura de climas mora aún mayoría de tribus indígenas”.

En puntos como el aludido, los opositores del clericalismo confunden con frecuencia el orden de causa y efecto. Muchos anticatólicos pretenden insinuar que la religión es causa de atraso,

estacionarismo o demás condiciones parecidas, de determinados grupos populares.

Nosotros creemos, al contrario, que la presencia del sacerdotismo católico de peor aspecto en ciertos medios no es causa, sino efecto, de la psicología reinante. Las pruebas lo enseñan, que el desenvolvimiento de la actividad humana, el impulso de los intereses del comercio y de la curiosidad científica, desalojan de los espíritus la concentración religiosa.

Las poblaciones indígenas no pueden sino tener un concepto religioso rudimentario; una susceptibilidad a las formas externas, realmente paganas del culto; una preferencia por decoraciones de mal gusto, por bailes y orgías, que siempre han sido ceremonias que acompañaban los sitios de los pueblos primitivos.

En este respecto, el culto católico, vasto y experimentado en sus métodos, ha podido satisfacer la idiosincrasia de las poblaciones rurales mucho mejor que el simplificado y seco rito protestante y ha respondido al anhelo innato de la humanidad en general en forma muy superior al ateísmo, falto de poder sugestivo e inspirador.

El protestantismo y el ateísmo, en el fondo nada más que gestos de rebelión contra los errores cometidos por la Iglesia cristiana o por el sacerdocio de cualquier culto que fuera, serán infaliblemente batidos al fin de la jornada por el sentimiento místico de las mayorías, que justamente con este sentimiento poseen un fuego en el alma que fundirá las armas que se empleen contra ellas.

La Iglesia católica no tiene la patente de retener a los pueblos en un estado de fanatismo, oscurantismo e inmundicia. El fanatismo lo inculcan los protestantes y los ateos lo mismo que los católicos. Los explotadores de los elementos humanos explotables tienden todos, consciente o inconscientemente, a la conservación del oscurantismo; el sexo masculino ha procurado cercenar el espíritu

de la mujer, para atarla a las obligaciones de su servicio doméstico y carnal; el empresario mercantil ha deseado la instrucción de las masas únicamente en el grado en que determinadas aptitudes se hacían necesarias para la debida ejecución de los trabajos, y en las demás oportunidades ha querido que la bestia humana de carga no tenga tiempo para ir a la escuela.

Por fin, la religión, que en los medios sociales sencillos no puede ser doctrina complicada y metafísica, se resuelve en una cuestión de agua y jabón. ¿Cuál religión lava mejor las caras? La religión de los sajones y escandinavos, que son protestantes, por tener una tendencia instintiva a la limpieza y las artes prácticas, y que no debe creerse que son limpios y prácticos por efecto de la religión protestante.

En una palabra, hay en el mundo razas y pueblos más o menos prácticos. Algún día nos cansamos de tanto misticismo y de las negligencias positivas que trae, y clamamos por las doctrinas y los doctrinarios liberales; otro día nos cansamos de la aridez del protestantismo y ateísmo, y nos agolpamos bajo las portentosas bóvedas de un templo místico.

Hoy queremos traer agua y jabón a los indios aborígenes de Centro y Sudamérica; queremos encontrar hombres que sean bastante enérgicos para quitar a los indígenas catolizados, pues verdaderos católicos no son, las borracheras que padecen, tal como los primeros misioneros católicos quitaron a los autóctonos de México la costumbre de libar a sus deidades la sangre humana que estas demandaban.

El asunto social o político y el religioso se involucran. ¿Dónde hallamos separado el puro interés religioso del económico o nacionalista?

Llamo nacionalista el empeño de las colectividades o de sus guiantes de mejorar las condiciones étnicas y locales con el propó-

sito de conseguir un levantamiento moral y material de la heredad patria. ¡Noble objeto! El verdadero patriota ambiciona que su nación se iguale en cualidades a las naciones modelo, que desaparezcan de su terruño los lunares que ante el criterio mundial le causan vergüenza y no dejar el sitio vulnerable por donde pueda penetrar la insidia de un veneno mortal o de cualquiera acechanza contra la soberanía de la personalidad política.

Así lucha actualmente el patriotismo mexicano contra la voluntad del papado y la amenazante vecindad del coloso del Norte y el patriotismo chino contra la secular soberbia de las potencias occidentales.

\* \* \*

Pues bien, tratamos ya de la religión no en el sentido doctrinario, sino político.

El escritor Eliñeda parece que da por terminada la capacidad del cristianismo de otorgar a México, o a otros países semejantes en su condición a esta república, un incalculable beneficio para su homogeneidad o cohesión étnica.

Si Eliñeda piensa así, nosotros pensamos lo contrario.

Estados Unidos cuenta en su seno, es cierto, una fuerte proporción de elemento católico; pero, oficialmente es un Estado no católico; es una cuna de un poderoso fanatismo protestante y albergue de un activo ateísmo obrero.

¿Qué tenemos nosotros, los nacionalistas centro y sudamericanos, que defender contra la Gran República? Tenemos que defender la personalidad y autonomía política de nuestros respectivos Estados. Quien no aprecia la conservación de la personalidad propia, sea esta personalidad la individual o colectiva, ha cesado hasta cierto punto de vivir. La personalidad es la vida o sea el interés de la vida.

La diferencia entre Norte y Centro y Sudamérica se expresa en la raza, las costumbres, los hábitos, los ideales y propósitos, y la religión. La República yanqui nació protestante, las repúblicas indohispanas nacieron católicas. Sea lo que sea aquello que se construya sobre los primeros fundamentos de un Estado, esos primeros fundamentos constituyen el suelo que pisan las generaciones sucesivas. ¡La fe de los padres! Hay un poder sentimental mágico en esa fe. En sus mejores horas recuerda el norteamericano el versículo de la Biblia que aprendió en las faldas de su madre; en sus mejores horas recuerda el indohispano el rezo que le enseñó ante la imagen de la Santísima Virgen la mujer que le dio el ser. La temprana enseñanza religiosa hace de vínculo entre los desvinculados que se combaten mutuamente por míseras prendas materiales, pero que poseen un algo de analogía en su historia, un algo que es el espíritu católico o protestante que les ha infundido el alma de sus progenitores.

Hoy como ayer el cristianismo tiene el poder de traer “incalculables beneficios para la homogeneidad interna o cohesión étnica” no solo al pueblo mexicano, sino a los demás pueblos a cuyo primordial paganismo logró imponerse. El cristianismo dividido en dos, el catolicismo y el protestantismo, divide en dos a un par de grandes bloques étnicos, a cuya innata diferencia psicológica responde la diversidad externa de los cultos y credos.

La religión significa un atributo —de oposición étnica— y representa en este sentido un instrumento de ataque o defensa.

\* \* \*

Estados Unidos de Norteamérica puede emplear el arma de la religión como un medio de disgregar las energías de sus vecinos, de disolver su unidad y causar su mayor sometimiento a la unión de las fajas y estrellas.

Centro y Sudamérica podría usar la religión suya como una réplica a la ofensiva de los emisarios norteamericanos. “Italia, concentra tu sangre en tu corazón” cantaba el poeta Shelley hace cien años. Podríamos hoy repetir el verso, diciendo: “México, concentra tu sangre en tu corazón, y siente la diferencia que te distingue, hasta en tu religión, de tu ambicioso vecino”.

México, el adalid de los países colombinos ¿será bastante maduro ya en su rigor para triunfar con su individualidad sobre la absorbente mole sajona, sin el apoyo de la religión que lo enlaza a todo un continente, y a España, y al poder papal que, aunque imperialista para sí, en lo demás es universalista y se prestaría a conciliar para los fieles, voluntades en la lucha contra el actual Amo del Mundo?

Y si México pudiera emprender ya la campaña, solo con su escudo y su espada, ¿podríamos también nosotros hacerlo en esta misma época, nosotros, los sudamericanos, dispersos en difuso aislamiento en los espacios inmensos del territorio continental?

La cohesión de religión, la cohesión de lengua es lo único que nos queda de defensa moral ante el nivelador empuje del mercantilismo norteamericano. ¿Deberemos entregar los postreros girones de nuestra individualidad al comercio extranjero que abre fauces inconmensurables; deberemos dejarnos devorar, consentir en nuestro anulamiento, saludar gozosos, la Nada envuelta en un festín de cabaret?

¡Oh, fin inicuo, muerte lastimosa de la estirpe de Moctezuma y Manco! ¡Imaginaos la historia, contando ese desenlace! La No Resistencia abyecta en contraste con la No Resistencia heroica de Gandhi en la India. ¡El goce efímero de los logreros en lugar del sacrificio inmortal de los mártires!

¡Países, continentes sin redención! ¡Ni Moctezuma, ni Atahualpa redimidos por la proeza de sus descendientes. De principio

a fin la raza azteca y la raza incaica dominadas, encadenadas como sus emperadores indígenas, llevadas al patíbulo del trabajo esclavo por el Sindicato de Banqueros de Wall Street!

\* \* \*

La iglesia nacionalista de México sí es un ideal lógico y bueno. La Iglesia nacionalista en principio, y no solo como una especialidad mexicana, significa la disgregación del poder papal, un poder, nos parece, que no puede existir sino en obediencia a conveniencias temporales, porque las conveniencias eternas no exigen que la fe humana tenga una cabeza, una autoridad humana.

Pero la conveniencia temporal da razón de ser a la jefatura eclesiástica, tal como da razón a la existencia de toda otra clase de jefatura, puesto que la acria positiva solo podría realizarse en circunstancias en que toda cabeza humana fuese capaz de gobernar los actos individuales de una manera amoldada a la armonía general.

El más capaz gobierna, donde no todos son capaces. El que el gobernante sea bastante tachable, no quiere decir que no sea el más capaz entre los incapaces.

Un mundo católico dividido en tantas iglesias nacionalistas como hay soberanías políticas, se convertiría probablemente en un campo de Agramante de discusiones internas y voces externas. Sobre todo, manejado el fraccionamiento del complejo católico por hábiles manos diplomáticas en Washington, la cisión religiosa sería una mina inagotable de juego político para una cancillería rooseveltiana. El último factor de cohesión del bloque americano meridional roto, rebelde a la voz del Papa que a veces llama a la unión fraternal de todos los feligreses, el sueño mal oculto de “América para los norteamericanos” se haría fácil realidad.

Seductora viene la “resurrección” de que habla Eliñeda. La “resurrección” que traen los misioneros protestantes, capituleros políticos y zapadores del imperialismo sajón en América, Asia, Rusia, Turquía y doquiera que penetran, desarraigando dulces cultos ancestrales, ofreciendo un plato de lentejas en pago de abjuraciones inmorales o inconscientes; corrigiendo los hábitos corrompidos en las viejas parroquias católicas, como los primeros misioneros católicos corrigieron la barbarie al pie de las piedras sacrificadoras de los *tencalís*, para más tarde causar ellos otra “secular pasión”, como lo hizo la Cruz de Valverde y no de Cristo.

En resumen, enmarcándonos estrictamente dentro de nuestra época, somos nacionalistas convencidos.

Tenemos por artículo de fe que vivimos con el deber de conservar nuestra personalidad individual y la colectiva, primero nacionalista que ampliamente social.

Las cimas del pensamiento en el Perú bien pueden divisar la luz de un socialismo sin límites de fronteras, de un humanismo sin contornos de raza o religión. Pero, hemos nacido peruanos y nuestro deber inherente es para con el Perú. Nuestra mirada tiene la obligación de no extraviarse sobre Europa y Estados Unidos, sino de concentrarse sobre el indio de la tierra patria. Al ánimo del indio no la podemos elevar con nosotros en las expediciones científicas y especulativas de nuestra mente ilustrada. El indio no puede compartir con nosotros nuestros credos avanzados.

El alma del indígena es dueña de estas sierras y de estas montañas. No debemos exponerla al torrente arrollador de una civilización completamente extraña y fuertemente robustecida en lejanos climas. Si así la expusiéramos al choque mortal, seríamos, los espíritus dirigentes en el Perú, semejantes a los hijos de Jacob que vendieron a Josef a los egipcios.

El comercio del Norte acecha al indio para destruirlo. Quiere



su brazo para dar fortuna a los hombres blancos, que nunca se rebajan en ir a las lumbreras, ni jamás echan lampa en los matorrales del Amazonas. A los más aprovechados de los indios aquel comercio dará buenos zapatos, bonitas casas, instrucción escolar, aseo, decencia; pero, le quitará al indio el arte, la leyenda incaica, el yaraví, la quena, el cuchillo labrador de maravillosos dibujos, aquel comercio de los millonarios que, incapaz de engendrar estética elevada, importa la música y las pinturas de los alemanes que detesta y de los italianos que desprecia y paga los bailes de los negros a quienes quema en la hoguera.

¡Alma y cuerpo; espíritu y materia!

¿A quién? ¿De qué fuerza disponemos en el caos de las pueriles luchas personalistas, de las discordias o indolencias internacionales, y de los desiertos rústicos, sin población y sin apóstoles?

De ninguna fuerza propia disponemos por ahora; el progreso material del Perú descansa en préstamos, y ese progreso material más a más no es progreso moral. La banca de Estados Unidos de Norteamérica es el dueño del progreso visible de Centro y Sudamérica. México, en sus forcejeos de emancipación ¿podría vencer sin una América Latina a sus espaldas? México, en brega solitaria ¿no caería al fin abatido por la supremacía de los recursos de su contendor?

La lengua de España, la Iglesia de Roma, dos elementos ajenos al aborigen sudamericano, han formado, sin embargo, el principio de unidad que hace de las partes meridionales del Continente un bloque contrario a la parte septentrional inglesa y protestante.

Que México luche como pueda, nosotros que contemplamos su campaña no debemos lanzarnos en pos de esa república, iniciando agitaciones religiosas. No quisiera otra cosa el Hermano Mayor para afirmar su hegemonía que hemos quebrado en las mil fracciones de iglesias nacionalistas, sectas opuestas, cismas ortodoxos y

herejes. En un momento, aquello que pudo ser nuestro gran poder de defensa, la fe religiosa, se habrá convertido en nuestra mayor debilidad, en viruta, fácil combustible de hábiles intrigas.

La Iglesia católica es nuestro baluarte, celemos esta fortaleza, refectionémosla, aprovechemos toda piedra que encontremos para enmendar sus desperfectos.

El ateísmo, el No Creer, es una fuerza, pero que no puede pasar de ser una fuerza demoleadora. El Creer es la única fuerza capaz de ser fuerza constructora.

El credo protestante es para nosotros un culto antinacionalista, un instrumento de conquista manejado por una raza extraña.

Ateísmo y protestantismo no nos sirven sino para vedar a la Iglesia católica el acceso a un grado de poderío que la haría una amenaza para el libre desenvolvimiento de la conciencia, y nos retrotraería a un régimen medioeval.

Mantenida la competencia de fuerzas espirituales que hoy mismo existe, la Iglesia no persigue a pensador alguno en los dominios legítimos de este. Quien se deja oprimir por la Iglesia romana lo hace porque quiere; ella no quema ya en la hoguera a incrédulos y brujos; sus excomuniones no afectan al rebelde, que tiene una sepultura asegurada por el Estado y aplausos reservados para él en anchos círculos sociales. El cura no ha hecho pagano al indio, sino que el indio ha hecho pagano al cura. El indio no hace lo que la Iglesia quiere, sino que la Iglesia hace lo que quiere el indio.

La Iglesia católica es astuta como explotadora, pero también sabia como educadora. Tiene un conocimiento profundo del corazón humano y una experiencia acabada en la organización disciplinaria. Es como una vieja maestra diplomada que entiende por medio de la práctica mejor que la nueva normalista teórica.

La Iglesia católica ha vivido ya tan largo que ha adquirido el sentido de la adaptación. Ella se adapta a la mentalidad de las

masas, y de las personas, y de las épocas. Cuando parece que no se adapta es porque los objetos sobre los cuales actúa no la obligan lo suficientemente a adaptarse. El mundo marcha y la Iglesia tiene que marchar, esta en sus curatos tiene con qué demorarse siglos en una aldea, pero en su teología tiene a la vez con qué hacerles compañía, por miles de años, a las generaciones evolucionadas.

El asunto de la religión tiene su aspecto divino y su aspecto humano, su aspecto dogmático y su aspecto social.

Lo difícil es separar bien los ingredientes, porque es maravilloso como se fusionan hasta en las mentes más incisivas. En un próximo número de *Amauta* esperamos terminar con el tema, explayando todavía un par de consideraciones.

## RESEÑAS DE LIBROS Y FOLLETOS

### Leonore Niessen Deiters

“Ricardo Wagner y Matilde Wesendonk. La tragedia de amor en *Tristán e Isolda*”. Publicado en la revista: *Nosotros*, año XXII Nº 167, abril 1923. Buenos Aires, Imprenta Mercantil, Avenida Acóyte 271-1923. Un folleto elegante de 28 páginas.

“Los Nibelungos” de *Humanidades*, tomo VII, páginas 171 a 231. La Plata, República Argentina, 1923. Un folleto como el anterior, de 63 páginas.

La autora es la esposa del doctor Ernesto Quesada; es alemana y tiene en su patria asentada su fama como novelista y poetisa de amplia producción. Desde hace años actúa como colaboradora permanente del importante diario político alemán *Die Kölnische Zeitung* o sea *La Gaceta de Colonia* cuya fundación data nada menos que del año 1651. En 1913 fue enviada por su diario a escribir una serie de cartas sobre la Argentina, las que, en número

de 36, tuvieron una repercusión enorme en Alemania. En 1920 volvió a mandar correspondencias de la Argentina a *La Gaceta de Colonia*. La señora Niessen Deiters es la única mujer que se ha enviado en esta forma al extranjero. En 1925 ha dirigido a su diario una serie de ocho correspondencias sobre un viaje al Pacífico y los problemas de culturas precolombianas, que aparecen bajo el título: “Nuevos caminos y antiguas culturas”.

Respecto a los dos folletos nombrados decía *La Razón* del 1º de junio de 1923: Wagner está de moda. Basta hojear la sección bibliográfica de cualquier publicación literaria, artística o filosófica, para encontrarse con Wagner literato, músico o filósofo.

El trabajo “Tristán e Isolda” de la señora Niessen Deiters ha sido motivado por un artículo de José Ingenieros publicado en la *Revista de Filosofía*, haciendo una rectificación elocuente a las erradas interpretaciones dadas a la relación espiritual entre Ricardo Wagner y la señora Matilde Wesendonk por quien, con espíritu latino, fue incapaz de penetrar en el espíritu germano.

### ***Las mujeres y el Estado soberano***

Es la traducción del título de un libro en inglés, de 142 páginas, por A. Maude Royden, perteneciente a la Nueva Serie editada por C. Delisle Burns y Richard Roberts. Stokes Company, New York (Headley BROS. Publishers, Ltd. Kingsway, W.C. 2). Printed in England at the Pellican Press 2 y 3 Gough Square, Fleet Street, London, A.C.

Interesante sería tener esta obra traducida al castellano; resume los importantes aspectos del problema femenino actual, con una franqueza que asustará a algunas timoratas, pero con una sinceridad que sería elogiada por las inteligencias firmes.

## **“¿Cuál fue la religión verdadera de Lincoln?”**

**por Joseph Levis**

Tenemos la noticia de la aparición de este tratado en el número de enero 6 último del importante semanario neoyorquino *The Nation*.

Es un folleto de 32 páginas, editado por la Freethought Publishing Co., Inc. 1658 Broadway, Dept. 451, New York. Segunda edición.

La suposición de que este folleto esté destinado a causar una sensación enorme en la opinión pública norteamericana y la información de que los historiadores y biógrafos se hayan empeñado siempre en presentar a Lincoln como sujeto a un estricto conservadorismo en materias religiosas, hacen pensar que los yanquis deben ser, en medio de sus rascacielos y estrellas de cine, de psicología bastante arcaica.

Dice el anuncio: “El comprobante más persuasivo y fuerte presentado por míster Levis en su tratado es sin duda la reproducción exacta del borrador original del discurso inmortal de Lincoln en Gettisburg; ¡escrito por su propia mano! Compárese ese borrador con cualquiera otra copia auténtica de ese famoso documento y se tendrá una prueba patente de que aquella que fue la más grande pieza retórica de Lincoln fue sometida a censura y adulterada de tal manera de hacernos concebir que él era lo que él se afanaba en declarar que no era”.

Pero ¿cómo se dejó imponer esa adulteración de sus verdaderas convicciones un hombre que llevaba en sí la inmortalidad histórica por su amor al principio de la libertad?

## MAGDA PORTAL (1900-1989)

*EN LOS 7 ENSAYOS DE INTERPRETACIÓN DE LA REALIDAD PERUANA, José Carlos Mariátegui señala que con el advenimiento de Magda Portal “le ha nacido al Perú su primera poetisa, pues hasta su aparición solo habían surgido mujeres de letras”<sup>1</sup>.*

*En un libro suyo podemos entrar sin desconfianza, sin ceremonia, seguros de que no nos aguarda ningún simulacro, ninguna celada. El arte de esta honda y pura lírica, reduce al mínimo, casi a cero, la proporción de artificio que necesita para ser arte. Esta es para mí la mejor prueba del alto valor de Magda. En esta época de decadencia de un orden social –y por consiguiente de un arte– el más imperativo deber del artista es la verdad. Las únicas obras que sobrevivirán a esta crisis, serán las que constituyan una confesión y un testimonio.<sup>2</sup>*

*Su presencia en Amauta desde el número 1 hasta el 25 es principalmente literaria, con poesía, artículos referidos al arte y comentarios de libros. En el primer número de Amauta se publicó su poema “Círculos violeta”. En mayo de 1927 cuatro poemas de*

---

1. José Carlos Mariátegui, *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Lima, Editorial Horizonte, 1991, p. 322.

2. *Ibid.*, pp. 324-325.

Una esperanza y el mar: “Cartón morado”, “El mandato”, “Las miradas ausentes”, “Ausencia”. También, *Dos poemas proletarios para los compañeros de Vitarte*: “Palabra de esperanza” y “El hijo”, que se publicaron posteriormente.

En el debate suscitado por las diferentes concepciones del arte nuevo y la definición del artista vinculado con su tiempo, Magda Portal planteó que el arte es resultado lógico de las diversas tendencias sociológicas y filosóficas y no producto anárquico. Por lo tanto, el arte nuevo responde a la época de la posguerra signada por importantes triunfos de la ciencia y el clamor de libertad. “Todo un desfile de cadáveres fue necesario para esto, también millones de fantasmas hambrientos”, agrega. “El arte se desvistió de las inútiles pompas de Darío —la belleza en sí, es estéril, el arte debe ser creador”<sup>3</sup>.

Miguel Ángel Urquieta le respondió con un artículo titulado: “Izquierdismo y pseudoizquierdismo artísticos”<sup>4</sup>. La réplica de Magda Portal no se dejó esperar: “Para mí, —dice— todo el sensualismo del arte rubeniano, con su evidente fecundidad, es estéril, como resultado humano, como aporte a la vida (...) Toda la razón que habría para resucitar el pasado, sería esta: poder decapitarlo de un tajo —creo en las medidas radicales— y además el pasado está superado, se ha rebasado la posibilidad de la semilla: Toda la vida es un Presente con los brazos abiertos del Mañana”<sup>5</sup>. No en vano, Nicanor de la Fuente al referirse a ella a propósito de la publicación de su libro *Hacia una estética económica*, la califica como “nuestra beligerante compañera, acaso el más puro fermento revolucionario femenino de este instante en América”<sup>6</sup>.

3. *Amauta* (Lima), N° 5 (1927), p. 12.

4. *Idem*, N° 7 (1927), pp. 25-27.

5. *Idem*, N° 7 (1927), p. 28.

6. *Idem*, N° 24 (1929), p. 102.

*Cuando en 1927 la policía “descubrió” un complot comunista para derrocar al dictador Leguía, arrestó a José Carlos Mariátegui, a decenas de obreros e intelectuales, en el local de Minerva a Magda Portal y a su compañero Serafín Delmar. Poco después, fue deportada a México donde participó en la fundación del APRA. En 1929, recibió una carta de Mariátegui donde la invitaba a adherirse al Partido Socialista. Desde Costa Rica, le respondió sugiriéndole aprovechar el viaje que iba a realizar Mariátegui a Buenos Aires.*

*Pero en abril de ese año, Mariátegui murió en el Perú. En 1946, Magda Portal presidió la Primera Convención de Mujeres del Partido Aprista, y dos años después, renunció durante el Segundo Congreso por desavenencias con Haya de la Torre cuando este se opuso a que las mujeres participaran en una elección partidaria aduciendo que todavía no se le había otorgado el derecho al sufragio en el Perú.*

*Libros de Magda Portal: El ánimo absorta. Poemas (1923); El desfile de miradas. Poemas (1923); Varios poemas a la misma distancia (1927); Constancia del Ser. Poemas (1928); El nuevo poema y su orientación hacia una estética económica (1928); El derecho de matar. Cuentos con Serafín del Mar (1929); América Latina frente al imperialismo y defensa de la Revolución Mexicana (1931); El aprismo, la mujer. Ensayo (1933); Hacia la mujer nueva. Ensayo (1933); Costa Sur. Poemas (1945); ¿Quiénes traicionaron al pueblo? Ensayo (1950); La trampa. Novela (1956); Flora Tristán, precursora (1984).*



## CÍRCULOS VIOLETA

Humareda de angustia hasta ahogar las lágrimas de las estrellas.

Caminaba por el camino sin direcciones, estremecida por los fantasmas de la neurastenia.

Y es que en el fondo de las entrañas, con un chisporroteo tenue, sintió el hervor de una vida que no era la suya.

### AMOR

Pero es que el Amor encierra la única razón del Hijo?

Ya debiera encenderse dos ojos profundos la ceguera criminal de la Naturaleza.

Para qué?

Día a día, como un puñal que penetrara en una roca, se le clavaba la interrogación.

Para qué?

Todas las noches mirándose en el espejo de su carne –fatigada y enferma por el proceso lento, se le apretaba el corazón–. Y hubiera querido, con el espíritu de rodillas, amanecer como si fuera todo un sueño.

### PARA QUÉ?

Le quemaba el hierro de la pregunta.

Sus pulmones mordidos por la tuberculosis, su soledad, su vida sin objeto, vagabunda en la vastedad hostil de la tierra.

Para qué pues el hijo? La prolongación de las lágrimas mudas del abandono, del extravío? La prolongación de las miserias del mundo!

Y la negación rotunda no le rasgaba las entrañas.

Todos los días hervía un poco más aquel fermento del acaso.

De sus ojos brillantes y lánguidos salía a bailar en las ojeras y en la cara extenuada.

Y en verdad sentía como si llevara en su vientre todo el dolor de la humanidad.

Los fantasmas de la neurastenia le hundían sus dedos en las celdillas del cerebro.

En sus ojos empezaron a inmovilizarse los paisajes más rojos.

\* \* \*

Cuando llegó la Hora, cayeron sobre sus pupilas los telones de la indiferencia.

Le miró curiosamente —como a una muñeca de biscuit.

Tenía claridad de aurora en las pupilas, y las carnes suavemente rosadas. —Era una niña.

Lloraba —estremeciendo la dulce masa de su carne.

Le envolvió en unos trapos y se echó a andar por las calles —como siempre no llevaba dirección.

Al fondo divisó en su mole blanca, el Hospicio de Huérfano —Retrocedió—. Incubador de esclavos y de asesinos.

G U J A

detrás se han abierto  
hondas zanjas de misterio

acaparas mis ideas  
con hélices de neurastenia

todo tu clamor se perdió  
vastamente en la tierra

representante de las Madres

recién son ciertos los puñales de María

tu último gesto  
se ha colgado en la sombra borrosa  
de la madrugada  
delante de mis ojos  
teje su telaraña de tristeza

hace cuántos días?.....  
allí habían árboles  
cohetes de estrellas—  
las piedras refinadas del río—  
cataratas de sol  
sobre el primitivo  
y alegre paisaje

pero HOY solo estás tú  
pequeña muerta dolorosa  
raramente clavada en el fondo  
del paisaje

N A D A

N A D A D E T I

y sin embargo  
en las antenas del cerebro  
se han posado las golondrinas  
tristes del

r e c u e r d o

yo las miro —atenta  
a cuándo volarán?

el horizonte partido por el ayer

que no regresa  
detrás de ti  
el misterio echó sus redes

## VIDRIOS DE AMOR

Con mis líneas profundas –amanecí–  
estaba la mañana fresca recién bañada  
oliendo a humedad  
qué dulce azul el cielo –los picos de los Andes  
los árboles –la vastedad del panorama –  
sobre los techos de las casas acurrucadas  
se abrían cóncavos los cielos  
como si les dijeran : pequeñas  
id al campo a retozar  
pero ellas no se movían  
su trágica inmovilidad

a m a n e c í a      YO

la lluvia refrescó mis neuronas  
e igual a la mañana  
estaba dulce –sin memoria– i pálida  
como convaleciente

i deseosa de derramar mi sol – perdón  
como la mañana  
sobre las trágicas palomas acurrucadas

sobre la mala Vida  
que todo me lo niega  
llena de absurdos  
hasta afilarme el alma

Y O – i luego ?

la mañana tan fresca  
i tan sin sol –

i en lo recóndito  
la dulce voz que besa el alma  
como la lluvia

M A D R E L L E N A D E L Á G R I M A S

DE *UNA ESPERANZA Y EL MAR*

### **Cartón morado**

#### **CASUALIDAD**

Madre de los desamparados  
Es ya rojo todo el camino recorrido  
Con tres jirones de alma menos  
i esperando  
Como si todavía hubiera providencia –  
I, aún no se me enturbia mi esmeralda ilimitada?

Me están llamando las lágrimas desde enantes  
se rebelan contra mi sequedad—

I lloro

Mañana habrá reventado un botón nuevo  
con el calor de esta noche—

Estoi sola

—Cómo te amo Soledad—  
grande vacío de la noche  
cómo te he amado siempre  
Generadora de mis mejores pensamientos  
pañó de lágrimas  
confidente i refugio.—

## **El mandato**

habrá necesidad de domar a las fieras  
i sujetar al muro de la Vida  
las más fuertes cadenas—

I no soñar—

Durante un lapso grande  
ser un cerebro y una VOLUNTAD—

Abrir los ojos como dos reflectores  
i aprisionar la Vida  
redondamente en la mirada—  
I ser por los que nunca han sido  
como el Sol por todas las noches  
como el Agua por las sequedades—

Así ha de ser este HOY  
Porque el Hoy es la Vida  
Porque el Mañana está detrás  
de las fronteras de la Vida—

Así HOY—  
Este HOY majestuoso y terrible  
al que se debe todo:  
    hasta la m u e r t e —  
Este hoy  
    que está gritándonos:  
        CUMPLID!—  
como si todo hubiera sido estéril  
i quisiera vernos rehabilitar  
las horas vacuas  
que como ramas tristes se arrancaron de  
su árbol—  
    i le faltan—

### **Las miradas ausentes**

mírame—  
Mi neurastenia de miradas!  
como de mar  
como de largos viajes

Ve la tortura mendiga de mis ojos—  
cazando al vuelo la mariposa viajera  
de tu mirada—

N a d a m á s

Las miradas me obseden—  
Querría todas las pupilas—  
las verdes, las doradas, las negras—  
para tapizar las paredes de mi vida—

I les tengo miedo  
Por ese me odian —Lorraine— los ojos—  
Mis ojos dorados de serpiente  
en el estuche abierto de mis verdes  
ojeras—  
Mis ojos que atraerían todas las mira-  
das— como llamas de colores alrededor  
de mi Vida—  
Líbrame de este mal—

Ah la tornura acariciante de tu mirada—  
Tus rayos X que te muestran  
mi corazón desnudo—

M Í R A M E !

estoi en el umbral de tus ojos—

## **Ausencia**

embriaguez de dolor y de amor  
tan cercana a la muerte—  
hoi agonizan mis llamadas  
frente al espectro de tu sonrisa  
que ya es apenas

un instante muerto



entre tu realidad presente  
desconocida para mí—

Yo ignoro t o d o  
hasta los aletazos de la Tragedia  
trazando sus círculos sobre mi cabeza—

Solo sé en esta hora  
de proyecciones infinitas  
q u e A M O i e s t o i

S O L A

i que ha muerto la Tierra—

## DOS POEMAS PROLETARIOS PARA LOS COMPAÑEROS DE VITARTE

### **Palabra de esperanza**

Nunca es completa la alegría para el pobre  
como nos la dan de prestado,  
ni el amor es completo, compañeros,  
porque se amarga con la falta de todo

El hombre quiere ser feliz,  
nosotros luchamos por alcanzar días mejores  
¿Quién nos ha dicho que están detrás de este dolor,  
de esta miseria, como una aurora nueva?

Sin embargo  
sobre la tierra hay alegría  
no puede ser que el Sol alumbre  
solo nuestra miseria proletaria  
en las vitrinas de la ciudad hay flores  
y los cines sonríen con sus letreros luminosos  
pero nada de eso  
disfrutamos nosotros

Y aquellas casas de los ricos  
donde todo es tan bello  
y tan limpio  
que dan ganas de andar sin zapatos?

Alguien nos dice que tenemos derecho  
que la vida es igual para todos los hombres  
pero sobre la tierra lo que existe  
es la riqueza para unos y la miseria  
para nosotros.

Esas pobres mujeres  
que se quejan todos los días con las mismas  
palabras  
y no saben por qué  
mientras para los hombres  
asesinados de deseos  
solo queda el alcohol  
para olvidar y embrutecernos

Y esos niños, los niños,  
los hijos nuestros que no saben por qué es así la vida?

flacos, con sus ojitos llenos de deseos  
y sus manos tendidas  
siempre pidiéndonos  
y sin poderles dar!

Esto no puede ser así

Luchemos, compañeros,  
porque mañana esos hijos nuestros  
no nos maldigan  
o tal vez lloren sobre nuestro recuerdo  
porque no les supimos conquistar  
su derecho a la vida

## **El hijo**

Así —crucificada por la Vida  
amaneció una mañana—

Era el alba del hogar proletario  
y sus ojos alegres  
desconocían las miradas amargas.

Trajes burdos  
envolvían su cuerpo de mujer trabajadora  
deletreando su belleza  
inquietante a las miradas del amo.

Cómo es triste un hogar pobre  
donde todo nos falta  
hasta la luz

que penetra tímidamente  
por las ventanas sucias.  
Pero de tanto verlo  
ella no lo advertía.

Sus hermanitos la besaban  
y le tiraban los cabellos,  
pero ella estaba siempre alegre  
¡la vida era nueva!

Sus 15 años eran 15 alegrías  
rotundas –desafiadoras de la miseria–  
la madre la miraba  
con su dolor cuajado en las pupilas  
de frío y permanente  
ya no era dolor.

Todos los días  
en el taller implacable  
suspiraba por el sol que empapaba  
el camino.

Los telares isócronos  
que absorvían [*sic*] su vida  
no lograban llevársela  
en la porción de fuerzas diarias  
la tarde era cansancio  
pero tan lleno de esperanzas  
que al alba siguiente  
estaba plena de salud.

El Sol –el Sol–  
a lo lejos, el rumor de la ciudad  
tentándola con sus promesas desconocidas  
que recorrían su cuerpo en un temblor,  
la ciudad,  
cómo es de extraña la ciudad  
para los ojos de los pobres!

La ciudad con sus cines y sus carteles  
iluminados –siempre de fiesta–  
donde todo cuesta porque todo se vende  
y los pobres nada tenemos que comprar.

Una mañana  
amaneció con el hijo en los brazos.

En vano lo envolvió con su sangre  
y con la noche  
el gran sudario de los pobres.  
Estaba allí  
pequeño, triturado, llorándole.  
Ese fruto moreno  
de sus 15 años de alegría.

Cuando la luz entró, muy vaga,  
como entra en las casas pobres  
donde no se sabe cuando ha amanecido,  
la encontró mirándose, profundamente,  
hacia adentro.

Era tan nuevo –tan nuevo–  
¡el primer hijo de la obrera!

La voz imperativa de la fábrica  
le gritó –la mañana se desplomaba  
triste, para todos los que dan  
el triple del esfuerzo–

Ella seguía mirando –con los  
anchos ojos fijos en sus ropas  
desgarradas– en la sucia miseria de los pobres.

Los pequeños hermanos haraposos  
la madre indiferente,  
y el hijo que lloraba  
como la única protesta.

La miseria nos pesa  
como un pecado irreparable.

Desde entonces  
por la herida de su vientre  
la que perfiló su cara  
y transformó su cuerpo  
con las líneas de la maternidad  
y le trajo el presente  
del hijo  
una alegría nueva –también desconocida  
amaneció en su vida.–  
una alegría sorda.

No era el sol pleno sobre el campo  
no eran sus 15 años como 15 canciones  
populares.

Era algo ardiente –doloroso  
que se clavaba en ella  
como una espina honda,  
pero así dulce porque era suyo.

¡EL HIJO!  
al que acechaba de todos los rincones  
la miseria y el hambre, como a los  
hermanitos.

Una aurora distinta  
había amanecido.

Para él quería el sol  
y los caminos –y la tierra  
y el pan sin trabas  
y todo lo que nunca poseemos los pobres.

Toda vaciada en él, ya no sería ella.–  
la vida que quedaba hacia adelante  
se la debía ahora  
al pequeño sin nombre.

Cómo había cambiado la expresión de las cosas!  
que se volvían duras y agresivas,  
nuevas también.

Y entonces sí miró el dolor de la lucha  
la diaria angustia de la fábrica ruda  
que nunca da bastante para saciar el hambre.

Tenía el pecho henchido de sangre y de congoja,  
y una fiebre amarga  
la acariciaba toda—  
dándole ímpetus nuevos.

Él era su bandera  
contra su pecho lo defendería!

Por él que conoció las lágrimas  
creció en su corazón de obrera  
la REBELDÍA! —

## ANDAMIOS DE VIDA

### 1. *Amauta* y el arte de vanguardia

*Amauta* es ecléctica en arte, —comulga con todos los credos de arte, siempre que en ellos la belleza ilumine las parcelas de tenebrosidad que se trae de sus minas subterráneas de procedencia. —Pero *Amauta*, revista de avanzada, tiene el deber como dice Haya de la Torre, de revisar valores e inclinar toda su estructura moral hacia los vientos de renovación estética e ideológica, para afianzar bien su cartel de órgano de vanguardia. De ahí que el arte nuevo —tal como lo entendemos los jóvenes de América—, para quienes —es necesario decirlo una vez más— los ismos fenecidos en Europa no significan sino la primera voz de alerta en la revolución del Arte, y de los cuales ya no quedan sino sus páginas de historia —tenga en *Amauta* su hogar de derecho.



No es raro oír en toda la clase que no pertenece al proletariado el comentario de burla e incredulidad respecto al triunfo de los nuevos credos ideológicos, que señalan los días amanecidos para la fraternidad humana. Así también en la burguesía intelectual, en el periodismo espúreo de los pueblos de América se combate con saña las nuevas manifestaciones estéticas y se les tilda hasta de ser producto de naturalezas invertidas.

## **2. El arte nuevo y la generación anterior a la guerra**

El fenómeno tiene esta explicación: el arte nuevo –hijo de una época de formidables estallidos, la guerra europea, la Revolución Rusa, las hambres alemana, china, rusa y por último la Revolución China– de grandes triunfos científicos que han multiplicado la actividad de la vida, borrando todos los kilómetros del mapa, desconcertando el sentido común y creando una nueva filosofía– el arte nuevo tenía que ser un resultado fatal e impostergable. Como todas estas conmociones filosóficas, sociológicas y científicas, pasaron epidérmicamente sobre la conciencia de la generación anterior a la guerra, la persistencia de las nuevas bocinas –llámeseles *jazzband*, *bataclán*, etc.– mortifica sus auditivos acostumbrados a las campanas conventuales del romanticismo y decadentismo, etc.

Pero los hombres nuevos, nacidos en pleno cataclismo, cuando la Tierra vivía su más grande hora de tormentosa inquietud, fatalmente cargaron sus cerebros con las placas instantáneas de la comprensión rápida y la creación sintética, como el momento, que es lo único que vivimos –átomo y eternidad–. El Arte nuevo tuvo su primer vagido seguramente en la cabina de un aeroplano o en las ondas concéntricas del radio.

### **3. El sentido vital de las nuevas estéticas**

Esto que para nosotros tiene su más perfecto sentido de humanidad y vida resulta alambicado, oscurecido por forzadas cerebraciones, para el ocio intelectual de la generación inmediatamente anterior a la guerra –para nosotros precisamente el arte nuevo, tiene este sentido simbólico formidable: su DINAMISMO.

El arte nuevo impele a la aclaración del motor cerebral –todo él, estructurado de nervios en agilidad es un excitante de la energía–. El arte nuevo canta siempre la realidad de la ACCIÓN: sea pensamiento, sea movimiento –y para nuestros pueblos latinos, soñadores e inactivos, demasiada falta hace un propulsor de energías que despierte las fuerzas creadoras de un gran futuro próximo.

### **4. El arte nuevo y las nuevas corrientes ideológicas**

En todas las épocas de la HUMANIDAD, el arte ha sido una resultante lógica de las diversas tendencias sociológicas y filosóficas. No ha sido un producto desconectado y anárquico –por más que en arte es donde más derecho de ser tiene la anarquía–. Directamente ligado a las bases más representativas de la época, el arte ha sido más bien un espejo anticipado del panorama total inminente a realizarse.

Y esto que está dentro de la más estricta lógica tampoco ha sido violado esta vez, a pesar de haberse violado la lógica común.

El arte nuevo –verdad, sintetismo, humana alegría de vida, fuerza y creación– responde a esta gran época nuestra de la posguerra, señalada por inusitados triunfos de la ciencia y el grito de libertad que lanza el hombre.

Todo un desfile de cadáveres fue necesario para esto –también los millones de fantasmas hambrientos–. El arte se desvistió de las

inútiles pompas de Darío —la belleza en sí, es estéril, el arte debe ser creador— y penetrando en la raíz de la vida empezó su labor humana.

Antes de la guerra hubo un arte de decadencia, completamente estéril para la vida, enervante y atrofiante para todo lo que no fuera paraísos artificiales. —La guerra con sus tajos de sangre puso más humanidad, más sentido de vida a las manifestaciones del arte y como en toda época caótica el arte tuvo su caos para escapar al decadentismo y llegar a las anchas estepas ya soleadas de libertad, que son el arte nuevo, sin escuela definida, pero hermanado en acción y pensamiento a la Revolución Social cuyas semillas fructifican en el mundo.

No importa que los primeros en cumplir esta misión —los poetas precursores— nieguen la ligazón del arte al movimiento social y desdigan lo que oscuramente realiza—. Los que llegan después, y ya han nacido en plena HUMANIZACIÓN DEL ARTE, son los que cumplen conscientemente su doble misión de BELLEZA y de VIDA.

## **5. El arte nuevo y los nuevos artistas**

¿Pero con qué derecho “los burgueses de la literatura” exigen a este arte heroico y el único valiente —no deseo repetir las razones— un absoluto producto de sinceridad y de talento?

Los soldados de la revolución social estamos rodeados de una gran cantidad de falsos soldados, en cualquier momentos traidores y disidentes o simplemente inútiles para la acción —(todas las escuelas artísticas tuvieron sus malos discípulos, D’Annunzio, Chocano, etc. El arte nuevo no está obligado a llenar de carteles eléctricos los panoramas del mundo, señalando a los malos satélites)—. Los periodistas seudo intelectuales y demás canalla artística, no

tienen derecho a exigir una selección absoluta en el arte que recién yergue su planta alegre al oxígeno de la Realidad.

Y en cuanto a negarlo, es hacer como el pequeño burgués temeroso por lo mismo incrédulo, que niega la marcha todavía lejana pero incontenible de los soldados de la Revolución Social.

## RÉPLICA DE MAGDA PORTAL

Como no estamos de acuerdo, mi querido Urquieta, con aquello de “el admirable autor de *La Torre de las paradojas*” —que ya tuvo mi opinión en una crónica de diario— seguimos no estándolo en una cantidad de acápites de su artículo que preceden estas líneas —y lo siento.

Primera declaración de fe “izquierdista”: amo la expresión sintética —por eso no analizaré sus demasiado extensas divagaciones.

\* \* \*

Yo, claro, no tengo el honor de ser periodista, como yo lo entiendo, sin concesiones, sin cobardías, educador del público —no empleado de periódico—. Pretendo lo primero, pero todavía me parece que mis comentarios de arte en periódicos y revistas, no me dan derecho a ese título. Periodista en el sentido de Bernard Shaw, que siendo anónimo se desanonimiza, por su labor encauzada hacia un fin ideal —lo que identifica al periodista con el predicador, con el reformador, con el maestro—. Los otros, los periodistas a sueldo y a órdenes, son para mí —permítaseme esta fea palabra— los proxenetas de la bellaquería y la mala educación de los “lectores de periódicos”.

\* \* \*

Mi esotérica frase, empieza así: “El arte se desvistió de las inútiles pompas de Darío –la belleza en sí es estéril, el arte debe ser creador– y penetrando en la raíz de la vida empezó su labor humana”. –Para mí, todo el sensualismo del arte rubeniano, con su evidente fecundidad, es estéril, como resultado humano, como aporte a la vida –y el perfeccionamiento intelectual y espiritual–. No son humanos los planos de idealidad pura cuya base es el egoísmo. El decadentismo tomado como escuela, fue de una fecundidad fatal o mejor dicho estéril –y en cuanto a todo lo que tiene ovarios, también los parásitos tienen ovarios fecundísimos.

\* \* \*

“Cultura; estricnina del talento” –Alberto Hidalgo– y no es que yo crea en la eficiencia del analfabetismo –es que para el poeta (el primer creador)–, la cultura como base, perjudica su don original de creación, y su producto es un injerto de todo lo asimilado a su autenticidad –pero en este siglo obligadamente, no se nace analfabeto ni mucho menos– en cambio, creo sí que el periodista debe tener como base, la cultura.

\* \* \*

De toda la doctrina futurista, con la que más estoy de acuerdo, es con la que asesina el pasado y el recuerdo –aquello feble y concluido de lo que nos agarramos ilusoriamente para sostener nuestro equilibrio en la vida–. El pasado lleno de taras es un cadáver en putrefacción que debemos incinerar cada momento para no contagiarnos –no hay enseñanzas de ayer–, solo hay realidades de

HOY—. Los maestros que vinieron con el pensamiento y la doctrina fuera de su época, siguen estándolo y se situaron entre nosotros, en el presente.

Toda la razón que habría para resucitar el pasado, sería esta: poder decapitarlo de un tajo —creo en las medidas radicales— y además el pasado está superado —se ha rebasado la posibilidad de la semilla:

Toda la vida es un Presente con los brazos abiertos del Mañana.

Y nada más —mi querido Miguel Ángel Urquieta—. Me tienen sin cuidado los trucos tipográficos, el babelismo joyceano —la elefantiasis del disparate—; para no repetirme prefiero aconsejar se vuelva a leer mis “Andamios de vida”.

## LOS LIBROS DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

### ***Lecturas populares, de Esperanza Velásquez Bringas***

Uno de los productos de la Revolución Mexicana es el que representa la obra formidable de la educación popular, emprendida con enorme optimismo por los nuevos hombres que surgieron con la Revolución y la cual abarca en una amplísima visión realista, los más urgentes problemas de México.

El fenómeno histórico de la Revolución de México señala un gran paso de avance sobre el latifundismo colonial, cuyas bases se fincan en el analfabetismo de las masas campesinas, presas en la degeneración física y mental impuesta deliberadamente por los latifundistas.

La obra de la educación popular mexicana ha orientado todos sus esfuerzos en el sentido de atraer a esas masas hacia la conciencia y la actividad intelectual, ya que ha podido comprobar vastamente

las dotes de ductilidad e inteligencia que existen principalmente en las razas aborígenes, que forman el mayor porcentaje de población mexicana.

Así, estamos hoy asistiendo al despertar de un pueblo de innatos pero oscuros instintos rebeldes, que lo han llevado a la emancipación primero, a una lucha resuelta contra el latifundismo que ya no es todopoderoso, y que paso a paso le va agrupando a las filas de los hombres que luchan por un destino mejor.

Termómetro de esta época de singular trascendencia para México y de grandes proyecciones para la América Latina, es sin duda el libro *Lecturas populares* de la licenciada Esperanza Velásquez Bringas. Él representa el primer esfuerzo dirigido a introducir en la educación del niño textos de ideología nueva, capaces de formarle un espíritu acorde con los nuevos dictados revolucionarios. Libro para todas las clases, sin embargo, une en sus páginas al encanto de la leyenda y a la poesía, fuertes llamados de justicia, no de la justicia burguesa donde se postula el derecho sagrado de la propiedad, sino la otra, de espíritu ancho y cuyos ojos abiertos están iluminados por el nuevo credo del derecho de los más sobre los menos.

A pesar de no ser *Lecturas populares* un libro netamente mexicano, vale decir, con el espíritu de la raza enraizado en su esencia, como debiera ser un libro indoamericano —nuestras leyendas maravillosas del Bravo a la Patagonia dan para muchos libros— todo él está encausado a una tendencia ideológica que debe imprimir su huella decisiva en el espíritu maleable del niño. Esperanza Velásquez Bringas, una de las mujeres de la Revolución Mexicana, ha puesto en este bello libro su talento equilibrado y su precisa visión en el futuro de México, entregando a las escuelas donde se forman los nuevos hombres, un libro fuerte, optimista, sesgado hacia el gran ideal de la justicia.

La autora, personalidad consagrada dentro de las letras latinoamericanas, pertenece a la generación de mujeres nuevas de América, que desligadas de viejos prejuicios, afrontan la misión superior de colaborar al lado del hombre por la reconstrucción de nuestros pueblos. Actualmente es jefe del Departamento de Bibliotecas de la Secretaría de Educación, realizando en este sector una interesantísima labor de difusión cultural, que tiende al desarrollo y aumento del número de bibliotecas que tan definido rol juegan en la educación de las masas.

En su libro *Lecturas populares* ha recogido firmas de prestigio universal y de tendencias sociales, como algunas de las siguientes: Tolstói, Barbusse, Andreiev, Tagore, Romain Rolland, G.H. Wells, Ingenieros, Rodó, Vasconcelos, Selma Lagerlof, etc., etc.

## CRÓNICA DE LIBROS

### ***El renuevo y otros cuentos, de Carlos Montenegro***

Ediciones 1929, La Habana

La literatura de Latinoamérica inicia en estos momentos un nuevo ciclo mejor orientado y con lineamientos más definidos. Las etapas anteriores —de hace apenas dos, tres, cuatro años— vagas, vacilantes, donde todas las escuelas vanguardistas de Europa hallaron eco, pero como tal, demostraron su falta de raigambre, de efectividad, van dejando paso a un nuevo sentido estético donde la deshumanización es lo menos cierto. América, pueblo joven, pueblo de ancho porvenir y futura incubadora de un humanismo sin paralelo —valga la asimilación de veinte años de lucha europea y de oscuros y caóticos procesos en los mismos pueblos latinoamericanos para culminar en su propia definición social y ética— tiene en el arte, porción preponderante de la cultura, un campo vastísimo



para ejercer sus cualidades creadoras, de acuerdo con la conciencia recién despierta de la época.

El poema, el ensayo, el cuento, la novela, el teatro –género este último jamás explotado en nuestros países con el concepto sociológico, educativo y recreativo a la vez, que es su índole– cobran matiz nuevo que ya no solo es matiz y que a medida que avanza nuestra posesión de la verdadera misión del arte, va constituyéndose en instrumento dúctil que lleva en sí no solo la belleza abstracta o simplemente contemplativa del arte por el arte –deshumanización– sino el temblor de la vida junto al aliento de lo bello.

Ni negamos ni exaltamos las excelencias de la influencia cultural europea sobre la conciencia en formación de nuestros pueblos. Las necesitamos en una época despersonalizada como fue la que siguió a la Conquista y al arrinconamiento casi definitivo de las culturas autóctonas. Por entonces América no era América, sino el reflejo –mal reflejo– de la importación occidental. Hoy ha cambiado el aspecto. América ha asimilado y está en capacidad de cooperar con la cultura universal con su creación propia, fiel reflejo de su idiosincrasia racial, étnica y ética. Negación de la decadencia europea, la nueva producción artística de América es precisamente una aspiración humanista, desnuda de artificios, recuperada, rehabilitada, ansiosa de ser americana por el motivo único, por la realidad impulsora que en América es promesa vibrante y cierta.

Hoy presentamos a nuestra tabla de valores un nuevo nombre: Carlos Montenegro.

Carlos Montenegro ingresa a la literatura de nuestra América, con un libro fuerte, desnudo, humano. Y se alista en el número de nuestras posibilidades de hacer un arte no solamente poseedor de bellezas regionales –pintura– sino la contextura racial, idiosincrática y alerta a la hora de renovación y creación que es el anhelo

del mundo, y que tiene tan especiales signos en tierra latinoamericana.

*El renuevo y otros cuentos* está dividido en “Cuentos de hombres libres” y “Cuentos de [presidarios]”. Pero una sola vibración –todas las gamas– recorre los nervios de este libro. Sus personajes –hombres, niños, hembras, oscuros o blancos– se nos presentan en la idéntica identidad de sus humanidades sin disfraces. Es la primera vez que vemos surgir al hombre así, dentro de un relato literario, sin literatura. ¿La primera vez? También Panait Istrati, pero este maravilloso vagabundo está lejos de nuestra alma americana.

Sus personajes son feos, son perversos y crueles, están carcomidos de todas las lacras producto de una civilización corroída.

Todos los bajos fondos, oscuros, inexplicables, freudianos de los hombres de ahora, atormentados de esclavitud, se nos muestran a través de estos relatos –mejor que cuentos– de este pupilo de Castillo del Príncipe, con diez años de prisión a costas y tres más por vencer.

Pero dentro de esa crueldad tan humana, como un río dulce que bañara todos los breñales y las aristas asesinas, cuántas veces la más emocionada ternura nos ovilla en un sollozo de niño que cedió su escopeta a cambio de la vida de un gorrión. (¡Ay mi vida, mi vida! ¡Mis siete años! ¡Mi madre que murió y no la vi muerta! ¡Ay de los hombres buenos y cobardes! ¡Ay del que en su niñez tenga una noche así y no se salve!) donde súbitamente nos encontramos reflejados. Y la áspera dulzura del niño que frente a la madre muerta, lloraba porque tenía hambre y se robó un pomo de caramelos...

¿Le ha hecho bien el presidio? –Montenegro rodó por el mundo– y por la vida, intensa, loca, preñada de no-verdad –desde los doce hasta los diecinueve años, en que después de haber visto tan-

tas veces de cerca la Tragedia, esta desembocó en una esquina y lo alcanzó con un puñal en la mano que, ciegamente, rompió la vida de un hombre que él no conocía.

Desde entonces, con los muros de la fortaleza feudal que amarró sus rebeldías, se detuvo la vida. Y solo el sueño y el ensueño rondaron sus días interminables. Carlos Montenegro aprendió a escribir en la prisión. Y para hacer menos pesada la losa del aburrimiento —¡van diez años de prisión!— escribió, escribió, sin aliño, sin literatura, por necesidad biológica, para llenar el ancho vacío de sus días iguales. Y en sus relatos, con energía nueva, y voz emocionada, cuenta episodios de su vida, de su vida embrionaria, ya que solo en la libertad puede vivirse y la de él abrió un paréntesis que aún no cierra a los diecinueve años.

Carlos Montenegro es un niño en su actitud, en sus palabras, en su timidez. Constatamos que su vida se ha detenido a los diecinueve años. Él declara honradamente su incipiente cultura, su desconocimiento y su ansiedad salvadora por conocerlo todo, todo lo que pasa detrás de los muros, donde tantas inquietudes hierven sin alcanzarle, donde todos los días se renueva la vida. Pero las nuevas palabras que le llegan qué eco fervoroso encuentran en su corazón.

Cuando le hablo de América, Montenegro que conoce México, demuestra una viva curiosidad amorosa. No son nada tres años para él —tantas veces se ha pedido a los hombres su indulto— y entonces, dice, empezará la verdadera vida. Visitará Sudamérica, sus razas maravillosas con las que quiere vivir para conocerlas. Y poder un día hablar de ellas, como lo ha hecho con sus guajiros cubanos y con los indios del México de la Revolución.

Tres años... tres años... Pero una ancha esperanza ilumina y fortalece el corazón de este hombre que espera.

## MARÍA ISABEL SÁNCHEZ CONCHA DE PINILLA (1889-1977)

*MARÍA ISABEL Sánchez Concha de Pinilla fue una artista multifacética dueña de una gran vitalidad creativa, como la definió el pintor Teófilo Castillo en un artículo publicado en 1916 en la revista Variedades. Nació en Barranco, Lima, estudió en el Colegio del Sagrado Corazón de San Pedro y desde niña inició una activa colaboración en la prensa local. Defensora de los derechos de las mujeres, dirigió una de las primeras películas peruanas: Del manicomio al matrimonio, participando como actriz, y filmada por Fernando Lund.*

*Se casó con Antonio Pinilla Rambaud, cónsul de España en el Perú. Al conmemorarse el centenario de la muerte de Bolívar publicó Crónica limeña, novela que fue traducida al inglés. También El diablo que sin querer hizo un santo, novela. Tesoros de la vida sencilla (1919), texto de una conferencia ofrecida en el Teatro Colón, en torno a la obra de Mauricio Maeterlinck. Las piedras del Cuzco (1928), ensayos sobre motivos de la cultura incaica. Además estrenó la Princesa Estalactita, comedia escrita con la colaboración de Virginia, María y Teresa Candamo. La piedad de los fuertes (1925) estrenada por la compañía de Antonio Planas y Emilio Díaz. Se mencionan dos obras, Auto de fe, compilación de sus poesías, y Alba en Palestina, cuyo título sugiere un relato de viaje.*

*Varios de sus escritos están firmados por su seudónimo, “Belsarima”, que es María Isabel al revés. Luis Alberto Sánchez, en la Enciclopedia ilustrada del Perú, tomo cinco (1967), concluye: “... A diferencia de las escritoras que la preceden, Belsarima luce auténtica gracia femenina y un estilo travieso, exento de doctoralismos y fingida trascendencia”.*

*Texto basado en la recopilación de Marisa Pinilla de Mujica, quien a su vez menciona como fuente el Diario de Belsarina (1900). María Isabel Sánchez-Concha Aramburú.*

## LA PASCUA DEL SOL: INTIP RAYMI

No toda el alma de la ciudad se revela en sus piedras. Son ellas duras confidentes y nuestra ansia de conocimiento no quedaría saciada, si no dispusiéramos de otras fuentes de información. Afortunadamente, los cronistas españoles como en compensación de lo mucho que los conquistadores destrozaron nos han dejado espejos, en los cuales, sobre sus turbias aguas, podemos ver escenas de los tiempos incaicos. Muchas y muy valiosas descripciones nos han dejado, sería largo el que yo os recordara una mínima parte de ellas. Nos concretaremos a una sola; aquella que se refiere a la gran fiesta que conmovía el Imperio, la gran pascua del Sol, la solemnidad del Intip Raymi, con que se festejaba la recolección de las cosechas. Era en el mes de junio, invierno crudo en las latitudes del Cuzco. Pueblo agrícola el inca, de los rayos solares pendía la prosperidad de sus destinos y en esos días, en la aparente marcha del Sol, es el momento en que más lejos se encuentra de la Tierra: sus rayos llegan fríos, y el aire hiela, se hace una piedra el agua, pierden los árboles su fronda, y la tierra se cubre de una alfombra amarilla. ¡Qué lejanos los días primaverales en que las lágrimas del Sol, ponen dorados los maizales!

La experiencia decía al indio que el ritmo de las estaciones se cumplía cada año, pero ¿y si el Sol un día se alejara, y nunca más volviese? Para implorar su vuelta, para pedir su abrazo con la Tierra se celebraba el Intip Raymi. Tres días de ayuno lo precedían, las llamas de los hogares se apagaban... y llegaba el día del solsticio invernal.

Concurrían para esta fiesta al Cuzco, los curacas de todo el Imperio. Del Raymi dependían los augurios del año; se aprovechaba la ocasión para renovar ante el inca los homenajes de fidelidad.

Es noche cerrada, por las cuatro calzadas del Tahuantinsuyu,

camino del Cuzco, caravanas de las más apartadas regiones apresuran la marcha. El viento es delgado y cortante, brillan las estrellas como clavos de acero que martirizan a la noche. La fatiga de tantos días de jornada, la endulzan los caminantes con sones de quena. ¿Qué ocurre en tanto en la ciudad? No ha sido el dormir tranquilo. Antes de ordinario, bullicios dispersos –diríase la inquietud de la víspera– han despertado a las gentes. Sale el indio a su puerta todavía oscuro, para atisbar el cielo, “lucen espléndidas las estrellas”, “vendrá Inti” y un grito de alegría y de esperanza despierta a la mujer y a los hijos. Todos se regocijan, visten sus más ricas galas, se dan prisas, hay que ganar los lugares para mirar las ceremonias.

Apu-Ausankati ya ha encendido en su nieve el farol rosado de la aurora. A la luz cruda e incierta del alba, el pueblo, bajo sus mantos de vicuña, tirita de frío –“no importa”–, todo el Cuzco, como hormigas, bulle por las alturas que dominan la gran plaza.

Os he contado antes cómo era Aucaipata, os diré ahora que contigua a esta explanada, había otra pampa, llamada Cusi-pata (plaza de la alegría). Tienen ambos recintos una jerarquía diferente en el protocolo del Raymi. Se reserva la primera para el inca reinante y para los linajes de los emperadores fallecidos –solo los orejones de la sangre tienen en ella cabida–; es Cusipata, donde se reúnen los caciques, y curacas, y capitanes, de las cuatro partes del Imperio.

Va a comenzar la ceremonia. Los infantes reales, riegan la arena de la pampa con flores de arirumas. Sácanse en procesión las efigies de Huiracocha, del Sol y de la Luna, le hacen séquito, las divinidades secundarias que reciben culto en el Coricancha. En sus andas de oro, son puestas frente al sitio por donde a Inti se espera. Llega el momento en que de los palacios que confrontan con Aucaipata, comienzan a salir las personas reales. Lucen sus más finos

trajes de *tocapu*, sus más ricas joyas, airean a la brisa del orto sus más abigarrados plumajes. Todo se hace en silencio, ocupa cada linaje los lugares que una tradición centenaria les tiene asignados. Están los rostros pensativos. Una inquietud grave, barrena sus corazones. ¿Vendrá Inti, o se alejará para siempre, dejando a sus hijos en una noche eterna de soledad y llanto? Se hace el silencio todavía más grave —brilla agonizante Chasca (el paje del Sol, le llaman los amautas); el Inca y la Coya han entrado en la plaza, les precede el estandarte, el Tupac-Vauri (cetro de oro) y las armas imperiales.

Respira majestad el rostro aguileño del inca. Ciñe el llanto su frente despejada, aprieta a sus sienes la mitra de oro de la Mascaypacha. La cara del Sol, le cubre el pecho (este inmenso pectoral de oro está cuajado de diamantes), le protegen los hombros y rodillas, cabezas de puma, de oro purísimo; las sagradas plumas del coraunque, se alzan sobre su testa.

Viste la Coya, una pesada y recamada *lliclla*, que abrocha sobre el pecho con un enorme alfiler de oro; lleva su negra cabellera trenzada con hilos de perlas; adorna su frente, con la imperial diadema.

Las charangas de los distintos linajes, silenciosas, expectantes, aguardan, mudos los instrumentos, en los extremos de Aucapata.

Y todos menos el inca, se descalzan de sus usutas de lana blanca, y todos con el inca, se ponen atentísimos a mirar hacia oriente. ¿Qué inmenso voto era proferido en estos instantes de angustiosa espera? ¿Vendrá, no vendrá? Los que alguna vez en sus vidas hayan pasado por estos segundos de absoluta indecisión, podrán comprender lo que esta espera significaba. Mas sobre los montes se cierne un resplandor de oro, los cuerpos rígidos se ponen en cuclillas (que así se arrodillaban los indios), se abren los brazos, y con las manos derechas al rostro, envían besos al Sol. La caricia



suprema de todo un pueblo era lanzada contra el cielo, un suspirar hondo libertaba los pechos, la alegría inundaba los ojos y las melodías incaicas, unas rudas, suaves otras, henchían los aires formando vasto coro.

La hostia solar se alza, el frenesí de los ojos se llena del oro matinal, enronquecidas las gargantas dan aullidos de gozo, enloquecidas las manos baten frenéticas sobre los tambores, y el inca se levanta augusto. Silencia al instante su pueblo. Tiene el inca en sus manos, dos cálices de oro, y levántalos hacia su padre el Sol, le brinda la sagrada chicha, el licor de maíz, que las Vírgenes del Sol han destilado.

Del cáliz de su mano izquierda bebía el Inca, y repartía el resto, vertiéndolo en pequeños vasos de oro o plata, entre los personajes de su séquito. La ceremonia que el Inca ha realizado, es imitada por los curacas, por los caciques, por los capitanes del Tahuantinsuyu.

Formábase después, la más alegre de las procesiones. Alto en el cielo el Sol, sus rayos se quebraban en las cornisas de oro de los palacios, encendían el agua de las pedrerías, en las joyas; se irisaban en el bosquejo de plumas de los penachos y de los abanicos. En sus andas de oro el Inca, en sus andas de oro la Coya, por la calle del Sol, se encaminaban hacia el Coricancha.

Por una calle paralela, iba el séquito de los curacas del Imperio. Los más diversos rostros, los más diferentes tocados. “Traían unos –dice Garcilazo– chapados sus trajes de plata, y guirnalda del mismo metal, como tocados de sus cabezas, venían otros desnudos, cubiertos con pieles de león, con la cabeza del animal, embutida en la del indio, se cubrían otros, con una veste blanca y negra, formada con las plumas del cóndor, y llevaban los yungas máscaras, y hacían ademanes y visajes de locos o simples”.

Se detiene la procesión en el recinto de Intipampa. Solo el

inca y los suyos, penetrarán al Templo. Terminada la adoración, sale el emperador, y como ofrenda, entrega al Sumo Sacerdote, los cálices de oro con que brindará al Sol, su Padre. Los curacas, también como ofrenda, dejan en el Templo, los vasos con que han libado. Procedíase después a consultar los augurios. Sobre el ara del Templo, va a ser sacrificado el Llama Negro del Raymi. Viene el llama revestido de una roja gualdrapa, y están sus orejas adornadas con aretes de oro. Solemnemente, por el Inca, es entregado a los *tarpuntay*. Los corazones se recogen, las preces por un feliz augurio desbordan de los labios. Intactas y palpitantes, las entrañas del llama negro del Raymi, son mostradas al Uillac-Uma. Se inclina sobre ellas la anciana cabeza, cuya mitra ostenta la faz del Sol, las examina atentísima... El creciente lunar de plata que bordea su barba, toca el corazón de la bestia sacrificada. Están las almas pendientes de sus palabras. Habla el Supremo Sacerdote. “Se muestra al Sol propicio a sus hijos”. La noticia es acogida con un clamor jubiloso.

Pero hace tres días que está apagado el fuego de los hogares, en Intincancha y Acllahuasi se ha extinguido el fuego sagrado, y es parte de esta pascua, la ceremonia de obtener el nuevo fuego “dado de la mano de Inti”. Salen de su cenobio las Vírgenes del Sol, van en blancas teonías, deslumbradas por la luz, porque ellas viven en perpetua clausura. Están como palidecidas. Sus bellezas morenas, son sin embargo la flor de la belleza del Imperio. Al pasar, se teje sobre sus cabezas un velo de suspiros, pero los ojos no las miran de frente, un cordón de oro ciñe sus frentes y les sujeta el manto inmaculado. Llevan en sus manos las ofrendas que servirán al Inca en el banquete próximo; el pan sagrado, llamado *sancu*, la más suave chicha, las telas más finas, *llautos*, bolsas de coca. Guardará el inca para sí, algunos regalos, repartirá los otros a sus más valientes capitanes.

Se agrupan en círculo las Vírgenes del Sol, ponen las mamancunas sobre el altar la *Chipana*, y un poco de algodón carmenado. Es la chipana un gran brazalete de oro. Pende de él como medalla, un vaso cóncavo de oro pulidísimo –digno espejo para que el Sol se mire–. Avanzan los sacerdotes, maneja el más anciano la chipana, pronto los rayos del sol son captados, y el algodón se prende. Un alarido de felicidad se escapaba de las gargantas, la fanfarrias atronaban los aires, se abrazaban los guerreros, y las vírgenes en suaves giros, bailaban alrededor del nuevo fuego, la danza ritual.

Venía después el desborde del Raymi, tras del banquete ceremonial, las libaciones sin medida de la sagrada *jora*, y luego las danzas, y las canciones con las divisas, blasones, máscaras e invenciones que cada nación traía. Cuando la embriaguez de la alegría y contento, alcanzaba la cima, era el momento de la *kashua*, la danza de ritmos siderales, que el inca iniciaba, el baile dionisiaco que nos legó el genio de la raza, el que fundía los individuales destinos, y en un alegre panteísmo, hacía borrar las diferencias, entre lo mutable y lo eterno.

Así seguía por nueve días la gran pascua del Sol, en la ciudad del Cuzco, la santa capital de los incas.

**MARÍA WIESSE**  
**(1894-1964)**

*MARÍA WIESSE DE SABOGAL, periodista y escritora, pionera de la crítica de cine en el Perú, es autora de una de las primeras biografías de José Carlos Mariátegui. Empezó escribiendo con el seudónimo de Myriam, dirigió espacios radiales, colaboró con varias publicaciones, y tuvo una destacada presencia en la revista Amauta. Casada con el pintor José Sabogal, creador de la escuela indigenista, perteneció a la generación del centenario (1892-1906), que se desarrolló bajo la influencia del advenimiento de nuevas corrientes estéticas, del movimiento indigenista y de afirmación nacional: José Carlos Mariátegui, César Vallejo, Xavier Abril, Magda Portal, Martín Adán, Jorge Basadre, José Diez Canseco, Alberto Hidalgo, Carlos Oquendo de Amat, Luis Alberto Sánchez, Ángela Ramos, entre otros.*

*Dueña de una gran versatilidad y cultura, María Wiese, publicó en Amauta varios textos narrativos. En su cuento “Veneno” relata la vida del indio Manuel Quispez, que abandona su pueblo en la región andina para trabajar en una ciudad de la costa, donde solo recibe injusticia, engaños y frustraciones. Mientras que en “El forastero”, tres hermanos, Carlos, Alfonso y Felipe, dueños de la hacienda El Naranjal, se enfrentan luego de que Felipe, influenciado por ideas “peligrosas y extrañas contraídas en Europa”, pretende un trato más justo para los trabajadores y un aumento salarial para ellos.*

*Pero quizá el mérito mayor de María Wiese es haber iniciado la crítica de cine en el Perú cuando se hizo cargo de la columna “Notas sobre algunos films”, a partir del número 12 de Amauta hasta el 26. También escribió sobre música y tuvo a cargo la columna “Revista de Novedades Ortofónicas”<sup>1</sup> desde el número 19 de la revista hasta el 29. Otro aspecto interesante de la escritura de María Wiese en Amauta fueron sus comentarios sobre la vida cotidiana y la condición de las mujeres sometidas a los límites de una educación sentimental.*

*Libros y artículos de María Wiese:*

*Croquis de viaje*. Descripción y viaje a México. Maderas originales de José Sabogal (1924); *La huachafa*. Novela (1927); *Nocturnos, poemas*. Maderas originales de José Sabogal (1933); *Quipus: relatos peruanos para niños*. Maderas de José Sabogal (1936); *La romántica vida de Mariano Melga*. Biografía (1941); *José Carlos Mariátegui: etapas de su vida*. Biografía (1945); *Antología de la poesía amorosa peruana* (1946); *El mar y los piratas* (1947); *La flauta de Marsías (leyendas de música)*. Ilustrado con catorce tintas de José Sabogal (1950); “El niño, ese desconocido”. Ensayo (1949); *Pequeñas historias*. Cuentos (1951); “El mensaje de la música”. Ensayo (1952); *Linterna mágica*. Cuentos (1954). *José Sabogal, el artista y el hombre, un relato*. Biografía (1957); “Vida del Perú y su pueblo”. Ensayo (1958).

---

1. La “Revista de Novedades Ortofónicas”, anunció la llegada de los “Nocturnos” de Chopin y “Andante” del Cuarteto de Debussy (Nº 23); “*Ma mère l’oye*” de Ravel, “*L’Arlésienne*” de Bizet, “Sonata en la menor para *cello* y piano” de Grieg (Nº 24) y “los Blues” de Ted Lewis (Nº 27). Así como la visita a Lima de la pianista catalana, Mercedes Padrosa y del violinista belga Andrés Sas (Nº 26).

## SEÑALES DE NUESTRO TIEMPO

### La imagen y la palabra

El ritmo precipitado, y quizás un poco inarmónico, de la vida moderna concuerda perfectamente con el ritmo intenso y nervioso del cinema. Esta época es la época de la imagen, que triunfa sobre la palabra. Más que un diálogo nos emociona y nos seduce una actitud, una expresión, un gesto o una mirada. Se anhelan emociones fuertes y, al mismo tiempo, fugaces. No es síntoma de frivolidad, ni de decadencia esta afición de los públicos de hoy por los films policiales y las películas de aventuras. La decadencia actual está, más bien, en el amor desmedido al dinero y en los sacrificios que se hacen por conseguirlo. Tan poca cultura y selección espiritual había en los públicos de antaño, que escuchaban con deleite los interminables diálogos y los retumbantes parlamentos de las comedias de cualquier señor Echegaray o Sardou, como en las gentes de nuestros días, que miran encantadas las cintas de cualquier marca Paramount o Vitagraph. ¿Qué, hoy, se gusta demasiado del cinema? ¿Qué se olvidan las auténticas, las grandes obras del teatro y que Shakespeare, Molière, Calderón de la Barca van perdiendo sus derechos y su prestigio? No hay que alarmarse por este gusto exagerado por la imagen. Es una señal de la psicología de nuestro tiempo y revela la relación que existe entre estos dos dinamismos, el del espíritu moderno y el de las *moving pictures*, como también se llama en inglés al arte del cine. Porque el cinema es un arte y allí está lo que debe alarmarnos; que de una expresión tan rica y brillante de belleza y de vida hagan fabricantes sin talento y sin cultura una industria vulgar, necia, pueril y cuajada de todos los defectos de las malas producciones dramáticas. Esa industria es la que debe condenarse y combatirse, como deben condenarse

y combatirse los dramones cursis y las comedias a la Ohnet y a lo Linares Rivas.

La imagen triunfadora de la palabra; la imagen que nos sugiere y nos cautiva no puede hacer olvidar los diálogos –pasión, poesía y música maravillosa– de Romeo y de Julieta, ni el dolor de Otelio, ni la inquietud de Hamlet, ni la gracia adorable del “sueño de una noche de verano”. Las muecas geniales de Charlie Chaplin provocarán nuestra alegría, pero con qué fuerza se apodera de nuestro espíritu la “ironía amarga del ‘Tartufo’ o del ‘Misántropo’” y, a pesar de gustarnos mucho, muchísimo, la dulce sonrisa infantil de Lilian Gish, la varonil actitud de Navarro y el rostro inteligentísimo de Signoret, con qué placer saborearemos a Crommelynck y a Bernard Shaw, a Pirandello, a Porto-Riche, a De Curel y a Courteline.

### **Filosofía de la frivolidad**

La frivolidad no es tan frívola como parece. A veces encierra un sentido filosófico bastante hondo y esas pequeñas y bonitas cosas sin importancia, como son un peinado, un traje o cualquier detalle de la *toilette* de una mujer, pueden decirnos mucho acerca de las modalidades espirituales de un siglo. Así como la saya y el manto del coloniaje indicaban el misterio, la picardía y la liviandad, que formaban entonces la trama de las costumbres y de la existencia femeninas, la peluca a la *garçonne*, la falda corta, la silueta a la *garçonne*, son indicios de cómo han entrado el *sport* y el trabajo en la vida de la mujer moderna. (Y también el anhelo vivísimo de libertad, de emancipación, de igualdad en derechos con el hombre, anhelo que tiene de justo y de injusto y que se refleja en las modas actuales un poco masculinadas, un poco sin la gracia suave y lánguida de hace algunos años).

En vano han vociferado los moralistas contra la mutilación del cabello femenino y contra la falda, que descubre toda la pierna, restándole casi todo su encanto, por cierto.

En vano los poetas han llorado sobre “la trenzas de oro de ébano”, que caían al suelo bajo la tijera cruel; en vano han prodigado los caricaturistas sus sátiras en diarios y revistas; las mujeres no han querido oír a los moralistas, ni han tenido piedad de las lágrimas de los poetas, ni han tenido al ridículo con que las atacaban los caricaturistas. En este siglo de campeonas de tennis y de natación, de *chauffeuses*, electoras, oficinistas, periodistas y abogadas, resultaban anacrónicos e incómodos el cabello y el traje largos. Las mujeres han sacrificado su cabellera por obedecer a una moda más o menos graciosa y sentadora, pero también lo han hecho impulsadas por corrientes de este tiempo; deporte, trabajo y feminismo.

### ***Flirt y camaradería***

Del contacto frecuente en los centros de trabajo y en los centros de *sport* ha nacido entre el hombre y la mujer un vínculo que no conocieron otras generaciones: la camaradería. Un joven y una muchacha trabajan juntos en una oficina o se encuentran en el *court* de tennis para el partido diario. No se enamoran el uno del otro, pero sí surge entre ellos un sentimiento sencillo, sano y vigoroso, exento de todas las complicaciones tantas veces dolorosas del amor; un sentimiento muy semejante a la buena amistad de dos compañeros de colegio. La camaradería no es romántica, por cierto, ni la adornan los matices de la amistad, que tan fácilmente se torna “amorosa”, pero sí tiene la lozanía y la frescura de una planta silvestre. Es muy siglo XX al revés del *flirt* –ese juego ingenioso y sutil, pero un poco malsano y cuyo abuso resta al corazón virginidad y al alma transparencia– practicado ya en “ese buen



tiempo de duques pastores, amantes princesas y tiernos galanes”, que diría el poeta de *Prosas profanas*. Porque la pareja humana ha gustado siempre de jugar, un poco perversamente, con sus más sagrados sentimientos y lo único nuevo que trae el *flirt* es su nombre, perfectamente aclimatado al castellano, y subrayado, ahora, con las estridencias del *jazzband*.

## El radio y la literatura

El periódico y la revista crearon “su” literatura –matando, por cierto, muchos talentos, que no supieron escapar, a tiempo, a la voracidad de ese gran monstruo, que es el periodismo– el radio, también, está formando la suya y muy pronto habrá una legión de escritores especialistas para audiciones de T.S.H. (En Francia, por ejemplo, ya hay novelistas que se dedican a escribir folletines para los abonados de las estaciones radiotelegráficas, ni más, ni menos que si se tratara de un diario o de una revista ilustrada).

¿Qué virtudes y cualidades pedirá el radio a “sus” escritores? ¿Cuál será la buena y cuál será la mala literatura de la T.S.H.? Hay que figurarse a un abonado con el fono en el oído o ante su radiola. Ese hombre tiene derecho a escuchar algo breve, ameno y claro. Las lecturas largas –aún sembradas de bellezas literarias y de exquisiteces de estilo– aburren profundamente, al ser transmitidas por la onda, “Salambo” –por ejemplo– perdería toda su hermosura leída en una estación OAX o LOZ. La novela, cuento o charla –número de programa de radio– tiene que llegar al oyente –ya no se trata del lector– rápida, escueta, despojada de oscuridades y sutilezas, encerrando el máximo de palabras. Y qué imaginación tan viva y poderosa han de poseer estos prosadores de radiotelefonía, para urdir la fábula que fuera del marco del libro familiar y querido y del periódico, que ya es un viejo compañero de la

existencia actual, haga interesantes y seductoras las horas de la velada hogareña.

## La eterna pareja y la vieja moral

Ni el amor, ni la moral han cambiado en su esencia. Presentan ocho matices, sí, distintos detalles y se han revestido de otro aspecto, pero su estructura y sus líneas generales son las mismas, que al principio del mundo, cuando la pareja humana joven, ingenua y bella se enlazaba bajo el purísimo cielo de las primeras edades del universo. Más sonriente, aligerada de muchos de aquellos prejuicios con que la envolvió la intolerancia y la pequeñez espiritual de los hombres, se nos presenta hoy la moral. Pero los viejos preceptos permanecen intactos y no ha perdido su fuerza aquella voz, que ordenó, un día, tanto al hombre como a la mujer, ser bueno, compasivo, honrado y cuidar de la limpieza del corazón y de la pureza del alma como de magnífico tesoro. No importa que hayan variado las fórmulas y la letra; perdura y perdurará siempre el espíritu de los deberes y de las grandes leyes morales.

\* \* \*

¿Y el amor? ¿Será cierto —como lamentan algunos— que en este siglo sin romanticismo y sin ilusiones se ha agotado la fuente del eterno sentimiento? ¿Acaso el hombre y la mujer ya no saben murmurar las dulces y ardientes palabras, que como un *leitmotiv* pleno de armonía, ha repetido, desde tiempos inmemoriales, la humanidad? Cargada está la hora presente de preocupaciones económicas y políticas y, sin embargo, el melodioso *leitmotiv* no ha cesado de resonar. El dinero y el sentido erótico —cuántos crímenes y tragedias pasionales registran las estadísticas— se dividen

el dominio del mundo. Los poetas cantan al motor, a la fábrica y al *football*, pero también a su amor y a su desesperanza. Muchas veces el artista –como lo hacían los inmortales pintores del Renacimiento– evoca la figura de la amada en el lienzo. Y cómo palpita, honda y dolorida, la nostalgia amorosa en la “Sonata” de Leven, en el “Nocturno” de Fauré, en el “Poema” de Chausson y en las canciones de Duparc.

“Más fuerte que la muerte”, el amor sigue arrojando a los seres el uno hacia el otro. Ella, la *emancipada* –la emanciparon la educación, el ambiente, el trabajo y las costumbres–, él, el hombre moderno fuerte, libre, un poco cínico –solo lo inquietan y lo interesan los negocios y los asuntos de finanzas– se encontrarán cualquier día y –a pesar de todo– cantará el viejo tema amoroso en sus corazones. Y buscarán la complicidad del atardecer para formar –en la decoración romántica de un jardín, de una alameda o frente al mar– la inmortal, la eterna pareja humana.

Lima, diciembre de 1926

## EL NIÑO Y EL SENTIDO DE LO MARAVILLOSO

### (Apuntes dispersos)

#### I

La vida –en su severa labor de destrucción– no solamente va deshojando la rosa frágil de nuestras ilusiones; también nos priva de aquella facultad preciosísima de sentir pura y profundamente lo maravilloso; resta potencia a la imaginación y únicamente los artistas y los poetas conservan, en toda su integridad, el privilegio –propio de los niños– de trasladarse a la región encantada de los

ensueños, de las maravillas y de las quimeras. ¿Recordáis algunos de los relatos —poblados de pequeños seres irreales y de criaturas fantásticas— que una abuela, una tía o una criada narraban para deleite de vuestra infancia? ¿No es cierto que los personajes de aquellas fábulas doradas y azules, color de luna, color de mar y color de sol, se os antojaban de carne y de hueso? Mezclados a vuestra existencia eran vuestros amigos, vuestros compañeros, vuestros protectores y también, a veces, vuestros enemigos. Vuestro espíritu, entonces, daba tanta fuerza —y quizás más— a lo invisible, como a lo visible; sin perder su belleza, el misterio tomaba caracteres de realidad y, en cada uno de vosotros, había un soñador y un poeta.

Cuando Maeterlinck escoge a los seres que habían de ir en busca del Pájaro Azul, no se detiene en los jóvenes, ni aun en los adolescentes todavía impregnados de las mieles y del fresco aroma de la niñez. Dos pequeñitos tiernos y puros se internarán en el país de los símbolos y de la fantasía; dos pequeñitos traerán en sus manos candorosas el ave milagrosa de la felicidad. Sabía el poeta que nadie más digno, ni más apto que el niño para recibir la revelación del misterio y la visita del ensueño; por eso elige a Tyltil y a Mytyl para que vayan en busca del simbólico Pájaro Azul.

## II

Observar al niño, estudiar su personalidad, seguir atentamente el desarrollo de todas sus facultades es de lo más atrayente, interesante y seductor. Esta observación, este examen, este estudio —demás está decirlo— son obra de amor y cálida vibración de vida. Y, sin embargo, casi todos los métodos trazados para estudiar al niño carecen de fuego vital, son rígidos análisis hechos sin la “inteligencia del corazón” y elaborados cerca de los libros; estos psicólogos de la infancia jamás se han inclinado sobre un pequeño

y a su ciencia se han escapado los matices más encantadores del espíritu infantil. Han mirado al niño sin devoción y sin ternura y el resultado de esta contemplación inafectuosa ha sido algún infolio sin belleza y sin poesía y, además, inexacto.

Más que estos sicólogos de bibliotecas, más que estos analistas sin corazón conoce al niño un poeta. Un poeta como Rabindranath Tagore, por ejemplo, que lleno de amor por los pequeñitos dice cosas admirables sobre ellos; cosas que reúnen una radiante hermosura y la precisión más rigurosa.

Acercarse a un niño es aspirar toda la fragancia de un poema, es gustar toda la gracia de una canción. Cualquier chiquillo es un imaginativo y siente intensamente lo maravilloso. Parece que ante los pequeños brillara una claridad que nuestros ojos no pudieran percibir, parece que para ellos existiera un mágico reino, a nosotros inaccesible. Lo que nos deja indiferentes o apenas nos hace sonreír —porque hemos perdido toda frescura e ingenuidad— los asombra y los deleita, y el universo les habla un lenguaje que ya nosotros no podemos comprender. ¿Habéis visto la sorpresa —admirable interrogación de sus inteligencias virginales— con que miran el mar, el campo, la luna, las flores, los pájaros, los perros, los gatos? ¡Qué expresión de encanto ilumina el rostro de un chiquillo que ve deshacerse, sobre la arena de una playa, las altas olas azules y verdes, que asiste a los juegos de su gato, o que toca los pétalos suaves y finos de una flor! Goza con todos sus sentidos y la poesía del mundo penetra profundamente en su alma clara, límpida y risueña como arroyuelo saltando entre guijarros.

No es siempre necesario iniciar al niño en la vida de la quimera y de la fantasía; es espontáneo en él el sentido de lo maravilloso y sin haber oído hablar de duendes, de hadas, de elfos, brujas, gigantes y ogros, presente a todos aquellos hijos del ensueño y lo atrae lo misterioso, lo poético y lo irreal. Hay chiquillos en quienes es

tan fuerte este don de sentir lo fantástico, esta intuición de la fábula, que sus cerebros alcanzan una verdadera potencia creadora. Estos chiquillos inventan pequeños cuentos, forjan narraciones e historietas, dan vida a personajes y a animales raros; yo sé de un niño de apenas dos años y medio, que sin haber oído jamás un cuento de hadas, ni sufrido una impresión de susto, había hecho de una figura de porcelana china la encarnación del mal, del misterio y del terror. La llamaba Lafo y la miraba con gran recelo; lo que más temor le inspiraba, en el muñeco, era su abanico, del que decía “que era malo, bien malo”. Otro chiquillo –este de tres años y también libre de toda impresión terrorífica– imaginó la existencia de un ser medio mujer y medio araña, cuyo nombre era La Paloma. La Paloma, en compañía de sus hijitos, cometía toda clase de fechorías nocturnas, se escondía en los cuartos oscuros, golpeaba las puertas y las ventanas; al relatar estas cosas la carita del pequeño se encendía bajo una vivísima emoción; tan convencido estaba el niño de la realidad de su sueño.

### III

Dejemos al niño vivir en la fábula. No mutilemos en él esa facultad de sentir y de amar lo maravilloso y que nuestras palabras, nuestra influencia, nuestros consejos no sean el viento pernicioso que despoje su espíritu del polvo dorado del ensueño. ¿Serán estos métodos, métodos rigurosamente pedagógicos? Creo que no. Pero no importa. La pedagogía, en este caso, es la enemiga de la belleza y de la poesía. Se otorga, en nombre de un falso concepto de la verdad, el derecho de restar sugestión e interés a la vida del niño. Y, así, veremos en manos de estos soñadores y de estos poetas que son los pequeños, los libros más feos, las imágenes más vulgares, los juguetes menos amables y menos seductores. Para estos ima-

ginativos se escogerán –pretextando moralidad– los espectáculos menos artísticos y, en vez de cultivar esmeradamente su sensibilidad tan delicada, su gusto ingenuo y puro se les da como alimento espiritual todo lo que es anodino, banal, prosaico y necio, catalogado dentro de esta frase, que resulta llena de ironía: “propio para niños”. ¡Pobres niños! Se habla de educarlos bien y se extingue, en ellos, la llama clara y viva de la imaginación, se les conduce por las tristes rutas del mal gusto y se les atrofia el sentimiento hondo y fresco que tienen de la poesía. Es preciso enmendar este error de la labor educadora. A nuestros pequeños –dulzura de nuestra alma, vida de nuestra vida, florecillas de nuestra carne– hay que regalar con el pan purísimo del arte: para ellos las hermosas estampas, los cuentos rutilantes como gemas y melodiosos como concierto de arpas –Perrault, A. Andersen, los hermanos Grimm y no los desdichados prosadores de las bibliotecas BLANCAS Y ROSAS– los juguetes llenos de gracia, que dibujara un Benjamín Rabier, el delicioso teatro de *marionettes*, los ballets, fiestas de luz y de color, las suntuosas representaciones de los *music-halls*, las películas de los grandes cómicos; para ellos la ilusión, la alegría y la quimera.

Que sueñen estos nuestros pequeños y queridos soñadores, que se embriaguén con su misma imaginación y con las creencias de su fantasía; ya vendrá la vida, ya llegará el dolor a cerrarles la puerta multicolor y brillante del país de las maravillas.

## LOS PROBLEMAS DEL CINEMA

### Problemas del cinema

Sobre el cinema hay mucho que decir. Alrededor de las imágenes animadas –que han conquistado al mundo– surgen múltiples problemas de lo más interesante de enfocar. Problemas que no se

relacionan, por cierto, con el color de los ojos de Gloria Swanson, ni con la musculatura de John Barrymore, ni con las enamoradas de Rodolfo Valentino, ni con las acrobacias de Douglas Fairbanks. A los fervientes del cine —entre los que me cuento yo, orgullosamente— nos tienen sin cuidado los chismes de Hollywood; lo que nos interesa es el aspecto artístico del cinema.

## **El gran peligro**

Señalemos ante todo el gran peligro. Ya no se discute si el cinematógrafo es o no un arte. Sus posiciones están bien establecidas al lado de la pintura, de la música, de la danza, de la arquitectura y del teatro. Hasta se le ha llamado el “séptimo arte”. Pero frente al film artístico, a la imagen visión de belleza y expresión de vida, se yergue la película comercial anodina, vulgar, banal, semejante a una buena fotografía y nada más, fabricada para amenizar la digestión de los buenos burgueses y provocar las lágrimas de las pollitas sensibleras. (Digestión digna de todo respeto, lágrimas merecedoras de la más grande compasión, pero el cinema no es eso). De Hollywood, sobre todo, nos viene el gran peligro —el productor europeo es más culto, menos negociante—, de Hollywood, con sus inmensos talleres, sus “estrellas” pagadas a precios fantásticos, sus batallones de comparsas—, toda esa maquinaria prodigiosa, que representa millones de millones de dólares. De Hollywood nos llegan esos cientos de metros de películas —necedades sentimentales, piruetas, carreras, trompeaduras, dramones truculentos— que concluyen con el gusto tan poco refinado de los públicos, inyectándoles el veneno azucarado de la cursilería.

Allí está el gran peligro del cinema: su industrialización. Industrialización que va tomando caracteres alarmantes: el productor cinematográfico ya casi no se preocupa de hacer una cinta



hermosa, sino una película que tenga pronta y fácil salida en el mercado. Y resulta que el film, espectáculo de arte, tiene que cederle el sitio al film, producto comercial.

Industrialización que se extiende a los artistas que caen en manos de directores y empresarios yanquis: las “estrellas” son víctimas del reclame. Este es el caso de Dolores del Río, la intérprete adorable de *Resurrección*, cuyo talento fragante y fresco está en vías de “yanquilizarse”. ¡Ah Dolores del Río –quién podrá olvidar esa Masiova dulce y voluptuosa, cándida y melancólica, suave y triste–, con qué sorpresa y con qué pena hemos visto tus fotografías de Carmen vampiresa! ¡Dios mío, qué exigencias, tienen, a veces, los negocios!

## **El otro peligro**

Es la imitación del teatro. Es el pegarse a las fórmulas, ya gastadas, del viejo arte dramático, el meterse en sus moldes ya no centenarios, sino milenarios. El cinema, arte joven, arte sin pasado y sin tradiciones y –por ende– sin trabas, no tiene por qué cubrirse el rostro con la máscara de Talía. El pedirle prestado al teatro su técnica y sus reglas –además de sus actores, sus decorados y sus escenarios– es el gravísimo error en que incurren muchos de los cineastas. El cinema que es ritmo, movimiento y dinamismo –mucho más que el teatro, anciano cubierto de gloria, pero anciano al fin– debe vivir solo. El film ha de ser puramente, únicamente cinematográfico. Quizás un poco pictórico, un poco arquitectónico. Pero nunca teatral, y literario solamente en los letreros. Y el día que puedan suprimirse los letreros, el cine será lo que debe ser: la imagen libre, radiante, bella como un ensueño y vibrante como la vibración misma del universo –la nube, la flor, el gesto de un adolescente, la sonrisa de un niño, el beso de una madre a su hijo y el diálogo de los amantes bajo el cielo infinito.

## Los escenarios propios

Los *metteurs* y directores se obstinan en llevar a la pantalla novelas y piezas teatrales. Y así vemos fracasos como *La luz que se extingue*, de Rudyard Kipling, que resultó una película de lo más insípida y pesada, *La batalla*, de Claude Farrère —otra mutilación—, *Jack* —¡qué tontería!— de Daudet, *Koenigsmark* del triunfante señor Pierre Benoît y aquella profanación de la Fox: el *Pájaro Azul*. Hasta *Resurrección*, con todas sus bellezas y todos sus aciertos es una versión incompleta de la obra tan noble y tan humana de Tolstói. Pero estos fracasos —quizás por ser de orden artístico y no monetarios— no sirven de lección a los productores. Todo es filmable según ellos: Balzac y Dickens, Loti y Maeterlinck, Flaubert y el Dante. (La Fox ha tenido la osadía de poner las manos sobre *La Divina Comedia*).

El film bien realizado ha de tener argumento propio. Así lo comprenden Abel Gance, Griffith, Ince, Fritz Lang (¿cuándo veremos su *Metrópolis* en Lima?) y Chaplin que escribe y dirige sus películas. El argumento propio puede desarrollarse con libertad; además es “cinematográfico”; la novela y la pieza teatral tienen forzosamente que restar amplitud y vigor a un film.

Solamente en las novelas pintorescas y frondosas del viejo Dumas se encuentran cosas filmables, de esas que dan por resultado esa cinta magnífica de *Los tres mosqueteros*.

## La máscara de Charles Chaplin

Charles Chaplin es, en el cinema, lo que Beethoven en la música y Monet en la pintura; un creador, un innovador, un revolucionario. Las películas de Chaplin se salen de todos los procedimientos y fórmulas de la cinematografía, procedimientos y formulas que, por desgracia, vienen repitiéndose indefinidamente. Son películas

con técnica y, sobre todo, con espíritu nuevo. Chaplin ha traído a la pantalla un sentido de humanidad, de fantasía, de comicidad y de emoción. Cómico lo es Chaplin, pero con una personalidad potente y una originalidad desconcertante. (¡Cuán lejos están del actor inglés el mediocre Búster Keaton, el amanerado Harold Lloyd, el grotesco Ben Turpin, el almibarado Max Linde y *tutti quanti*!). Cómico sí, pero sintiendo la vida con su dolor y su amargura, tanto más grandes, cuanto más callados.

El rostro de Chaplin —esa fina máscara un poco melancólica, en la que intervienen elementos de latinidad y que iluminan dos claras pupilas soñadoras— ¡cómo expresa todos los matices de la vida, cómo traduce todos los sentimientos y todas las emociones!

¿Habéis visto *El pibe*, ese poema de ternura, esa maravilla de gracia hecha con el candor de un niño y el genio de un hombre? Cuando Chaplin recorre los dormitorios del asilo nocturno, buscando desesperado, casi loco, a su chiquillo —¡Jack! ¡Jack!, claman sus labios y su corazón— ¿no es cierto que toda la angustia y toda la desesperación de ese hombre, de ese padre, se nos mete en el alma? Porque ese es el arte de Charles Chaplin: vida, humanidad, amor y emoción.

## Las grandes obras del cine

El cinema cuenta ya con cierto apreciable número de obras realizadas artísticamente. Esto a pesar de los industriales y negociantes de la cinematografía, que se esfuerzan en ahogar al film artístico en el turbio océano de las películas comerciales.

Una nomenclatura de las grandes obras del cine podría ser esta —aproximadamente—:

*El pibe*, *En pos del oro*, *El reverendo Caradura*, *Una vida de perro*, *El vagabundo* y otras más de Chaplin.

*Los tres mosqueteros* (la producción francesa).

*Nanouk, el esquimal*.

*Hamlet*—con Asta Nielsen— ya no fotografía, sin una sucesión de admirables aguas fuertes.

*Robin Hood*.

*Ricardo, Corazón de León*, creación de Wallace Beery.

*Enrique VIII*, por el gran Emil Jannings.

## **El cinema, medio de educación artística**

Por su popularidad —jamás alcanzada por arte alguno— el cinema dispone de vastísimo campo y de los medios más seguros para realizar obra de educación artística.

Al público —que acude a las salas cinematográficas como nunca ha acudido al teatro, al concierto, a los museos y a las conferencias— podría dársele el gusto por las cosas bellas, utilizando el film, espectáculo de arte. (Ya que es el film lo que lo atrae y lo seduce).

¿Que al público no le agrada sino lo cursi, lo necio y lo vulgar —el sentimentalismo llorón, la aventura folletinesca, el realismo banal y la comicidad de grueso calibre—? No hay que abandonar una tarea sin haberla comenzado; es preciso intentar labor de cultura y de estética por medio del cinematógrafo.

Porque si en las salas cinematográficas hay buenos burgueses que hacen su digestión, viendo a las bañistas de Mack Sennet y pollitas que se emocionan ante Rodolfo Valentino, también se encuentran, allí, espíritus delicados que merecen más que la innoble película, fruto de la industria. Espíritus sensibles a la armonía de un bello interior, a la gracia de una actitud y a la expresión de una mirada; que saben reír con lo fino y lo ingenioso, que comprenden lo patético y se deleitan con lo poético —observad al público du-

rante la proyección de *Dos noches en Arabia*, *La gran parada* y [*Sigfrido*].

A estas sensibilidades finas, a estas inteligencias claras debe orientar artísticamente el cine con la evocación histórica viviente y bien realizada, con los viajes interesantes como la más interesante de las novelas, con la aventura llena de poesía, con la fábula y el cuento —líricas viñetas, estampas maravillosas. Y más que a estas inteligencias y a estas sensibilidades debe orientar el cinema al niño, cuyo espíritu fresco y límpido es más capaz que el nuestro de sentir el ensueño. El niño ha de crecer y vivir en belleza. A su sensibilidad recién despierta y aún temblorosa —como flor todavía no salida del capullo— hay que dar alimento de lo más puro y exquisito. Por eso, para cuidar de ese alimento y para resguardar en el pequeño el sentimiento de lo bello, debería existir la censura estética del cine, así como existe la otra, la que califica de moral e inmoral las películas. (Aunque yo creo que la moral va unida al arte y lo que es hermoso no degrada al alma). Censura que sería ejercida por artistas —es decir, por hombres refinados y cultos— con la más estricta severidad. La labor de saneamiento estético —cuyos beneficios alcanzarían a todos, a los pequeños y a los grandes— tiene que hacerse con intransigencia y sin temor de herir intereses y ofender prejuicios. (En esta intransigencia y en este rigor de moral del arte se parecería a la otra moral, a la que nos muestra el bien como el viejo gruñón de los libros de la escuela). Solamente así se podría dar a las almas aquello a que tienen derecho: la luz del ensueño y la alegría de la belleza.

Miraflores, febrero de 1927

## ELEMENTOS DE LA POESÍA DE EGUREN

Creo que los elementos predominantes de la poesía de José María Eguren –este José María, a quien la América toda considera como uno de sus más altos artistas–, son la fantasía, la musicalidad y la melancolía. También entran en el arte del lírico de “Simbólicas” y de “La canción de las figuras” otros materiales de construcción –si puede emplearse la palabra “construcción” para una obra de tan finos, de tan aéreos contornos–, la ternura, la ingenuidad, el sentido trágico y la visión colorista. Cada poema de Eguren presenta infinitos matices –que se saborean con deleite– cada estancia suya nos regala con la suprema alegría de la belleza –y aquí viene bien repetir la frase inmortal de Keats: “*a King of beauty is a joy for ever*”– pero su más poderoso encanto lo constituyen los elementos que he señalado; a saber, la fantasía, la musicalidad y la melancolía.

\* \* \*

Los motivos de la poesía de Eguren no son tomados de la vida, ni de su propio corazón –aunque en algunos poemas podríamos encontrar el acento de un dolor o de un amor:

.....viene aquí la muerta mía  
a la estancia de los tristes cielos rasos  
¡cómo llegan con letal melancolía!  
¡ay, sus pasos! ¡ay, sus pasos!  
(Noche I)

La celestía de tus ojos dulces  
tiene un pesar de canto  
que el alma nunca olvidará  
(Lied V); –

él es el cuentero árabe que nos lleva a un mundo de maravilla –su mundo– a una región de encantamiento –la región donde habita su espíritu–; él es el imaginero que pinta para nuestros ojos deslumbrados, paisajes irreales, viñetas de ilusión, figuras todas envueltas en la bruma del misterio. Por eso su poesía puede, a la primera lectura, parecer hermética, oscura; para gustarla hay que saber soñar. Eguren no se revela sino al que conserva, en el alma, un poco del asombro del niño ante lo maravilloso.

No hay composición, del poeta de *La canción de las figuras*, más llena del sabor de la fantasía y del símbolo que aquella que se titula “La niña de la lámpara azul”. Y como sensación de terror y de misterio “La tarda”, cuya frase final nos dice, también, de un inmenso desencanto y de una inmensa lasitud.

\* \* \*

Todo gran poeta es musical. Véase los de ayer –“los de ayer” es una manera de decir porque la obra de arte siempre está dentro del tiempo– Villón y Ronsard, Shelley y Keats, Verlaine, Baudelaire, Heine, Moréas, Laforgue, Rimbaud, Poe, Mallarmé, Darío y Herrera Reissig. (Cito desordenadamente, quizás si olvidándome de algunos grandes nombres). ¡Qué sentimiento tenían del ritmo y de la melodía!

Véase a los contemporáneos, rechazan todas las disciplinas, parecen complacerse en la “inharmonía”, pero hasta los más osados conservan aquella música interior sin la que no puede haber poesía. Guy Charles Cros, cuya técnica es de las más libres, es un lírico de una musicalidad deliciosa; Vildrac renuncia a la palabra bonita, pero no a la melodía; Paul Valéry ordena sus sueños según las leyes secretas de la matemática musical; Éluard, Fargue, Miłosz, Tagore, todos los del espíritu nuevo, aman el gran ritmo que preside los destinos del arte.

“Perfume tembloroso de armonía” exhalan los versos de Eguren. Si la fantasía, la imaginación y el sentido del misterio son prodigiosos en Eguren, ¡cuán pura y exquisita es su musicalidad! No sé quién lo comparó a Mendelssohn, comparación desventajosa para el artista de “Simbólicas”. Mendelssohn es ampuloso, sensiblero, reverencioso; Eguren es sencillo, sincero, delicado en la expresión del sentimiento, naturalmente elegante, naturalmente aristócrata. Parentesco espiritual existe más bien entre Eguren y Debussy y también entre Eguren y Fauré, ese soñador maravilloso.

Eguren, tan musical, tan armonioso, es poeta ante todo. Jamás sacrificaría, en aras de la modulación del verso, del sonido de la frase, la expresión del sentimiento y el pensamiento. Y he allí el milagro de su arte; encerrar su emoción dentro una forma musical perfecta como en ese “Lied V”, que yo nunca me cansaré de leer:

Yo quisiera dar vida a esa canción  
que tiene tanto de ti.

Alrededor de estas canciones perfumadas de armonía, flota una imprecisa, serena y suave melancolía. Melancolía apenas expresada, Eguren es demasiado aristocrático para lamentarse, pero que forma la atmósfera, el “clima” –para usar de una expresión de Maurois– de esta obra de ensueño. Melancolía que hará decir al poeta: “Me muero de tristeza y de monotonía”, (“La tarda”); melancolía de las nostalgias, de los recuerdos de infancia, de la ausencia, de la muerte de la dulce niña de las “risas matinales” –esa niña cuyos pasos llegan a él, tristemente, en la noche de amargura...

Dulce tristeza de los recuerdos de infancia; en “Antigua” –esa pintura ejecutada con tan frescos, con tan delicados colores– qué emoción de ternura y de candor palpita; ¡cuán graciosamente, cuán sentidamente está hecha la remembranza!



A la hora de las clasificaciones se le mete a Eguren en el molde “simbolista”. Bien. Pero yo diría de él que es el artista de las visiones feéricas y de los ritmos sutiles, el poeta de la emoción honda —cuanto más honda, cuanto más se esconde—; yo diría de él que es “Peregrín cazador de figuras”.

Enero de 1929

## EL MENSAJE DE JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI

Sincera y ferviente, clara y sencilla, robustecida por una amplia cultura y una avanzada orientación ideológica la palabra de José Carlos Mariátegui se imponía hasta a sus mismos adversarios. Se le combatía, se discutían sus ideas —esta lucha y estos ataques daban más fuerza a su pensamiento, más lucidez a su verbo— pero el acento de su mensaje tenía la virtud de penetrar en todos los espíritus. Es que ese mensaje era el de un hombre honrado y puro, de un hombre entregado con pasión a una obra y a un ideal. Vocablo manoseado y profanado por cuantos falsos profetas y retóricos es este de “ideal”. Se vacila antes de usarlo. Pero en Mariátegui el ideal era una realidad; era la verdad de su vida. Él sí que podía declararse sin jactancia: “marxista convicto y confeso”. Cada frase que él echaba al papel, cada página escrita por su pluma eran dictadas por una profunda convicción. Nunca disfrazó sus ideas, ni se compuso una “actitud” que le atrajese la admiración de los demás. Hasta los mismos pecados literarios de su adolescencia fueron llenos de sinceridad y de fervor.

Por su nobleza, por su elevación, por su emoción el mensaje de Mariátegui está llamado a perdurar. No en vano hizo José Carlos

Mariátegui el sacrificio de su vida –salud, bienestar económico de los suyos, tranquilidad, confort– a una idea.

Abril 16 de 1930

## PEQUEÑAS PROSAS

### **Domingo**

Llega el domingo plácido, sonriente, solemne y un poco pueril. Para los niños –hay que ir a misa, hay que pasearse por las calles de la ciudad donde encuentra a las amistades de papá y de mamá– es el martirio de los trajes y de los zapatos nuevos, de la ropa limpia bien almidonada y bien planchada, del peinado aplastado a fuerza de agua y de escobilla. Y mil recomendaciones gruñonas: “no te ensucies, no te despeines, cuida tu calzado, anda derecho”. ¿Quién cantaba:

Mañana domingo  
se casa la reina?...

¡Si ya el domingo no es un día de cuentos de hadas: boda de una reina, baile de duendes, ronda de enanos y de elfos!

¡Día ceremonioso y aburrido, qué importa que no haya colegio si hay que cuidar la ropa y ponerse zapatos que ajustan!

Domingo... El buen señor, el respetable padre de familia, que apunta sus gastos en una libreta y controla el consumo del azúcar, va a la pastelería de la bodega: el almuerzo ha de ser –ese día– suculento, copioso, variado. Ese mismo señor meterá, por la tarde, a toda la familia en un Buick de reciente adquisición y a rodar por esas avenidas de Dios. ¡Qué orgulloso está el buen señor de ser

dueño de un carro nuevecito, qué satisfecho está de manejarlo él mismo –con qué gravedad y qué énfasis!

Domingo... El hortera –que se ha levantado tarde– va a misa de once. Se siente guapo, se siente elegante, se siente donjuanesco, tan guapo, elegante y donjuanesco como Valentino, el ídolo de las pollitas de toda condición social.

Domingo... En el circo el payaso repite por centésima vez un chiste insulso que hace chillar de gusto a los escolares... Doralisa en el cine, se emociona ante un gesto de Ricardo Cortez.

Domingo... Alegría sin color, regocijo oficial, –¡tan triste!– diversión siempre igual, placer monótono e insípido –mejor es, entonces, el dolor.

Yo, encerrada en mi habitación, escucho –la vitrola lo susurra suavemente– un “Nocturno” de Borodine impregnado de melancolía. Y recuerdo la exclamación desesperada del poeta: “*Ah que la vie est quotidienne!*”.

## Alba

La niña –que también es aurora– se ha despertado con el alba. Y como la alondra saluda a la mañana con un gorjeo risueño y melodioso: su voz, clara, su fresca risa despiertan a su madre, a su padre, a su hermano: a todos los de casa.

La pequeñita –todavía tiene año y medio– se ha puesto a jugar y a saltar en su camita tibia. En su rizado cabello castaño se ha posado el primer rayo de sol, pero sus ojos brillan más que los resplandores de la mañana. Ríe y habla; balbucea todas las palabras que sabe. Y dulces y graciosas vuelan las sílabas que forman su vocabulario: “mamá, papá, ñaño, nana, tata, teta”. Unas palabras nuevas aprendidas la víspera las repite sin cansarse, acompañándolas de risas: “pato, gato, pato, gato”.

La madre contempla a su pequeñita y el amor y la ternura ya no le caben en el corazón. Besa los piecitos semejantes a flores, las manos llenas de hoyuelos, las mejillas rosadas y firmes. La chiquilla responde a las caricias de su madre para, en seguida, volver a jugar, a retozar y a gorjear.

Alba musical y pura, fragante y jubilosa, alba de amor y de candor esta que acompañan risas y balbuceos de niña. Y la casa es como un bosque, es como un jardín, es como el campo donde los pájaros saludan con sus cantos la aparición de la mañana.

## Romanticismo

Todos los días, al atardecer, cuando el cielo deja caer rosas sobre la tierra y el mar es como una inmensa copa de vino, viene esa señora gorda a sentarse, en la playa. La playa está, entonces, silenciosa y solitaria; las parejas que flirteaban bajo los parasoles rayados se han ido a algún casino, a tomar té y a bailar, los chiquillos constructores de castillos y de fuertes de arena, regresan a sus casas, y el señor de gorra de lona y pantalones blancos —ese que se cree un marino con toda la barba— juega *bridge* en el hotel. La señora de opulentas formas y rostro ya marchito —cincuenta y tres otoños— puede gozar ampliamente de la soledad y del silencio de la playa. Para ella —los otros se han alejado en busca de frívolas diversiones— es esta fiesta del color —rojo en toda su gama—, ese crepúsculo suntuoso, esa hora propicia al ensueño. Y —no sonreíamos demasiado— la respetable matrona es una romántica incorregible, una romántica como ya no se encuentra en este siglo irónico y decadente.

Trae a la playa un libro y es ya la *Amistad amorosa*, ya el *Baiser au clair de lune* —de Chantepierre, creo, y muy cursi— ya las *Rimas* de Bécquer. ¡Ah romanticismo delicioso el de esta matrona cargada de años! En secreto suspira por “el alma hermana”, por

el “amigo del alma” –su marido es una magnífica persona, pero completamente prosaico– y, os lo aseguro, no hay depravación en estos anhelos, en esta nostalgia de su corazón. El mar, la luna, el campo le arrancan suspiros y le hacen entornar los ojos. Algo a la vez ridículo y conmovedor. Lee aquello de “Volverán las oscuras golondrinas”.....y una lágrima tiembla en sus ojos.

Le gustan las telas vaporosas, los perfumes muy leves, se envuelve en *écharpes* claros y jamás se ríe estrepitosamente. Y –¡válgame Dios!– esta madre cuya hija conduce ya un Sedan y cuyo hijo ha entrado a la universidad, ha escrito a Ronald Collman pidiéndole su retrato.

Miraflores, 1928

## EL FORASTERO

### I

En la plazoleta de la hacienda varios peones sentados sobre el duro suelo terroso tomaban un poco de fresco. Más lejos, doña Baltasara, una india vieja, rodeada de otros trabajadores –cholos delgados y rennegridos– freía picarones en un gran perol de cobre. La pasta se inflaba con un leve ruido sonoro –*borz, borz, borz*– que repercutía extrañamente en la placidez de la noche.

La vieja acabó de freír toda una perolada. Ávidamente los peones extendían las manos y unas cuantas monedas. Doña Baltita –como le decían todos– los servía calmamente, con toda la calma de sus sesenta años, virtiendo sobre los dorados globos un poco de miel de caña. Los cholos comían contentos, olvidados de todos los sinsabores del día, de la rudeza de su vida, del trabajo que los esperaba, al día siguiente, a la madrugada.

—Doña Baltita —dijo uno de ellos— ¿qué ha oído Ud. decir del regreso del señor don Felipe?

—¿El regreso del niño Felipe? Pronto se viene; a estas horas ya debe haber salido de “las Europas”.

—Usted estará bien contenta, ¿verdad, misia Baltita?

—¡Cómo no voy a estar contenta! ¡Si el niño Felipe es como mi hijo! Yo lo he criado; él ha secado estos pechos. —La voz de la india temblaba de emoción y con el dorso de la mano se secó los ojos.

Sacudiendo la cabeza observó otro cholo:

—Seguramente que el señor don Felipe será mejor patrón que sus hermanos don Carlos y don Alfonso.

—¡Mejor patrón! No hay patrón bueno; ninguno tiene consideración con el trabajo del pobre. Uno trabaja para que ellos engorden y se diviertan. Ya ven a don Felipe; tantos años ausente paseando y gozando.

Doña Baltita miró, indignada, al que así hablaba —un mestizo flaco de mirada triste y con un gesto de amargura en la boca.

—¡Cállese hombre! Los patrones nunca son malos; son los que nos dan nuestro pan.

Y toda el alma sumisa y humilde de la vieja vibraba en sus palabras. El hombre no contestó; se encogió de hombros. La Baltasara siguió echando a la paila la líquida masa amarilla.

Ahora los hombres hablaban, entre ellos, del regreso de aquel que la anciana llamaba el “niño Felipe”. Sus comentarios se des-  
envolvían sin acritud, pero también sin benevolencia.

Y, riendo, dijo uno de ellos:

—Cuando llegue don Felipe se encontrará con que la señorita Isabel está apalabrada con el señor don Carlos.

## II

La Baltasara volvió a su cuarto ubicado —no en la ranchería de los peones— sino en la casa habitación de la hacienda. Cuarto pequeño de mujer con ciertos hábitos de orden y de limpieza; doña Baltita había adquirido estos hábitos en los treinta y cinco años de servicio prestados a los dueños de El Naranjal.

A la cabecera de la cama junto con las imágenes de san José, de la Dolorosa y del Señor de la Caña, había el retrato de un joven —rostro inteligente y simpático—; el retrato de ese Felipe, que ella había nutrido con su leche.

La Baltita, después de rezar sus oraciones, miró largamente esa fotografía. Y en el corazón de la vieja se agolparon los recuerdos; se vio joven y robusta, con el chiquillo prendido de su seno, bebiendo a largos tragos —que lo atoraban un poco— el dulce y tibio licor. Después el mismo chiquillo queriendo caminar y ella vigilando y cuidando sus primeros pasos. Toda su vida estaba dedicada a ese niño —su propio hijo lo criaba una hermana— ahora un hombre de treintidós años.

—¡Felipe llegará muy pronto! La Baltita sintió el alma inundada de alegría. —Juntando las manos, murmuró con ingenuo fervor, ante la imagen del Señor de la Caña:

—Gracias, Taitita, que me dejas ver a mi hijo, antes de morir.

\* \* \*

Felipe Morales regresaba a su tierra después de una ausencia de diez años. A poco de muerto su padre —propietario de El Naranjal, donde había hecho una regular fortuna, sembrando arroz y caña de azúcar— Felipe se había ido a Europa. Al frente de la hacienda —llamada El Naranjal por su inmensa huerta llena de naranjos—

quedaron sus hermanos Carlos y Alfonso, mozos trabajadores, tesoneros y deseosos de aumentar aún más la herencia paterna. Felipe —como mucho de los jóvenes peruanos— estaba poseído del mal de Europa. Un poco literato, otro tanto dibujante, sentía la atracción de París, “donde triunfaré”, decía ingenuamente. Y el mozo se marchó a París con unos cuantos dibujos inspirados por las revistas europeas, unos cuantos poemas a la manera de *Reverdy* y de *Guillaume Apollinaire*, muchas ilusiones y muy buen dinero peruano que, claro, lo hizo triunfar inmediatamente. Pero Morales que era inteligente —eso de los versos y de los dibujos eran fantasías de juventud— advirtió la sonrisa burlona que se escondía tras de los aplausos prodigados a “su arte”. Tuvo el tino de retirarse a tiempo. Ya no se le vio más por los cafés de *Montparnasse*, ni en los talleres de los *rapins*. Se puso a viajar; conoció Italia, España, Alemania, Austria e Inglaterra. Y a medida que recorría países y ciudades iba despertando en su alma el amor al terruño y la nostalgia de su hogar. Europa lo estaba curando de Europa. Fenómeno más habitual de lo que se cree, estos americanos que descubren a América, en el extranjero.

Ante el noble y armonioso paisaje italiano Felipe recordaba la belleza y la poesía —un poco tropicales— de las campiñas de su tierra— los arrozales de un verde tierno, los cañaverales, pequeños bosques, las huertas de naranjos y limoneros, los enormes árboles, los pájaros semejantes a flores y a joyas, los cocuyos refulgentes; toda la riqueza de una región ardiente y generosa. En España, asistiendo a una procesión, durante la Semana Santa, evocó —con qué sentimiento y qué emoción— la que salía el Viernes Santo en una de las ciudades de su provincia, y sus labios musitaron una oración, no ante el Cristo de la procesión española, sino ante el Crucificado adorado por las indias de su país.

¡Y las mujeres! Ninguna —ni la más culta, bonita y refinada—



tenía para Morales el encanto, la gracia y la suavidad de aquella Isabel, la dulce amiga –casi la novia– de sus mocedades.

En medio de sus andanzas y trajines el joven añoraba todas estas cosas –aromas de infancia, poesía del hogar lejano, ilusiones y amores de adolescencia y canción del terruño. Urgido por aquellas voces que lo solicitan resolvió partir. Ya había probado el cosmopolitismo de las grandes ciudades y comenzaba a sentir el cansancio de los hoteles, del idioma extraño, de las amistades de un día, de los afectos efímeros. Y volvió a su país, donde lo esperaban su madre, sus hermanos, su “mamita” Balta y –quizás– aquella Isabel que fuera el claro y puro ensueño de sus diecinueve años.

### III

Felipe llegó a El Naranjal cerca de las ocho de la noche. Sus hermanos habían ido a buscarlo al puerto con un Ford, lo que le decepcionó un poco; le habría gustado hacer el camino como antaño, en un caballo de paso, pequeño, ágil y brioso, de esos que se ensillan en el Perú con lujosa elegancia –cuero repujado y plata de buena ley.

También le sorprendió –desagradándole– la manera de vestir de sus paisanos. Se notaba en ellos el deseo de copiar servilmente los figurines de las revistas extranjeras. Alfonso y Carlos Morales parecían dos automovilistas de *Vogue*.

¿Qué se habían hecho el albo y leve poncho, el amplio y fino sombrero tejidos por los cholos de Eten y de Piura? Felipe se prometió no llevar otro traje en la hacienda...

...Casi de rodillas ante su “niño”, la Baltasara lloraba y reía a la vez. El joven acariciaba el cabello todavía negro de su “mama”, profundamente emocionado y enternecido por el amor de la pobre vieja...

La familia pasó al comedor —extensa habitación de alto techo— donde dos japoneses de frac hacían el servicio. Y allí advirtió Felipe, como lo había advertido en la sala, la desaparición de los viejos muebles de sólidas maderas y formas robustas, que dejara en la casa. Tampoco decoraban las paredes esos óleos de gran estilo —retratos de abuelos y de tíos— ni las miniaturas delicadamente pintadas—, imágenes de alguna linda antepasada. Todo estaba reemplazado por una mueblería pseudoinglesa y por oleografías representando paisajes españoles y suizos. Un poco del alma de la casa se había ido. Felipe, con la voz ligeramente velada, preguntó:

—¿Por qué este cambio en los muebles? ¿Qué se han hecho los retratos de familia?

—Mi querido Felipe, no por razones de sentimentalismo íbamos a conservar tanta vejez. Es preciso modernizarse. No solo tú tienes derecho a las cosas de Europa.

El tono de Carlos era acre e irónico. Felipe siguió interrogando:

—Isabel, ¿cómo está Isabel? ¿Por qué no la han invitado Uds.?

—Isabel está en Lima, donde ha ido a pasar una pequeña temporada.

Esta vez había más que ironía en el acento de Carlos: hostilidad y dureza.

¡Isabel en Lima, al llegar él, después de tantos años de ausencia! Felipe que había vuelto con la ilusión de verla y con el secreto anhelo de ofrecerle su cariño, sintió que un soplo de hielo le enfriaba el corazón. Y esa comida, al lado de los suyos, al cabo de tanto tiempo, se le antojó desgana y melancólica. Comida con menú a la francesa —no hubo ni uno solo de los tradicionales platos del terruño; ni seco de cabrito, ni arroz con pato, ni “locro”, ni alfajores, ni “bienmesabe”— servida por nipones silenciosos y

cortesés, no era el ágape sencillo y cariñoso que se ofrece al hermano que retorna al hogar, sino el ceremonioso banquete, que se le sirve al forastero.

\* \* \*

Al día siguiente Felipe se levantó muy temprano. Quería ir a la huerta de naranjos contigua a la casa de la hacienda. Esa huerta guardaba, para él, el encanto de muchos recuerdos. Bajo los árboles floridos y fragantes había jugado, cuando pequeño. Esos mismos árboles cobijaron sus ensueños de adolescente y escucharon las palabras de amor, que dijera a Isabel. Y allí en la soledad de aquel jardín maravilloso, se había despedido de su linda prometida, siendo ese adiós tan dulce, en su misma tristeza, que todavía lo recordaba con deleite ...

Las naranjas de aquella huerta eran reputadas como las mejores de toda la comarca. Don Alfonso Morales —el padre de Felipe— se recreaba en ellas y se sentía orgulloso al obsequiar a sus amigos y parientes con una canasta de la deliciosa fruta ...

Pero el joven ya no encontró al vergel de sus amores y de sus ilusiones. Ya no existían las naranjas, gloria de la comarca y orgullo de la hacienda, ni florecían los azahares repletos de aromas delicados. Sobre el campo había caído la nieve del algodón. Y Felipe repetía pálido, trémulo, el corazón apretado por la pena:

—¡Han cortado los naranjos...! Por sembrar algodón... Mi padre nunca lo habría hecho...

#### IV

Carlos y Alfonso Morales no amaban la tierra, ni sentían la poesía del campo. La hacienda era, para ellos, un negocio lucra-

tivo, una manera de hacer dinero, pero no la obra que se trabaja con cariño y a la que se entrega el espíritu. Miraban cada pedazo de tierra con criterio mercantilista y si un árbol estaba demás lo hacían cortar sin piedad. Su ambición era ir a vivir a la capital con el dinero ganado en la hacienda. (Allí un palacete en alguna de las nuevas avenidas, dos o tres automóviles y una intensa vida social. Además Carlos deseaba ser diputado y, con el tiempo, ministro).

Felipe —que no había increpado a sus hermanos la destrucción de la huerta, ¿qué derecho le asistía para hacerlo, no se había ido a Europa, dejándolos dueños absolutos de El Naranjal?— se dio bien pronto cuenta de las ambiciones de Carlos y de Alfonso, de su ningún afecto por las labores del campo —esas labores en las que su padre ponía toda su alma—, de su desapego de las tradiciones y recuerdos de familia ...

Entre Felipe —sentimental y artista— y sus hermanos —hombres mediocres y de poco corazón— comenzó a abrirse el abismo, que debía separarlos. Y Felipe, a pesar del amor de su madre y de la humilde ternura de la Baltasara, se sentía ya un extraño, un intruso en la casa donde había nacido y crecido.

## V

Los colonos de El Naranjal, amenazados con un aumento en el arriendo de las tierras por Carlos y Alfonso que, en su afán de ganancias, no respetaban ni los años pasados por aquellas gentes en la hacienda, ni la consideración que les mostraba su padre, decidieron dirigirse a Felipe. Esperaban que una intervención del hermano recién llegado del extranjero, sería de lo más eficaz y segura.

Morales abrazó afectuosamente a los arrendatarios de El Naranjal. Todos eran hombres ya maduros, que habían pasado casi

toda su vida en la hacienda de los Morales. Cultivaban pequeñas huertas y chacras, criaban gallinas y patos y —así como el viejo don Alfonso Morales— sentían el orgullo y el amor de la tierra.

Don Antonio Salazar, el más viejo de los colonos, tomó la palabra.

—Mi estimado y respetado señor don Felipe —dijo y daba vueltas al ancho jipijapa— venimos a rogarle hable Ud. con sus hermanos, los señores don Carlos y don Alfonso.

—¿De qué se trata?... ¿En qué puedo servirlos? —Felipe sospechaba que sus hermanos habían cometido alguna arbitrariedad.

—Pues es el caso, señor don Felipe, que los señores don Carlos y don Alfonso nos han notificado, subiéndonos el arriendo de las tierras. Claro que ellos tendrán sus motivos para hacerlo, pero es el caso que nosotros no podemos pagar más de lo que pagamos. Lo que rinden las huertas y las chácaras apenas nos da para vivir. Ud. sabe como se ha puesto la vida de cara con esto del progreso. Nos es imposible aumentar el precio de las verduras y de las frutas porque la gente no pagaría y también, señor, es un pecado querer negociar con lo que produce la tierra... Porque la tierra es de todos, señor, y a ella hemos de volver un día...

—Siga Ud., don Antonio.

—El caso es, señor, que los señores don Carlos y don Alfonso nos echan de la hacienda si no pagamos lo que nos piden. Y ¿adónde hemos de ir, señor? Después de tantos años, ¿qué haríamos en otra parte? Aquí han nacido y se han criado nuestros hijos, aquí nos hemos envejecido y aquí quisiéramos morir... Ud., señor don Felipe, ha de tener mucha influencia sobre sus hermanos. ¿Qué le van a negar a Ud., que ha regresado después de tan larga ausencia!... Pida por nosotros, señor, para que no tengamos que dejar estos campos, que tanto queremos.

—Bien, mi amigo. Yo hablaré con mis hermanos. Por estima-

ción a Uds. y por el recuerdo de mi padre sentiría muchísimo se fueran Uds. de El Naranjal.

Se despidieron los arrendatarios y Felipe se fue a buscar a sus hermanos. Pensaba defender la causa de esos hombres rudos, honrados y buenos como la suya propia. Pero no contaba con la dureza y con la avaricia de Carlos y de Alfonso, que desde las primeras palabras, se negaron rotundamente a toda concesión.

—Lo que nos pides es imposible. Lo que pagan estos hombres es ridículo; quince, diez, ocho libras anuales. Y esos terrenos pueden rendir cinco veces más.

—Hace más de treinta años que trabajan en la hacienda. Nuestro padre los estimaba y los quería. (Felipe creía ablandar la voluntad de sus hermanos, hablándoles de su padre).

—En este asunto queda excluido todo sentimentalismo. Es cuestión de negocios y tu sabrás lo que dicen los franceses: *les affaires sont les affaires*. Hay que saber defenderse en la vida, Felipe. Hay que ser, ante todo práctico.

Y Alfonso dio un brusco golpe sobre la mesa. Felipe lo miraba y se asombraba de que aquel hombre seco, ávido de dinero, hinchado de vanidad fuera hijo de ese don Alfonso Morales tan noble, tan generoso, tan desinteresado y tan sencillo. Pero, haciendo un último esfuerzo a favor de los colonos, dijo:

—Los arrendatarios de El Naranjal son buenos agricultores, verdaderos hombres de campo, de esos que contribuyen a la prosperidad de una hacienda. Si se van El Naranjal perderá unos buenos, unos utilísimos auxiliares.

—Si se van —que es lo que nos conviene— sembraremos algodón y ganaremos muy buenas libras... Y no hablemos más de este asunto, Felipe. Tú no entiendes de negocios y con tus sentimentalismos lo echarías a perder todo... Porque al fin y al cabo, tú no eres más que un poeta, querido hermano.

## VI

Montado en uno de los pocos caballos que quedaban en la hacienda —un animal nervioso y fino, de mirada inteligente y brillante pelaje negro— Felipe vagaba por el campo. Como la hacienda era bastante grande, todavía permanecían algunos sitios sin sembrar. El joven buscaba estos rincones un poco salvajes y solitarios —grandes árboles llenos de cantos de turpiales, pequeñas praderas donde la yerba crecía libremente, senderos apenas trazados, bosquecillos de los que, a veces, salía corriendo una liebre o un venado— donde se escuchaba en toda su plenitud los melodiosos rumores de la naturaleza.

Morales traía el espíritu amargado, entristecido. Este regreso a su hogar y a su tierra —que fuera una de sus más queridas ilusiones— ¡cuántos desencantos le venía ofreciendo! La vieja casa tan cambiada, sus hermanos con gustos, ideas y sentimientos totalmente distintos de los suyos y, flotando en el ambiente, no sé qué recelo, qué hostilidad contra él, cuya alma estaba anhelante de afecto y de ternura.

Y no solamente en su casa se notaba ese afán tan mal orientado de “europeización”. También en la ciudad se advertían una serie de transformaciones, que le restaban belleza y carácter. Muchas de las amplias casonas de macizos portones y espaciosos patios habían sido demolidas para dar lugar a unas feísimas construcciones de estilo yanqui. En la plaza grande habían sido cortados los hermosísimos ficus. Y en la iglesia aquel Señor de la Caña, venerado por todos los indios de la región, no estaba ya en el altar mayor; un Corazón de Jesús bonito y amanerado, proveniente de algún bazar de Saint Sulpice, ocupaba el sitio de la antigua imagen toda perfumada de oraciones toda impregnada y saturada de lágrimas y de suspiros. Morales, herido en su sensibilidad de artista, se fue

—sin poder contener su indignación— donde el cura, un gallego a la vez astuto y burdo, que se explicó así:

—Mire Ud., señor Morales; el Corazón de Jesús es la devoción de los tiempos actuales. Además las Hijas de María, señoritas muy virtuosas y de buena posición social, regalaron a la iglesia esta estatua, con el propósito de que ocupara el lugar de preferencia. Y por cierto, que había que darles gusto, aunque a los indios no les hiciera gracia el cambio, ¿no le parece a Ud.?

Pensando en todas estas cosas que le dolían y le ensombrecían el espíritu recorría el nivel la campiña de El Naranjal. Ya estaba lejos de las plantaciones de algodón, de los cañaverales y arrozales —menos numerosos, el algodón era más lucrativo— de las chacaras y huertas de los arrendatarios y frente a él se extendía, inculto, vasto y majestuoso, el campo. Felipe se detuvo al pie de una acequia para que el caballo bebiera. La alegría de la mañana, la serenidad que irradiaba el paisaje suavizaban poco a poco su angustia y su tristeza. Felipe se sentía hombre de campo —hablaban en él varias generaciones de agricultores—, hijo de esa tierra, cuyo olor subía en esos momentos, hacia él, fortaleciendo su voluntad, templando su ánimo.

—Trabajar estos campos... Dejar para siempre la ciudad... y con Isabel cerca de mí, dándome la infinita dulzura de su cariño ... ¡Ah! Sí he de entenderme con mis hermanos... Juntos hemos de continuar la obra de nuestro padre.

Un tordo cantó en un chirimoyo cercano. Su canción subió al cielo como un canto de júbilo y de esperanza.

## VII

Las familias de la ciudad y de las haciendas vecinas invitaban con frecuencia a Felipe, a quien prestigiaba su estadía en el



extranjero y sus viajes. Se le interrogaba acerca de las cosas de Europa –las muchachas se interesaban por las últimas creaciones de los modistos célebres; los jóvenes por las artistas de varietés y los chismes de *boulevard*–, se le hacía hablar de sus andanzas y trajines. (Pero en lo que estas andanzas y estos trajines tenían de material, de prosaico: precio de los hoteles, comodidades de los ferrocarriles, gentes conocidas en las playas de moda y en los balnearios chic). Morales, amablemente y sonriendo un poco, satisfacía todas las curiosidades. Pero manifestaba siempre en la conversación un gran entusiasmo por el Perú: “nuestro país es tan hermoso y tan interesante como cualquier país europeo”, decía. Lo que le iba conquistando una reputación de chiflado, de extravagante: “Este Morales como es medio artista, medio poeta, es también algo loco”, opinaban las gentes.

Don Manuel Esteves, propietario de Santa Marta, fundo colindante con El Naranjal, invitó también al joven a un almuerzo, en una de sus huertas. Los Esteves y los Morales eran muy amigos y hasta algo parientes. El viejo don Manuel había comenzado trabajando junto con don Alfonso Morales en El Naranjal. Pedro, Julio e Isabel Esteves –hijos de don Manuel– y Carlos, Alfonso y Felipe Morales habían crecido juntos, siendo un poco como hermanos. Solamente que esa fraternidad se había cambiado –entre Felipe e Isabel– en un sentimiento más cálido y más vehemente.

Morales se dirigió –aquella mañana– impaciente y alegre –él había llevado siempre a Isabel en el corazón– hacia Santa Marta. La joven había llegado a la víspera –al anochecer– de Lima, era, pues, la primera entrevista de los jóvenes.

Isabel –que acababa de cumplir veinticinco años– era una hermosa morena, el tipo de las mujeres de su tierra, de grandes ojos fogosos, pelo castaño abundante y sedoso, pies y manos pequeños y finos. Por supuesto que estaba ataviada según los últimos cán-

nes de la moda, habiéndose convertido sus lindas trenzas en una peluca a la *garçonne*, bien alisada. Morales, bastante emocionado, le habló poco. Ella, en cambio se condujo con desenvoltura y desparpajo. Se mostró muy cortés, muy amable, quizás si más cortés que cariñosa. En la mesa, colocada bajo un parral, hacía los honores como la más experta de las amas de casa.

Mientras una estudiantina de guitarra y de bandurrias ejecutaba una marinera –*De Lambayeque a Chiclayo*– y una sabrosa chicha de jora llenaba las copas, Felipe miraba a la amiga de sus mocedades y revivía aquellos días ya lejanos –¡diez años!–; ella, una frágil y graciosa muchacha de largas trenzas y traje de muselina; él, un mozo apasionado y romántico, que componía malos versos y que soñaba bajo el claro de luna... todo un poema con sabor becqueriano de esos que solamente se viven una vez en la vida...

## VIII

La ausencia concluye, casi siempre, con amores y con afectos, más cuando son los de una niña de apenas dieciséis años. Isabel no había podido guardar el recuerdo de Felipe, que poco a poco –casi insensiblemente– se fue esfumando en su espíritu, dando lugar a otro sentimiento, a otra ilusión. Carlos Morales e Isabel eran, al volver Felipe a El Naranjal, casi novios. Nada más natural, nada más dentro de la lógica de la vida. Felipe –que, en cambio, no había olvidado a su prometida, a pesar del tiempo y la distancia– era un soñador, un quimérico, un ilusionado, a quien fatalmente debía vencer la realidad.

Pero lo censurable era la conducta poco leal, poco clara que venía observando la joven con su antiguo enamorado. En vez de hablarle con toda franqueza –“soy la novia de tu hermano; tu ausencia fue demasiado larga para que yo te esperara”– procedía

como una mujercita coqueta y de poco corazón, manteniendo con sonrisas y palabras vagas la esperanza de Felipe.

La halagaba ser cortejada por un joven “que había estado tanto tiempo en Europa” —¡oh ingenuidad de provincianita!—, le divertía tener dos pretendientes y, quizás, si en algún oculto rincón de su alma palpitaba todavía un poco de cariño por Felipe; lo cierto es que estaba jugando un juego perverso y turbio, un juego que iba engañando al joven más romántico y más sentimental que ella.

Y así llegó el momento de tomar una decisión...

## IX

En su escritorio —una amplia pieza con muebles de los llamados americanos, teléfono, máquina de escribir y caja de fierro— Carlos Morales revisaba el balance semestral presentado por el cajero de El Naranjal. Buen balance, en verdad, ganancias como para satisfacer al más exigente. Carlos, contento, murmuraba: “no vamos mal... Pero todavía se puede hacer más. Mucha energía, mucha voluntad y ser prácticos, muy prácticos...”.

Dejó las cuentas y de un cajón del escritorio sacó un retrato de mujer; el de Isabel. Por un instante miró el lindo rostro de la joven, guardando, en seguida, la fotografía. Con los dientes apretados monologaba:

—Ha de ser mía... Para eso he estado junto a ella fiel, atento y cariñoso, mientras el otro se divertía en Europa. ¡Ah! no me la arrebatará. Lucharemos si es preciso luchar... y en la hacienda tampoco trabajará... Que se vuelva a Europa. Ya él no es más que un forastero.

Se abrió la puerta y entró Felipe. Carlos se puso de pie.

—¿Qué hay Felipe?

—Tengo que hablar contigo y con Alfonso.

—Supongo que no vendrás con algún mensaje de los peones o de los criados. —Carlos sonrió festejando lo que él creía un chiste.

Felipe, sin hacer caso de la impertinencia y de la necedad, prosiguió:

—Alfonso no tarda en estar aquí. Le dije que viniera.

—Todo un consejo de familia... Muy bien... ¿Quieres un cigarro?

—Gracias... Aquí está Alfonso.

Entraba el mayor de los Morales. Y Felipe habló; en sus palabras había sinceridad y calor, nobleza y sana intención. Pero ni esa nobleza, ni esa sinceridad, ni la rectitud del joven causaron impresión en el ánimo de sus hermanos; verdaderamente que entre Carlos, Alfonso y Felipe no había de común sino el parentesco físico.

—Deseo —expuso, Felipe— trabajar con Uds. en la hacienda. He vuelto de Europa con la ilusión de continuar, al lado de Uds., la obra de nuestro padre. Allá, créanme, he padecido tremendamente del *mal du pays*. Extrañaba estos campos, extrañaba nuestra casa; me hacía falta el amor de nuestra madre... Déjenme ayudarlos; yo no pido, ni quiero ganancias, solo anhelo hacer obra con Uds.

—Todo eso está muy bien. Pero no podemos concederte lo que nos pides.

Hablaba Alfonso, el mayor. Carlos, con su actitud, aprobaba todo lo que decía su hermano.

—¿Por qué? ¿Qué motivos tienes para ello?

—Tú piensas y sientes distinto que nosotros. Has traído del extranjero ideas revolucionarias, ideas que nosotros no comprendemos, ni admitimos. Quisieras —para favorecer a peones y arrendatarios— reducir al *mínimum* nuestras ganancias. Te has revelado como un socialista peligroso y además eres un poeta sin sentido comercial. Y aquí —debes saberlo— estamos para hacernos ricos.

—Unámonos, Alfonso, hagámonos concesiones mutuas.

—Aquí no pueden mandar más de dos. Quédate en la hacienda, si te gusta, pero no podemos darte trabajo.

—Tu propuesta me ofende, Alfonso. ¿Cómo crees que podría permanecer, aquí, inactivo, más cuando pienso casarme?

—¿Casarte? Y ¿quién es la elegida de tu corazón? —Ahora hablaba Carlos y sus ojos brillaban casi salvajemente.

—La elegida de mi corazón, como tú dices con propósito de ironizar, es la prometida de mi adolescencia: Isabel.

Carlos se rió sardónicamente.

—Pues eso también te va a ser imposible. Isabel, la prometida de tu adolescencia, es, ahora, mi novia.

—¿Tu novia? ¡No te creo!

—Pregúntaselo a ella... ¿Acaso te iba a esperar, ella, diez años, estando yo aquí? Su belleza, su gracia, sus ansias de amar no podían consumirse en una espera angustiosa y estéril. Las promesas de los quince años, ¿qué valen ante las exigencias de la vida? Isabel será mi esposa, aunque tú hayas regresado, Felipe.

—Tienes razón, Carlos. Y ella también. Para Isabel tú eres la realidad; yo no he sido más que un ensueño fugaz. No me queda sino marcharme.

## X

Otra vez las maletas cubiertas de etiquetas multicolores —nombres de puertos y de ciudades; Colón, La Habana, Londres, París, Viena—. Felipe deja la hacienda, no para volver a Europa que ya no lo tienta, ni lo atrae, sino para irse a la montaña a intentar la aventura emocionante de la colonización. Su tierra lo echa, pero él llevará a otras regiones de ese Perú, que aprendió a amar en el extranjero, sus energías, su juventud, su entusiasmo y su inteligencia.

Es la última noche que pasa en El Naranjal, cerca de su madre.

En el cuarto de la viuda de don Alfonso Morales —allí todavía hay buenos viejos muebles de familia y retratos de antepasados— el joven está sentado a los pies de su madre. La señora llora silenciosamente con dolor profundo, con pena inmensa. Se vuelve a ir Felipe, el más bueno, el más tierno —y por eso— el predilecto de sus hijos. Se vuelve a ir —y esto es lo más doloroso—, quizás obligado por sus hermanos que son duros, ásperos, inhumanos. ¡Ah ella —a pesar de quererlos como quieren las madres— los conoce bien! ¡Cuánto no la han hecho sufrir con esa aspereza y esa inhumanidad!... Se va el hijo bueno, el del corazón amplio y noble, el de las ternuras delicadas, el de la generosidad sin límites... Y la viuda de don Alfonso Morales llora suavemente, calladamente, su mano fina y ya arrugada en las de Felipe... Por la habitación va y viene, quejándose como una criatura, la Baltasara:

—Mi niño querido, ¿por qué te vuelves a ir? Cuando regreses ya tu vieja se habrá muerto...

—Mamá; ya es tarde, anda, acuéstate.

—Y tú también, hijito. Mira que mañana debes levantarte temprano.

—Sí, mamá. Pero antes voy a tomar un poco de aire.

Felipe besa y abraza a su madre, saliendo, en seguida, fuera de la casa. En el cielo casi negro la Cruz del Sur se abre como un símbolo. Morales mira el firmamento, mira los campos; es su adiós a esa tierra que, quién sabe, no volverá a ver. La noche huele a flores y a plantas silvestres: jazmines, madreselva, tomillo, romero, malva. Las luciérnagas —puntos de fuego en la sombra— se posan sobre los árboles, sobre las flores. Llegan hasta el joven el rumor de las aguas que corren, el canto de un grillo escondido en la yerba y el aullido penetrante y destemplado de un gato montés.

Felipe, ante todas estas cosas; ritmos del mundo, poesía del universo, reconoce su error —que es el de tantos jóvenes perua-

nos—; el haber entregado los mejores años de su juventud a países extraños, el haberse desarraigado —todavía inexperto— de su hogar, donde ha sido recibido, después, sin afecto y sin calor.

Y, melancólicamente, murmura —mientras el mundo reposa bajo los cielos estrellados—:

—Acaso mis hermanos estén en lo cierto y no sea yo más que un forastero.

Miraflores, marzo de 1928

## EL VENENO

—Cómo, cholo, ¿otra vez enfermo?

—Sí, pues, patroncito. La enfermedad no me quiere dejar, patroncito.

El hombre —un mestizo de veinticuatro años, de facciones fuertemente modeladas y abundante cabello negro— estaba envuelto en un grueso poncho de lana rayado. Pero a pesar de eso, a pesar de la ardiente temperatura estival —febrero en una hacienda costeña del norte del Perú— temblaba de frío y sus dientes chocaban el uno contra el otro. Sus ojos, de expresión melancólica y huraña, brillaban intensamente, anormalmente bajo la acción de la fiebre.

—¡Caramba! —el médico le había puesto el termómetro— 39°. Bueno; échate y toma esto cada dos horas. Cuando te haya pasado el acceso lo tomas tres veces al día. ¿Entiendes? Y cuidado con ir al trabajo, mientras te sientas mal.

—Así lo haré, patroncito. Gracias patroncito.

Salió el hombre, el cuerpo sacudido por la fiebre.

Demetrio Paredes, el médico de la hacienda Castañeda, murmuró:

—El paludismo va a acabar con estos cholos. ¡Qué veneno!

Entró otro hombre, otro peón con un forúnculo en el cuello. Paredes procedió a curarlo; el hombre gruñía de dolor apretando los puños. Cuando el médico ajustó el tumor, para extraer la pus, el cholo lanzó un grito agudo, un ay penetrante y largo.

—Vamos, hombre, no es para tanto.

Demetrio, él mismo, sirvió un poco de coñac al trabajador.

—Eso te compondrá. Cuídate de la tierra y no te vayas a quitar la gasa. Pasado mañana vuelve.

Un tercer enfermo, un indio aún joven, pero extenuado, acabado por el paludismo; el cutis verdoso, los labios azulosos y los ojos hundidos en las órbitas, llegó al consultorio.

—Taitita, me siento mal. Todo me duele y estoy cansado, bien cansado.

—¡Claro que te sentirás mal!

—¿Cómo me curará, taitita?

—¿De dónde eres tú?

—De aquícito no más; dos días de bestia hasta mi pueblo.

—A eso llamas tú “aquícito, no más”... ¡Bueno! Si quieres sanar lo único que debes hacer es irte a tu pueblo.

—¡Irme a mi pueblo!... Si yo vendí mi chacrita para venirme... ¿Qué haría yo en mi pueblo?

El médico alzó los hombros:

—Todos lo mismo; dejan su hermosa tierra serrana por venir a consumirse y a intoxicarse a las haciendas costeñas... Te digo que debes volver a tu pueblo si quieres sanar.

—Ya se verá, pues, taitita.

Eran las cinco; había terminado la consulta. Paredes dejó la blusa y se lavó cuidadosamente las manos. Después apuntó en sus hojas clínicas: “Visto hoy 27 enfermos de los cuales 22 son palúdicos”.

En la hacienda Castañeda se sembraba algodón y caña de azúcar.



car. Era una propiedad bastante extensa; se necesitaban tres horas a caballo, para recorrerla. Bajo unos majestuosos árboles centenarios se alzaba la casa habitación de la hacienda, una construcción –también centenaria– de hermoso carácter colonial. Pero como los dueños eran gente que viajaba frecuentemente a Europa, la vieja residencia estaba provista de todo el confort moderno: tenis, garaje, buenos baños, radio, etc...

La ranchería de los peones distaba por lo menos media hora de la habitación de los dueños. En las casuchas de barro y quinchá, apretadas las unas contra las otras, vivían unas doscientas personas entre hombres, mujeres y niños. A pocos metros de la ranchería se arrastraba perezosamente una acequia, estancándose en algunos sitios. Sobre estos pequeños pozos o lagunas volaban millones de zancudos zumbadores, de forma fina y larga.

A Castañeda, como a todas las haciendas costeñas, bajaban muchísimos serranos atraídos por la esperanza de subidos jornales. Serranos robustos, con vivos colores en el rostro, hablar lento y dificultoso, que mascaban coca y se envolvían en ponchos de compacta lana; en sus ojos traían la dulzura y la tristeza de la tierra natal.

Caían en manos de contratistas de palabra mentirosa y fácil que los alucinaban con promesas como estas:

—Ganarás un sol, un sol veinte, hasta un sol cincuenta diarios. No hay mucho trabajo y te dan ración.

—¡Un sol cincuenta diario, cuando en el pueblo apenas se llegaba a cincuenta centavos y ración!

Manuel Quíspez –como la mayoría de sus paisanos– había dejado su pueblo –una aldea escondida entre eucaliptos, al pie de un cerro– deseoso de mayores ganancias. Pero apenas instalado en la hacienda, donde debía trabajar como peón, comenzaron sus desilusiones. La tarea era ruda; de cinco y media de la mañana, hasta las seis de la tarde, con una hora para almorzar. Le daban ración,

cierto, pero descontándole la mitad del jornal. Un paludismo tenaz y persistente se apoderó del infeliz serrano; no pasaba un mes sin que lo tumbara por tres días el acceso... Tres días perdidos para la ganancia y Quíspez, que no tenía más pensamiento que volver a su tierra con algunos soles en el bolsillo!

Una nostalgia honda venía devorándole el corazón y oscureciéndole el espíritu; Manuel extrañaba el cielo y el clima natal, los eucaliptos de su aldea, su rústica casita de rojo techo, con una huerta donde crecían duraznos y manzanos y florecían claveles.

El paisaje de Castañeda —un poco tropical y por ende, voluptuoso y abandonado— no hablaba a su alma de montañés acostumbrado a la ruda y severa poesía de los Andes. Cuando, a la hora del trabajo —sudoroso y jadeante— miraba el descolorido cielo costero, le entraba tal desconsuelo, que se quedaba inerte, inmóvil. La voz del capataz lo volvía a la realidad:

— ¡Eh! Cholo. ¡A trabajar!

3\*

Había pasado el acceso. Sólo le quedaba a Quíspez una gran amargura en la boca, rumores en los oídos y una sensación de cansancio en todo el cuerpo.

Quíspez se incorporó sobre la frazada y el pellón que le servían de cama. Eran cuatro —él y otros tres paisanos— para compartir la habitación estrecha, oscura y mal ventilada. Era día sábado y pagaban. El cholo tomó un poco de agua, se arrojó en su poncho y salió. Ante una ventanilla esperaba una larga fila de peones. El cajero, un inglés despótico, pagaba con un gesto de desprecio y de asco en el rostro: esos trabajadores no eran hombres para él, sino

---

\* Así en la edición original.

animales. Cuando algún desgraciado se atrevía a implorarlo – “patrón no me descuenta Ud. nada esta semana, que tengo a mis hijos enfermos” – el gesto se hacía aún más agrio y más desdeñoso.

Manuel recibió su semana, menos tres días –los del acceso de paludismo. Una inmensa lasitud pesaba sobre todo su ser; sentíase desolado y triste. Caminaba sin rumbo fijo, el paso vacilante, mirando el suelo.

— ¡Quíspez, paisano! ¿Dónde vas?

Dos compañeros suyos estaban frente a él.

— Por allí, caminando.

— Vamos al tambo, hombre.

¡El tambo! Manuel lo evitaba, temeroso de dejar allí su dinero. Pero, ahora, aceptó la invitación de sus compañeros; ¿por qué no ahogar la pena y la tristeza en un vaso de alcohol?

#### 4

Cierta disposición cordial y afectuosa de su carácter inclinaba a Demetrio Paredes a interesarse y compadecerse de la miseria ajena. Además la profesión no le había endurecido aún el corazón; no tenía sino tres años de médico.

El joven estaba verdaderamente preocupado con la salud de los peones. Más del 70% de los trabajadores –y también muchos niños– eran palúdicos. Daba pena ver a esos hombres –antaño robustos– actualmente aniquilados, destruidos; partía el alma ver a esas criaturitas amarillas, descarnadas, maltrechas.

Paredes expuso a don Edilberto Rojas –el propietario de Castañeda– sus puntos de vista. Los peones vivían en condiciones totalmente insalubres; se imponía botar la ranchería y construirla, de nuevo, lejos de la acequia, de acuerdo con un plan de higiene.

Don Edilberto Rojas saltó, indignado:

— ¡Pretende Ud. mi ruina, doctor! ¿No sabe Ud. que el algodón y el azúcar casi nada representan en el mercado? ¡Si apenas podemos cubrir los gastos de la hacienda! ¿Qué más quieren estos cholos? Pago los mejores jornales del departamento, la prueba es que tengo que rechazar gente, doy asistencia médica y remedios gratis y ración casi de balde. ¡Botar la ranhería! ¿Está Ud. loco, doctor?

¿Qué hacer ante estos argumentos y razones? Las ganancias de la hacienda eran pingües, pero había que sostener a los hijos que hacían vida de rastacueros en París. Que los cholos reventaran, eso no tenía importancia. Al médico no le quedaba más recurso que darles quinina y más quinina.

5

Volvía Manuel Quíspez a su tierra. Había esperado lo último —toser y escupir sangre— obstinado en quedarse en Castañeda, alucinado por el jornal. Jornal que iba dejando en el tambo entre el alcohol y el juego; casi no llevaba monedas en el bolsillo. Pero ya nada le importaba; ahora solo anhelaba llegar a su tierra, aunque fuera para morir.

¿Qué habían hecho la hacienda traidora, la costa mórbida, el trópico blando del mocetón vigoroso de limpia tez bronceada y mirada clara? Un guiñapo sin voluntad, de mirar incierto, del que poco a poco se iba la vida, en cada vómito de sangre ...

Después de dos días de camino —penoso viaje para el enfermo, a quien acompañaba un paisano— aparecieron los eucaliptos que rodeaban la aldea, el perfil altivo del cerro, las pequeñas chacaras amorosamente cultivadas. Ante el cielo natal, tan azul, tan luminoso, Quíspez sonrió, el corazón reconfortado por la esperanza. “Mi tierra”, dijo extendiendo las manos. Pero, súbitamente, en una

espesa bocanada de sangre se fueron su juventud y su vida —ese débil aliento de vida que le quedaba.

Allá, en los valles y en las haciendas, los hombres de las alturas seguían pagando a la costa el tributo de su salud y de sus existencias.

## NOTAS SOBRE ALGUNOS FILMS

*Ramona*: Esperábamos mucho de *Ramona*. Pero nuestra esperanza ha sufrido una ruda derrota. Este romance almibarado, con ribetes de cursilería, estas viñetas sin carácter no pueden satisfacer, no pueden alimentar, no pueden estremecer nuestra sensibilidad que ha gustado y que se ha estremecido con *Varieté*, con [*Sigfrido*], y con *Manon Lescaut*. (Los productores cinematográficos de Hollywood se olvidan que hoy mucha gente lee a Girandoux, a Istrati y a Gómez de la Serna y escucha a Ravel, a Strawinsky y a Debussy).

¿Y Dolores del Río, la adorable intérprete de *Resurrección*? Pues con preocupaciones, con poses y hasta con amaneramientos de “estrella” profesional. Ya no es la muchacha ingenua y fresca, suave y voluptuosa que nos encantaba en *Resurrección*. La celebridad está haciendo otra cosa de Dolores del Río.

*Varieté*: Con una historieta banal, con un hecho de la vida vulgar —el hombre ya maduro que deja hijo, mujer y hogar, hechizado por los ojos y la sonrisa de una linda gitana de corazón frágil y carne ardiente— ha hecho E. Dupont, el gran cineasta —ese film extraordinario que se llama *Varieté*. Extraordinario por su calidad cinemática, por su humanidad y por su lirismo. Extraordinario por su intérprete central, Emil Jannings, cuyas expresiones son las del más admirable trágico. Sucesivamente iluminan y ensombrecen el rostro de Jannings —ese ancho y plácido rostro de germano— la ternura, el amor, la sensualidad, la duda y el dolor. ¡Y Lya de Putti!

Musical y ardorosa, fina y flexible; es verdaderamente una flor de pecado y de placer.

*Varieté* nos muestra lo que es el cinema explotado por un artista y no por un industrial. Nos muestra la fuerza de la imagen; aquel detalle —de la primera o segunda parte, creo—; el cuerpo de la esposa, visto de espaldas, todo curvado por el trabajo y la pobreza, está henchido de emoción y es puramente, únicamente cinematográfico. No es más que imagen.

Ahora esperamos *El camino de la carne* por el mismo Jan-nings.

*Don Juan*: Este no es el don Juan de Tirso de Molina, ni el de Molière, ni el de Byron, ni el de Zorrilla; es un don Juan acrobático, fabricado por la Paramount, en el que en vano buscaríamos al amador de la leyenda. Aquí, en este film *yankee*, don Juan desdeña casi a las mujeres y es un novicio en la estrategia amorosa. Eso sí, tiene (es decir, tiene Barrymore) un cuerpo muy hermoso y luce trajes muy elegantes. Y salta y piruetea con una agilidad sorprendente. Estela Taylor, la mujer de Dempsey, está en el rol de Lucrecia Borgia sencillamente detestable. Quizás en un rol de *flapper* americana, en una comedia moderna estaría muy bien la Taylor, pero no encarnando a la espléndida Lucrecia. Y la película toda carece de ambiente y de carácter histórico y artístico.

*Sombras en el crepúsculo*: Sin llegar a la alta calidad artística de *Varieté*, *Sombras en el crepúsculo* (antojadiza traducción del título inglés de la película, *Sorell and Son*) es un buen film. Muy bien cortado, con ambiente y con emoción. Es uno de los tantos hechos de la posguerra: la tragedia de un oficial que al concluirse la guerra se encuentra sin trabajo y sin pan. Terrible tragedia sin gloria: el asunto, de un hondo realismo, ha sido llevado con inteligencia a la pantalla. El personaje central lo interpreta un actor —sin el renombre de los Novarro y de los Barrymore— pero muy

inteligente, muy sobrio, muy natural. Los paisajes, los interiores, la arquitectura están dentro de una atmósfera bien inglesa; la historia ocurre en Inglaterra. Y este es uno de los muchos méritos de aquella hermosa película.

*Manon Lescaut*: Después de las óperas sacadas de la novela del abate Prévost, tenemos ahora un film tomado, también, de allí. Porque el cinema se apodera de todo y todo lo convierte en metros de celuloide, dando, a veces, unos resultados desastrosos. Con *Manon Lescaut* el resultado ha sido de los mejores. En verdad que la película es linda. Los directores de la UFA de Berlín, que adaptaron la novela, han sabido conservar todo el aroma de la obra, una de las más bellas de todos los tiempos. Lya de Putti, en el rol de Mandri, está deliciosa. Es un rol que parece cortado a su medida. Des Grieux lo encarna un actor ruso joven, viril, apasionado y guapo. Así con estos intérpretes tan excelentes, que se mueven en una decoración de lo más característica, reviven los personajes que creara Prévost y, de nuevo, nos emociona aquella historia de amor y de dolor.

Eso sí, el final de la novela está mal adaptado. Hay allí una boda celebrada *in extremis*, que puede provocar una ligera sonrisa.

*El camino de la carne*: Las siete de la mañana del año 1910. El padre –lo interpreta Emil Jannings– va de cama en cama despertando a sus pequeños; seis muchachos de toda edad. Y sobre la pantalla se proyectan las más lindas escenas de hogar y de niños: vemos a los pequeños haciendo gimnasia, bajo la dirección de su padre, dedicados a su *toilette* y tomando desayuno. Un detalle delicioso: un bebé de apenas dos años, bota su taza de leche. Después, por la noche, cuando vuelve el padre de su trabajo, es el concierto ejecutado por toda la familia. Augusto, un chico de mirada vivísima y pelo ensortijado, toca, para su padre, una “canción de cuna”, que su mismo padre le enseñara y que el chiquillo ya sabe

interpretar con sentimiento. Pero este poema familiar y suave es interrumpido bruscamente. El padre —que es cajero de un banco— tiene que ir a Chicago por asuntos de negocios. Y aquí viene la parte trágica de la historia, y también el punto débil del film. Porque es ilógico, es absurdo que este buen señor, cajero de un banco, abra la cartera repleta de valores en el tren y provoque con su candoroso descuido lo que le pasó. Aquí falla la trama de la película y la acción se torna un poco pesada. Mas la labor artística de Jannings es tan potente, tan sincera, tan humana, las imágenes son tan sugerentes que, apenas, hacemos caso de las fallas del argumento. Cuando Jannings (o más bien Shilling, para llamarlo como en la película) asiste —han pasado muchos años; él es un viejo vago, sin hogar, a quien los suyos creen muerto— a un concierto dado por su hijo Augusto —que ha llegado a ser un gran violinista— sentimos el estremecimiento de las más hondas emociones. Es una de las cosas más bellas que nos ha dado el cinema.

*El loro chino:* Algo muy complicado, muy enrevesado, muy policial. Pero algunas viñetas de buena calidad cinematográfica: como las fiestas de los chinos, celebrando el Año Nuevo, por ejemplo. Un actor chino, verdaderamente notable. Por estos méritos, y, aunque no los tuviera, prefiero este film a cualquier comedia de Ohnet o de Linares Rivas.

*El nudo corredizo:* Se salva por la interpretación de Richard Barthelmess, pero no pasa de ser un dramón de pésimo gusto.

*Beau Geste:* Quisiera ver, de nuevo, *Beau Geste*. Lo recuerdo como una cinta magnífica: argumento hermoso y bien conducido, intérpretes centrales de primer orden, ambiente notablemente realizado, dramaticidad sobria y honda. Pero creo que la película anda por tierras del norte y... tendré que quedarme con mi deseo.

*Tempestad:* Después de ver un film como *Tempestad* se constata, una vez más, la decadencia del teatro. Decadencia lógica, de-



cadencia a la que fatalmente tenía que llegar. Hoy se vive de prisa, febrilmente; ¿quién va a soportar un interminable diálogo lleno de andaluzadas de los señores Quintero, una indigesta comedia con pretensiones sicológicas del señor Linares Rivas, un drama espeluznante de Rostand hijo, una cursilería disfrazada de lirismo del difunto Bataille? Hoy —en cuestión de teatro—, solamente nos entusiasman las grandes obras maestras del pasado, y del presente unas cuantas. (Shaw, Pirandello, Ibsen, Porto-Riche y de Curel). Hoy, el teatro solamente lo pueden salvar los rusos con sus admirables estilizaciones —*Chauve-souris*, teatro judío.

El cinema nos tiene intoxicados, enloquecidos. Somos infieles al teatro porque el teatro no ha sabido renovarse y ya no nos brinda la emoción que requiere nuestra sensibilidad.

*Tempestad* es de esos films que se apoderan absolutamente del espectador, desde sus primeras escenas. Y se apodera del espectador porque está animado de un gran movimiento y su ambiente —salvo el final— está notablemente realizado. Interpretan la obra un conjunto de buenos, de inteligentes, de sobrios actores. La acción es de una dramaticidad potente —y sí quizás no muy nuevo el tema— bien encajada, bien metida dentro de lo cinemático.

*Tempestad* ocurre en Rusia. Primero la Rusia de los zares, militarista y llena de prejuicios de casta. Allí se suceden cuadros vigorosamente dibujados, escenas remarcables; ese es arte cinematográfico de buena ley. Notable está Barrymore en las prisiones, donde lo arroja la implacable disciplina militar. En la parte final decae el interés de la cinta. No han querido los cineastas americanos dar el ambiente de los albores de la Revolución Rusa. Demás están los incidentes tragicómicos. Lástima de que la obra no haya conservado hasta el fin su orientación artística.

*Las batallas de las islas Coronel*: El elemento oficial inglés prestó su ayuda a esta reconstrucción histórica tan valiosa como

sugestiva. Y ha resultado un film de un interés documental muy vivo y de buena calidad cinemática. Una sobriedad digna de encomio ha dirigido la ordenación de las imágenes, que se desarrollan sin teatralidad, casi sin “trucos”, con grandeza y con severidad.

Creemos asistir –y este el elogio máximo que puede hacerse de esta cinta– a aquellas batallas que pusieron frente a frente a los alemanes y a los ingleses, en el mar Pacífico, allá por 1916.

*El diamante del Zar, Flor de España y El precio de la gloria:* No vale la pena hablar de estos films. *El diamante del Zar* es una adaptación de la opereta alemana del mismo nombre y, por ende, adolece de todos los defectos y de todo el espíritu de la opereta. En *Flor de España*, anunciada a golpe de bocinazos, dos actores de los llamados “estrellas” repiten su mismo diálogo amoroso, monótono, almibarado e inexpresivo. *El precio de la gloria* es una producción comercial de las más corrientes. En cambio quiero señalar dos obras, que están muy bien, dos obras con sabor a aventura, a viejas historias de piratas y de filibusteros: *La bestia del mar* y *El velero yankee*. Imágenes que bien podrían ser un capítulo de Mac Orlan.

*Chang:* Después de *Hanouk*, esa serie de maravillosos cuadros de la vida de los esquimales, *Chang*, película de las selvas de Siam, viene a brindarnos –otra vez– la pura y fuerte emoción de la naturaleza en todo su esplendor, su grandeza y su majestad.

Aquí no hay “estrellas” de miradas tangorosas y estudiados movimientos, ni “vampirescas” tentadoras, ni guapos galanes, de esos que roban los corazones de pollitas y de jamonas, ni se resuelven conflictos, más o menos sentimentales. Los protagonistas de la historia son una humilde familia siamesa –el padre, la madre y tres pequeñitos–, un mono, un búfalo y una perra con sus cachorros. Y el decorado de la historia es la misma selva fiera, profunda y misteriosa, la selva donde ruge el tigre y saltan los monos, de

cocotero en cocotero. La selva que inspiró a Rudyard Kipling. El drama lo constituye la cacería del tigre y la captura de los elefantes. Yo, por *Chang*, como por *Hanouk*, daría casi todos los films de los llamados “ases” de la cinematografía.

En *Chang* se respira el perfume y la inocencia de las primitivas edades del mundo.

*Napoleón. Casanova*: No hay duda de que Abel Gance, el realizador de *Napoleón*, es un trabajador animado de las mejores intenciones. Y sin embargo, su *Napoleón*, obra que le demandó tantos esfuerzos y en la que no escasean los méritos, no tiene los contornos de los grandes films artísticos. Es declamatoria y confusa, con escenas grandilocuentes —con sabor a *comédie française*, que diría José Carlos Mariátegui— y un abuso del símbolo. Hay aliento en la obra, sí, pero la pierde lo que podría llamarse la “retórica de la imagen”.

*Casanova*... Nos hace el efecto de esas viñetas libertinas de algún dibujante hábil y mediocre. Es un film incoloro y convencional; muy teatral y, en dos o tres pasajes, de una cursilería que se presta a la sonrisa.

Todo el prestigio del gran aventurero y amador veneciano del siglo XVIII desaparece en ese folletín bonitamente hecho; ese no es el Casanova de las *Memorias*.

*La conquista de la selva*: Pudo *La conquista de la selva* ser un film de la talla artística de *Chang*. Nuestra selva presenta tan grandes, tan emocionantes visiones como la de Siam o cualquier otra selva. Pero la cinta fue hecha con criterio informativo y dirigida por los buenos padrecitos misioneros que, ante todo, se han querido poner en evidencia. Apenas si se nos muestran las costumbres y la vida de los naturales de aquellas regiones; apenas si vislumbramos todo el tesoro de poesía y de fuerza que son los bailes, las fiestas, la existencia familiar de esos hermanos nuestros de la “montaña”.

A pesar de sus defectos *La conquista de la selva* es una cinta de un poderoso interés. Su técnica acusa un evidente progreso. Creo que puede exhibirse en Sevilla —ya que todo se lleva a Sevilla— sin que se mofen del Perú. No así la famosa “Perricholi”.

*La dama misteriosa*: Esa muchacha sueca de claros cabellos, mirada soñadora y finas manos transparentes, que se llama Greta Garbo, posee tan marcada personalidad que, a pesar de haber caído en las usinas de Hollywood —donde inmediatamente la bautizaron *star*— imprime a las películas en que actúa un carácter verdaderamente artístico, un encanto singular. Así *La dama misteriosa*, un folletín hábilmente hecho —pero folletín al fin como que su argumento es análogo al de la *Fedora* de Sardon, menos en el final— cobra merced a Greta Garbo una dramaticidad intensa, un hálito de vida, una seducción hecha de misterio, de voluptuosidad y de angustia. Con otra artista, que no fuera la maravillosa sueca, el film sería una de las tantas cintas incoloras y convencionales, que a diario se fabrican en Hollywood.

*Iván el Terrible*: La realización de *Iván el Terrible*, film *God-kind*, está regida por el más alto concepto estético. (Ya sabíamos, por el libro de Leon Moussinac, *Le cinéma soviétique*, por el volumen de Marchand y Weinstein, *Le Cinéma*, y por gráficos publicados en revistas europeas, de la obra cultural que el Soviet viene haciendo con el cine. Cinema, séptimo arte, como lo llamó Canedo; industria floreciente y próspera para los productores yanquis). *Iván el Terrible* satisface todas nuestras expectativas y todos nuestros anhelos de ver un film absolutamente artístico. Desde la fotografía —no es la viñeta brutalmente iluminada a fuerza de proyectores— hasta los últimos detalles de la indumentaria de los actores —un anillo, por ejemplo, es una pequeña obra maestra— contribuyen a esa impresión de arte severa, noble y pura. El argumento sobrio y bien conducido es de una dramaticidad tremenda; son escenas de

la Rusia sombría y sanguinaria del siglo XVI. La figura de Iván el Terrible está dibujada con gran fuerza expresiva por el actor Leonidow. Y en todos los tipos hay verdad y vida; los actores no se preocupan de aparecer bonitos, elegantes o donjuanescos. El ambiente histórico está logrado fielmente, grandiosamente; hay que ver esa fábrica de cáñamo rudimentaria y casi bárbara, esos interiores suntuosos y rudos. Toda una sucesión de maravillosas imágenes; cuando aparecen los paisajes blancos de nieve se sorprende el alma misma de ese pueblo triste y místico, infantil y melancólico.

*El lobo solitario*: Me gusta esta historia alegre e inverosímil de contrabando y de amor. Es una película bien cinematográfica y tanto Berk Lyttlel, como Luis Morán trabajan con naturalidad y jovialidad. *El lobo solitario* supera a muchísimas cintas pretenciosamente presentadas.

*La última orden*: A fuerza de estudio y de habilidad, Emil Jannings –tan gran actor en *Varieté* y en *El camino de la carne*– nos da en *La última orden* un personaje amanerado y sin vida, bajo su aparente naturalidad. Porque Jannings logra en el primer momento ofrecer una impresión de espontaneidad y sencillez. Pero esta impresión se borra, en seguida, y no vemos más que al comediante –prodigioso, por cierto– cuyo gesto más insignificante es fruto del estudio. Y –dejando aparte la labor de Jannings– la cinta es un melodrama, sin relieve, y, lo que es peor, nada cinematográfico. Las muchedumbres, mal agrupadas, pretenden expresar sus sentimientos –la ira, la fiereza– con muecas y gestos grotescos. Y el final –esa bandera agitada por Jannings– es de una teatralidad de mal gusto. Esto de los príncipes y generales rusos, víctimas de la Revolución, es un tema explotado hasta la saciedad, que solamente puede interesarnos mediante un arte de muy buena ley. Y los *metteurs en scène* de Hollywood no se distinguen ni por su originalidad, ni por su probidad artística.

*Buenos días, señor juez:* Esta es una pequeña comedia –de esas que saben hacer los americanos; en cambio no aciertan ni con la película histórica, ni con el drama– de ritmo vivo, de una alegría sana y fina, con sus ribetes de sentimentalismo, que se mezcla ingeniosamente a la sátira. (Porque esta historieta sin pretensiones logra satirizar a cierta especie de damas dedicadas ciegamente a la filantropía). Reginald Denny, el inteligente cómico inglés, está muy bien en su rol de enamorado, dispuesto a aceptar todas las situaciones, por estar cerca de la muchacha de sus ensueños. Con él trabaja otro actor –cuyo nombre no recuerdo– tan inteligente, tan sobrio, tan expresivo como el mismo Reginald Denny. Ese viejo atorronte, ese deshecho de la vida –que de la cárcel pasa al hospicio–, es una gran creación, una buena imagen cinematográfica.

*El teatro siniestro:* El alemán Paul Leni es uno de los directores con más sentido decorativo y con más visión de la estampa, de la viñeta. Su *Teatro siniestro* en manos de otro no hubiera pasado de ser un folletín policiaco. Paul Leni forja, con la luz y con la sombra, una sucesión de magníficas ilustraciones. La sensación de misterio y de terror ha sido conseguida, también, mediante el conocimiento que posee Leni de la técnica cinematográfica. Eso sí –yo acostumbro hablar con la más absoluta franqueza– la protagonista de la cinta es una de las más desagradables *stars* del *écran*.

*Metrópolis:* En [*Sigfrido*] y en *La muerte de los Niebelungen*, Fritz Lang se había mostrado un lírico de alta inspiración, un maravilloso forjador de imágenes. En *Metrópolis* –ya no alienta el ideal wagneriano y vuela con sus propias alas– es un escolar que penosamente engendra una elucubración candorosa, una especie de ensueño ingenuo, que en vano quiere subir hasta los más elevados planos ideológicos, no logrando sino caer pesadamente.

¿Los obreros del año 2000, ese rebaño triste que trabaja diez y doce horas diarias? (¡Y en 1929 existe la jornada de ocho horas

y sindicatos y agrupaciones gremiales, con los que el obrero se defiende contra el capitalismo!). ¿Los obreros del año 2000 viviendo en las entrañas de la tierra y esperando un mesías? (¡Y en 1929, surge, en algunas grandes capitales, la vivienda obrera clara, salubre y alegre!).

Donde más pobre y estéril se revela la fantasía de Fritz Lang es en el renglón vestuario. No ha logrado crear el traje del año 2000; vemos a los hombres de *Metrópolis* vestidos a la manera del año 1925. Y eso, claro, tiene que hacernos sonreír.

Los valores plásticos y cinemáticos de *Metrópolis* no son de calidad, ni están en número suficiente para hacernos olvidar la enorme necesidad de su argumento, la pobreza de su ideología, la mediocridad de sus intérpretes. Hay una que otra imagen hermosa –visiones de máquinas, grupos de niños– pero no bastan para redimir al film de su candoridad.

Dicen que la ejecución de *Metrópolis* costó sumas fabulosas. En cambio las cintas de Chaplin no demandan capitales fantásticos. Lo que prueba, una vez más, que la obra de arte no se hace con dinero sino con la luz y el calor del espíritu.

*Alas*: Hay en *Alas* la frescura, la juventud, el sentimentalismo sano de las razas yanquis. Nada de refinamientos, ni de matices europeos; es la sonrisa luminosa de un pueblo todavía un poco primitivo, pero lleno de vigor.

El ritmo potente del avión anima la cinta y –aparte de algunos cielos pintados y escenas trucadas– podemos admirar visiones aéreas de una gran belleza. Un aeroplano es tan fotogénico como la sonrisa de Mary Pickford o la mirada de John Gilbert.

*El jugador de ajedrez*: Un sentido de elegancia, de medida, de armonía –todas cualidades muy francesas– rige en la composición de *El jugador de ajedrez*, que es uno de los buenos films europeos llegados últimamente a Lima. Charles Dullin –el director de

L'Atelier de París— dibuja de manera extraordinaria la figura del viejo constructor de autómatas. El ambiente de la época —la época de Catalina II de Rusia— está traducido y logrado con verdadera fidelidad. *El jugador de ajedrez* presenta algunas viñetas singularmente decorativas y los autómatas han sido utilizados, de manera inteligentísima, para escenas de alucinación y de misterio.

## MOMENTOS CERCA DE SCHUBERT

### 1

El 19 de noviembre de 1828 moría en Viena un joven compositor de música llamado Franz Peter Schubert. Tenía apenas treinta años.

¿Por qué no detenernos un instante nosotros los del siglo de Igor Stravinsky, y de Claude Debussy, sobre su recuerdo que es dulce y armonioso como la música misma?

### 2

Una estampa de la época nos lo muestra sentado ante el piano, interpretando una composición suya —algún *lied* rebosante de sentimiento, algún fogoso *impromptu* rodeado de sus amigos, que lo escuchan devotamente. (Físicamente era así: una cabeza gruesa, pelo ensortijado, cara redonda y la mirada velada por grandes gafas).

Época del romanticismo: el amor se traducía en un lenguaje tumultuoso, se viajaba en berlina y se bailaba vals —el elegante y ceremonioso vals—. Las mujeres se aprisionaban el talle con el corsé y los hombres se envolvían el cuello con las amplias corbatas de seda negra. ¡Cuán lejos está todo esto del siglo del cinema, de la T.S.H. y del deporte! Y sin embargo no han transcurrido sino cien años.



Schubert vive la existencia sana, sencilla y plácida de los artistas de su tiempo. Gusta de salir al campo con sus amigos, gusta de detenerse en alguna pequeña hostería o taberna, donde almuerza con la trucha que él mismo pescó y bebe vino del Rhin –ese maravilloso vino ligero y claro– y grandes *chops* de rubia cerveza.

Schubert pide a la música emociones, dicha, consuelo. Y la música derrama en su alma sus inefables consolaciones y puebla su espíritu de los más bellos ensueños. Todo en el mundo se traduce, para Schubert, en música. Lee un poema de Goethe, “El rey de los alisos” y este joven, que no había cumplido aún veinte años, escribe un *lied* admirable por el que pasa un soplo de misterio y de tragedia.

Schubert envió su *lied* al olímpico viejo de Weimar, pero Goethe no supo o no quiso comprender el homenaje –homenaje de un genio– de ese adolescente casi desconocido, descendiente de una modesta familia de campesinos. Tuvo Schubert que morir para que Goethe se conmoviera hondamente, al escuchar *El rey de los alisos*, cantado por una famosa cantatriz alemana.

### 3

Muchos de los *lieder* de Schubert están llenos del espíritu de su época: romanticismo dulzón e ingenuo, lirismo un poco declamatorio. Por eso no llegan a nosotros. *Serenata* ya no nos ofrece más encanto que el de una evocación familiar, de un recuerdo un poco lejano y siempre querido: creemos oír la voz de una abuela de ancha crinolina y larga cabellera, modulando amorosamente la vieja melodía schubertiana. En cambio en Schumann –más refinado, más pudoroso– encontramos el acento de nuestras inquietudes y de nuestros desencantos.

La voz de Schubert nos llega –mensaje de amor y de belleza–

en su *Sinfonía inconclusa*. Allí palpita su genio, allí viven su alma, su corazón y todo su dolor. Hoy que nos asombra Stravinsky, ese prodigioso arquitecto de los sonidos, ese poeta a la vez lúcido y fantástico; hoy que gustamos de soñar al conjuro de una página de Debussy y de Fauré; hoy que abandonamos el espíritu a la pureza y al misticismo de la *Sonata* para piano y violín de Frank nos deleitamos también con la *Inconclusa*, así como nos deleitamos con la *Apasionata*, con la *Sinfonía pastoral* y con *Tristán*. ¡Cómo amamos esa elegía patética y tierna, toda vibrante de sensibilidad, de vida interior y de pasión!

Hace diecisiete años que escuché por primera vez la *Inconclusa*. Y apunté en un cuaderno, que todavía guardo: “Quisiera oír esta música en una hora de pesar y de tristeza porque estoy segura que me consolaría...”.

En la caja melodiosa, en el cofre sonoro donde busco, a veces, el acento de los grandes maestros, puedo escuchar, ahora, aquella música que mi adolescencia soñaba como consuelo a sus tristezas. Y el adiós de Schubert, esa expresión suprema de su genio y de su corazón son siempre, para mí, la embriaguez que me hace olvidar la vida, esta nuestra pobre y dolorosa vida.

Noviembre de 1928

## REVISTA DE NOVEDADES ORTOFÓNICAS

*Pelléas et Mélisande*. Debussy (Columbia. Sello azul): Mientras en el escenario del Teatro Municipal (antaño Forero) de nuestra ciudad —¡ciudad mansa y buenaza como ninguna!— se sacaban a relucir todas las vejeces y cursilerías de un detestable repertorio de ópera, llegan a Lima, en los discos Columbia, el mensaje emocionado de *Pelléas y Mélisande* y los ritmos deslumbrantes del

*Petrouchka* de Stravinsky. (Compensación para los espíritus que no pueden alimentarse con el agua azucarada de las melodías puccinianas o con el pan rancio del respetable viejecito Verdi).

Columbia ha grabado *Pelléas y Mélisande*. Hay que darse cuenta de lo que esto significa para la educación musical de estos países de Sudamérica (la Argentina, por supuesto, está exceptuada), tan despectivamente tratados por los empresarios de las llamadas “compañías líricas”.

*Pelléas y Mélisande* es con *Tristán* el más hermoso poema de amor de toda la música. En *Tristán* hay más grandeza, más desesperación, pero la suavidad de *Pelléas*... nos hechiza inefablemente. Es una música repleta, desbordante de emoción —emoción que quisiera esconderse pudorosamente, orgullosamente. Cuando Golland, al encontrar a Mélisande, perdida en el bosque, dice:

“*C’est une petite fille qui pleure...*”

cuando Pelléas implora a Mélisande:

“*Ta main, ta petite main sur mes lèvres...*”,

el alma se siente turbada en sus fibras más secretas.

La obra de Debussy que, al estrenarse en 1902, fuera recibida como el reto más audaz que podía lanzarse contra la música, es considerada hoy —después de veintisiete años— como algo clásico. (Dando a clásico un sentido de belleza pura, radiante e impoluta).

*Pelléas y Mélisande* está muy bien cantado por los artistas de la ópera de París, *Mmes.* Nesponlous y Croiza y M.M. Dufraune, Mazuenat y Narcon. La orquesta, conducida con autoridad por Georges Truc, detalla con finura las bellezas de la obra. La grabación está hecha con claridad, sin excesiva sonoridad, como conviene a una música de misterio y de emoción recóndita.

*Petrouchka*. Igor Stravinsky (Columbia. Sello azul): “Hay en Stravinsky —escribía André Coeroy— bajo la vestidura del mágico modelador de sonidos, un poeta, un poeta irónico y doloroso, ra-

ras veces tierno, a menudo de acento popular, de la estirpe de los Heine y de los Laforgue”.

*Petrouchka* —editada por Columbia en tres discos, sello azul— es a la vez, la obra de un lírico, de un colorista y de un músico. Evocación de la fiesta popular —el carnaval ruso bajo la nieve—, tiene un sabor folclórico; se escucha la vocecilla destemplada y monótona del organillo; danzan las marionetas al son de una flauta melancólica y pasan las máscaras ebrias de alegría y de vino.

Stravinsky —hombre de su época; él mismo dirigió la adaptación de sus obras para el piano mecánico— conduce la orquesta que ejecuta *Petrouchka* en la edición de Columbia. El *record*, así, es una obra de alto valor artístico. Y la grabación es excelente.

\* \* \*

Me dicen que ha llegado *Tristán* completo en veinte discos, dirigido por el propio Siegfried Wagner. Pero —seguramente no habrán venido muchos álbums— la obra se ha acabado inmediatamente. Espero —para dar mi comentario— que llegue de nuevo el *record*. En *Monde* he visto anunciada la edición de la *Sonata en la* de César Franck, una de las páginas más nobles, más puras de la música. Tampoco existe en Lima.

Waltz. *La plus que lente* (Vítor. Sello rojo. N° 6.622 A): Jascha Heifetz, el violinista judío, acompañado al piano por Isidor Achron, ejecuta *La plus que lente*. Música voluptuosa e indolente, música supremamente aristocrática, escrita en su versión original para piano; me parece que mejor queda interpretada en el piano que en el violín.

*La fille aux cheveux de lin* (Vítor. Sello rojo. N° 6.622 B): Se ve pasar, en este preludio, a la muchacha de claros cabellos, pálidas pupilas y manos transparentes —figura que podría ser de un poema

de Eguren. El violín de Jascha Heifetz se torna casi irreal para traducir el encanto de *La muchacha de cabellos de lino*.

*Pavane pour une infante défunte*. Ravel (Columbia. Sello negro. N<sup>os</sup> 1.455-45/1.455-46): Esta página, en su brevedad, en su aparente sencillez, requiere un intérprete con gran sentido poético, con digitación delicada y fina... ¿Acaso no es la *Pavana* un gracioso poema, un cuento de hadas, ingenuo y bello? Myna Hess interpreta la *Pavane pour une infante défunte* con ese sentido poético que pide la composición, y su digitación es leve, clara y exquisitamente matizada.

Chopin (*Sonata Op. 35*, Columbia. Sello azul): Robert Lortat es, actualmente, uno de los intérpretes “chopinianos” de más profunda y fina sensibilidad. Su versión de la *Sonata Op. 35* –conocida también con el nombre de “Poema de la muerte” porque está llena del dolor de la gran separación, porque en ella resuenan voces misteriosas de ultratumba– que Columbia nos ofrece en dos “sellos azules” (cuatro “caras”); es apasionada y noble, delicada y emotiva. Dice los temas –esos temas de Chopin, nostálgicos y ardientes– con gracia viril y melancólica; detalla las frases sombrías y majestuosas del poema con singular maestría...

No; no podemos dejar de amar a Chopin; lo constatamos, una vez más, al oír su *Sonata* en la versión de Robert Lortat. Lo sentimos muy cerca de nosotros y su tristeza y su ensueño nos hechizan deliciosamente... a pesar del ritmo loco y trepidante de nuestro siglo.

Los *Blues* de Ted Lewis (Columbia): Ted Lewis, hechicero maravilloso y payaso sentimental, nos susurra melancolías disfrazadas de ironía. Quizás habría en él algo de un Laforgue –*ah que la vie est quotidienne!*– si no fuera tan americano, tan *yankee*. Unas veces los ritmos vibran alegres, gozosos, burlones; otras son canciones de tedio y de hastío y también de romanticismo

sencillo e ingenuo. El bufón se detiene para decir a su muchacha –a su “azul”– que la quiere, que sueña con ella y que está triste por ella.

Las grabaciones que Columbia ha hecho de los *blues* de Ted Lewis son claras y nítidas; no se pierde un matiz de estos *chef d'oeuvres* de fantasía y de humorismo.

*L'Oiseau de feu*. Stravinsky (Columbia. Sello azul): No es Stravinsky en *L'Oiseau de feu* –poema coreográfico que pusiera en escena Diaghilev– el constructor de edificios sonoros, sino el hechicero que hace estallar la materia musical en arabescos resplandecientes, en dibujos luminosos.

Se recibe absolutamente al oír la partitura del *Pájaro de fuego* la impresión de un sonido que ardiera, de una música que flotara –hecha llama– en el espacio.

Stravinsky –como lo hizo para *Petrouchka*– se ha puesto frente a la orquesta y es una maravilla de precisión, de limpidez, de fuerza expresiva en esta edición hecha por Columbia.

*La novena sinfonía* (Columbia. Sello azul): He aquí un magnífico *record*, que es preciso recomendar calurosamente al aficionado a la buena música. Conducida por Félix Weingartner –ese gran director de orquesta– la London Symphony Orchestra ejecuta la obra en forma brillante. La grabación es muy nítida: Columbia tiene la especialidad de los discos sin roce de aguja. Los cantores –solistas y coristas– cantan con limpidez y sentimiento. Al formar una discoteca hay que incluir ese *record*, por el que podremos conocer –ya que estamos lejos de los grandes centros de cultura musical– una de las más hermosas y nobles obras de la música. Es la obra en la que está todo el “gran corazón heroico” de Beethoven, como diría Romain Rolland, y hoy –que nos deleitamos con Debussy y nos asombramos con Stravinsky– la *Oda a la alegría* –que compusiera hace un siglo un pobre compositor sordo de Bonn– perdura

por encima de todos los nombres. Así como Shakespeare, como Cervantes, como Dante y como Molière.

El *Amor brujo*. Manuel de Falla: Tejida con ritmos de España, melancólicos y apasionados, la *suite* de ese artista admirable que es Manuel de Falla, tiene un hondo sabor folclórico. Es toda una evocación de España ese *Amor brujo*. Pedro Morales y su orquesta nos dan una muy buena interpretación de la obra. Los instrumentos suenan sonoros y límpidos; la edición está firmada por Columbia.

*Sonata para piano y violín* de Fauré (Vítor. Sello rojo): Dos insignes artistas: Jacques Thibaud, violinista, y Alfred Cartot, pianista, interpretan esta maravillosa sonata de Fauré. Yo la encuentro tan bella como la de César Franck: tierna, cariñosa, misteriosa, melancólica, poética. Tiene interrogaciones que dejan el alma en suspenso; frases que son un puro deleite. Todo de la más rica calidad musical. Solamente podían interpretar esta página de misterio y de ternura dos artistas como Thibaud y Cartot.

## CRÓNICAS DE REVISTAS

*900*: Nutrida, viviente, vibrante y de un intelectualismo refinado *900* trae en sus páginas todo el espíritu artístico de la época. (La época no es solo el asfalto y la rueda; es también ritmo ágil, dinamismo espiritual, melancolía disfrazada de ironía, sensibilidad aguda y profunda). Editada en Roma, escrita en francés —es decir que todos los artículos son vertidos al francés— *900* realiza el tipo de la revista internacional que se dirige a la inteligencia. —Nada de sucesos políticos, ni de hechos de actualidad—. Y así en el cuaderno N<sup>o</sup> 2, correspondiente al invierno, encontramos —entre otras cosas— unos “*Fondamenta*” de Bontempelli —una prosa sin desfallecimientos, expresión de un pensamiento original y claro—,

“*Danses*”, luminosos conceptos sobre la danza, de Bruno Barilli, “*Lunaire*” –de la más deliciosa ironía– por Conrado Alvaro “*Théorie du rêve*”, tan lucida y penetrante, de Alberto Cecchi.

En el cuaderno 3 –primavera de 1927– unos “consejos” de Bontempelli con esta frase formidable: *le mot engendre l’homme de lettres, pseudohomme, anti-poète: la plus ridicule engeance que connaisse l’humanité*. (Yo añadiría: “pero más ridícula todavía es la mujer de letras”). Además, del mismo Bontempelli, “*Mé-lancolie des fêtes*”, más lírica y emocionada que muchos poemas. “*Voyage à travers les choses*” de Conrado Alvaro, un bien pensado estudio de Malaparte –qué juicio tan acertado sobre Miguel Ángel– sobre el *Seicento* italiano, un cuento de Pietro Solari. Y Marinetti, Moravia, Frank, Deltell, Fargue, Rheinhardt...

*Forma*: Tenemos a la vista el número 5 de *Forma*, la revista mexicana de artes plásticas. Un número sustancioso, una expresión vigorosa del arte mexicano; nos detenemos, de preferencia, en las reproducciones de las obras de Rufino Tamayo –tan desconcertantes en su sencillez y en su ingenuidad–; en una escultura –cabeza de santo, talla mexicana del siglo XVIII– de un hondo sentimiento, y en los gráficos de la obra amplia e inspirada de Diego Rivera. Del gran pintor nos gusta tanto como sus frescos su última teja a medio pintar, que así inconclusa, es una pequeña obra maestra.

También solicita particularmente nuestra atención un artículo de Heliodoro del Valle sobre el calabazo o mate peruano.

*Forma*, exponente de un arte fuerte como la vida misma, no circula con la amplitud debida. Hasta ahora está un poco escondida, reservada solamente a cierto número de elegidos. Reclamamos su popularización y su divulgación. Hay que limpiar y purificar el ambiente de tanta tontería y vulgaridad impresa.

*La Nouvelle Revue Française* (enero, febrero y marzo, 1928): *La Nouvelle Revue Française* nos ofrece en todos sus números



alimentos espirituales de la más alta calidad. No en vano tiene por colaboradores a escritores y poetas de más originales y más fuertes de Francia –Gide, Valéry, Max Jacob, Jules Romains, Thibaudet, Salmon, Lacretelle, Léon-Paul Fargue, Julien Green– y no citamos sino unos cuantos.

En el número correspondiente a enero la *N.R.F.* publica unos poemas en prosa de Paul Valéry –algo fino, puro, deliciosamente matizado y (¿por qué no?) de lo más comprensible–. Se desvanece un poco con estas prosas exquisitas y límpidas la leyenda del Paul Valéry hermético e inaccesible. (Tan hermético e inaccesible como era de claro y transparente su antecesor en la Academia Francesa, *Monsieur* Bergeret). En un relato de viaje por André Gide encontramos aquella sobriedad que caracteriza la expresión del pensamiento en el autor de *La porte étroite* y de *La symphonie pastorale*.

De Franz Kafka –un joven escritor checo eslovaco recién desaparecido– leemos una narración –*La métamorphose*– que podría llamarse “una narración de lo grotesco y de lo extraordinario”.

*Europe*. Paris, agosto, septiembre, octubre y noviembre: En verdad que *Europe* puede llamarse con todo derecho a sí misma “revista internacional de cultura”. Anima sus páginas el pensamiento de los más prestigiosos escritores europeos y se advierte en todas sus rúbricas el libre espíritu de la época, aquel espíritu para el que no existen ni diferencias de razas, ni de fronteras.

Ahora, han llegado a nosotros los números 68, 69, 70 y 71, correspondientes a los meses de agosto, septiembre, octubre y noviembre del próximo año pasado. Lectura robusta e interesantísima. En los números 68 y 69 nos detenemos de preferencia en un hermoso y fuerte relato de Leonard Franek, “*Karl et Anna*”. Los *comptes rendus* de Alexandre Arnoux, André Spire y Henri Dalby son de los más sabrosos (Nº 68).

De Conrado Alvaro leemos (en el número de septiembre) un lindo relato, “*Le petit-fils*”, que denota un agudo conocimiento del alma del niño; Jean Kair publica en el mismo número un poema, “*Bateaux*”, ágil como una pirueta de *clown* y deliciosamente irrespetuoso:

*Ô bateaux noirs a ocilure alerts  
Bateaux cocus, bateaux bondissants  
Le ciel est pur et la mer est verte  
Et dans vos mâts vous avez assez du sang.*

Las crónicas de Jacques Robert France y Arthur Hoérée sobre música (Nº 70) demuestran una gran autoridad fundada sobre el más claro conocimiento.

Philippe Soupault –número de octubre– estudia las más recientes obras de André Gide y de Luc Durtain. Soupault es uno de los escritores más originales de nuestro tiempo; da gusto leerlo, es tan viviente, tan personal. Su ensayo sobre Charlie Chaplin –se publica en el Nº 71 de *Europe*– es uno de los mejores que he leído últimamente, en las publicaciones francesas. (En las sudamericanas el “esquema” mejor trazado del genial actor cinematográfico inglés, ha sido –a mi juicio– el de José Carlos Mariátegui. Y cuidado que ya se está agotando el “tema” Chaplin. Mucha tinta va corriendo ya sobre el creador de *El pibe* y de *El circo*).

André Spire, el buen poeta judío, ofrece en el mismo número un poema, “*Le successeur*”, de un ritmo vivo y de una coloración verdaderamente campestre.

Jean Prévost comienza a publicar su luminoso estudio sobre Eiffel, y Daniel Rops, Nicolás Konert y Pierre Abraham, firman crónicas sobre el movimiento literario y teatral del momento.

*Bifur*. Éditions du Carrefour, Nº 1, Paris, 1929: *Bifur*, en su

artículo de presentación, expresa su deseo de dar “un testimonio emocionado de los aspectos de la vida moderna”. Deseo que ha encontrado su inmediata realización en el número inicial de la publicación. *Bifur* es una revista viviente, actual, de fisonomía muy personal, de una orientación altamente artística. Entre los colaboradores del primer número –todos escritores de los mejores de Europa– encontramos a Philippe Soupault, el poeta de la noche; a Blaise Cendrars, el gran aventurero y novelista; a Henri Michaux, otro viajero lúcido; a Bruno Barilli, el fuerte prosador italiano; a André Salmon; a Fernand Divoire.

Y unas hermosísimas fotografías y una presentación tipográfica notable.

*Bifur*. Éditions du Carrefour, N° 2, Paris, 1929: El segundo cuaderno de *Bifur* está aún mejor realizado que el primero. Y ya el primero era una hermosa expresión de arte. Encontramos en la entrega de *Bifur*, correspondiente a julio de 1929, unas interesantísimas notas de Nathan Alman, el artista soviético, sobre las sesiones de pose que Lenin le concediera para hacer un busto; un relato pleno de ternura y de tristeza de la joven escritora griega Lilika Uacos; otro relato sonoro y pletórico de color de Jean Giono y un ensayo de Ramón Gómez de la Serna sobre la copla popular andaluza. Entre los gráficos unas fotografías, verdaderas visiones artísticas, de Germaine Krull: esa “Historia de mazinos” es una pequeña obra maestra.

## CRÓNICA DE LIBROS

*Faits divers*. Henri Barbusse (F. Flammarion, Paris, 1928): Barbusse es no solo un escritor que sabe componer frases y escoger palabras; también es un hombre que siente profundamente, vivamente, generosamente. Y este sentimiento, esa gran ternura

de su alma, esa piedad con que contempla la tremenda miseria de la vida y el dolor que marca –como es signo inexorable–, los seres ponen en su obra –tanto en *Les suppliants* como en *L'Enfer*, tanto en *Clarté*, como ahora en *Faits divers*– un acento vibrante y patético, que no puede dejarnos indiferentes, aunque esa nota patética se acerque, en veces, a lo melodramático.

*Faits divers* –como dice el mismo autor– no son historias inventadas; “anotaciones pescadas al azar en la espantosa civilización contemporánea”; al leerlas toda la angustia del drama que se presenta en el mundo nos estremecerá el espíritu y el corazón.

*La literatura peruana*. Luis Alberto Sánchez (Talleres Perú, Lima, 1928): Después de otros ensayos sobre el mismo tema –“Los poetas de la Colonia”, “Los poetas de la Revolución”– ese escritor estudioso, ese investigador inteligente que es Luis Alberto Sánchez nos ofrece, ahora, un panorama total de la literatura peruana. Panorama que comprenderá dos volúmenes.

Pero ¿es posible que tengamos una literatura en este querido país apenas salido del cascarón? En las 223 páginas de su libro –un estilo áspero, un poco rugoso, pero muy personal– Sánchez convence absolutamente, completamente al lector de la existencia de esa literatura. Para eso domina el asunto de su libro y conoce a fondo el tema de que trata. Honradamente Sánchez nos muestra sus “andamios”. También se jacta –olvidando su juventud– de no tener ni pasión, ni prejuicios. Yo creo –al revés de la mayoría– que el crítico debe ser apasionado. El amor es fuente de conocimiento. Y Luis Alberto, que no en vano tiene veintiséis años –veintiséis años, el más hermoso presente que los dioses pueden hacerle a los hombres– sabe exaltarse, sabe enfervorizarse –sus páginas sobre el paisaje peruano son muy sentidas–, a pesar de la serenidad de que hace gala. Y además es combativo, irreverente, agresivo, tremendamente sincero, siendo esta agresividad, esta sinceridad y esta irreverencia el aspecto más simpático de su obra.

Y —para hablar como todo el mundo— diremos que *La literatura peruana* es un buen libro de consulta y de estudios.

*Voyage au pays des Articoles*. André Maurois (Nouvelle Revue Française, Paris, 1928): Más que André Maurois conoce nuestro público lector a Paul Morand. (No hablaremos del señor Pierre Benoît, cuyas producciones se han extendido por Sudamérica con la violencia de una epidemia). Y sin embargo el arte de André Maurois es más fino, más sobrio, más claro que el de Paul Morand hecho de toda la lasitud y de todo el cansancio de Europa. Maurois, en sus obras, toca problemas del espíritu; Morand, problemas de la galantería. Con refinamiento y elegancia, es cierto, pero galantería al fin. Y estas historietas galantes de los franceses son, ya, un poco aburridas. Tanto como los films sentimentales americanos.

El *Voyage au pays des Articoles* es la sátira más deliciosa y delicada que puede hacerse de aquellos escritores empeñados en ser únicamente “literales” y no hombres. Los “articoles” viven en una isla muy hermosa, en un ambiente de lo más propicio a la creación literaria. Consideran a la vida como a la ficción y al arte como a la realidad. Pero lejos del dolor y del trabajo, de todo esfuerzo y de toda miseria su obra se torna artificiosa, incolora, débil, engendro de literato que ni siente, ni padece.

*Bernard Quesnay*. André Maurois (Nouvelle Revue Française, Paris, 1928): Sobre Bernard Quesnay pesan varias generaciones de industriales. En su familia no se ha hecho sino tejer paños y lanas. Por atavismo sin verdadera vocación y por rutina Bernard Quesnay entregará su vida entera a la fábrica, austera labor, que imprimirá en su rostro la huella del “capitán de industria”. También Bernard que es un melancólico se entregará a la acción para no estar frente a sí mismo. Y llegará a sacrificar al trabajo el amor de una mujer.

Caso estudiado con inteligencia y con lucidez; el libro todo está escrito con esa sobriedad y ese sentido de los matices peculia-

res a Maurois. Bernard Quesnay es uno de aquellos personajes a los que un escritor ha sabido dar el relieve de la vida.

*L'Autre Europe*. Luc Durtain (Nouvelle Revue Française, Paris, 1928): Luc Durtain –médico como Georges Duhamel– es uno de los fuertes escritores de hoy. Su obra todavía no está completamente difundida entre nosotros. *Amauta* –hace algunos meses– publicaba algunas páginas suyas, siendo esto una novedad para el lector sudamericano.

Durtain merece la más amplia popularidad, esa popularidad que por desgracia, parece reservada a los malos escritores. Es un artista y un pensador; es un prosador original y robusto. Viajero lúcido, se ha lanzado a la conquista del mundo y, en sus libros, nos da las más vivientes imágenes y visiones de los pueblos y de los hombres. Después de Hollywood con su miseria y mediocridad, que en vano se esconden tras el oro yanqui, es la Rusia soviética, antorcha de la civilización. Durtain mira con grandeza y siente hondamente. Es un artista porque tiene fervor humano; en su prosa cálida, apretada, abundante y nerviosa pasa un hálito de vida, ardiente y generosa. Ha mirado la tierra rusa –esa gran tierra mística– y la fe de ese pueblo de iluminados y de idealistas lo gana por entero. (No obstante que reconoce los errores que puede haber en aquella civilización –al fin humana– inspirada en un anhelo de mejoramiento social). *L'Autre Europe*, es un libro llamado a perdurar. Terminó esta nota –sin pretensiones de crítica– deseando que un escritor como José Carlos Mariátegui nos dé un estudio más acabado del libro y de la personalidad de Luc Durtain.

*Ariel ou la vie de Shelley*. André Maurois (Ed. Grasset, Paris, 1928): Hoy se escriben muchas biografías. Pero ya sin el concepto de hace cincuenta años; las “vidas” escritas, ahora, deben ser tan interesantes como un libro de aventuras. André Maurois –de quien se dice que ha hecho una obra maestra con su *La vida de Disraeli*–

nos da en las páginas luminosas de su *Vie de Shelley* la más encantadora semblanza de aquel soñador adorable que fue Shelley. Shelley o Ariel. Bien dicho está. Percy Bysshe Shelley vivió los treinta años de su vida mortal absorto en un ensueño de arte y de belleza; apenas si lo ataban al mundo los lazos del amor humano. Fue un hombre todo espíritu, todo alma. Magistralmente dibuja Maurois un paralelo entre el “Don Juan” libertino, teatral y magnífico que era Byron y el “Ariel”, alado y dulce, que era Shelley. La obra de Maurois no es de crítica literaria. Deliberadamente no se ocupa del artista; solo nos muestra al hombre. Pero el libro todo respira un perfume de poesía; en Shelley se confundían el poeta y el hombre y su existencia fue una estancia melodiosa y clara.

Los restos mortales de Shelley —que pereció en una tempestad— fueron quemados, a la manera de los antiguos, bajo el hermoso cielo de Italia y frente al mar violeta. Solo el corazón, que era de un tamaño extraordinario, no pudo ser consumido por las llamas.

Dos poetas. Charles Vildrac-Guy Charles Cros: Yo no quisiera usar para hablar de estos dos puros y grandes poetas, que son Charles Vildrac y Guy Charles Cros, de las palabras tan resobadas, tan gastadas —al igual que una moneda que hubiera pasado por todas las manos— de “nueva sensibilidad”. (Palabras que vienen sirviendo de amparo a todos los mistificadores, a todos los retóricos del arte contemporáneo, que pretenden esconder su pobreza ideológica y su esterilidad emotiva tras de un léxico que ya no es ni siquiera original. Oh “antenas”, “rascacielos”, “motores” y “revolución”, escritas así:

A

N

T

E

N etc...!

Sois equivalentes a las “princesitas”, a los “cisnes” y a los “ángeles” de los bardos melenudos de antaño).

Y sin embargo... Tendré que echar mano de este lugar común. En estos líricos admirables florecen íntegros, claros y frescos, el espíritu, la emoción y –digámoslo– la sensibilidad de hoy. Sienten, sueñan y se expresan como sienten, sueñan y se expresan los artistas de nuestro tiempo. Y al hacer el balance de la nueva poesía de Francia, sus nombres pueden inscribirse junto con los de Paul Valéry, Francis Jammes, Paul Éluard, Jules Supervielle, Léon-Paul Fargue, Pierre Reverdy y Paul Fort.

\* \* \*

Para expresar mejor la ternura de que está grávida su alma y el amor que estremece su corazón, Vildrac renuncia voluntariamente al verso bonito, a la estrofa enjoyada y adornada. (Ni más ni menos que una mujer revestida de todas sus galas para no pasar inadvertida). Hay uno de los libros de Vildrac que se titula *Livre d'Amour*. Y, por cierto, que es un libro todo de amor, de piedad y de fraternidad. El verso desnudo, sencillo, casi austero, está cálido de vida, y palpitante de una emoción grave y honda. El poeta se inclina hacia los hombres y su miseria, su dolor su misma maldad, le inspiran una piedad inmensa. Y también mira la belleza del mundo –camino bañados de sol, primaveras fragantes, cielos resplandecientes–, pero une esa belleza a la alegría, que sienten una pobre mujer y un pobre niño ante el estío, ante el campo, ante los árboles en flor:

*Une femme marche sur la route  
Une femme et son enfant nouveau-né  
S'en vont au devant de l'été...*



Como el amado poeta del “*Intermezzo*”, Guy Charles Cros hace “pequeñas canciones de sus grandes pesares”. Y son *lieder* breves, de una musicalidad refinada y deliciosa, en los que el desencanto, la tristeza y la nostalgia se velan de ironía. Nunca una imprecación a lo Musset (*Honte à toi, qui la première*, etc...), ni una exclamación, ni una queja excesiva. La amada se va y el poeta escribe este *lied* maravilloso: (quiero citarlo íntegro por su belleza).

#### Lied

*Je lui avais donné ce nom étrange et doux,  
ce nom: Musique-des-jours-passés.  
Elle n'avait rien dit, mais elle avait souri.  
Plus tard, quand elle m'a quitté por un autre  
une dernière fois elle m'a tendu sa bouche  
et sa voix un peu triste me chuchota:  
“Tu savais déjà que je partirais  
lorsque tu m'as donné ce nom étrange et doux  
ce nom: Musique des jours passés?”.*

Guy Charles Cros puede —como Heine, como Verlaine, como Baudelaire, como el nostálgico y delicioso Laforgue— ser “un poeta de nuestra intimidad” y de nuestra predilección. Algunos de sus poemas son tan hermosos como la “Invitación al viaje”.

*El imaginero* (poemas). Ricardo E. Molinari (Ed. Proa, Buenos Aires, 1927): Son estampas de ensueño y de maravilla. Son motivos de la vida interior con los que el poeta forja los ritmos más delicados, las estancias más sugerentes, las canciones más emocionantes. Por cualquiera de estas canciones, por ese “Poema de la niña velazqueña”, en que el poeta dice:

Su voz  
es tan suave, que en su atmósfera convalece  
la pena desgraciada,  
y como en las coplas:  
de su cabellera  
nace la noche  
y de sus manos el alba.

Por ese “Poema del Año Nuevo”, palpitante de melancolía, daría yo todos los versos del muy ilustre señor don Leopoldo Lugones... Y también, los de otros señores más. (Claro que esta opinión, enteramente personal, absolutamente mía, ha de horrorizar a las gentes que admiran a los “consagrados” y a las celebridades oficiales. Y me han de mirar con un recelo que, por cierto, me tenderá sin cuidado).

Y leo y vuelvo a leer el “Poema del Año Nuevo”:

Año Nuevo, tú llegas con cantos de muchachas...  
y los fuegos metálicos de la fusilería.  
(...)  
Yo, que nada poseo, te diré conmovido,  
el dolor renovado de esta vieja elegía!

¿No es verdad que esta es la voz, que este es el acento de un gran lírico?

*Panorama de la musique contemporaine*. André Coeroy (Ed. Kra, Paris, 1928): Bajo el “signo de lo nacional” se inicia el libro –tan nutrido en juicios certeros, tan vigorosamente concebido, tan claramente trazado– de André Coeroy. La música ya no es el lenguaje internacional que se creyera antes. El alma de la raza le da estilo. Un Fauré, músico puro, nunca será completamente comprendido en el extranjero; no habla sino la lengua musical

de su país. A Bruckner y a Wolf los comprenden mejor en Austria o en Alemania que en Francia. Stravinski –que domina toda la música contemporánea– se alimenta de arte popular. Partiendo de este principio estudia Coeroy la música de hoy. Estudio sobrio y robusto; pensamiento potente y original. Los rusos y los checos; los españoles y los italianos; los ingleses y los alemanes; la música judía; la escuela francesa; los portugueses y los sudamericanos; con qué inteligencia, con qué penetrante y serena lucidez los juzga Coeroy.

Debussy, el precursor, se enfrenta a Wagner; el sueño de *Pelléas y Mélisande* se opone al torrente genial de la *Tetralogía*. ¿Quién vencerá, el genio latino-voluptuoso y aristocrático, o el grandioso espíritu germánico todo palpitante de poesía”. Ni la *Tetralogía*, ni *Pelléas y Mélisande*. Stravinsky llena toda la época.

Y después de Debussy –Debussy, el “último enamorado del siglo”– la salud y la cordialidad del suizo Honneger, el humor de Milhaud y de Ponleuc, la música –como la poesía– tiende a ser deportiva, jovial, humorística. Como la lírica se va despojando de todo lo inútil, de toda sensiblería, de toda retórica. La estética musical sigue el ritmo de su tiempo; ritmo que es de *jazz*, de moto y de cinema. Ha cesado de latir por completo el viejo corazón de los románticos.

*Chopin ou le poète*. Guy de Pourtalès (Éd. Nouvelle Revue Française, Paris, 1929): El nombre de Chopin es un nombre nimcado de poesía, de dolor y de gloria. No podemos pronunciarlo sin emoción; a pesar del cinema, del radio, del automóvil y del charleston amamos al tuberculoso genial de los “Preludios” y de los “Nocturnos” como se ama a un hermano dilectísimo. Música, esta de Chopin, de una voluptuosidad delicada y de una ternura triste, a veces sombría y desesperada; siempre la expresión de un alma más que ninguna otra sensible y refinada.

No son muchas las “fuentes” donde un biógrafo puede encontrar datos acerca de la existencia del gran músico eslavo. Pero Guy de Pourtalès, que más que un biógrafo es un artista, no ha necesitado mayores apuntes con qué hacer su libro, *Chopin ou le poète*. La comprensión y el amor de la obra de Chopin dan a las páginas de su libro un encanto especial. Y surge, ante nosotros, la figura casi inmaterial del compositor de los “Nocturnos”; podemos seguirlo en todas las etapas de su doliente y gloriosa vida; el adiós a su novia María Wodzinska —expresando en el *Vals en la bemol mayor Op. 69, N° 1*—; sus conciertos —serie de triunfos— en la sala Pleyel; sus amores con George Sand; las horas pasadas en la Cartuja de Valdemosa —una tarde de lluvia se sentará al piano y, en la soledad de su retiro, verterá en el *Preludio en si menor*, todo el tedio, toda la melancolía de su alma, toda la angustia de aquellas horas lóbregas— y su muerte, rodeado de amigos cariñosos que lo alientan hasta el último momento. Solo la George Sand no estaba allí. “Me había dicho, sin embargo, que yo no moriría sino en sus brazos”, murmuró el artista, la víspera de morir.

Dicen que la tuberculosis mató a Chopin. Pero también se murió de ternura insatisfecha, de anhelos incomprensidos, de nostalgias y de inquietud. El acento de esas nostalgias, de esa ternura y de esa inquietud han quedado, para siempre, en su música.

*La vie prodigieuse d'Honoré de Balzac*. René Benjamin (Éditions Plon, Paris, 1928): La biografía del creador de la *Comédie humaine* no podía ser escrita sino por un escritor dinámico, nervioso y varonil, un escritor que en sus libros metiera sangre, corazón y espíritu, en una palabra, por René Benjamin, que no es solo un autor, sino también un hombre. Además, Benjamin está familiarizado con Balzac —a algunas de las “vidas” actualmente en boga, se les puede reprochar un poco de superficialidad, el estar hechas como para salir del paso— y ese conocimiento, esa familiaridad con

el formidable novelista le han permitido darnos la más sabrosa, la más viviente de las evocaciones. Benjamin es un apasionado de Balzac. Pero su amor no le resta lucidez y así nos muestra las pequeñas debilidades del genio: Balzac, envidiando las albas camisas de un *dandy*; Balzac, deseoso de relacionarse con la nobleza del *faubourg* St. Germain; Balzac, claudicando sus opiniones políticas, por complacer a una mujer amada.

¡Pero qué importa todo eso! Lo que importa es el ensueño gigantesco del creador –ensueño comparable al de Miguel Ángel, al de Shakespeare y al de Beethoven–; su labor para construir su obra –veintiún horas de trabajo diario, vestido con bata monacal, sostenido por café, alumbrado por velas y bujías–; la pureza de su ideal artístico que supo mantener íntegro, intacto, a pesar de todo; el ardor de su corazón; la intensidad de su vida sentimental iluminada por tres figuras de mujeres –*Mme.* Carreaud, la amiga buena y fraternal; *Mme.* de Berny, el primer amor de su vida –a quien inmortalizó en *El lirio del valle*–; y “Eva”, la gran señora polaca, aquella que inspiró las páginas ardientes de la *Correspondencia*, el último y máximo amor de su vida.

Las páginas en que Benjamin narra la génesis y la realización de *Papá Goriot* son verdaderamente impresionantes. Se ve a Balzac poseído por el fuego de la inspiración, por su demonio interior, por el viento portentoso de la creación; se asiste al alumbramiento de aquella obra toda de dolor y de humanidad y yo creo que, hoy, al citar a Balzac se recordará también a su biógrafo, René Benjamin.

*Le cinéma soviétique.* Léon Moussinac (Nouvelle Revue Française, 1928): Uno de los aspectos más interesantes de la obra cultural y artística que viene realizando el soviético, es el relacionado con el cinema. Léon Moussinac –que en “Le Chapouillot” firmara la rúbrica del cine– presenta en su libro *Le cinéma soviétique*,

un panorama sobria y robustamente trazado del estado del arte cinematográfico en Rusia. Documento lleno de vida, que se apoya en cifras y en datos concretos; Moussinac, después de su estadía en Rusia, donde mirará todas las cosas con entera libertad e imparcialidad, escribirá esas páginas claras y rotundas, acompañadas de imágenes magníficas.

¿Qué es el cinema en Yanquilandia? Una industria montada a base de enormes capitales, la imagen puesta al servicio del comercio, una empresa financiera –como cualquier otra–. “Estrellas”, empresarios, publicidad, escándalos, millones de dólares y de vez en cuando –hay tanta fuerza en el cinema– una visión de belleza en los cientos de cientos de metros de celuloide.

¿Qué es el cinema en Rusia? Una purísima expresión de arte, un medio de educar al pueblo –y no de envilecerlo, como ocurre con las películas folletinescas de Hollywood–, la imagen, en toda su emoción y su humanidad. En Rusia no hay *stars*, ni publicidad escandalosa, ni explotación comercial. Los actores trabajan alegremente, amorosamente, y como los artistas de la Edad Media, que levantaron las catedrales, anónimamente. Los directores y *metteurs en scène* laboran libremente, ¿acaso tienen que satisfacer a empresarios, que adular al público, que someterse a todas las exigencias que trae consigo una industria?

Por eso en Rusia se han realizado ya films como *La mère*, *El acorazado Potemkin*, *Octubre*, *La Anaïeme Anncé*; por eso en Rusia hay directores como Eisenstein, el lírico, Pouvodkino, el científico y el meditativo, Dovtchenko, Dziza-Vertoff, etc...

“El cinematógrafo –dice Léon Moussinac– conoce un verdadero nacimiento en la Rusia revolucionaria, que ha fijado ya las primeras formas expresivas, profundas, populares, en una palabra, sociales del film.

“Medio de expresión nueva, a la escala de un mundo nuevo –de los destinos sin límites”.

*Los trabajos y los días*. Luis Franco (Ed. Babel, Buenos Aires, 1928): Versos estos, amplios y robustos de poeta rural. Versos que anima el amor a la tierra generosa, al sol resplandeciente, a la es-  
piga, al agua, al árbol. Hoy que casi todos los poetas cantan la  
máquina y el deporte, o ensayan ironías para ocultar su dolor, el  
lírico de *Los trabajos y los días* sale al campo y su voz, grávida de  
emoción, murmura una plegaria ante el universo magnífico:

... La luz de cada día  
Dánoslo hoy, así como la fuerza y la alegría.

Con pinceladas claras, a trazos fuertes pinta cuadros de la vida  
campesina; la siembra, la poda, los segadores, la arada, el hombre  
que injerta. Alaba a la madre y qué nobleza, qué sencillez, qué  
recogimiento hay en su acento (¡cuán lejos estamos de los ditiram-  
bos y elogios oficiales, de toda aquella detestable literatura tejida  
alrededor del más grande y puro de los amores!):

Madre, eres cosa buena, sencilla y santa  
Como el fuego que nunca se apaga en el hogar;  
Como el agua que riega, abreva, lava y canta;  
Como el viento que sopla en la era de aventar;  
Como la hormiga enorme en esfuerzo y paciencia;  
Como el haza que a un tiempo nos da el pan y la flor;  
Como el nogal fresquito en días de calor;  
Como esta vieja casa que es nido y es querencia.  
Aquí a su lado sueño. Rezando al tiempo toca  
Sus cabellos, cenizas del mortal enemigo.  
Como siempre secretamente la bendigo  
Como siempre los ojos se me han nublado un poco

Luis Franco, poeta del campo, puede con todo derecho decir que:

El aire malva  
Huele a tiempo y a río  
y a versos de Luis Franco.

*Journal* de Kostia Riabtzev. N. Ognov (Calmann Levy Éditeurs, Paris, 1928): Kostia Riabtzev, escolar soviético, decide escribir su diario. En varios cuadernos irá anotando, día a día, los hechos más salientes de su existencia de adolescente que se nutre y bebe en las fuentes de la ideología comunista. Su relato es ingenuo, sincero, sencillo, desprovisto de retórica y de falsos romanticismos. Pero si del espíritu de Kostia Riabtzev –muchacho comunista del siglo XX– se han ido todos los romanticismos que turbaban a los adolescentes de antaño, la inquietud por conocer el misterio sexual, la fiebre de la carne que despierta, el ardor de sus dieciséis años lo atormentan y lo perturban –que esa inquietud, esa fiebre y ese ardor son más fuertes que todas las ideologías y todos los credos.

Al leer el diario de Kostia Riabtzev, he recordado otro libro, ya bastante antiguo y sin el valor literario de la obra de N. Ognev, *Tom Brown*, o la vida de un escolar inglés del siglo pasado. Del recuerdo ha surgido la comparación entre los métodos educativos de ayer y los de hoy. Tom Brown es el muchacho sometido a las más rígidas y absurdas disciplinas; el director mismo de la escuela le aplicará castigos corporales. En la época de Tom Brown los alumnos de las clases superiores tiranizaban y oprimían a los de las clases inferiores, que llevaban el nombre –sinónimo de ignominia– de *fag*. En la escuela donde se educa Kostia Riabtzev la libertad llega hasta la anarquía. Los muchachos discuten con el profesor de igual a igual y se permiten hasta ser descorteses.



Tom Brown se hará hombre —un *gentleman*— a pesar del régimen de terror que rige en su escuela, porque siente profundamente el “honor”, ese viejo sentimiento de su estirpe y de su país.

Kostia Riabtzev, anárquico, rebelde, un poco infatuado, un poco vanidoso, también se hará hombre; iluminan su vida un ideal y una fe.

Kostia Riabtzev —como la juventud toda de su país— es un místico.

*Títeres de pies ligeros*. Ezequiel Martínez Estrada (Ed. Babel, Buenos Aires, 1929): Otra vez los personajes de la comedia italiana: Pierrot, Colombina, Arlequín, Polichinela y Pantaleón. Un poeta mueve los hilos de los fantoches, “títeres de pies ligeros”, como los llama él mismo. Fantoches que quieren imitar al hombre y que como el hombre, aman, se traicionan y sufren.

Sobre los rostros enharinados corren las lágrimas y los cuerpos de madera se agitan sacudidos por la ira y la angustia. Farsa teñida de melancolía, farsa lunática —“La orquesta, en sordina, suena— de lejos. Estará bien —Schumann, y en alguna escena— Chopin”, —ese es el poema de Martínez Estrada—. Del libro la más artísticamente realizada es aquella parte titulada “La decoración”.

*Escalera (toccata y fuga)*. Genaro Estrada (Ediciones del Murciélagu, México, 1929): Versos de irrealidad, versos tejidos en el misterio de la noche son estos de Genaro Estrada, que a la par que político es letrado y artista. ¡Cómo me gusta ese poema titulado “Exploración”!, que principia así:

A la escucha del fino  
sentimiento de sombras  
trazaré por la noche  
los caminos del aire!

Y ese otro –“Silencio”– en que dice:

En la mesa de la noche  
está el vaso de los sueños  
y para apagar la sed  
las horas lo están bebiendo.  
¿Qué haré por la madrugada  
cuando despierte sediento  
si ya el agua de mi vaso  
se lo ha bebido el silencio?

Estas estancias de calidad tan aristocrática, de sustancia tan espiritual nos son un descanso de la exuberante poesía de ciertos bardos americanos, que cantan a pulmón lleno. La edición de *Escalera* es primorosa: hermosos tipos cursivos, un papel *a la antica* y una carátula que es una rica nota violeta.

*Vie de Molière*. Ramón Fernández (Nouvelle Revue Française, Paris, 1929): Ramón Fernández, el notable ensayista de la Nouvelle Revue Française, traza con mano firme el itinerario de la vida interior, de la vida espiritual de Molière. No es su libro el simple relato de hechos externos –nació en tal fecha, se casó en tal otra, tuvo tantos hijos, etc...–, sino un estudio profundo de la psicología del autor de *Tartuffe*. Eso sin descuidar la trayectoria biográfica. Panorama por demás interesante presentan el alma y el espíritu de Molière. Tierno y sensual, ardiente, melancólico, atormentado, lleno de debilidades –como las tiene todo el que es a la vez sentimental y sensual– el gran comediógrafo fue profundamente, intensamente humano. Su existencia es una sucesión de triunfos y de dolores. Se embriaga de gloria y también es el *Cocu*, el amante engañado y sin fuerzas para romper con la infiel. Es el juguete de la Béjart, tan bonita, y mucho más joven que él.

Además de ese estudio tan penetrante y tan agudo de la existencia íntima de Molière, Ramón Fernández nos da una visión magnífica de la época. (Cuando la carreta de los cómicos iba de una ciudad a otra, halada por un par de flacos caballos; cuando en el tinglado dialogaban Arlequín y Polichinela y Pierrot suspiraba por Colombina).

El genio de Molière se desarrolla esplendoroso; *Tartuffe*, *Le misantrope*, *L'Avare* son fechas decisivas, etapas definitivas en la historia y en la evolución del teatro.

Y hombre de teatro, personaje del tinglado, muere casi en escena: acababa de representar el *Malade imaginaire*.

La biografía de Molière por Ramón Fernández es una de las más notablemente realizadas entre aquellas “Vidas”, que publican las casas editoras francesas.

*Le mariage*. Jean Rostand (Hachette Éditeurs, Paris): Las notas de Jean Rostand –Jean Rostand es acaso el único que vale en su ilustre familia– sobre el matrimonio forman un breve tratado de sentido escéptico y desengañado, escrito en un estilo clásico por su sobriedad y su pureza. Dice Jean Rostand muchas verdades sobre el matrimonio, analiza agudamente el estado conyugal tan difícil, tan desagradable cuando falta en ambas partes inteligencia y tolerancia. Después de haber anotado esta tremenda verdad: “*la beatitude conjugale est un signe funeste. Redoute le moment ou tu vauterais [sic] la grandeur de ta cage et la légèreté de ta chaîne*”; y también esta otra, amarguísima: “*la haine conjugale est, de toutes, la plus constante, la plus normale; on hait des gens pour des raisons bien moindres qu’on ne hait sa femme ou son mari*”... Rostand reconoce, en la máxima final de su libro, la existencia del amor conyugal: “*De toutes les amours, les conjugales sont les plus rares et les plus jalousees*”.

Allen. Valéry Larbaud (Nouvelle Revue Française, Paris,

1929): Se refleja en el diálogo de los personajes de *Allen* la suave luminosidad de los cielos de Francia. Es un diálogo aéreo, un intercambio sutil de ideas que lleva impresa la marca y el amor del terruño –hasta cuando critica la mezquindad de ciertas ciudades de provincia–. Literatura nacionalista, diría alguno. Buena literatura, ante todo, quiero anotar yo. Buena literatura, sí, pero que se saborea a la manera de esos vinos espumosos y rubios de las comarcas de Champagne.

*Allen*, pequeño libro que nos dice mucho más que algunos respetables infolios, de un delicioso *divertissement* de ese admirable escritor que es Valéry Larbaud.

*Le livre des bêtes qu'on appelle sauvages*. André Demaison (Grasset, editor, Paris, 1929): El *toubab* del libro de André Demaison es uno de aquellos hombres –tan pocos– que saben comprender la ternura y el afecto escondidos, en el alma de los animales. Para él no son salvajes ni la leona, ni el elefante, ni la antílope, ni el jabalí, ni el mono –salvajes, crueles y malos son los hombres que se dicen hermanos y se matan por un puñado de oro– nacidos en la selva enmarañada y misteriosa y que se rinden al amo, que les prodiga caricias y amor.

Onara, la leona, morirá de pena y de nostalgia en la jaula donde ha sido encerrada lejos del amo querido. Onara, la leona, runrunea suavemente como un gato y lame con su lengua áspera, humildemente, cariñosamente las manos del hombre de piel clara.

Can, la antílope bravía y ruda, volverá a la casa del amor, después de un tiempo de libertad y de selva, no puede olvidar una voz que arrulló su infancia.

Por su simpatía y comprensión de nuestros “hermanos” los animales, por el color y el vigor de su estilo *Le livre des bêtes qu'on appelle sauvages* pertenece a la estirpe de aquellas obras tan bien llamadas “de la naturaleza”.

*Santa Teresa y otros ensayos*. Américo Castro (Ediciones Historia Nueva, 1929): Doce ensayos bien madurados y sobriamente escritos componen el libro de Américo Castro, que figura en la colección de obras que viene editando Historia Nueva.

El primero de estos ensayos —que da su nombre al libro— está dedicado a Teresa de Jesús —Teresa de Cepeda, en el siglo (como dirían los teólogos)— la amante maravillosa, que gustó de todas las delicias y de todas las torturas del amor, la lírica admirable que moduló endechas imperecederas —“y tan alta vida espero, que muero porque no muero”—, la mística altísima que escribió *Las moradas*. Análisis agudo, visión certera es el ensayo de Américo Castro. El estilo es voluntariamente frío y el pensamiento rigurosamente ordenado. Pero dentro de esa severidad hay mucho cariño por “aquella mujercita castellana curtida por el soplo bravo de la Paramera de Ávila”.

En los demás estudios de su obra se nos muestra Américo Castro escritor cultísimo y espíritu muy moderno.

Dos libros sobre Beethoven: Un nuevo libro acerca del creador de la *Novena sinfonía* es siempre recibido con interés y entusiasmo por los fieles de la religión beethoveniana... Porque bien pueden aplicarse al gran músico alemán las palabras, que un cura indio dijera un día a Bolívar: “Con los siglos crecerá tu gloria”.

*Monsieur Herriot*, el ilustre político francés, ofrece —ediciones de la Nouvelle Revue Française— a los devotos de Beethoven, una vida de Ludwig van Beethoven. El libro es un grueso volumen de 435 páginas en tipos pequeños (breviario). *Monsieur Herriot* está bien documentado y posee grandes conocimientos históricos. Muchas páginas de su libro están dedicadas a evocar y a trazar los acontecimientos más notables de la época. Además se ve que al señor Herriot le gusta —aún más; siente— la música de Beethoven. Todos estos elementos, sin embargo, no pueden quitar a la obra

cierto saborcillo, cierto tono de profesor burgués, erudito, laborioso y un poco pedante.

Lejos de mí el creer que la laboriosidad está de riña con el arte. El artista es un trabajador y la inspiración debe ser cultivada, encauzada, disciplinada. Pero en el señor Herriot se advierte nada más que al trabajador machacón y concienzudo, que sabe mucho, pero que no logra emocionar ni arrebatarse al lector. Y cuidado que la vida de Beethoven es emocionante e interesante. Hombre –en el más hondo sentido del vocablo– sintió y amó apasionadamente, fogosamente. Supo de los más amargos dolores y se emborrachó de alegría y de júbilo. Aprisionado por las murallas de la sordera oyó cantar en su espíritu la voz divina de la armonía.

¿Por qué esta existencia que fue a la vez drama e himno de alegría no ha logrado inspirar a *Monsieur* Herriot más que un libro estimable y copioso, atiborrado de datos y fechas? Es que *Monsieur* Herriot –ilustre político– puede ser hasta un escritor, pero no es un artista. De allí que su *Vie de Beethoven* carezca de lirismo y de calor vital.

\* \* \*

Ernest Closson, un buen crítico y musicógrafo belga, sostiene en su libro *L'element flamand dans Beethoven* la tesis de las influencias raciales en el genio beethoveniano. Closson sostiene ágilmente y lucidamente su tesis. Según él todas las grandezas y excelencias del espíritu y del carácter de Beethoven –su alto sentido moral, su amor a la libertad, su independencia y altivez– tienen su raíz en su origen flamenco. Y también su alegría un poco gruesa –bromas burdas–, su lenguaje rudo, su sentido práctico, su sencillez y falta de sutileza son flamencas.

El libro de Closson, claro, no puede agradar a los alemanes, cuyos puntos débiles ataca certeramente.

Escrito en un estilo rápido y sin amaneramiento, está repleto de multitud de detalles pintorescos, que le dan animación y colorido. Después –y este es su mayor mérito– Closson no se siente intimidado ante la inmensa figura del genio. No tiene reparos para hablar de las pequeñeces y defectos del compositor –su carácter desagradable, su grosería y su egoísmo–. Insiste el escritor belga en el sabor popular, campesino de la obra beethoveniana, que en esto se aparenta al arte flamenco. La compara con los grandes pintores flamencos, robustos, pletóricos de vida, enfáticos y grandiosos.

Muy interesante la obra de Ernest Closson. De ella surge un Beethoven –flamenco– pero trazado con vigorosa y segura mano.

## MIGUELINA ACOSTA CÁRDENAS (1887-1933)

*MIGUELINA AURORA Acosta Cárdenas nació en el departamento de Loreto el 23 de noviembre del año 1887. Perteneció a una familia de caucheros cuya posición económica le permitió vivir en Europa. De regreso al Perú estudió en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos graduándose como abogada en 1920 con una tesis sobre la igualdad civil y jurídica del hombre y la mujer, titulada: “Nuestra institución del matrimonio rebaja la condición jurídica social de la mujer”, tema al que volvió cuando obtuvo el grado de doctora con “Reformas necesarias del código civil común peruano tendientes a hacer efectiva la igualdad civil y jurídica del hombre y la mujer”.*

*Fue una apasionada defensora de los derechos de las mujeres, de los obreros y desde la Asociación Pro Indígena apoyó la reivindicación de los indios. Militó en el movimiento anarquista y sindical, y dirigió con Dora Mayer el vocero anarcosindicalista La crítica. El desarrollo del anarquismo se consolidó entre 1911 y 1924, y su revista La Protesta tuvo una importante presencia en la lucha obrera de entonces. La misma abarcó temas como la educación y la salud en las secciones femeninas de los comités obreros, donde se crearon escuelas técnicas para mujeres, centros culturales y bibliotecas en Lima y provincias.*

*Miguelina Acosta Cárdenas hizo huelga de hambre en el*



*Callao en protesta por la subida de la subsistencia, y pronunció discursos en apoyo de las movilizaciones obreras en la Universidad Popular González Prada. Participó en la Conferencia Panamericana de Mujeres que se realizó en Lima en 1924, con la ponencia “Creación de maestros rurales ambulantes”, y en su artículo “Escuelas rurales ambulantes para la educación de los niños indígenas”, enfatiza que la tarea educativa es fundamental para “procurar la rehabilitación del indígena transformándolo en ciudadano consciente y responsable”<sup>1</sup>.*

*En 7 ensayos de interpretación de la realidad peruana, en el capítulo “La región en la República”, Mariátegui reconoce el aporte que Miguelina Acosta hiciera de la realidad amazónica. “A este respecto –escribe Mariátegui– es imposible no declararse de acuerdo con la doctora Acosta Cárdenas, a quien toca, sin duda, concurrir al esclarecimiento de la realidad peruana con un estudio completo de la sociología de Loreto”<sup>2</sup>.*

---

1. *Amauta* (Lima), N° 12 (1928), p. 38.

2. José Carlos Mariátegui, *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*, s.e., Lima, 1992, p. 206.

## ESCUELAS RURALES AMBULANTES PARA LA EDUCACIÓN DE LOS NIÑOS INDÍGENAS<sup>3</sup>

Entre los problemas de mayor importancia para un certamen de mujeres panamericanas, debe figurar la reivindicación del indígena entre los cuales debe tener preferencia el indígena peruano, el paria de las serranías del Perú, que después de un siglo de independencia celebrado con todo el fausto de nación civilizada y culta, se conserva en el mismo estado de esclavitud material y cívica, y rebajamiento moral a que lo redujeron los rudos y despóticos soldados de la Conquista y los hombres sin visión civilizadora y humanitaria del coloniaje; a cuyas veras consumaron la labor de abyección moral los eternos explotadores de la miseria, de la ignorancia y de la debilidad, y que se llamaron y se llaman, corregidores, gamonales, latifundistas, enganchadores, patrones, administradores, las autoridades y malos curas, y que seguirán llamándose para los que esperan la redención del indio: explotadores del hambre, de la miseria, de la debilidad e ignorancia del indígena, que con el nombre de encomiendas, mitayos, partidarios, peones, enganchadores, varayos, feligreses, etc., ha sido considerado como buena materia de explotación de cuyo producto debían vivir en el fausto y la opulencia.

Las que nunca salimos de los centros cultos, de las ciudades civilizadas y de los pueblos en donde el medio, influyendo sobre las aptitudes del indígena, le transforma en un elemento útil en los quehaceres domésticos de preferencia, en el muchacho de almacén,

---

3. Este trabajo fue presentado por su autora, nuestra amiga Miguelina Acosta Cárdenas, en la 2ª Conferencia Panamericana de Mujeres. Por permanecer inédito hasta hoy e interesarse muchos indigenistas de provincias, que escriben a la doctora Acosta Cárdenas sobre el particular, en conocerlo, los acogemos gustosos en esta sección.

en el ama de niños, en el frutero receloso, en el mayordomo de casa grande, ceremonioso, o lo encontramos en todos los menesteres de la actividad comercial e industrial, comedido y cortesano; creemos que el indígena está en la escala cultural que merece y que todos los civilizados poseen, salvo la ignorancia casi general en la clase menesterosa, y no completamente destruida en las demás clases. Pero si nos alejamos de los centros citados y nos internamos en los diversos distritos y comunidades de la sierra, la triste realidad nos hiere anonadándonos. Nuestra experiencia se refiere al Perú. En todas partes mujeres desgredadas y sucias, envueltas en una falda raída y con mil remiendos, cubren la parte inferior del frío con una vieja manta manufacturada por ellas mismas; niños desnudos, o envueltos con andrajos de lana de color indefinible por efecto del tiempo, las lluvias y el fuerte oxigenamiento del ambiente, golpean nuestra atención estupefacta llenando el alma de compasión infinita.

Los hombres, melenudos y andrajosos, se dedican al pastoreo y cultivo con sus pequeñuelos que trabajan desde que pueden tenerse seguramente sobre sus pies; por las mañanas y por las tardes en todo el rigor del frío salen criaturas de ambos sexos, desde seis años de edad, a poner los ganados en los campos lejanos que ofrecen sustento, los recogen en los apriscos y cuidan los puercos en los pastos durante todo el día alimentándose solo con unas cuantas raquícas papas sancochadas.

Vive esta gente en chozas de piedras arrumadas, y techadas con paja seca, por cuyas hendiduras el agua de las lluvias se escurre en las noches tempestuosas frecuentes. En estas viviendas rudimentarias, sin luz y ventilación, viven grupos numerosos de personas que constituyen las prolíficas familias de la raza indígena que con su prolificidad está manifestando su estado primitivo y estacionario de civilización, cualidad establecida por la ciencia sociológica como principio de primitividad.

Ningún elemento, el más rudimentario de higiene, norma la vida de estos desgraciados habitante de las serranías peruanas que viven como los animales de las punas, bañándose ligeramente cuando una lluvia les sorprende en lugar inhospitalario. Estos infelices dejan caer de su cuerpo lleno de parásitos la ropa apestosa e inmundada que se pusieron en día de buena suerte que les hizo encontrar un vestido arrojado por algún viajero o que su diligencia ha manufacturado en los días de quietud, abundantes en la sierra, dentro de las oscuras chozas, en los días de lluvias y tempestades, y en pleno campo las otras.

Cuando se atraviesa la cordillera viniendo de puerto Ocopa (río Tambo) para llegar a Matahuasi, estación ferrocarrilera en el departamento de Junín; se encuentra campesinas fornidas que hacen el trayecto a pie al mismo tiempo que van hilando lana de carnero, de llama u otros animales que tienen en la rueca manejada con destreza por sus manos callosas curtidas con el arado. Creeríase que esa manufactura constituye la riqueza de los habitantes serranos, pero no; las abuelas, las madres, las hijas y las nietas hilan para una frazada, o una pieza de vestido que servirá para luengos años, como luengos años se han empleado en transformar al material en hilos. Sus riquezas están formadas por unas cuantas gallinas flacas y cerdos hambrientos; unas cuantas cabezas de ganado lanar y vacuno; un burro o dos. Un caballo o una mula los poseen los privilegiados. La propiedad territorial consiste en media, una o dos yuntadas de terreno (yuntada: lo que se ara con una yunta de bueyes en día normal) que apenas produce al año una cosecha capaz de mantener mal, la numerosa familia de cada indígena, dando un pequeño margen para vender a fin de adquirir algunos centavos para las más imperiosas necesidades.

Esta perenne miseria de los indígenas peruanos hace que estén siempre dispuestos a recibir dinero a cuenta de trabajos persona-

les o en calidad de préstamos a intereses que favorecen la labor explotadora de los gamonales, que los cogen con los contratos de enganches o les quitan sus míseras propiedades para ensanchar sus latitudes; cuando con su trabajo no pueden pagar los intereses usuarios de enganchadores y latifundistas, ambos encarnados en el gamonal, reducen al indígena a la esclavitud física y a la esclavitud moral.

Las mujeres pan e hispanoamericanas, las mujeres del mundo entero que tienen corazón y saben pensar, tienen el deber de poner todas sus fuerzas en la liberación del paria de la humanidad. No es nuestra meta señalar ahora minuciosamente todo lo que contribuye a dar cada día más relieve a esta mísera y aflictiva situación del indígena peruano, semejante sin duda a la de todos los indígenas del continente americano, situación que adquiere mayor relieve a medida que la civilización avanza poniendo en transparencia la abyección en que está sumida la raza de hombres que tuvieron su época de esplendor, sitio entre las naciones más avanzadas y progresistas, no; mucho se ha escrito y son demasiado sabidas por las personas ilustradas las causas de la actual situación del indígena americano, de los habitantes andinos del Perú antiguo y de México, república en que por fortuna se ha alcanzado ya algo más que aquí en beneficio del poblador autóctono.

Hay muchas personas de conciencia humanitaria que se interesan por este trascendental problema que no es solo del Perú; muchas han ideado medios de concluir con el estado de cosas que constituye una vergüenza de la civilización panamericana; gobiernos y representantes han hecho del problema indígena su plataforma. Pero no debemos las mujeres dejar solo a los humanitaristas, a los políticos y a los gobiernos; es necesario que juremos ante nuestra conciencia de seres racionales y sensibles hacer un apostolado digno, como lo es, por ejemplo, la destrucción de las

guerras, como lo es toda labor humanitaria encaminada a destruir la ignorancia, de poner luz en los cerebros oscurecidos, nobles aspiraciones en las dormidas inteligencias; todos los anhelos femeninos deben concretarse en el penoso afán de salvar los espíritus débiles de las garras de las desalmadas sanguijuelas humanas que viven absorbiendo la sangre de sus congéneres.

De allí la imperiosa necesidad de procurar la rehabilitación del indígena transformándole en ciudadano consciente y responsable, capaz de derechos y obligaciones, de anhelos culturales y progresistas; hombre en sentido moral e higiénico, con aspiraciones a la vida civilizada, para ser factor útil a las naciones americanas y elemento creador del bienestar económico general y no dejarlo como ahora, bestia de trabajo explotada, ser miserable y vergonzante; miembro social pasivo del progreso y rémora de la civilización continental de la América Hispana.

Pero esa labor de la mujer, aunada a la de los hombres, de iguales anhelos, no debe ser de tutelaje simplemente ni protección individualizada; los regímenes de tutelaje simplemente o de protección individualizada favorecen la ineptitud y no desarrollan la propia capacidad para defenderse y bastarse a sí solos, lo que debe procurarse para hacer efectiva la reivindicación moral del indígena.

Como uno de los medios de esta penosa labor correspondiente a las mujeres, debe ponerse en primera creación de un sistema de maestros rurales ambulantes de ambos sexos.

¿Esta institución de maestros debe salir del grupo de personas preparadas en las escuelas normales, o deben ser personas especialmente preparadas?

Las misiones religiosas que se preocupan exclusivamente de inculcar ideas y sentimientos religiosos de determinada especie con exclusión de otras enseñanzas y los maestros normalistas que

se dedican literalmente a instruir, es decir, a enseñar los conocimientos de las ciencias sin dar especial importancia a la enseñanza práctica de los elementos de civilización con aplicación concreta a las necesidades primordiales de los menesteres del vivir civilizado; son pruebas de que no son ni religiosos ni normalistas los más apropiados para maestros rurales ambulantes de indígenas.

Los maestros ambulantes de indígenas deben ser personas de espíritu abnegado, preparadas al sacrificio, para ser capaces de vivir con cada familia de cada caserío de cada comunidad, de cada pueblo indígena, el tiempo necesario para inculcarles la necesidad de otro género de vida más racional y humana; deben tener más que conocimientos que transmitir, hechos que enseñar, enseñanzas útiles a la civilización del indígena que repetir; los hombres deben conocer la aplicación de las materias primas de cada región en la construcción de viviendas higiénicas, de muebles sencillos y de utensilios domésticos; las mujeres tienen que ser expertas en el uso de los artículos alimenticios locales, para enseñar la preparación sencilla de alimentos sanos y nutritivos; en el de las plantas medicinales, de la farmacopea alópata y homeopática, para enseñar a combatir las enfermedades reinantes en cada localidad; tener nociones de puericultura e higiene infantil.

Además, la designación de maestros rurales ambulantes para ser eficaz, debe ser por parejas casadas. Así se evitarían los inconvenientes que pudieran surgir del estado celibatario de los maestros de ambos sexos.

Estas parejas de maestros rurales ambulantes, podrían tener como circunscripción regiones que podrían ser recorridas durante el año escolar, con estaciones en cada grupo de individuos por el lapso de tiempo indispensable para poner en práctica los medios propicios para conseguir la transformación de la psiquis indígena.

En el cuerpo de organización de maestros rurales ambulantes, deben figurar en sitio de preferencia los inspectores viajeros que controlen de vista la labor de los maestros rurales ambulantes.

Los cargos de inspectores viajeros, conferidos a personas de honradez reconocida o a pro indígenas que han demostrado en todas ocasiones su desinteresada labor por la rehabilitación de las razas indígenas, podrían ser una garantía segura de la veracidad informativa de la labor realizada por cada pareja de maestros rurales.

Labores de trascendencia para la vida nacional se tornan inútiles cuando los dineros del fisco se echan en manos de comisionados inescrupulosos que traicionando la confianza en ellos depositada, traicionan los intereses de la patria y la humanidad, por eso las comisiones de inspectores viajeros debe ser objeto de una escrupulosa selección. Solo así podrá obtenerse el objetivo de la institución de maestros rurales ambulantes, haciendo realidad lo que el actual jefe de Estado, don Augusto B. Legula, en momentos de expectativas por el porvenir de la Patria peruana, ha ofrecido con las palabras textuales que siguen: “Yo prometo solemnemente rehabilitar al indio a la vida del derecho y de la cultura, porque ya es tiempo de acabar con su esclavitud que es una afrenta para la República y un crimen intolerable para la justicia”.

Si los gobiernos de las patrias hispanoamericanas que tienen dentro sus problemas vitales el de la rehabilitación de los indígenas a la vista de cultura y a la vida humana, hicieran semejante promesa y luego la llevaran a la práctica, sería más fácil para las mujeres pan e hispanoamericanas contribuir al mejor éxito de la institución de maestros rurales ambulantes, con su apoyo moral y pecuniario, con su concurso personal y abnegado.

Toca a las mujeres reunidas en la 2ª Conferencia Panamericana, dar la importancia que entraña para la cultura americana y



humana en general, el problema indígena, y si entre los medios de resolverlo tiene cabida la institución de maestros rurales ambulantes, que a mi criterio, sería eficaz manera de poner dentro del alma de las razas indígenas, los anhelos que a la larga pondrían dentro de ellos mismos la necesidad de su propia regeneración física y de su propia rehabilitación moral y social, me quedaría la satisfacción de haber puesto mi insignificante grano de arena en la reconstrucción del alma de las razas indígenas en la América española y el débil golpe de mi brazo en la demolición de la última afrenta a la cultura humana.

## LOS EDUCACIONISTAS SUIZOS PIDEN LA ABOLICIÓN DE LA MILICIA

Hace algunas semanas que en la Unión de Miembros de la Enseñanza, en Ginebra, se ha presentado en una de sus reuniones una moción muy notable haciendo un llamamiento a los miembros de la enseñanza de Suiza para educar a la juventud de las escuelas en un local de paz, pidiendo además la abolición de la milicia suiza y del presupuesto militar.

Esta moción causó gran emoción y discusiones interesantes. Ochenta y dos miembros votaron a favor de la resolución, ochenta y seis en contra y se abstuvieron cuarenta y cuatro. En la prensa fue una verdadera tempestad de indignación la que se desencadenó a raíz de esta proposición, pues se acusaba a los educadores pacifistas de ser inspirados por Rusia.

Los institutores de Ginebra, que son los autores de la moción y quienes la sometieron a examen de sus colegas de los otros cantones, se dan perfecta cuenta de la gravedad de sus gestiones. Pero ellos sienten, habiendo estudiado de cerca el problema, que el espíritu de la guerra no puede desaparecer si no desaparece el

más grande factor de ella: la *armada*. Los educadores suizos han formulado su voto después de haber visto que su trabajo como educadores y obreros de la paz, era entrabado por el régimen de la conscripción militar, habiendo llegado a la conclusión de que es ilusorio contar con la armada para impedir la guerra. Ellos dicen: “Queremos recordar al pueblo suizo que solo se ha adherido a la liga de las naciones cuando se hizo la promesa formal de comenzar inmediatamente una acción con vistas de asegurar la paz. Contamos con la sociedad de las naciones para garantizar la independencia de los países que confían en su protección”.

“Estamos persuadidos que actuamos de acuerdo con nuestras conciencias de buenos patriotas y buenos educadores”.

Sería de desear que los educadores de todos los países europeos y americanos como los de los demás continentes, se solidarizaran con la actitud de los educadores suizos para orientar el espíritu de las generaciones del porvenir hacia los ideales pacifistas indispensables para la prosperidad de las naciones, para el normal desenvolvimiento de la humanidad, con miras hacia el avance efectivo de la evolución mental de los hombres en estos momentos en que se hace necesario e indispensable trazarles un ramo atrevido y definitivo para la exclusión del crimen de lesa civilización, que es la guerra.

Miembro de la Liga Internacional  
de Mujeres Pro Paz y Libertad

# ÍNDICE

## MUJERES DE AMAUTA

Presentación. Mujeres de <i>Amauta</i> . Transgrediendo el monólogo masculino .....	VII
---	-----

Nota a la presente edición .....	XXV
----------------------------------	-----

## MUJERES DE AMAUTA

Ángela Ramos (1900-1988) .....	3
El poeta de los ojos dorados .....	5
El viaje de Blanca Luz a México .....	9
La sonrisa de José Carlos .....	10
Crónica de libros .....	12
Blanca del Prado (1903-1979) .....	20
Caima .....	22
Poemas Caima .....	26
Poemas Caima .....	26
A B C .....	27
Poemas Caima .....	27
Carmen Saco (1882-1948) .....	29
La altura, elemento estético. La torre Eiffel .....	31
Moscú, la ciudad mística .....	32
José de La Solana .....	38

La llegada a Moscú.....	41
Ramón Gómez de la Serna.....	47
Balance sumario de Bourdelle .....	49
Exposición Codesido: Sugestiones del arte de Julia Codesido.....	51
La exposición de Valdivia.....	53
José Carlos Mariátegui, constructor profeta .....	55
<i>Monde</i> .....	57
Dora Mayer De Zulen (1868-1959) .....	58
Lo que ha significado la Pro Indígena .....	61
La idea del castigo .....	73
La fórmula Kellogg .....	79
Frente al imperialismo yanqui .....	86
América para la humanidad .....	90
El problema religioso en Hispanoamérica .....	97
Reseñas de libros y folletos .....	111
Magda Portal (1900-1989).....	114
Círculos violeta .....	117
G u j a.....	118
Vidrios de amor .....	120
De <i>Una esperanza y el mar</i> .....	121
Dos poemas proletarios para los compañeros de Vitarte .....	125
Andamios de vida.....	132
Réplica de Magda Portal .....	136
Los libros de la Revolución Mexicana .....	138
Crónica de libros .....	140
María Isabel Sánchez Concha de Pinilla (1889-1977).....	144
La Pascua del Sol: Intip Raymi .....	146
María Wiese (1894-1964) .....	152
Señales de nuestro tiempo .....	154
El niño y el sentido de lo maravilloso .....	159
Los problemas del cinema .....	163

Elementos de la poesía de Eguren.....	170
El mensaje de José Carlos Mariátegui .....	173
Pequeñas prosas .....	174
El forastero .....	177
El veneno .....	195
Notas sobre algunos films.....	201
Momentos cerca de Schubert.....	212
Revista de Novedades Ortofónicas .....	214
Crónicas de revistas.....	219
Crónica de libros .....	223
Miguelina Acosta Cárdenas (1887-1933) .....	244
Escuelas rurales ambulantes para la educación de los niños indígenas .....	246
Los educacionistas suizos piden la abolición de la milicia .....	253



Este volumen de la Fundación Biblioteca Ayacucho,  
se terminó de imprimir el mes de junio de 2014,  
en los talleres de Editorial Arte, Venezuela.

En su diseño se utilizaron caracteres roman, negra y cursiva  
de la familia tipográfica Times, en cuerpos 8, 9, 10, 11 y 12 puntos.

La edición consta de 3.000 ejemplares.



Gobierno **Bolivariano**  
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular  
para la **Cultura**



juventud  
BICENTENARIA









## ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

José Carlos Mariátegui  
*Literatura y estética* (vol. 33)

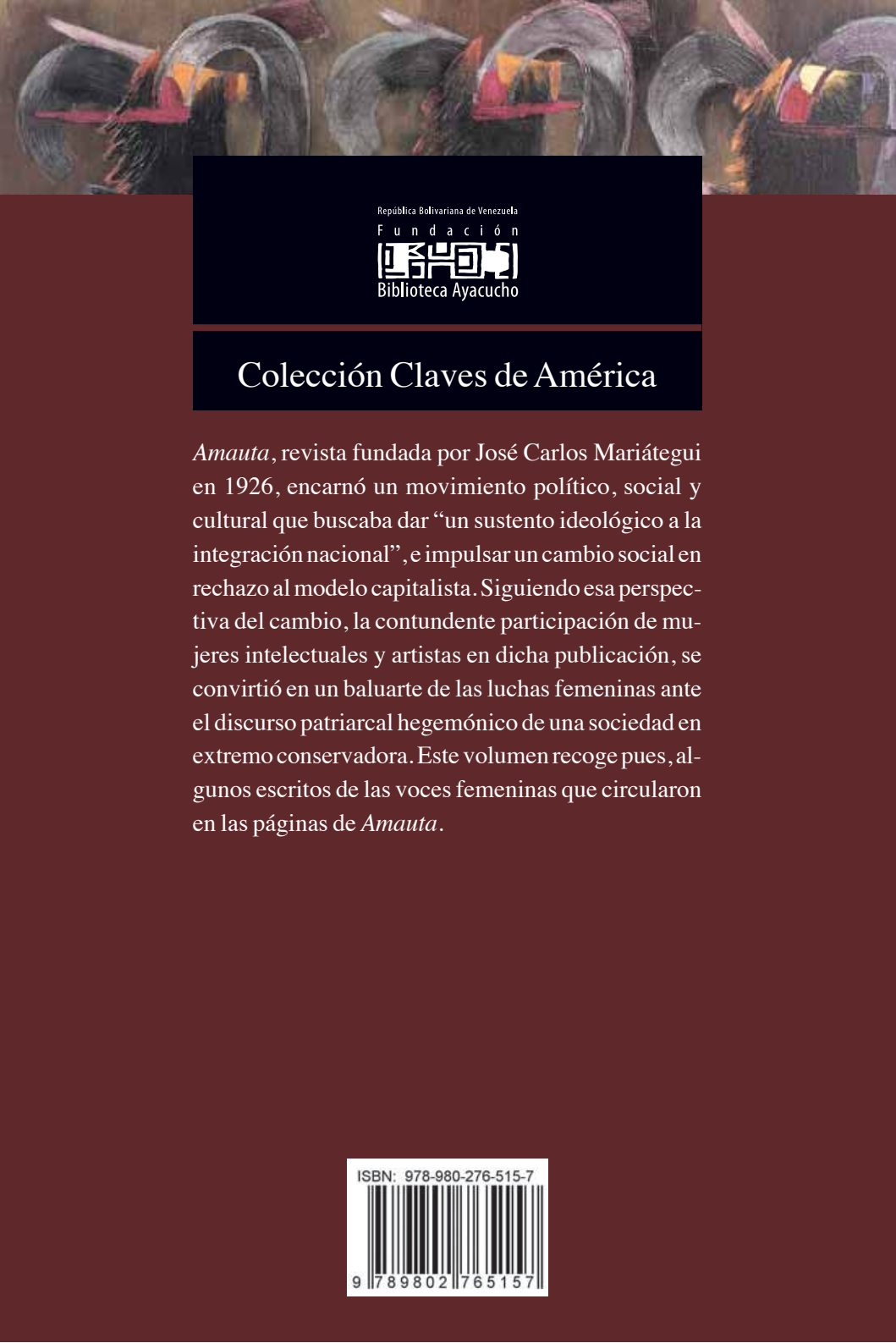
Roberto Fernández Retamar  
*Con las mismas manos.*  
*Ensayo y poesía* (vol. 34)

Mario Briceño Iragorry  
*Ideario político* (vol. 35)

Alfonso Rumazo González  
*Comprensión de Miranda* (vol. 36)



Portada: Detalle de *Orantía* (1975)  
de Fernando de Szyszlo (Perú, 1925).  
Óleo sobre tela, 150 x 200 cm.  
Col. Fundación Museos Nacionales,  
Museo de Bellas Artes, Caracas,  
República Bolivariana de Venezuela.



República Bolivariana de Venezuela  
Fundación



## Colección Claves de América

*Amauta*, revista fundada por José Carlos Mariátegui en 1926, encarnó un movimiento político, social y cultural que buscaba dar “un sustento ideológico a la integración nacional”, e impulsar un cambio social en rechazo al modelo capitalista. Siguiendo esa perspectiva del cambio, la contundente participación de mujeres intelectuales y artistas en dicha publicación, se convirtió en un baluarte de las luchas femeninas ante el discurso patriarcal hegemónico de una sociedad en extremo conservadora. Este volumen recoge pues, algunos escritos de las voces femeninas que circularon en las páginas de *Amauta*.

ISBN: 978-980-276-515-7



9 789802 765157